

FICCIONES DEMOCRÁTICAS

UN ESTUDIO SOBRE DESIGUALDADES SOCIALES
TORNADAS EN ASIMETRÍAS POLÍTICAS



Gustavo A. Urbina Cortés

EL COLEGIO DE MÉXICO

FICCIONES DEMOCRÁTICAS
UN ESTUDIO SOBRE DESIGUALDADES
SOCIALES TORNADAS EN ASIMETRÍAS POLÍTICAS

FICCIONES DEMOCRÁTICAS
UN ESTUDIO SOBRE
DESIGUALDADES SOCIALES
TORNADAS EN ASIMETRÍAS POLÍTICAS

Gustavo A. Urbina Cortés



EL COLEGIO DE MÉXICO

305.230972

U73f

Urbina Cortés, Gustavo Adolfo

Ficciones democráticas : un estudio sobre desigualdades sociales tornadas en asimetrías políticas / Gustavo A. Urbina Cortés. – 1a ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2020.

480 p. :il., tablas, gráfs. ; 21 cm.

ISBN 978-607-564-216-1

1. Igualdad – México – Siglo XXI. 2. Adultos jóvenes – Actividad política – México – Estudio de casos. 3. Estudiantes universitarios – Actividad política – México – Estudio de casos. 4. Adultos jóvenes – México – Condiciones sociales – Siglo XXI. I. t.

Primera edición, 2020

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Carretera Picacho Ajusco, núm. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
14110, Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN 978-607-564-216-1

Impreso en México

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA	11
INTRODUCCIÓN	13
1. Coordinadas de la participación política desigual	23
Mérito, privilegio y distorsión en democracia.	29
Democracia, desigualdad y diferencia	34
Explicar o delimitar la participación política	42
Consecuencias públicas de desavenencias privadas	52
2. Desigualdad en Vulcano: jóvenes	
universitarios en el tránsito a la adultez	63
El oasis universitario de la CDMX	67
El largo y sinuoso camino a la adultez	78
Rastreado los contrastes de Vulcano	87
3. Tan cerca de un título, tan lejos de la equidad.	107
Prolongaciones y rupturas	110
La adultez: un juego con dificultad adaptativa	137
4. Distinciones políticas entre juventudes privilegiadas	167
Los intersticios de la participación	169
Hijos de tigres	175
De las creencias vulcanianas, solo hábitos desiguales	192
5. De joven promesa a triste realidad	239
La complicidad entre el tiempo	
y las desigualdades políticas.	242

Voces desiguales entre juventudes selectas	259
De la igualdad prometida a la realidad selectiva.	282
6. Los patios interiores de la desigualdad participativa . . .	285
Perdón, pero no somos iguales	286
Unas personas son más iguales que otras.	298
La devaluación selectiva y la heterogeneidad social relativa	323
A MANERA DE CIERRE	327
Repasando el argumento teórico de la distorsión democrática	335
Curándose en salud y mirando al futuro	349
<i>POST SCRIPTUM</i>	355
La seducción democrática	358
La realidad existe independientemente de quien la observa.	364
Una dosis extra de humildad.	369
ANEXO TÉCNICO	375
Estimación del tamaño de la muestra.	375
Índice de Condiciones de Bienestar Material	377
Índice de Autonomía Decisional e Independencia Económica	392
Indicador del grado de vulnerabilidad acumulada	397
Índice de participación política	401
Índice de exposición a asuntos políticos	404
Índice de interés en asuntos públicos.	406
Índice de hábitos informativos	408
Índice de conocimiento político.	410
Índice de confianza política y social.	410
Medida resumen sobre disposición a participar en asuntos públicos	415
Salida del modelo logístico de tiempo discreto para la muestra general	422

Salida del modelo logístico de tiempo discreto
para la muestra general 424

Salida del modelo logístico de tiempo discreto para
el subconjunto muestral de la Universidad A. 426

Salida del modelo logístico de tiempo discreto
para el subconjunto muestral de la Universidad B. . . 428

Cuestionario de encuesta. 430

Guía de exploración de entrevistas colectivas 445

BIBLIOGRAFÍA 453

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA

Las investigaciones son un producto colectivo, no obstante, las omisiones, los yerros y sus vacíos son siempre responsabilidad personalísima de su autor. Este libro no se hubiese logrado sin la buena disposición de las y los jóvenes que prestaron su tiempo, sus relatos y sus vivencias para la comprensión del fenómeno de interés.

Quien escribe ha sido beneficiado por tres privilegios fundamentales. El primero, el de contar con la lectura escrupulosa y aguda de quienes dictaminaron este manuscrito. Por sus comentarios y señalamientos, el texto y la mirada de su autor se vieron profundamente enriquecidos.

El segundo fue el de contar con la compañía y el soporte de una colega en casa. A Mariana Molina se agradece su paciencia, su lectura cuidadosa y sus recomendaciones para evitar mayores vergüenzas en la manufactura de la obra. Sus sugerencias fueron clave, pero su compañía y su cariño a lo largo de estos años han sido esenciales para redefinir el curso de vida de quien aquí funge como autor.

Por último, y no menos importante, pocas personas tenemos el privilegio de trabajar con nuestros profesores. La vida me ha concedido la oportunidad de hacer de mis maestros grandes amigos en El Colegio de México. En particular, este libro está dedicado a uno de ellos, quien con su tenacidad e inigualable inteligencia se ha convertido en un modelo a seguir. A Minor Mora agradezco su diálogo y acompañamiento desde que yo era estudiante. El valor de su amistad y de su compromiso académico es solo comparable con su generosidad personal.

INTRODUCCIÓN

La democracia es quizá el régimen político más compatible con la gestión de la diversidad social. Su promesa igualitaria evoca a la totalidad de la ciudadanía, a sus múltiples rasgos, sus intereses y, desde luego, sus derechos.¹

En el pensamiento político clásico, el despotismo y la tiranía de las mayorías solían ocupar un lugar primordial entre los peligros menguantes del ideal democrático. Así lo recuerdan los excursos que van de Polibio (c. 264 a.C.-146 a.C.) (1986) hasta Tocqueville (1835). La concentración del poder funge como una amenaza de dos caras; una donde este se deposita en unos pocos ejecutores, y otro donde las decisiones son dejadas en manos de la anonimidad de la multitud. Irónicamente el efecto de ambos temores consumados pareciera ser el mismo. Ahí donde prima el privilegio, solo unos cuantos podrán ejercer la voz; allá donde todos gritan, ninguno tendrá suficiente fuerza para hacerse escuchar con claridad.

¹ Vale la pena advertir desde este punto que a lo largo del texto se hace un uso indiscriminado de nociones como desigualdad, inequidad o disparidad. Si bien es debatible el que dichos términos hagan referencia a situaciones eminentemente distintivas, aquí se emplean dos criterios para no asumir tal diferenciación: uno sustancial y otro formal. Sustancialmente, el autor no distingue entre equidad e igualdad; en todo caso, a la luz de la tradición jurídica nacional se asume la diferencia entre igualdad formal e igualdad sustantiva. La primera está dada por una condición legal; la segunda por la potenciación de circunstancias sociales y factuales de eculización entre las personas. Formalmente, la diferenciación terminológica es eludida, con el objeto de evitar redundancia en el estilo y la redacción del texto.

La participación política conforma un aspecto fundamental de la salud democrática. El conjunto de necesidades e intereses plasmados a partir de distintos repertorios y canales equivale al medio más evidente para vociferar y hacerse escuchar ante la autoridad y el resto de los conciudadanos. La posibilidad de hacer valer este derecho nos brinda la oportunidad de armonizar la promesa de igualdad política con una realidad socialmente plural. En otras palabras, tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos debería facilitar que nuestras diferencias no se tornen en pretexto para generar o profundizar la desigualdad social.

No obstante, más allá de cualquier consideración normativa, el espacio público suele estar altamente condicionado por las vicisitudes y los dilemas entretejidos en el ámbito privado. A decir de Charles Tilly en *Democracy*, a propósito del magnífico trabajo de Adam Ashforth (2005) sobre brujería, violencia y democracia en Sudáfrica:

En la medida en que las interacciones ciudadanía-Estado se organizan alrededor de las diferencias categóricas que también prevalecen en la vida social rutinaria, dichas distinciones socavan una consulta amplia, igual, garantizada y mutuamente vinculante. Ellas bloquean o subvierten las políticas democráticas porque inevitablemente inducen amplias disparidades de recursos en la arena política. Ellas inhiben la formación de coaliciones a través de límites categóricos. Asimismo, otorgan a los miembros de grupos categoriales privilegiados los incentivos y los medios para evadir los resultados de la deliberación democrática, cuando estos contravienen sus intereses (2007: 110).

En consideraciones posteriores de esa misma obra, Tilly (2007) provee de tres puntos fundamentales para pensar el problema cruzado de la desigualdad social y los arreglos políticos. En primera instancia, todos los regímenes políticos, sean estos democráticos o no, intervienen de manera inevitable en la producción de inequidades. Ya sea a partir de la protección de privilegios para sus partidarios, mediante el establecimiento

de cierto tipo de sistemas de extracción o asignación de recursos o por vías de redistribución entre distintos segmentos de la población, las reglas del poder incitan a la génesis inintencionada de desequilibrios.

En segundo lugar, se apunta que si las democracias perviven con una amplia desigualdad material y los aparatos estatales invierten en contener las formas existentes de dicha desigualdad, la ausencia de esta no debe fungir como condición necesaria para la democracia o la democratización. Por el contrario, la conquista democrática radicaría en aislar a la política de cualquier asimetría, discrepancia o inequidad existente. Esto último querría decir, según Tilly (2007), que las democracias pueden formarse y sostenerse en tanto los asuntos públicos no se dividan tajantemente a la luz de los límites trazados entre categorías desiguales.

Por ende, como tercera premisa está que todos aquellos derechos políticos y sus expresiones de involucramiento que invocan y profundizan la división entre fronteras categóricas amenazan a la democracia e inhiben la democratización. En palabras del propio Tilly: “la democracia prospera sobre la falta de correspondencia entre las desigualdades cotidianas y aquellas de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos” (2007: 118).²

Una buena parte de la legitimidad democrática está provista por el ofrecimiento de una capacidad efectiva y real de participación, inclusión y representación de distintos sectores de la población. Quizá como ningún otro régimen político, las democracias exigen un alto grado de compatibilidad entre los preceptos ordenadores de la vida comunitaria y la articulación institucional. A lo largo de esta obra se busca mostrar que cuando algunos engranajes del ámbito privado, tales como el circuito doméstico, el escolar o incluso el laboral, tienden a introducir o profundizar distinciones en la tenencia de privile-

² Las citas textuales provenientes de materiales en inglés son traducción del autor.

gios sociales o materiales, es altamente esperable que estas se tornen en asimetrías de participación política.

La pretensión anterior podría resultar poco novedosa en consideración de algunas otras aportaciones bibliográficas al campo (Verba, Schlozman y Brady, 1995; Burns, Schlozman y Verba, 2001; Schlozman, Verba y Brady, 2012, principalmente); sin embargo, la investigación alentadora de este libro incorpora cinco provocaciones referidas al caso de México a fin de incitar al potencial público lector.

En primer lugar, con una mirada focalizada de modo intencional en la comparación entre jóvenes provenientes de dos prestigiosas instituciones de educación superior, se trata de mostrar que aun entre individuos relativamente privilegiados tienden a prevalecer importantes grados de inequidad en sus trayectorias de activación cívica. Los efectos de la desigualdad social trasladados al terreno político demarcan importantes diferencias entre ciudadanos aventajados y desaventajados. Para estos últimos, en el mejor de los casos, esos indicios se traducen en un involucramiento político iniciado a edades más tardías; mientras que en los peores escenarios implica una alta probabilidad de truncamiento para su participación.

En segundo lugar, las asimetrías políticas referidas aparecen como condiciones fuertemente ligadas a distinciones de origen social, a la posesión diferenciada de recursos materiales, así como a otras características selectivas asociadas a limitantes heredadas o adquiridas a lo largo del curso de vida. Repertorios, relaciones, aprendizajes y accesos institucionales figuran como elementos condicionados a inercias vitales, si bien no determinantes, precursoras de la capacidad de enlace entre gobernantes y gobernados.

Como tercera cuestión existen indicios de un déficit cívico entre las personas menos aventajadas, el cual parecería acrecentarse a lo largo del trayecto vital. La adquisición paulatina de responsabilidades y la complejidad inevitable de penetrar en nuevas arenas de sociabilidad sugieren escasas posibilidades de ecualización en la participación de individuos con caracte-

rísticas contrastantes. Si bien esto no significa que los más desfavorecidos nunca se impliquen en el tratamiento de asuntos públicos, al menos alude al riesgo de prevalencia participativa por parte de las personas más privilegiadas.

Una cuarta provocación refiere a lo que Nancy Burns (en Schlozman, Verba y Brady, 2012) denomina la *persistencia intergeneracional de la desigualdad política*. En modo similar a lo que Burns apunta para el caso de Estados Unidos, la investigación realizada permite subrayar la importancia crucial del legado familiar para la prefiguración de una participación política activa. Las inequidades persistentes radican en un patrón de correspondencia donde jóvenes con escaso involucramiento provienen de entornos domésticos donde los padres o los familiares más cercanos optaron por permanecer ajenos al tratamiento de asuntos públicos. Más aún, en una proporción considerable de casos, existe una estrecha asociación entre los orígenes sociales, las carencias y las limitaciones participativas de antecesores y descendientes. Así como el compromiso cívico se aprende y se palpa en casa, también se favorece o se inhibe por las condicionantes de la calidad de vida.

Finalmente, se agregan un par de lecciones para pensar en las consecuencias de la desigualdad social sobre el porvenir de la salud democrática. Los hallazgos que habrán de señalarse a lo largo de este libro sin duda buscan destacar el desafío de compatibilizar una sociedad altamente heterogénea y diversa como la mexicana, esquivando los peligros de fomentar y reproducir una participación política desigual. Al igual que ocurre con la agenda de equidad en otros ámbitos relacionados con la educación, el empleo, o el acceso a la salud, resulta imperativo dilucidar la brecha participativa como parte de un debate amplio sobre justicia social. Además de promover la adquisición del valor de uso de la participación, debe existir una preocupación sostenida por garantizar las posibilidades de un involucramiento efectivo, inclusivo y representativo de la pluralidad de necesidades e intereses de la ciudadanía. Una democracia de pocas voces es, además de un escenario indeseable, un régimen disfuncional.

Culminar este libro tomó un tiempo por demás holgado. Lo que inició como la osadía de una tesis doctoral, terminó por convertirse en una obsesión investigativa. Como usted lector y lectora podrá notar en los distintos capítulos, esta modesta obra condensa un trabajo arrancado desde las turbulencias de 2012. Desde el *#YoSoy132* hasta la victoria de Andrés Manuel López Obrador en las urnas, los datos recabados mediante una ambiciosa encuesta y un extenuante pero muy enriquecedor diálogo con las y los informantes fueron revisitados y reinterpretados para someter a prueba su vigencia.

Con la eventual humildad que solo los años suelen proporcionar a los bríos académicos iniciales, el análisis y el debate aquí plasmados fueron redefinidos en innumerables ocasiones a fin de favorecer una mayor precisión y una mejor claridad en los argumentos postulados.

En este sentido, se trata de un texto que, sin dejar de lado la persecución del rigor y la sistematicidad del saber científico, está redactado en un lenguaje llano. Sin situarse en el valioso propósito de la divulgación, aquí se deposita un esmero por conectarse con otros públicos ajenos al especializado del mundo académico. Por idealismo, por ingenuidad o por convicción, el capitulado está escrito como una invitación al reconocimiento de las y los jóvenes, de las familias y de muchas otras personas en las encrucijadas y contradicciones relevadas tanto del tránsito hacia a la adultez como de la conversión a la ciudadanía activa.

El valor heurístico del referente empírico y el despliegue metodológico a través del proceso investigativo son descritos con simplicidad evitando las falsas modestias. En aras de la transparencia y de la honestidad en la producción de conocimiento, se enfatiza con singular cuidado los muchos vacíos y las amplias deudas de las resoluciones tomadas tanto en el acopio de información como en su tratamiento.

No corresponde alardear aquí sobre si se logra o no una contribución al campo temático de la participación y de las desigualdades políticas. Ese juicio queda en manos de quienes

se animen a hojear el libro y a honrar los esfuerzos con su crítica. No obstante, sí vale la pena apuntar que se trata de una invitación abierta a pensar en las fragilidades democráticas circundantes del México contemporáneo. Participar suele ser visto como una carga más en las miles de responsabilidades invasoras de nuestras vidas. Lejos de un derecho, para algunos y algunas se ha tornado en auténtica regalía, mientras que para otros y otras es una monserga más en un país donde todo cambio parece auspiciar la persistencia de sus desequilibrios.

Sin embargo, la vociferación ciudadana no es un asunto insustancial. Esta resguarda la posibilidad de tomar parte en la producción de la vida social en un sentido amplio. En ella se juegan la legitimidad, la representación y la oportunidad de visibilizar nuestras necesidades, nuestras opiniones y nuestros desacuerdos. El silencio o la inacción, o peor aún el acallamiento y la exclusión, conducen a resultados desastrosos ahí donde la política se pone al servicio de las disparidades más agudas que escinden a las personas en el día a día. ¿Por qué entonces llevar a cabo un estudio solo centrado en jóvenes con acceso a la educación superior?

Desde luego el estudio parece centrado en ese núcleo donde tres de cada diez mexicanos y mexicanas logran ingresar a la formación profesional. Sin embargo, como veremos a lo largo del libro, su excepcionalidad no basta para borrar las marcas palpables de un contexto social en el que las desigualdades dan pie a la conformación de asimetrías políticas. Es tal la apuesta que se suele colocar sobre quienes toman la delantera en la senda escolar, lo cual es un buen modo para incitar a pensar cuán desequilibrada puede ser la actividad ciudadana no solo entre gente relativamente privilegiada, sino también entre personas que se confrontan con los extremos más flagrantes de la inequidad.

A su vez, la juventud constituye un elemento crucial en el desahogo de todo el argumento. Usualmente a las y los jóvenes se les enclaustra en la monotonía de categorías simplonas y de adjetivaciones vacías. Ahora como dizque *millennials* o como ciudadanos y ciudadanas en construcción, en espera de la ob-

tención de sus derechos o en espera de la asunción de responsabilidades, la atención prestada a sus incipientes inmersiones públicas suele ser exigua. Cuando su presencia no está signada por el impacto de una movilización, de una protesta o una tentativa de revolución, a menudo la apatía, el desinterés o el cinismo suelen prevalecer como parte de la lente interpretativa con la cual se juzga su desempeño cívico. Lejos de toda evaluación y de toda exagerada idealización, en este trabajo se otorga especial consideración a la compleja ruta vital que conlleva la maduración. El tránsito a la vida adulta, aun entre el selecto grupo de universitarias y universitarios aquí retratado, es incorporado como un escenario de cambios intensivos donde se tensionan los rasgos del pasado familiar con las aspiraciones de un futuro en plena manufactura.

Cuando la biografía se delinea por distintas fuentes de incerteza, la estabilidad personal no es lo único puesto en cuestión. Estudiar, trabajar, colaborar con la manutención del hogar o incluso encarar diversos frentes de adversidad suponen en ello la postergación de los asuntos públicos. Cuando la fragilidad llama a la puerta, el distanciamiento de la política resulta algo casi regular, donde la participación cívica figura como algo casi extraordinario en fuerte competencia frente a las otras pistas del desarrollo individual.

Como profesionistas y jóvenes, las personas sobre las cuales trata este estudio son portadoras de una expectativa dual. Por un lado, el bálsamo educativo presupone asiduamente la cultivación de un mayor compromiso con los asuntos trascendentes del ámbito privado. En virtud de su carga meritatoria, solemos pensar las universidades como recintos de incorporación de las y de los mejores; de aquellos y aquellas cuya preparación nos da la esperanza de contar con ciudadanos y ciudadanas con las más altas miras. A su vez, por su juventud hablamos de un grupo de gente con capacidades más promisorias de cambio y transformación. Quizá ingenuamente en ellos y en ellas depositamos nuestras apuestas por la ruptura y no por la reproducción de los patrones más agudos de inequi-

dad prevalentes en nuestra sociedad. Si bien ambos aspectos no vienen inducidos salvo por inocentes presunciones comunes, aquí veremos que la situación de las y los participantes en la investigación propende a ser peculiarmente más compleja.

Para cumplir con el propósito de nuestra tarea inquisitiva, el primer capítulo sienta un piso básico de coordenadas para comprender la participación política desigual. Mediante la delimitación del argumento general del libro, este permite comprender cómo, para qué y desde dónde se mira el tema de la desigualdad cívica.

El segundo capítulo nos aproxima al valor y la justificación del referente empírico del estudio. Tras discutir las especificidades y pertinencias analíticas de centrar la mirada en jóvenes de dos instituciones de educación superior de la Ciudad de México, las lectoras y los lectores pueden dilucidar en mejor forma cuáles son los alcances del acotamiento de la observación. Mediante los reparos en la estrategia metodológica, ahí se esclarece cuál es la intención del diseño general de la investigación, cuáles fueron sus principales recursos de acopio de información, y cuáles cautelas fueron movilizadas para fortalecer la consistencia del estudio.

El tercer capítulo nos acerca a las condicionantes del curso vital de las juventudes relativamente privilegiadas aquí retratadas. Al ahondar en el rastreo de especificidades sobre el origen social y la situación del contexto familiar se busca revelar la manera en que ciertas ventajas y desventajas sociales han configurado el rumbo hacia la universidad. Asimismo, se plasma cuán accidentada resulta la conquista de la autosuficiencia personal y la autonomía decisional.

El capítulo cuarto se centra en las distinciones políticas entre jóvenes con una importante delantera escolar. Además de caracterizar las rutas de participación de las personas que colaboran en este trabajo, se ofrecen algunos visos sobre las prácticas políticas antecedentes desde el hogar, algunas distinciones en los hábitos y las creencias de los grupos de estudiantes analizados, y sus prefiguraciones en torno a la activación cívica.

El capítulo quinto muestra el carácter diferenciador de la desigualdad en las incursiones públicas, analizando el modo en que algunas distinciones selectivas impactan en el calendario y la intensidad con que se suscita el inicio de una vida política activa.

A modo de contrastar el poder determinativo de la inequidad social sobre la participación ciudadana, el último capítulo se centra en las diferencias dentro de los distintos subgrupos de universitarias y universitarios.

En un país como México, donde la presencia de sus ciudadanos resuena en ocasiones en que se suscitan situaciones críticas, es necesario tratar de echar luz sobre las otras experiencias políticas que se construyen y practican aun cuando no se afrontan momentos de tensión. En contextos atravesados por la desigualdad, es importante cuestionarse quiénes tienen posibilidades de ejercer sus facultades cívicas plenamente. Y aunque este estudio se centra solo en un muy acotado grupo de jóvenes, puede incitar a pensar en la forma de abordar el fenómeno en otros parajes.

Después de todo, los sujetos aquí estudiados junto a otros tantos constituyen los agentes cívicos que habrán de colmar o vaciar el espacio público. Conocer sus rostros, sus determinaciones, sus precedencias abona a dilucidar mínimamente algunos de los rasgos prevalentes del entorno político que los rodea. Ya no solo es un tema de cuántos participan, sino de quiénes pueden ejercer el privilegio que comanda la categoría de ciudadano. Pensar en las causas que conducen a la ausencia de expresiones es el primer paso para robustecer su eventual presencia.

1. COORDENADAS DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DESIGUAL

A principios de la década de 1950 el psicólogo estadounidense Solomon Asch condujo sus famosos experimentos sobre el poder de la conformidad en el interior de grupos. *Grosso modo* la dinámica consistía en mostrar un par de tarjetas a un conjunto de personas. La primera contenía una línea vertical; en la segunda se observaban tres, y una de ellas era exactamente igual a la de la primera tarjeta. Los voluntarios debían dilucidar cuál de las líneas contenidas en la segunda cartulina se asemejaba más al patrón de la primera. Aunque la respuesta debía ser obvia el juego no era paritario, de manera tal que Asch (1951) encontró que en buena parte de las rondas los sujetos brindaron juicios incorrectos.

El truco del experimento radicaba en someter a una persona a la presencia inadvertida de un cúmulo de cómplices. De los 18 ensayos que se hicieron en total, en 12 los “coludidos” darían opiniones divergentes y erróneas para explorar si el participante real se mantenía firme en su juicio. En estas 12 rondas Asch (1974) detectó que 75% de los voluntarios se conformó al menos una vez con la opinión incorrecta de la mayoría. En contraste, dentro de un grupo de control en el que no se introdujo la presión de los “coludidos”, menos de 1% dio respuestas equivocadas. De acuerdo con los hallazgos reportados por Asch (1951), en promedio uno de cada tres participantes sujetos a la influencia grupal decidió expresar una opinión diferente a la que mandataba su propio razonamiento.

La alusión al experimento previamente narrado no es casual. En la actualidad, cuando las democracias contemporáneas parecen exhibir distintos y variados síntomas de malestar entre la gente común, se torna por demás importante preguntarse cómo se configura la voz que da forma al poder de la ciudadanía.

Quizá algunas personas se vean reflejadas en varias de las quejas recurrentes sobre las imperfecciones democráticas. Preguntas frecuentes sobre por qué ganó el Brexit en Reino Unido, cómo pueden oponerse ciertas legislaturas a la aprobación del matrimonio igualitario en algunas entidades federativas, o cómo fue posible que ganara Donald Trump la presidencia de Estados Unidos, rondan la cabeza. Nuestras conjeturas más usuales nos llevan a suponer masivos errores de juicio en la toma de decisiones.

Empero, más allá de la psicología política, es una realidad que el juego de la democracia es una dinámica de equilibrios, donde la pérdida de pesos y contrapesos nos deja a merced de nuestras fragilidades sociales más temidas.

Al igual que el experimento de Asch, los escenarios democráticos parten de una lógica donde cada persona está dotada de voz. Tomando prestada la poderosa analogía acuñada por Verba, Schlozman y Brady (1995), la ciudadanía vocifera a través de sus diferentes y muy variados repertorios de participación. Sin embargo, el problema radica en que no todas las voces resuenan con la misma fuerza. Algunas, como en el ejercicio del poder de la conformidad, son acalladas por el estruendo de la mayoría; otras son minadas por el peso de desventajas originarias y acumuladas a lo largo del curso de vida; mientras otras tantas llanamente permanecen en silencio ante la falta de oportunidad para expresarse.

En el diseño experimental de Asch la paridad de voces se rompía por la complicidad de una mayoría preconfigurada. De modo psicológico, el temor al rechazo (la denominada influencia normativa) o la suposición de que otros estaban mejor informados o calificados (influencia informacional) obligaban a los participantes a moderar su opinión (Asch, 1951). Pero más

allá de los errores de juicio, cambios de posición o de valoración, ¿qué sucede cuando tal paridad no existe como condición de partida? Pensemos por algunos segundos; si las democracias requieren del involucramiento político de la ciudadanía y, más aún, por principio se yerguen sobre la promesa igualitaria de que cada ciudadano y ciudadana pueden tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos, ¿qué ocurre cuando nuestros contextos se soportan sobre profundas desigualdades cotidianas? ¿Cuáles son los efectos de tales inequidades para el ejercicio de nuestra voz política?

Las interrogantes anteriores no son nada nuevas entre quienes han reflexionado y estudiado el comportamiento y las instituciones políticas desde muy distintas aristas. En la filosofía, por ejemplo, a Tocqueville (1980) le desvelaba el miedo a la tiranía de las mayorías, mientras que a otros más modernos como Estlund (2003, 2008) y Brennan (2016) les sobrevienen dudas sobre la conveniencia de una *epistocracia*, el valor de la responsabilidad cívica y la restricción participativa sobre aquellos mejor calificados para tomar decisiones sobre la base de un mayor y mejor conocimiento. Por su parte, en la sociología política y la ciencia política se ha discutido con cierta insistencia la estrecha asociación entre la tenencia de ciertos privilegios y la proclividad a una vida política activa. Desde Verba y Nie (1972) hasta el más reciente trabajo de Dalton (2017), los nexos entre las bondades de la riqueza más allá del beneficio monetario han figurado como un poderoso facilitador de la actividad política. Como veremos más adelante, esto no quiere decir que el problema sea reducido a una equivalencia entre democracias disfuncionales y plutocracias. Por el contrario, la articulación de privilegios ligada a la desigualdad resulta tan intrincada que sería estéril acotarla a una distinción socioeconómica.

Ahora bien, si ya sabemos cuán verosímil es que quienes más participan estén dotados de mejores oportunidades y mayores ventajas sociales, ¿qué puede aportar este libro a quien se tome la molestia de leerlo?

En primera instancia, vale la pena recurrir de nuevo a la analogía de la voz. Así como los seres humanos desarrollan paulatinamente la capacidad del habla para dar forma y contenido a sus vociferaciones, la participación política implica la adquisición de aptitudes, recursos y aprendizajes a lo largo del curso de vida. En este sentido, importa problematizar el involucramiento político como un proceso dinámico, y no solo como una condición de actividad o pasividad. A diferencia de buena parte de las contribuciones en el campo bibliográfico, en este trabajo se ofrece un rastreo peculiar de la ligadura entre el contorno biográfico de las personas y su trayectoria de acción política. Esto permite preguntarse cuándo se suscita la activación, quiénes lo hacen de manera más anticipada, quiénes se rezagan e incluso cuáles son los rasgos de aquellos y aquellas que prevalecen sin participar.

En segundo lugar, y por tratarse de una investigación sobre desigualdades sociales convertidas en asimetrías políticas, el tiempo juega un papel clave en la discusión. Así como el recurso de la voz ligado al habla mejora con factores como la estimulación temprana, un acceso oportuno a la lectura y a contextos de conversación o el ingreso al circuito escolar, las posibilidades de participación política se enriquecen o empobrecen a la luz de distintas experiencias y circunstancias. Así, con el fin de problematizar el surgimiento de brechas participativas, aquí se ofrece una mirada retrospectiva para vincular contextos de origen social y familiar con condiciones presentes, en las cuales los sujetos de estudio tratan de ejercer derechos políticos que para algunos y algunas se han tornado auténticos privilegios.

Como tercera cuestión, a modo de provocación se trata de una investigación centrada en jóvenes con características muy específicas. El núcleo empírico de este trabajo viene dado por personas captadas en dos prestigiosas universidades de la Ciudad de México (CDMX). A grandes rasgos la primera (Universidad A) es una institución de educación superior (IES) de carácter privado con un coste de la matrícula semestral cerca-

na a los 100 000 pesos, lo que constituye una cuota prohibitiva para la mayoría de las familias mexicanas. La segunda es una universidad pública con más de 40 años de existencia (Universidad B) y con una evidente composición social divergente a la de la primera escuela. La apuesta de esta comparación no radica en ofrecer un estudio sobre la participación política universitaria en sí misma. Por el contrario, el recorte apunta a tres elementos. El primero consiste en cuestionar el alcance habilitante de los circuitos de educación superior para una vida pública activa, considerando que de estos se espera el egreso no solo de profesionistas competentes, sino de ciudadanos y ciudadanas activamente corresponsables del progreso de su sociedad. El segundo procura problematizar el papel de las IES como enclaves de captación y de asentamiento de profundas desigualdades sociales; de ahí que fuese importante contrastar la existencia de brechas participativas tanto entre las universidades estudiadas como en el interior de estas. Por último, se propone repensar el tamaño del desafío democrático de las desigualdades políticas. Si entre personas en cierto modo privilegiadas como aquellas que logran acceder a la educación superior aún prevalecen diferencias participativas importantes, pensar el reto en escenarios sociales más heterogéneos no solo se torna más complejo, sino altamente indispensable.

Asimismo, la centralidad de los jóvenes como objeto de estudio posibilita hablar de aquello que Burns, Schlozman y Verba (1997) enunciaban como *las consecuencias públicas de las desigualdades privadas*. Si bien la discusión de aquel artículo se centraba en las tensiones domiciliarias, las distinciones dentro de la vida familiar y sus impactos en la actividad política, aquí la cuestión se aborda desde otra óptica. Al igual que la participación, la juventud es un proceso vivible, palpable, y en ocasiones insufrible. En la investigación que alentó este libro, dicho proceso se dimensionó como transición a la adultez. Como se verá en capítulos posteriores, ese tránsito resulta crucial en la medida en que conjunta expectativas, recursos e incertidumbres sin distingo de ámbitos públicos o privados. Quien haya

atravesado ese trecho o esté pasando por él, sabe que tornarse en adulto implica arrastrar las circunstancias de origen social y familiar, fraguarse un futuro en conquista de la independencia económica y la autonomía decisional y, de paso, tratar de involucrarse políticamente. En suma, las oportunidades políticas de involucramiento no se discuten aisladas del curso de vida, porque la resolución de los problemas privados suele ser un gran distractor para atender los desafíos públicos.

Finalmente, resta decir que este libro es producto de una investigación realizada en México. En este país la tradición académica sobre temas de participación política, desigualdad y juventud constituye una de las aristas de mayor y mejor producción.¹ Sin embargo, resulta innegable que al menos en el subcampo de estudios sobre participación y compromiso cívico la vanguardia revestida de hegemonía ha estado trazada por marcos de entendimiento provenientes de otras latitudes. La obra imprescindible de Sidney Verba junto a otros colaboradores (Verba y Nie, 1972; Verba, Nie y Kim, 1978; Verba, Schlozman y Brady, 1995; Burns, Schlozman y Verba, 2001; Schlozman, Verba y Brady, 2012), al igual que las recientes aportaciones de Aina Gallego (2015) y Russell J. Dalton (2017) nos dan cuenta de ello. Fundamentalmente se trata de contribuciones centradas en comparaciones transnacionales, o bien articuladas desde el análisis y la crítica a las democracias de mayor consolidación en el mundo. En esa tesitura, con todas las limitaciones y los potenciales vacíos del trabajo incitante de este libro, se busca ofrecer un

¹ Desde luego, los precedentes investigativos en México son amplios y variados. Resulta difícil pasar por alto las contribuciones de José Antonio Crespo (1988, 1989, 1990 y 1994); Anna María Fernández Poncela (2003); Rossana Reguillo (2010); María Fernanda Somuano (2005, 2011); Rafael Segovia (1975); y José Antonio Pérez Islas (2000), solo por mencionar a algunos. Es tan vasta la diversidad y tan abundante la problematización que dar cuenta de ellas sería materia para un trabajo en sí mismo. Aunque a lo largo del libro no se presenta un diálogo explícito con dicha bibliografía, los planteamientos vertidos no hubiesen sido posibles sin las debidas orientaciones y distancias de quienes sentaron las bases para comprender la intersección entre política y juventud en nuestro país.

conjunto de reflexiones y hallazgos conectados con las premisas y los conceptos de quienes han marcado el rumbo del debate, con el cuidado de no desvincular las particularidades del contexto y sus casos bajo escrutinio.

Con todo lo anterior como preámbulo, este capítulo tiene una función orientadora. A lo largo de las siguientes páginas se vierte un conjunto de consideraciones primarias sobre los tres pilares de la investigación. En primer lugar, se reconstruye la intersección entre desigualdad social y democracia; en segunda instancia, se aborda el desafío nada trivial de situar qué es la participación política, para finalmente aproximarse a la importancia de relacionar el proceso de involucramiento cívico con el curso de vida. El propósito de esta tarea radica en mostrar cómo de manera analítica la comprensión de las inequidades sociales atraviesa los ámbitos públicos y privados, imponiendo el reto de vincular el tratamiento de asuntos públicos con dimensiones y sucesos que tienen lugar en distintos campos vitales de las personas.

MÉRITO, PRIVILEGIO Y DISTORSIÓN EN DEMOCRACIA

Hobbits, *hooligans* y *vulcanianos* constituyen tipos ideales del ciudadano democrático a ojos de Jason Brennan (2016). Para este filósofo de la Universidad de Georgetown los primeros evocan las cualidades de quienes habitan las comarcas imaginarias de Tolkien. Al modo de Frodo y Bilbo, previo a la intromisión del “anillo único”, en los *hobbits* prevalece la apatía y la ignorancia sobre la política, opiniones altamente cambiantes, desinformadas y poco sustentadas sobre un tema. La ausencia de convicción y la escasez de información los hace presa de la inmediatez de los eventos y la parsimonia de la rutina.

A los *hooligans*, en cambio, Brennan (2016: 5) los presenta como “aficionados rabiosos a los deportes” con visiones y creencias profundamente asentadas. Las discusiones con estos personajes arquetípicos están perdidas, en tanto que son hábi-

les para desarrollar argumentos de soporte para sus posturas, pero incapaces para incorporar y aproximar miradas alternativas de forma óptima. Su consumo apasionado de datos está al servicio de sus preconcepciones, eligiendo solo aquello que abona a reforzar sus ideas y desdeñando todo lo que las contradiga. En síntesis, para Brennan (2016) los *hooligans* abundan en un mundo político donde el poder se sobreentiende de forma maniquea como oposiciones irreductibles, a la manera de lo que acontece en una final del mundial de clubes de fútbol.

Por último, el mordaz filósofo nos expone a los *vulcanianos*. Quienes tengan familiaridad con *Star Trek* comprenderán la intuitiva analogía con la mitad no humana del señor Spock. En este arquetipo están quienes piensan la política de manera racional (Brennan, 2016), con opiniones guiadas por evidencia contrastable, contundente y confiable. Sus posturas suelen enmarcarse sobre juicios sesudamente elaborados a la luz de elucubraciones científicas y filosóficas. El interés político de los *vulcanianos* es producto de un sutil equilibrio entre su confianza informada y a la vez desapasionada. Aproximar puntos de vista divergentes a los suyos es una de sus fortalezas, pues generalmente guían sus evaluaciones sobre contrapesos argumentativos y no sobre reduccionismos adjetivos del tipo “aquel que piense diferente a mí es estúpido, malo o egoísta” (Brennan, 2016: 5).

En el acotado retrato de “tipos ideales” de Brennan seguramente lograremos identificarnos o estereotipar a algunos de nuestros personajes más cercanos. No obstante, el propósito del filósofo estadounidense va un poco más allá. De acuerdo con él, esos arquetipos demarcan una tensión esencial frente a las expectativas democráticas y el valor de la participación política. En su argumento inicial, Brennan (2016) nos sugiere que la democracia ha sido englobada desde tres aristas fundamentales. La primera, una *epistémica/instrumental*, donde lo democrático y lo participativo son buenos porque tienden a conducir a resultados justos, eficientes o estables; otra *aretai-ca*, donde el involucramiento y lo democrático son valorables

porque tienden a educar, ennoblecer y encumbrar a la ciudadanía; y una *intrínseca*, donde la participación y la democracia aparecen como bienes y fines en sí mismos.

Sin alargar más este preámbulo, el libro *Against Democracy* está dedicado a minar parte de esas certezas. Con un cuadro compuesto por una mayoría de *hobbits* y *hooligans*, y una minoría de *vulcanianos*, Brennan (2016) trata de convencernos de que la participación no es un recurso valorable para la mayoría de las personas. Por el contrario, hay a quienes les incentiva a desperatar sus peores defectos, a otros les torna en enemigos y a otros sencillamente les pone en ridículo. Por ende, votar o competir por un cargo público no debería asumirse como prerrogativa, sino como un mérito justificado y plenamente adquirido.

La artillería más pesada del filósofo de Georgetown apunta justamente al tema de la igualdad. Para Brennan, dado que las decisiones políticas en democracia no tratan de uno mismo sino de toda la población, “si una mayoría toma decisiones caprichosas, otros sufrirán los riesgos” (2016: 9). En consecuencia, desde su mirada crítica los diseños democráticos encierran una grave contradicción: la fe en la participación igualitaria incentiva elecciones y cursos de acción en manos de personas a menudo irracionales, ignorantes y escasamente comprometidas en perjuicio de gente inocente. Por tanto, el *quid* del debate radica en cómo mantener la legitimidad política asegurando que solo se involucren individuos de acreditada competencia, de probada responsabilidad y de amplia aspiración *vulcaniana*.

Ya en 2008 un reconocido profesor de la Universidad de Brown había adelantado algunos pasos sobre la propuesta epistocrática. Para David Estlund (2008) las democracias ponen demasiado en juego. Mediante una curiosa analogía, este autor nos coloca ante una duda crucial: cuando se trata de decisiones médicas de vida o muerte, nadie en su sano juicio resolvería el diagnóstico o la elección del tratamiento a partir de una votación. Más aún, por la importancia de tal cuestión sería deseable que toda duda y proceder quedara en manos de quienes son expertos en la materia, dejando de lado el arbitrio de quienes ca-

recen del derecho, el conocimiento y la experiencia para obrar sobre nuestro porvenir. Luego entonces, si es tan problemático admitir las bondades democráticas en un escenario como ese, ¿por qué resulta convincente el que independientemente de su grado de interés, saber y compromiso, el grueso de la ciudadanía continúe eligiendo quién habrá de gobernar un país?

Desde luego, el propio Estlund (2008) reconoce las distancias procedimentales, morales y simbólicas entre lo médico y lo político. En sus reflexiones se plasma una preocupación por vincular la tensión entre calificación y legitimidad de la autoridad (Estlund, 2003, 2008).

Estlund (2008) ha sido enfático en eludir una connotación exclusiva o elitista de lo político. Por el contrario, al hablar de “calificación” el autor busca problematizar los fundamentos de una autoridad política legítima más allá de la pueril justificación del *jefe/experto*. Contra toda defensa de un gobierno de las personas más educadas y su concreción en un método de *voto censitario* o *plural* (véase Mill, 2001), Estlund apunta dos objeciones centrales. La primera está referida a la *delegación de juicio*, dado que no necesariamente quienes más saben producen mejores resultados. Aunque resulte paradójico, ni el sufragio universal ni la participación restringida a quienes ostenten mayor sapiencia garantiza resultados justos o correctos. La segunda vacilación proviene de la falta de neutralidad demográfica en la conformación del valor epistémico decisonal; o lo que es lo mismo, la selectividad de quienes por unas u otras razones se sitúan entre la población con mayor escolaridad y probablemente con acceso a más y mejores herramientas para discernir de una manera más certera (o cuando menos más informada). En la medida en que una mejor preparación constituye un privilegio para grupos selectos de clase, etnia, género y hasta religiosidad, se torna difícil evadir los sesgos encubiertos o latentes de quienes podrían ostentar el protagonismo de una *epistocracia de la gente educada*.

Bajo esa lógica la legitimidad del proceso de toma de decisiones no reposa tanto en quiénes participan, o si cuentan con

acreditaciones de por sí debatibles y difíciles de consensar. Por el contrario, la obediencia y la capacidad coercitiva de la autoridad devienen de la posibilidad de constituir mecanismos aceptables, que por encima de elecciones buenas o correctas aún aparezcan como justificables y razonables a ojos de quienes se habrán de sujetar a sus consecuencias políticas.

Sin embargo, más allá de la caricatura de Brennan o la provocación filosófica de Estlund, la cuestión resulta bastante más intrincada. En buena parte de nuestros contextos, la gente queda excluida y sujeta a la arbitrariedad del poder cuando no cuenta con oportunidades no solo equitativas, sino realizables de involucramiento. Participar no implica únicamente tomar parte en los procesos decisionales, sino contar con la posibilidad de vociferar cuando los cursos de acción política resultan injustificables, no razonables y hasta vejatorios.

Puede que la política no sea igual de importante o fundamental para todas las personas, incluso podemos aceptar que hay quienes se la toman demasiado a la ligera; empero, ¿ello nos insta a defender el que lo público se torne más privado? En escenarios fuertemente atravesados por la desigualdad social, situarse en la antípoda entre *hobbits* y *vulcanianos* no siempre constituye una elección personal. Si bien, siguiendo a Brennan, es ingenuo pensar que la participación en sí misma conduce a resultados justos o estables, a prácticas ennoblecedoras o a la producción de un bien intrínseco, lo cierto es que la falta de esta o su conversión de derecho a privilegio suscita todo lo contrario. Así como advierte Estlund (2008), si quienes ostentan la capacidad real de decidir tienden a reproducir los sesgos latentes del selecto grupo del cual provienen, la aceptabilidad y justificación de las decisiones queda en duda.

Es común aseverar que las democracias son imperfectas. También es frecuente desear que quienes se inmiscuyan en la política sean solo las personas más aptas, las más razonables y las de juicios más equilibrados. Empero, existe una distancia abismal entre el anhelo y lo factual. Cuando se trata de reflexionar sobre los efectos políticos de la desigualdad social es

inevitable preguntarse qué hace que no todos y todas podamos ostentar las mismas condiciones, los recursos y las oportunidades para participar, qué impide que la gente en conjunto sea igual de capaz, acuciosa e interesada en las cuestiones públicas. Si los dados del juego social están cargados, el involucramiento político tenderá a ser distorsionado. Más allá del mérito, la calificación y la elección personal para activarse o no cívicamente, se corre el riesgo de que solo una porción de la ciudadanía esté habilitada para tomar parte en los asuntos de poder.

La intersección compleja entre desigualdad y democracia trasciende al ímpetu utópico de la equidad. Tal y como el propio Estlund (2008) nos propone, si el valor de lo democrático residiera en su cariz equitativo, nos sobrarían razones para optar por un método más simple como arrojar una moneda al aire. Por el contrario, la importancia del debate y de la práctica democrática en sí misma radica en cuestionarse cuáles son las voces escuchadas y cuáles son las acalladas. Con un piso parejo de arranque, el silencio político se torna en una cuestión de capacidades, de compromiso o de elección; en el escenario contrario, el asunto se vuelve un tema de oportunidades y recursos asimétricamente distribuidos.

DEMOCRACIA, DESIGUALDAD Y DIFERENCIA

Charles Tilly (2007) en su obra *Democracy* nos recuerda que todos los regímenes, democráticos o no, tienden a incidir en la producción de desigualdad. Por esta última, Tilly se refiere a “una relación entre personas o conjuntos de estas en la cual la interacción genera mayores ventajas para unas que para otras” (2007: 111). De acuerdo con él, las reglas políticas inducen arreglos desiguales a partir de tres vías: *a*) protegiendo los privilegios de sus grupos de apoyo; *b*) estableciendo sistemas propios de extracción y asignación de recursos, y *c*) redistribuyendo capitales entre diferentes segmentos de las poblaciones controladas.

De manera comparativa, vivir en democracia parecería ofrecer mejores alternativas para lidiar con la desigualdad. Thomas H. Marshall (1950a, 1950b, 1973), por ejemplo, creía en dicha vía como una forma de resolver la contradicción fundamental entre el principio desigualitario de las estructuras de clase social y las premisas igualitarias de la ciudadanía. A decir de Marshall:

las instituciones de clase enseñan a los miembros de la sociedad a notar ciertas diferencias e ignorar otras al momento de ordenar a las personas en torno al mérito social. En otras palabras, las clases sociales no pueden existir sin que ciertas desigualdades sean consideradas como irrelevantes para la determinación del estatus. Luego entonces, hay dos caminos principales hacia una sociedad sin clases. Uno conduce a través de la abolición (tanto como sea posible) de las diferencias sociales entre individuos —que es más o menos el camino del comunismo— y el otro procede de hacer que las distinciones sean irrelevantes para el estatus —que es más o menos el sendero de la democracia— (1950a: 164-165).

Pero gestionar las diferencias sociales dentro de nuestros contextos constituye todo un desafío. En esa tarea, quizá ninguna otra alternativa política pareciera tan viable como la democracia. Empero, el problema surge cuando tales contrastes y diversidades se tornan fuentes potenciales de asimetría e incompatibilidad. Tilly mismo aludió al tema en la discusión sobre desigualdad persistente (1998, 2003, 2007). Con esta noción se hacía referencia a “las diferencias organizadas en privilegios por género, nacionalidad, etnicidad, religión, comunidad y sistemas similares de clasificación” (Tilly, 2003: 37).

Como adelantaba Marshall en su trabajo de 1937 sobre la “naturaleza del conflicto social”,² no todas las distinciones constituyen insumos *per se* en la configuración de un estatus desigual. El peso de unos u otros rasgos en la preservación y

² El texto “The Nature of Class Conflict” de T. H. Marshall fue inicialmente desarrollado en 1937, y compilado finalmente en su obra de 1950: *Citizenship and Social Class and Other Essays*.

distribución de ventajas tiende a variar ampliamente a lo largo del espacio y del tiempo (Tilly, 2003). Por tanto, la heterogeneidad estructurante de nuestros contextos se torna problemática solo en la medida en que las diferencias sociales se yerguen como disparidades entre las personas.

Marshall solía pensar a la ciudadanía como el potencial “artífice de la desigualdad social legítima” (1950b: 70). Si el ejercicio de derechos cumpliera con su cabal función, las distinciones económicas o de cualquier otro tipo pasarían a ocupar un papel más bien accesorio y trivial. En dicho escenario, la posibilidad de involucrarse en los asuntos públicos, de hacer uso de la voz e incidir en las decisiones del poder, no borraría las fronteras económicas o sociales que nos separan, pero al menos permitiría una capacidad de resonancia similar a quienes formamos parte de la comunidad política. Independientemente de ser *hobbits*, *hooligans* o *vulcanianos*, contaríamos con un recurso innegable para elegir si trascendemos o no las fronteras de nuestros intereses privados.

En esa misma tesitura, Tilly nos advierte que “si los regímenes democráticos viven con una amplia desigualdad material y los Estados invierten en mantener las formas existentes de tal disparidad, la ausencia de desigualdades no puede ser una condición necesaria para la democracia o la democratización” (2007: 117). Como sugería Marshall, el asunto relevante radica más bien en aislar a las determinaciones de los asuntos públicos de cualquier inequidad material o social prevalente. “La democracia prospera sobre la falta de correspondencia entre desigualdades de la vida cotidiana y aquellas de las relaciones Estado-ciudadanía” (Tilly, 2007: 118).

Bajo esa lógica, aquí interesa mostrar que cuando lo político no logra mantenerse ajeno a las disparidades más habituales y ordinarias que rigen nuestro curso de vida, una parte del quehacer democrático se coloca en riesgo. Los peligros de los cuales se hablará en capítulos posteriores nada tienen que ver con un daño a la democracia como bien en sí misma, a la visión *naive* de su potencial ennoblecedor o su supuesto halo de justi-

cia e imparcialidad en las decisiones. Por el contrario, importa señalar que en el momento en que ciertas ventajas sociales se tornan en privilegios participativos, los procesos de incidencia en los asuntos públicos solo resultan habilitados para unas cuantas personas.

Tilly (2003, 2007) ya había adelantado varias conjeturas al respecto. Según él, los incrementos en las desigualdades categoriales se traducen en medios e incentivos para que miembros de categorías aventajadas incurran en distintas situaciones proclives a la des-democratización.³ En el listado propuesto figuraban algunos de los siguientes ejemplos:

- Decidir no participar en los pactos democráticos.
- Crear o sostener relaciones beneficiosas con agentes estatales.
- Protegerse de obligaciones políticas onerosas.
- Intervenir directamente en la disposición estatal de los recursos públicos.
- Emplear su acceso al Estado para obtener mayores ventajas de las relaciones desiguales con actores no estatales.
- Usar su influencia sobre el Estado para continuar explotando o excluyendo a categorías subordinadas.
- Desplazar a los regímenes más allá incluso de la consulta mutuamente vinculante, protectora, igual y amplia, propia de los procesos de democratización.

³ En la centralidad conferida a los procesos, Tilly prefería hablar de democratización más que de democracia. Para evitar caer en problemas esencialistas, Tilly señalaba que “un régimen es democrático en la medida en que las relaciones políticas entre el Estado y la ciudadanía se demuestran con consultas mutuamente vinculantes, amplias, iguales y protegidas” (2007: 14). Por ende, la democratización implicaba la comprensión de “un movimiento neto” hacia esquemas consultivos con tales atributos; mientras que, en contraposición, la des-democratización significaría una capacidad vinculante restrictiva, mayor desigualdad participativa y mayor arbitrariedad ante el poder de la autoridad gubernamental y de otros grupos aventajados.

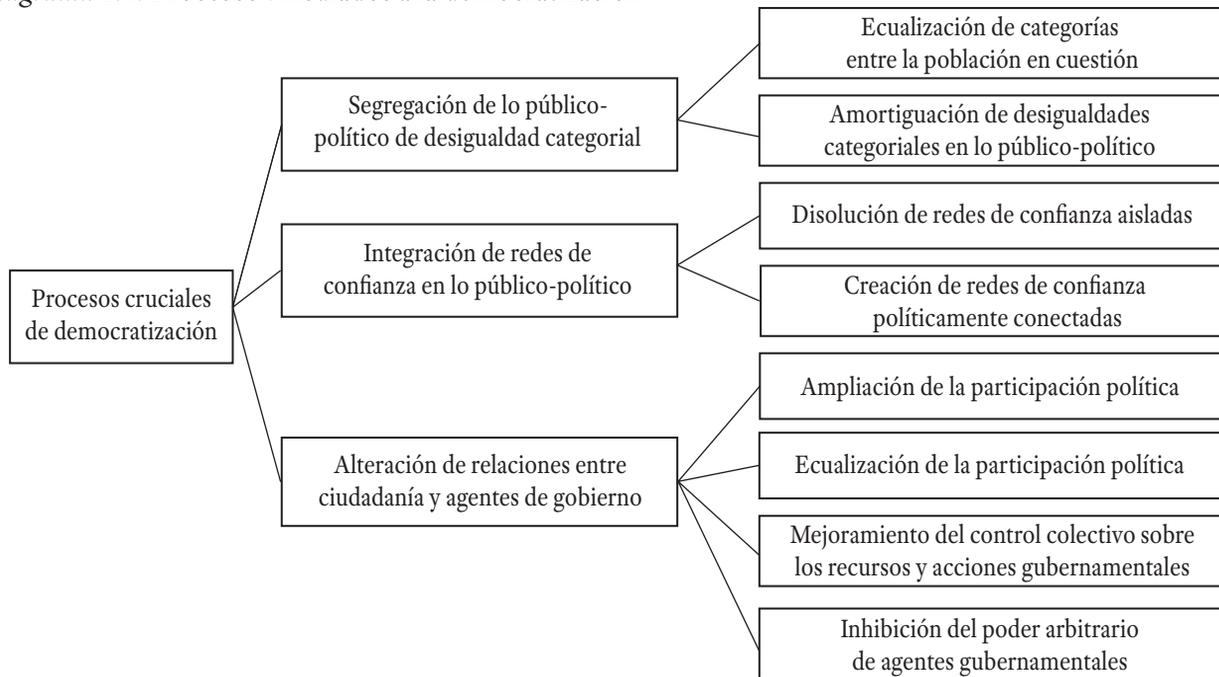
A modo de revertir tales efectos, en aras de favorecer el sostenimiento de una democracia relativamente funcional, Tilly (2000, 2003 y 2007) sugería colocar atención sobre los cambios interactuantes en tres conjuntos de relaciones sociales interdependientes, pero analíticamente distintivos: lo público-político;⁴ la desigualdad y las redes de confianza (diagrama 1.1).

Para hablar de democratización debían cumplirse todos los procesos ligados a la alteración de relaciones entre ciudadanía y agentes de gobierno, junto con al menos una de las condiciones referentes a los otros dos conjuntos (Tilly, 2003).

En la búsqueda de mecanismos causales específicos sobre este tema la empresa resultó menos afortunada. Cuando Tilly se enfocó en tratar de identificar los dispositivos elementales para aislar a lo público-político de la desigualdad categorial da la impresión de que su mirada solo se posó sobre uno de los dos extremos de la interacción entre gobernantes y personas gobernadas: difuminar algunos controles estatales; igualar ventajas o niveles de bienestar entre algunos grupos; reducir o contener las fuerzas armadas privadas; fortalecer esquemas electivos plurales, equitativos y abiertos; promover la formación de asociaciones y coaliciones políticamente activas e incluyentes; o, demandar involucramiento cívico, derechos y deberes transversales y mixtos entre sectores distintos (Tilly, 2007: 119). Se asemejaba más a un listado de instrumentos estratégicos de afianzamiento democrático que a mecanismos concretos desde donde se podrían aislar los procesos políticos de las disparidades sociales cotidianas.

⁴ El uso de la noción *public politics*, aquí referida como público-político, no era casual en el lenguaje de discusión tillyano. Como bien ha señalado Andreas Koller (2010), las preocupaciones de Tilly sobre los “performances públicos” o los “reclamos públicos” se circunscriben en un sentido amplio de la esfera pública. Tal cual señala Koller, esta última pareciera conectarse con lo que Ikegami (2000) entiende como un intersticio donde la conmutación, la conexión y el desacoplamiento de redes tiene lugar. Así, si bien en Tilly y otros de sus colegas lo político no se restringe a lo institucional, lo estatal o lo gubernamental, al menos sí destaca una preocupación por centralizar la mirada en la hendedura donde coincide el poder, sus disputas y posibilidades con relación a aquello que trasciende a lo privado.

Diagrama 1.1. Procesos vinculados a la democratización



Fuente: elaboración propia a partir de Tilly (2003: 40).

En descargo del autor, vale la pena recordar junto con él que estos mecanismos apuntan a la descripción de ocurrencias históricas poco comunes (Tilly, 2007: 119). Por tanto, parte de las preocupaciones expuestas en *Democracy* invitan a pensar en la necesidad de hallar explicaciones democratizadoras donde se especifiquen las secuencias y combinaciones conducentes a allanar la política de obstáculos desigualitarios.

La insatisfacción de la respuesta ofrecida por Tilly en sus distintas contribuciones referentes al tema deviene sobre todo de la aparente precedencia conferida al sustrato procedimental por encima del componente transaccional. Para ponerlo en términos más claros, los mecanismos aludidos nos sugieren medios para ampliar el terreno de participación de la ciudadanía en las relaciones con agentes de gobierno, pero no para trastocar o comprender las causas mismas que provocan y reproducen el ejercicio desigual del poder participativo.

Sonaría bien decir que la política habrá de tornarse menos desigual por el hecho de abrirla a un mayor involucramiento, de no ser porque se trata de un argumento circular. Proponer una solución de tal tipo equivale a apostar por aliviar una infección con la administración de antihistamínicos, dejando de lado los antibióticos. De momento podremos reducir los síntomas, pero a la larga estaremos desatendiendo las causas.

Si, como el propio Tilly sugiere, uno de los grandes escollos de nuestras democracias radica en “la traducción de desigualdad entre categorías a la vida pública” (2007: 111), es imprescindible analizar desde dónde y con qué implicaciones ciertas diferencias sociales se convierten en motores o frenos para el uso de la voz política. Lo anterior conlleva a tener en mente tres tesis centrales:

- 1) El trazado de relaciones y posiciones ventajosas para ciertas personas antecede al momento mismo de su potencial activación política.
- 2) Los privilegios sociales que inciden en la participación de las personas varían y se reconfiguran a lo largo del tiempo.

- 3) Dado que las disparidades sociales poseen una notable rai-gambre cotidiana, varias de sus consecuencias públicas manifiestas en la participación devienen de procesos situados en el ámbito privado donde socializan las personas.

Las ideas anteriores distan mucho de ser revolucionarias como planteamiento; sin embargo, conviene traerlas a colación para evitar el peligro de la excesiva simplificación. Importa recalcar en este sentido que aquí se privilegia la desigualdad como una categoría de proceso y no de estatus; al tiempo como un elemento en juego y no como un factor omiso; y a los linderos de lo privado como enclaves determinantes de la posible habilitación en el espacio público.

Por encima de una pretensión de originalidad, se trata de aportar una ligera vuelta de tuerca en torno al tema. Especialmente cuando se trata de un asunto central como la participación, contrastan nuestras certezas para asumirla como algo desigual en comparación con la incertidumbre sobre el origen y los factores que producen sus distintas asimetrías. En las contribuciones más resonantes del campo de discusión se identifican algunas asociaciones relevantes que, no obstante, dejan vacante el rastreo de conjeturas más claras sobre cómo y desde dónde surgen las franjas categoriales que rigen nuestro actuar político.

Como se verá en el siguiente acápite mucho se debe a la manera en la que se ha conceptuado el involucramiento cívico, cuáles dimensiones se favorecen en su comprensión y cuáles otras se aíslan para dar consistencia a la construcción de un marco explicativo. Empero, al tratar de entender por qué cierta gente participa y otra no, siempre sale a relucir el mismo denominador: la tensión prevalente entre democracia, desigualdad y diferencia.

EXPLICAR O DELIMITAR LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA

La elección de lo participativo como foco de nuestra atención responde en buena medida a la preocupación por situarlo en el entremedio de las promesas igualitarias de la democracia y las disparidades articuladoras de nuestra vida social.

Para comenzar bien vale la pena acotar la referencia a la noción de participación política. Esta última puede entenderse como la expresión activa del compromiso cívico en todas aquellas actividades por las cuales la ciudadanía trata de incidir, directa o indirectamente, en decisiones que tienen lugar en diversos niveles del sistema político (Barnes y Kaase, 1979). Mediante tales incursiones tratamos de afectar o perpetuar la composición de los gobiernos nacionales o locales (Nelson, 1979); la distribución de bienes públicos materiales y simbólicos (Booth y Seligson, 1978); así como el trazado de normas, prácticas y lógicas bajo las cuales se desenvuelve la producción y reproducción funcional de dicho sistema. Para ponerlo de otro modo, se habla de una voluntad hecha práctica con la cual no solo incidimos en el destino de quienes nos gobiernan, sino de cómo nos habrán de representar. Nuestras acciones también podrían impactar en la administración de recursos, el reconocimiento de necesidades y la valía de nuestros derechos. Porque el poder no se agota en ni con las instituciones es que, en suma, y al margen de todo idealismo epistémico, aretaico o intrínseco, al participar invocamos parte de las categorías bajo las cuales se estructura y rige nuestro orden social. En ocasiones lo hacemos para contenderlas, en otras para preservarlas y otras tantas llanamente para hacerlas brotar.

Involucrarse en asuntos públicos puede tomar muchas formas. Por la pluralidad de modalidades vale señalar que el repertorio de actividades participativas adquiere cuerpo en incursiones: *a)* individualizadas o colectivas; *b)* ocasionales o regulares; *c)* de formas activas o pasivas; *d)* con conductas agresivas o no agresivas; *e)* organizadas o informales; *f)* pagadas o gratuitas; *g)* virtuales o presenciales; *h)* locales o extra-

territoriales; *i*) consultativas o reivindicativas; *j*) proactivas o reactivas; *k*) instrumentales o transformativas; *l*) conducentes o resistentes al cambio, y *m*) con objetivos gubernamentales o extragubernamentales (Conge, 1988; Cornwall, 2002, 2004, 2008; Cornwall y Goetz, 2005; Ginsborg, 2005; Gaventa, 2006; Gaventa y Cornwall, 2006; Beetham *et al.*, 2008).

Tal diversidad no debe incitar a pensar que todo cabe en la noción de participación. Su especificidad radica justo en considerar que más allá de su modalidad, espacio o momento de ocurrencia esta pretende el trastocamiento del poder y sus consecuencias en el ámbito público. Por la propia heterogeneidad de este último, el involucramiento refiere a una práctica situada cuya concreción responde a particularidades del contexto de quienes la ejercen (Cornwall, 2002).

De hecho, el reto en la materia reside precisamente en la diversidad de posibilidades en que puede tomar forma. Así como el agua no pierde sus propiedades por cambiar de recipiente, la participación puede llenarse de contenidos políticos al margen de sus distintas manifestaciones. Las locaciones, los propósitos y los equilibrios entre las partes interactuantes confluyen con rasgos específicos como el tipo de relaciones de las y los participantes; el grado de influencia y compromiso en las acciones emprendidas; o el volumen y la peculiaridad de los recursos con los cuales habrá de sostenerse el involucramiento (Arns-tein, 1969; Pretty, 1995; White, 1996; Farrington y Bebbington, 1993; Gaventa, 2006).

Ahora bien, más allá de los anteriores puntos de partida, cuando intentamos esbozar razones sobre la ocurrencia de un fenómeno de algún modo lo delimitamos. Nuestras intuiciones se basan en que aquello que concita nuestro interés se produce de una manera y no de otra. También suele suceder, en ocasiones, que nuestras alternativas no representan del todo formas contrapuestas de entender un mismo objeto; por el contrario, solo constituyen miradas postradas desde diferentes ángulos y en disímiles aspectos. Quien examina un meteorito con un microscopio y un telescopio, no cambia drásticamente el núcleo

de su observación, más bien capta propiedades singulares que posibilitan responder preguntas de distinto orden y magnitud.

Quiénes, por qué, en qué actividades, con qué frecuencia, con cuál amplitud de intereses, con cuánta profundidad de compromiso, con cuál combinación de recursos y repertorios, en cuáles espacios, en qué momentos y con cuáles resultados, son algunas de las interrogantes prevalentes entre quienes se han interesado por los misterios de la participación (Beetham *et al.*, 2008).

Como bien sabemos, lejos de toda aspiración y concepción mítica, tomar parte en asuntos públicos está compuesto por el activismo de un cúmulo de personas a costa del rezago y la pasividad de otras. Esta polaridad constituye en buena medida el nudo entre diferencia, democracia y desigualdad.

En el repertorio disponible de explicaciones encontraremos sin duda algunas pistas sobre cómo se ha pensado la relación tensa entre lo desigualitario, lo democrático y lo participativo. Sin el propósito de ofrecer un compendio, se repasan algunas conjeturas que han marcado el campo de discusión. Cada una de ellas prepondera procesos y factores distintivos para dilucidar las condiciones de activación política. La clasificación aquí propuesta se centra en formas de problematización y no en la reconstrucción cronológica de autorías o tradiciones. Como todo esfuerzo de síntesis, este no está desprovisto de riesgos de excesiva simplificación.

Dicho lo anterior, a las primeras podríamos denominarlas *hipótesis sistémicas-institucionales*. En estas la participación política es resultado de cierto tipo de condiciones favorables del entorno donde residen las personas. Entre sus distintas versiones se han destacado elementos como: *a*) el desarrollo económico (*i.e.* Lerner, 1958; Lipset, 1959, 1960; Rostow, 1961; Deutsch, 1961; Bell, 1999; Lipset, Seong y Torres, 1993); *b*) los arreglos institucionales y normativos (*i.e.* Holzner, 2010; Campbell, 2003; Dietz, 1998; Rosenstone y Hansen, 1993), y *c*) la trama cultural (*i.e.* Inglehart, 1990, 1997; Inglehart y Catterberg, 2002).

En resumidas cuentas, a la luz de estos acercamientos se reconoce que los contextos constriñen y habilitan la actividad política de la gente. La calidad de vida y la gestión de privaciones se conjugan con preceptos formales e informales que codifican y crean incentivos, preferencias, privilegios, así como modos de asignación y acceso a recursos de distinto tipo. Así como el progreso económico bien puede alimentar la estabilidad para prestar mayor atención a los asuntos públicos, las carencias estructurales también pueden fungir como un poderoso detonador para concitar a la acción (*i.e.* Holzner, 2010). Diseños institucionales, prácticas profundamente establecidas, formas de competencia e incluso políticas públicas aparecen como factores incidentales para alentar o desincentivar la participación (*i.e.* Rosenstone y Hansen, 1993; Dalton, 2008; Dalton y Van Sickle, 2005; Kriesi, 2004).

Bajo esta óptica la desigualdad política es solo un reflejo de la configuración del escenario en que está situada la ciudadanía, del efecto diferenciado de ciertas normas, de la ausencia de oportunidades y de la prevalencia de ciertos arreglos que limitan su presencia en el espacio público. Sin embargo, el contexto no logra explicarlo todo. De otra forma, no sería concebible que dentro de un mismo grupo expuesto a un semejante orden circunstancial persistieran distinciones entre quienes participan, quienes se desafilian o quienes nunca se activaron.

A manera de ofrecer intuiciones alternativas, un segundo grupo de hipótesis lo podríamos denominar *relacional*. En el tenor de “dime con quién te juntas y te diré cómo y dónde participas”, se enfatiza la disponibilidad de estructuras de movilización, las cuales concitan intereses, recursos y vínculos para apelar al poder. Desde un punto de vista asociativo se recalcan las posibilidades de ostentar membresías en distintos grupos de expresión política, el valor de las conexiones entre la gente, así como las normas de reciprocidad y confianza que emergen de estas (Putnam, 2000; Walker, 1991; Warren, Thompson y Saegert, 2001; Kaase, 1999; Van Deth, 1997).

Justamente, al incorporar al capital social y organizativo en el análisis podemos dimensionar que al hablar de involucramiento político nos referimos de una u otra forma a la articulación de lazos sociales como recursos que favorecen o encausan la acción. El trazado de relaciones entre personas da lugar a transacciones entre individuos. En tales interacciones se colocan en juego redes con mayor o menor grado de densidad donde la cohesión no solo implica una suerte de afiliación moral, sino el intercambio y flujo de activos, bienes o potestades que fomentan la cooperación (Coleman, 1990; Lin, 2001; Putnam, 2000).

Desde este ángulo, la desigualdad en las trayectorias y formas de participación deriva de diferencias en el acceso y la exposición a redes de sociabilidad, donde cierto tipo de espacios y de ligaduras resultan más fructíferas para la activación. Por medio de la circulación de actitudes y creencias, así como a partir del tejido de relaciones, algunas personas potencian su involucramiento, mientras otras reproducen o profundizan su desafiliación.

Sin embargo, en el marco de tal explicación es preciso tener en cuenta que, como todo recurso, también nuestros vínculos tienden a ser selectivos y dispares; más aún, que la estructura de nuestras relaciones no prevalece perenne a lo largo del tiempo, y que está sujeta a los vaivenes de las ventajas y desventajas de cualquier contexto más o menos desigual. Después de todo, al igual que como sucede con las instituciones, los grupos formales o informales a los que nos adscribimos también nos implican costos, los cuales no todas las personas pueden sortear.

Con un énfasis más individualista en un tercer grupo de hipótesis podríamos situar a aquellas de corte *disposicional*. En estas se recalcan las condicionantes en los motivos y las orientaciones de las personas para ejercer su compromiso cívico a través de la práctica. Elementos valorativos asociados a la cultura política, la adquisición de aptitudes, así como la potestad de medios simbólicos y materiales, funcionan como aspectos clave en la decisión y habilitación para participar.

La síntesis ejemplar de estas conjeturas la podemos hallar en el trabajo seminal de Verba, Schlozman y Brady (1995) en torno al llamado *modelo del voluntarismo cívico*. Basados en hallazgos donde prevalecía una correlación consistente entre la tenencia de recursos socioeconómicos y la proclividad al involucramiento activo (Campbell *et al.*, 1960; Wolfinger y Rosenstone, 1980; Key, 1964), estos tres autores trataron de extender su explicación para el caso de la participación en la sociedad estadounidense. De acuerdo con la propuesta desarrollada por Verba y compañía, la actividad política podría comprenderse como el resultado de tres componentes. Los primeros son los recursos cívicos de las personas, los cuales incluyen su capital económico, la disponibilidad de tiempo, sus habilidades y su experiencia en el terreno asociativo. Los segundos son los factores motivacionales, entre los cuales figuran el interés en la política, cierto sentido de eficacia política, el compromiso partidista, así como orientaciones particulares sobre el deber cívico, la confianza institucional o los resultados esperados del gobierno. Los terceros están dados por aspectos de movilización y reclutamiento, los cuales consideran los espacios de inmersión y vinculación de las personas en aras de promover su potencial activismo político. En palabras de los tres proponentes del modelo:

un modo útil de entender los tres factores consiste en invertir la interrogante usual, preguntándose por qué la gente no se torna políticamente activa. Tres respuestas vienen a la mente: porque no pueden; porque no quieren; o porque nadie se los ha requerido. En otras palabras, las personas pueden ser inactivas porque carecen de recursos, porque están desprovistas del compromiso psicológico con lo político, o porque están fuera de los circuitos de reclutamiento que incorporan a la gente a la política (Verba, Schlozman y Brady, 1995: 269).

En ese tenor, la desigualdad participativa es producto del acceso asimétrico a condiciones habilitantes, pues podría suceder que alguien cuente con inclinaciones políticas favorables,

mas no con los privilegios materiales y sociales para tornar su compromiso en acción. Así, el gran atino de la propuesta de Verba y sus colaboradores radica en subrayar al involucramiento como el producto de cualidades que se configuran a lo largo del curso de vida. En la trama biográfica se destaca la importancia de los espacios no políticos en la paulatina politización de los sujetos junto con la posición privilegiada de la cual gozan aquellos inicialmente aventajados. Por origen social y circunstancia familiar, así como por anticipación en la adquisición de experiencias y aprendizajes ligados al desempeño asociativo, en este modelo resulta más fácil involucrarse políticamente cuando se reducen los costos económicos y simbólicos para trasladar intereses y creencias al terreno activo.

No obstante, estas conjeturas también despiertan algunas cautelas. Si bien Verba y compañía sugieren que la participación tiende a ser más abultada entre quienes ostentan distintos capitales ligados a su educación, su posesión de bienes, su contexto domiciliario, hasta su condición de género y sus percepciones valorativas, persisten distintos vacíos ligados a la explicación.

En primer lugar, aunque los recursos temporales, monetarios y actitudinales importan, estos no funcionan como factores necesarios ni suficientes para toda activación. Al respecto, vale la pena recordar los hallazgos provenientes del campo disciplinario de la acción colectiva y la protesta, donde aun personas carenciadas de oportunidades o de cualquier otro privilegio material o social incursionan en eventos donde se apuesta por trastocar el poder (*i.e.* Piven y Cloward, 1977; Goldstone, 1991; Buechler, 1993; Bebbington, 2007; Goodwin y Jasper, 2012). Así, la distinción fundamental entre expresiones ocasionales o regulares, ordinarias o extraordinarias, instrumentales o transformativas, activas o reactivas, obliga a ponderar la fuerza del argumento de Verba y compañía. En tanto práctica situada, el valor otorgado a diversos recursos y capitales no es el mismo para cualquier modo de participación. Por ende, al margen de toda correlación entre ventajas sociales e involucramiento, se

vuelve clave entender cuándo y bajo qué circunstancias dicha asociación tiende a traducirse en mayor propensión a la actividad política.

Luego entonces, si tomamos en cuenta que incluso personas dotadas de ciertos privilegios materiales, orientaciones psicológicas y vías de reclutamiento no necesariamente participan de manera activa y sostenida, podremos advertir una segunda caución. Tal cual lo sugiere Claudio Holzner:

La lógica detrás de los modelos de estatus socioeconómico (SES) y de restricción de recursos es directa e intuitivamente atractiva: manteniendo todo lo demás constante, los actores que poseen más recursos políticamente relevantes pueden permitirse participar en más actividades y con mayor frecuencia que aquellas con menos recursos (2010: 25).

Empero, siguiendo al mismo autor, aunque se reconoce que factores como las habilidades, el ingreso y los niveles de escolaridad importan, una vez que estos están dados, tienden a ser relativamente constantes en el devenir de los individuos. Así, según nos sugiere Holzner (2010), se vuelve difícil explicar por qué los patrones de involucramiento cambian de modo drástico en periodos cortos, o incluso por qué las personas entran y salen de los circuitos políticos. Por ende, el llamado de atención radica en no descuidar que, aun cuando los resortes individuales constituyen un poderoso detonante para la participación, las motivaciones y necesidades más personales siempre están constreñidas por un contexto estructurante. Ni el optimismo sobre la gente aventajada, ni el pesimismo sobre la rezagada, deben conducir a dar por hecho el involucramiento activo bajo circunstancias privilegiadas.

De esa manera, si los condicionantes materiales, actitudinales y de reclutamiento fuesen tan determinantes en la activación política, se esperaría que tales atributos resultaran predictores eficientes en cualquier escenario de ubicación. No obstante, como lo ha revelado un importante caudal de inves-

tigación empírica (*i.e.* Somuano, 2011; Soto y Cortez, 2014; Gómez Tagle, 2017; Cho, Gimpel y Wu, 2016; Mannarini, Legittimo y Talò, 2008), el comportamiento de las variables asociadas al modelo del *voluntarismo cívico* tiende a discrepar en función de tres cuestiones: 1) su forma de medición; 2) las modalidades de involucramiento, y 3) los arreglos formales e informales del paraje bajo estudio. La primera depende desde luego de las decisiones de quien conduce la investigación, al tiempo que se sujeta a la disponibilidad de información o la facilidad para la producción de datos. El segundo elemento apunta a la distinción entre pautas de inmersión en los asuntos públicos, teniendo en cuenta la particularidad que diferencia prácticas tan diversas como sufragar hasta tomar parte en protestas o grupos asociativos. Por último, está la incidencia del entorno, la cual se traduce en mecanismos institucionales y reglamentarios que en ocasiones inhiben o favorecen el ejercicio de derechos políticos. Ya sea por medio de expresiones tendientes a la individuación, manifestaciones proclives a la aglutinación, o incluso a partir de la generación de expectativas y oportunidades, la trama situacional influye en el valor adjudicado a diferentes recursos, así como en las posibilidades para hacer uso de ellos.

Las tres variantes explicativas antes expuestas constituyen polos vastamente socorridos para tratar de comprender la manera en cómo cierta gente se activa en los asuntos públicos. Tal cual se advertía con antelación, su mayor acierto radica en iluminar las contradicciones persistentes entre las aspiraciones igualitarias de la democracia y las inequidades reflejas tanto en nuestra vida social como en nuestras posibilidades de participar.

Si bien cada conjunto de hipótesis alberga limitaciones, no implica ni su descarte ni su invalidación. Por el contrario, dichas conjeturas obligan a repensar el vínculo complejo entre procesos que tienen lugar en distintos niveles de observación, ponderando la interacción entre los factores de orden contextual, aquellos de tipo relacional y su conjugación con los recursos de carácter individual.

Como se discutió en la sección anterior, la participación dispar puede ser tratada como un síntoma de la traducción de desigualdades entre categorías a la vida pública (Tilly, 2007). De asumir el involucramiento asimétrico como un efecto combinatorio de distinciones organizadas en privilegios por género, edad o condición social, entre otros aspectos, lograremos vincular la articulación de rasgos con experiencias y recursos diferenciados que alientan la brecha política entre personas aventajadas y desaventajadas.

Empero, tal cual se advirtió en páginas previas, el peso de los aspectos sobre los cuales se preservan y distribuyen ventajas tiende a variar a lo largo del espacio y del tiempo. Por ende, el ejercicio cívico debiera ser conceptualizado como un proceso abierto donde se entremezcla la configuración de nuestra cotidianeidad con el trazado de aquello que entendemos como parte del mundo político.

Al igual que otras expresiones de la desigualdad social, las vicisitudes que frenan el actuar público de la ciudadanía tienden a acoplarse con diversos obstáculos adquiridos o heredados. Bajo esta mirada, el involucramiento activo constituye una experiencia susceptible de ser condicionada por las problemáticas que ciñen parte de nuestra trama vital.

De atender lo anterior, nos obliga a relajar el trazado de fronteras artificiales entre las esferas pública y privada. Como se ha afirmado entre distintas voces del feminismo, la cuestión nos conduce a reconocer que “lo personal es político” (Hansich, 1969). Tomar parte en asuntos cívicos no está exento de los escollos que todos y todas debemos sortear en el día a día. Tanto nuestro escenario de ubicación como nuestros recursos y relaciones, se articulan al compás de las categorías bajo las cuales se establece el acceso al privilegio o la senda del rezago.

Si en efecto nuestro activismo se ve influido ampliamente por la acumulación de factores para la habilitación política, resulta indispensable averiguar cómo y en qué momentos se potencia la disparidad entre ciudadanos y ciudadanas supuestamente iguales. Resolver tal desafío abre la puerta para redi-

mencionar el tiempo y el contorno biográfico como elementos relevantes en la prefiguración de desigualdades cívicas.

CONSECUENCIAS PÚBLICAS DE DESAVENENCIAS PRIVADAS

En contraposición al juicio severo de Brennan (2016) con el que se inicia este capítulo, cuesta creer que las personas sean esencialmente *hobbits*, *hooligans* o *vulcanianas* al momento de conectarse con los asuntos públicos. De tomar tal caricatura como un retrato fidedigno y sin cauciones, caeríamos en la trampa común de asumir que quien es pobre lo es porque quiere, o que quien está sumido en la precariedad lo está más por costumbre que por la gravedad de las circunstancias que lo constriñen.

Las perspectivas previamente abordadas nos brindan una idea de cuán relevante resulta el contexto situacional de las personas, sus vínculos establecidos y los recursos poseídos. Sin embargo, a lo largo de estas páginas se ha tratado de enfatizar que la fuente primordial de disparidades democráticas estriba en la traducción de las desigualdades cotidianas al terreno de los asuntos públicos. En este sentido, la participación diferenciada entre la ciudadanía sería en buena medida un reflejo de las asimetrías que se entretajan desde otros espacios y momentos de conexión con lo político. Después de todo, es esperable que las desavenencias privadas constituyan enormes desafíos para incursionar en la arena del poder.

El distanciamiento del activismo no es siempre un asunto de falta de voluntad, de compromiso o de anhelos de cambio. Reducir la participación a una cuestión meramente decisional resta importancia a las barreras sobre las cuales se erige la vida pública. En un mundo fuertemente atravesado por el fantasma de la inequidad, la paradoja democrática radica en sobreestimar el alcance de nuestras libertades.

No obstante, ni los obstáculos que se ciernen sobre nuestro desarrollo ni los impedimentos que acotan nuestro actuar político suelen prevalecer inertes a lo largo del tiempo. Como suele

sucedan con las disparidades de otro tipo, estas se entretajan complejamente por medio de nuestras experiencias, conocimientos y nuestro entorno circunstancial.

Las desigualdades más comunes operan a menudo mediante una lógica categorial. Por encima del canon “origen es destino”, las brechas con las cuales vociferamos políticamente responden en buena medida a la conversión de distinciones sociales en desventajas cívicas. Las reglas y prácticas de nuestros contextos, las relaciones que sustentamos, y los recursos y las aptitudes de que disponemos están mediados por las clasificaciones desde donde se traza el estatus entre personas habilitadas y rezagadas.

De acuerdo con esto, el presente libro parte de una idea relativamente sencilla. Las inequidades con las cuales conducimos parte de nuestra vida conllevan impactos que en ocasiones nos orillan a postergar, cancelar o reducir nuestro protagonismo político. En esa tesitura, no resultaría raro que entre quienes deben plantar cara a la ausencia de bienestar, la política figure como un privilegio, lejano a la noción de un derecho potencialmente ejercible.

Si el gran problema de la participación dispar responde a la falta de aislamiento entre las desigualdades cotidianas y aquellas de las relaciones entre Estado-ciudadanía (Tilly, 2007), puede deberse en gran medida a la acumulación de desventajas que imperan en el curso de vida.

Frente a una minoría de casos que contravienen el peso de la desigualdad, otros estamos a merced de unos dados bien cargados. Al igual que acontece con aspectos como nuestra escolaridad, nuestra trayectoria ocupacional o incluso nuestras aspiraciones de riqueza, parecería que nuestras elecciones políticas siempre están acotadas por un umbral de frenos. Así como entre ciudadanos y ciudadanas no todos y todas somos iguales, nuestras libertades tienden a estar condicionadas por profundas diferencias. Tales distinciones no surgen *ex nihilo*, por el contrario, se asientan o modifican en virtud de las eventualidades que dan forma a nuestro contorno biográfico.

Pese a la escasa novedad de las ideas anteriores, sorprende que la ligadura entre lo vital y lo político prevalezca como un tema relativamente ausente en la discusión académica sobre participación. La persistencia de miradas sincrónicas, adulto-céntricas, disposicionales y normativas han predominado en buena parte de los precedentes bibliográficos (Mora y Urbina, 2017).

Sin embargo, es claro que omitir el carácter histórico y situado de la condición participativa representa un obstáculo para conocer cómo se configura el involucramiento político a lo largo del curso de vida. Con hallazgos nada desdeñables, trabajos como los referidos en la sección anterior parecieran haber dejado de lado una discusión más fina acerca de su patrón de dependencia temporal. Más allá de la dicotomía activismo-pasividad, urge reconocer que el involucramiento no suele presentarse de forma estática y que, de hecho, las circunstancias políticas de los individuos se reconfiguran intensamente durante etapas biográficas peculiares como la transición a la adultez y la tercera edad (Andrews, 1991; Braungart y Braungart, 1986; Craig, 2004; Rose y McAllister, 1990).

Asimismo, es necesario trascender una visión de la participación anclada a la habilitación formal de las personas adultas, tanto en el ámbito legal como en otros trances de tipo electoral o productivo. La preeminencia concedida a expresiones como el ejercicio del sufragio o la adscripción a instancias más formales, como los partidos políticos, las asociaciones profesionales o gremiales y grupos de interés, limita comprender que diversos cuerpos instituidos y organizacionales suelen presentar barreras de acceso ligadas a la condición etaria de los individuos. Salvo en contadas excepciones (Verba, Schlozman y Brady, 1995; Mannarini, Legittimo y Talò, 2008), los catálogos de indicadores sobre participación ignoran antecedentes relevantes, como la pertenencia a congregaciones religiosas, instancias de recreación durante la infancia o núcleos asociativos de cariz estudiantil o barrial. Como consecuencia, el tratamiento vigente sobre el tema suele minimizar la preponderancia de los

precedentes participativos en otras etapas vitales, y discutir muy poco acerca de la incidencia que experiencias previas tienen sobre la condición política de quienes están bajo estudio. Haciendo eco de las sugerencias de Nolas, Varvantakis y Aruldoss (2017), pensar en las relaciones personales y sociales en el tiempo no solo expande nuestras nociones de quién puede aspirar a la ciudadanía, sino que también nos obliga a mirar a lo cívico relacionalmente en el contexto de la vida familiar y los grupos afectivos.

Del mismo modo, pese a que la evidencia aportada a lo largo de más de 50 años sugiere que delimitaciones ideológicas y disposiciones morales inciden en la actitud proactiva y el involucramiento de las personas (Adorno *et al.*, 1950; Merriam, 1931; Newcomb, 1943; Hollingshead, 1949; Almond y Verba, 1963), resulta difícil desprender el curso de acción política de los sujetos de un conjunto de factores vitales y sociales que también influyen en la configuración valorativa. La disponibilidad de recursos variados, el entorno familiar, el grado de escolaridad o el trazado de redes conforman propiedades que, más allá de la cultura política, acotan o potencian las posibilidades de tomar parte en los asuntos públicos; más aún, tales cuestiones coadyuvan a redefinir nuestros marcos interpretativos acerca del poder, las instituciones y el bienestar social (Verba, Schlozman y Brady, 1995; Greenstein, 1965; Hess y Torney, 1967; Easton y Dennis, 1969; Jennings y Niemi, 1974; Abramson, 1974; García, 1973; Hirsch, 1971; Putnam, 2000; Inglehart y Catterberg, 2002, entre otros). Debido a que la voluntad y el compromiso no siempre son suficientes para conducirnos a la acción, se precisa entender de mejor manera la interrelación entre nuestros motivantes y los constreñimientos que se articulan a lo largo de nuestra biografía.

Toda democracia está sujeta a profundas contradicciones. Así lo muestran las tendencias de aprobación gubernamental o de satisfacción con el régimen en países latinoamericanos. Ante tales indicios la tentativa de encasillar a la ciudadanía como comprometida o desencantada es latente. La discusión

normativa junto a su cariz prescriptivo es fundamental. Empero, no siempre es posible asumir que la ausencia de participación se reduce a una postura de cinismo o apatía entre las personas; mucho menos que los impactos de distinciones y desigualdades sociales son resolubles mediante la promoción de políticas de acción afirmativa. Condenar a los individuos bajo adjetivos esencialistas en su relación con lo político u optar por su inclusión forzada a partir de mecanismos reglamentarios supone que el peso de las inequidades cotidianas es colateral. Aunque los significados imputados al espacio público inciden en las formas e intensidades con que se suscita la participación, la evidencia aportada desde reflexiones ético-políticas no necesariamente contrasta cómo ocurren los cambios en el plano emocional de los sujetos, qué elementos contextuales, sociales o personales afectan sus posturas, y qué posibilidades reales de acceso se tienen con relación a los circuitos de involucramiento o pertenencia (*i.e.* Balardini, 2000; Rosanvallon, 1995; Zovatto, 2002; Alanís, 2002, entre otros). Más allá de cualquier aspiración formal, la calidad de las instituciones y los procesos de incidencia nos remiten a un debate factual. Después de todo, las imperfecciones democráticas no son ajenas a las falencias del orden social.

En suma, si apostamos por comprender que las asimetrías políticas son indisociables de las vicisitudes y desigualdades del trazado de nuestra vida cotidiana, bien valdría la pena tener en cuenta cuatro cuestiones:

- 1) La participación política constituye un proceso diacrónico donde circunstancias de historicidad y trayectorias vitales inciden en la prefiguración de oportunidades y recursos para la expresión activa del compromiso cívico.
- 2) Los recursos y repertorios de involucramiento político se modifican y adaptan en la medida en que las personas experimentan circunstancias paulatinas de habilitación y penetración en nuevos ámbitos de sociabilidad.

- 3) Los elementos motivacionales, al igual que los recursos materiales, relacionales e institucionales, se modifican a lo largo del tiempo.
- 4) Existe una tensión *de facto* entre las aspiraciones normativas a la igualdad ciudadana y las condiciones reales de equidad para el ejercicio activo de los derechos políticos.

La trama temporal importa en tanto que demarca la intersección entre efectos de edad, de cohorte y de periodo para la definición de aquello que podemos denominar *valor de uso de la participación*. En este último se juega justamente el papel funcional que solemos asignar a nuestras incursiones en los asuntos públicos. Tal como sugiere Clive Barnett (2014), implica reconocer que los ámbitos donde se discute y trastoca lo común siempre están sujetos a una intensa negociación. Nuestras limitaciones, diferencias y necesidades confluyen dinámicamente en el llenado y la configuración de los linderos políticos.

Decía Hemingway que “nadie es una isla completa en sí misma”. En forma similar, el curso de vida permite comprender que el tiempo opera en la conjugación de nuestra trama más personal y aquella que nos vuelve parte de un conjunto histórica y socialmente determinado. Elder, Kirkpatrick y Crosnoe (2002) resumen dicha idea en la invocación de cinco premisas paradigmáticas para dimensionar la preponderancia de los contornos biográficos.

El *principio del desarrollo vital* nos sugiere que el desenvolvimiento humano y el envejecimiento son procesos que toman toda la vida. Tener en cuenta dicha cuestión posibilita comprender en mejor forma el entrelazo del cambio social con nuestra propia trama individual. Políticamente, esto se traduce en que estamos sujetos a múltiples contingencias, y que nuestras orientaciones y nuestros recursos participativos son variables a lo largo de nuestra trayectoria, tanto como las condiciones mismas en las cuales circunscribimos nuestra cotidianeidad.

El *principio de agencia* implica que construimos nuestro curso vital mediante las decisiones y acciones que emprendemos dentro de un marco de oportunidades y constreñimientos provistos por nuestras circunstancias históricas y sociales. La lotería original con la cual arrancamos nuestra biografía está sujeta al azar de nuestro lugar y contexto histórico de nacimiento. Así, las probabilidades de tomar parte en asuntos públicos no serán las mismas para una persona situada en contextos singulares como Corea del Norte a otras nacidas en el México contemporáneo. Nuestras libertades decisorias, recursos y compromisos se enmarcan por aspectos que nos rebasan.

El *principio de tiempo y lugar* indica que nuestro curso vital está incrustado y conformado por la temporalidad histórica y el enclave espacial desde donde acumulamos nuestra experiencia. A la luz de este supuesto, se comprende que un mismo acontecimiento puede tener implicaciones diferenciadas para grupos situados en distintos escenarios. Paradójicamente, una eventualidad alberga consecuencias ambivalentes. Mientras a algunos les puede orillar al alejamiento de los asuntos políticos, a otros les puede motivar a plantar cara al poder. Un ejemplo singular es la consternación por las guerras. Si bien Vietnam redujo a unos al horror de la batalla, a otros les brindó oportunidad para trasladar la lucha a los circuitos de la vida pública. Significados, circunstancias y casualidades no dejan de ponderar el errático mundo de la participación.

El *principio de calendarización* refiere que los antecedentes y las consecuencias de transiciones vitales, eventos y patrones conductuales varían de conformidad con la temporalidad de ocurrencia en la biografía de una persona. Un mismo tipo de eventos o experiencias pueden presentarse de formas diferenciadas en función del momento o la circunstancia en que los atravesamos. Así, no todos y todas seguimos una ruta exacta de desarrollo y, en este caso, tampoco de politización. La impronta de ciertos acontecimientos o de cierta clase de obstáculos puede anticipar o demorar el inicio de una vida política activa.

Finalmente, está el *principio de las vidas entrelazadas*, con el cual se reconoce que nuestras trayectorias se viven de forma interdependiente, y que las influencias sociohistóricas se manifiestan por medio de nuestra red de relaciones compartidas. Una vez más, en lo tocante al sentido de lo público y de lo político, se nos presenta el carácter negociado y relacional que otorgamos al poder y a la participación. Más que un valor dado, este se construye a partir de la interacción con quienes nos rodean, con quienes nos muestran las posibilidades o consecuencias de ejercer o renunciar a una ciudadanía activa.

Lo personal es político y lo político es personal porque el espacio público y los circuitos de poder no son ajenos a las circunstancias de nuestro desarrollo. Como sugieren Nolas, Varvantakis y Aruldoss, esto nos permite “comenzar a concebir la identidad activista y política como algo matizado temporalmente, que es a la vez cultural y social, con una historia y un futuro, y que es fluido y flexible en respuesta a los cambios y las interpretaciones a lo largo del tiempo” (2017: 8).

Al incorporar el curso vital a la aprehensión de las trayectorias participativas abrimos la posibilidad de reconectar las frágiles fronteras entre lo público y lo privado. El potencial de nuestras determinaciones contextuales y giros biográficos se explicitan como parte de nuestro proceder político. Si la participación dispar es afectada por las desavenencias y limitaciones de nuestras vidas, es justo porque otras transiciones de nuestro desarrollo no resultan ajenas a la configuración desigual del orden social.

De esa manera, en este libro se reconoce a la ciudadanía como un proceso paulatino de habilitación. La participación política constituye el núcleo práctico de conexión entre las personas y los asuntos públicos. Más allá de la adquisición y el reconocimiento de derechos entre las personas, sin la capacidad práctica para ejercer prerrogativas, exigir las y desplegarlas en múltiples espacios, lo cívico-político se vacía de sustancia.

La evidencia expuesta en capítulos posteriores trata de enfatizar que el transcurrir de la edad no solo deja secuelas obser-

vables sobre nuestros rasgos físicos y cualidades psicológicas. El tiempo resulta determinante en el encauzamiento de nuestra sociabilidad. Los amagues biográficos están sujetos a ritmos de intensidad variable y con márgenes de actuación fluctuante (Andrews, 1991). Desde la infancia hasta a la adultez, el peso de nuestras categorías sociales tiende a ser cambiante. Con condiciones de autonomía y autosuficiencia sensibles al paso de los años, el género, la clase social o el entorno familiar, entre otros aspectos, encuadran consecuencias que prevalecen como una huella temporal. El desequilibrio democrático se presenta como un síntoma indisociable de esa marca categorial. El déficit cívico se asocia con el efecto de arrastre de inequidades que se formulan desde etapas anticipadas del curso vital.

Verba, Schlozman y Brady (1995) apuntan que las distorsiones participativas consisten en la prevalencia de ciertos grupos para acaparar el liderazgo y la incidencia en los asuntos públicos. El sesgo radica en el favorecimiento inercial de quienes acumulan mayores y mejores recursos, accesos y circunstancias para involucrarse políticamente. Si las oportunidades democráticas resultan más asequibles para personas aventajadas, la política está condenada a construirse sobre un piso de voces acalladas.

El esfuerzo condensado en esta entrega pretende mostrar que ese silencio se prefigura en instancias clave de politización. En la ruta que va desde la niñez hasta el tránsito a la vida adulta edificamos de forma ejemplar nuestras concepciones acerca del poder, sus espacios y sus mecanismos. En ese paraje biográfico nos jugamos la definición de un futuro escolar, familiar, ocupacional y también político. Bajo una suerte de determinación, de estrategia y de condensación de intereses, importa mostrar que tornarse de joven a adulto también supone convertirse en ciudadano.

Quizá a ojos de los lectores esta podrá parecer una maniobra simple. Después de todo, resulta obvio que las condiciones pasadas de nuestra vida definen de una u otra manera las circunstancias de nuestro presente. Asimismo, apostar a la traducción de desigualdades sociales cotidianas como fuentes de

disparidades políticas podría conducir a la simpleza de asumir nuestras democracias como meras plutocracias o regímenes de privilegio. Sin embargo, apuntar a la intersección entre el contorno biográfico y la trayectoria política significa algo mucho más complejo.

Al enfocar la mirada sobre lo vital y lo participativo se trata justo de destronar el mito o la aspiración normativa de la ciudadanía igualadora. Nuestra capacidad para vociferar políticamente no solo depende de la concreción de nuestras voluntades, nuestras motivaciones o ideas. Por el contrario, nuestra inserción en la vida pública parecería estar fuertemente influida por las inequidades que nos acompañan desde nuestro origen social, nuestro entorno familiar y nuestro sendero de desarrollo. De constatar parte de tales conjeturas, estaríamos en condiciones de señalar el potencial hereditario del déficit cívico, de una democracia distorsionada por la presencia de unos cuantos habilitados, a costa de la exclusión del resto. A fin de cuentas, ninguna democracia puede prosperar sobre la falta de reconocimiento de las fracturas sobre las cuales se constituye el tejido social.

2. DESIGUALDAD EN VULCANO: JÓVENES UNIVERSITARIOS EN EL TRÁNSITO A LA ADULTEZ

En el capítulo anterior se hacía referencia a la incisiva provocación de Jason Brennan (2016). De sus arquetipos de ciudadanía democrática, solo *vulcanianos* y *vulcanianas* pasan la prueba de templanza política frente a la apatía *hobbit* y la necedad *hooligan*. La habilidad lógica y crítica, así como la argumentación informada, aparecen como virtudes sobresalientes y deseables entre quienes aspiran a incidir en los asuntos de poder.

Socarronería, al fin y al cabo, pero la tentativa de delegar las decisiones y acciones con consecuencias públicas en manos de las personas más preparadas y más selectas sigue vigente. Al menos así lo es para quien mira la participación democrática con recelo, y concede poca inteligencia y versatilidad al común de los ciudadanos y las ciudadanas.

Como sea, en esa búsqueda pocas apuestas resultan tan promisorias como aquella referida a la educación. Quizá con excesiva esperanza, la escuela se ha tornado en bálsamo para quienes anhelan movilidad social, algo de prestigio profesional y un refinado sentido común.

La terca realidad puede desmentir algunas de esas expectativas. No obstante, año con año multitudes de jóvenes se juegan su destino en tratar de conseguir un lugar en la universidad. Si usted lector o lectora ha logrado dicha proeza, siéntase medianamente feliz, pues forma parte de un reducidísimo grupo de gente en nuestro país.

De acuerdo con datos recientes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), hasta el año

2016 en México solo 22% de las personas entre 25 y 64 años había cursado la educación superior. Más aún, según registros oficiales de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), hasta el ciclo 2015-2016 la tendencia sugiere que solo tres de cada diez jóvenes entre los 18 y 24 años obtienen espacio en una escuela para hacerse de una carrera profesional. De ese acotado total, una tercera parte acude a alguna universidad privada, mientras el resto opta por hacer valer su derecho a la educación en instituciones públicas. De cada diez estudiantes solo dos logran concluir satisfactoriamente su tránsito por el circuito terciario de escolaridad (SEP, 2017).

Concedámonos un segundo de ingenuidad y supongamos que la meritocracia opera de manera cabal. Si hacemos caso a aquello de que “de lo bueno poco”, no encontraremos nada más cercano al ideal vulcaniano que aquel que se entreteje dentro de una universidad. Dejando de lado el talento que queda excluido de la oportunidad de transitar a la formación profesional, y pasando por alto que lo que *natura non presta* en ocasiones el dinero y la maña lo pueden comprar, entenderemos un poco más la sobrevaloración que se otorga al ingreso a un plantel escolar. Además del dejo de distinción social o la meta de un futuro de larga vida y prosperidad, entre otras tantas cuestiones, la aspiración universitaria significa también la posibilidad de afinar competencias políticas. Después de todo, qué mejor que una joven promesa convertida en ciudadanía plena y potencial.

Las instituciones de educación superior constituyen un eslabón clave en la articulación de la vida cívica. Si bien no es menos ciudadano quien carece de un título académico, tener estudios suele asociarse con la adquisición de un criterio minucioso y mayores recursos de cavilación.

Los sociólogos estadounidenses Talcott Parsons y Gerald M. Platt (1973) lo pensaban de esa manera. Según ellos, y quizá como muchos de nuestros padres, la formación profesional era una piedra angular del desarrollo modernizador. En los patios universitarios se afianzaba la necesaria división funcional del

trabajo, acompañando la especialización laboral con la promoción de valores que robustecen a la comunidad social. En sentido amplio, de acuerdo con Parsons y Platt (1973), adicional al adiestramiento y desarrollo de aptitudes inquisitivas, la socialización escolar permite florecer el aprendizaje cognitivo. Para bien o para mal, tal cual plasmara Roger Waters en una conocida canción, dicha cuestión conlleva la travesía personal para convertirse en otro ladrillo en la extensa pared societal, pues el toque especial del trance por la universidad supone además el acceso al club de la “ciudadanía educada”. Con esta última ambos autores englobaban la obtención de capacidades para participar en el entramado comunitario con competencia e inteligencia, dado que nos sería más fácil reducir nuestro aislamiento a partir de la producción y reestructuración de compromisos en una vasta red de identificaciones colectivas.

Más allá de la visión parsoniana, lo cierto es que la escolaridad terciaria está saturada de expectativas tanto entre aspirantes como entre personas de lo más habitual. Si de alguien se espera retribución con el entorno, corresponsabilidad y compromiso, es justo de aquellos y aquellas en mejor posición dada su trayectoria colegial. No es que otra gente no pueda o no deba estar a la altura de tales cargas, más bien se asume que el escalón más prestigiado de la educación potencia cualidades y recompensas que de otro modo sería más difícil desenvolver.

Con credulidad o escepticismo, eso es algo que la mayoría suele suponer y que quizá no es tarea de este libro tratar de objetar. Lo que sí corresponde polemizar aquí es la habilitación participativa de jóvenes en condiciones relativamente privilegiadas, las cuales derivan en buena medida del acceso al minoritario circuito de una carrera profesional. Desde luego, no se trata de magnates ni de personas de extrema singularidad. Por el contrario, la exclusividad del grupo radica en la prevalencia frente a un abanico amplio de barreras de inserción y continuidad.

El tamaño de las promesas de ir a la universidad es proporcional solo al precio que implica eludir la deserción escolar. Estudiar cuesta mucho, independientemente de acudir a una

institución pública o particular. Aun cuando el pago de una colegiatura acarrea una carga adicional, los gastos y esfuerzos requeridos no cesan incluso para quienes apuestan por incrustarse en un instituto autónomo o con normas de gratuidad. En la medida en que las y los jóvenes consiguen permanecer en el interior de las aulas, su derecho al aprendizaje se convierte cada vez más en una prebenda difícil de solventar. Añadido a las necesidades de transporte, alimentación, pago de insumos escolares y hasta desembolsos en aras de socializar, persistir en la senda académica conduce al tenaz malabar de postergar o combinar el embate laboral. Ya sea para hacerse de recursos propios, conquistar cierta autosuficiencia material, o alcanzar cierta autonomía decisional, la escuela consume un nudo tenso entre la inercia del origen social y la incertidumbre de un futuro en construcción. Si de por sí marchar hacia la vida adulta es para muchos y muchas una hazaña épica, llevar consigo la gesta de ingreso a la formación profesional invoca un privilegio, pero también una alta responsabilidad.

Sin embargo, no todo es alentador para quienes anhelan formar parte del círculo de Vulcano en las ciudadelas del saber. Como habrá de exponerse en este capítulo las universidades reflejan el talante selectivo y desigualitario de la empinada pendiente que implica crecer. Las instituciones de educación superior (IES) conforman un buen ejemplo de la profundidad de asimetrías de nuestros órdenes de convivencia. Por más restringido que persista el ingreso a tales instancias, aun quienes se mantienen en el camino escolar deben encarar los embates de la disparidad.

Querer no siempre es poder, y eso es algo que constantemente resuena ante la exclusión de una cantidad impresionante de jóvenes que anhelan ocupar un pupitre en un plantel profesional. Para quienes logran acomodarse pese a las presiones crecientes de desertar, los dilemas no resultan de menor gravedad. Como sugerían Nancy Estrada, Manuel de la Paz y Manuel Gil (2007), el asunto va del “cuál te pinta mejor” al “para cuál te alcanza”.

Luego entonces, centrar la mirada en estudiantes de nivel superior permite sopesar distinciones sociales entre personas aparentemente aventajadas, dada la consolidación de su formación. Tal cual se refería en el capítulo anterior, pocos factores han sido tan recalcados como detonadores del involucramiento político como aquellos vinculados con los recursos relacionales, actitudinales y materiales que concita la inserción escolar.

Si las provisiones otorgadas por la entrada privilegiada a las IES fuesen suficientes para habilitar la participación, se esperaría que la brecha de actividad política entre esos prototipos vulcanianos tendiera a ser prácticamente nula.

Para entender de forma más clara las circunstancias de tal maniobra demostrativa en la argumentación, este capítulo pretende ahondar en la justificación y descripción de los grupos juveniles bajo estudio. Con ese propósito, en la primera sección se discute la pertinencia de acotar el referente empírico en dos prestigiosas universidades de la Ciudad de México (CDMX). En segundo lugar, se detalla la importancia de contextualizar el curso de vida mediante la focalización en el tránsito a la adultez. Finalmente, se brinda un escenario de ubicación de los espacios educativos elegidos para el acopio de información.

EL OASIS UNIVERSITARIO DE LA CDMX

La aridez de los desiertos suele presentarnos contrastes ocasionales a la monotonía de su paisaje. En medio de un mar de arena y desolación, ciertos emplazamientos ofrecen vasta vegetación y manantiales que se distinguen entre la aspereza e invariabilidad del contexto envolvente. Un oasis es singular porque contraviene la lógica del escenario en que está situado. Su excepcionalidad sirve para tener presente que aun la naturaleza obra bajo determinantes impregnadas de disparidad.

En el terreno educativo nacional, la CDMX conforma un hito que encaja en tal analogía. Sin caer en el “chilanguismo” rampón, la capital de nuestro país alberga una gran amplitud

de opciones formativas en virtud del centralismo y la concentración que ha caracterizado nuestro desarrollo histórico.

Tan solo para tener una idea, en el ciclo escolar 2016-2017 el antes llamado Distrito Federal aglutinaba 15.35% de toda la matrícula de universidades autónomas; 43.97% de instancias de orden federal, y 18.42% del volumen de inscritos en profesionales de tipo particular. Para ese entonces, más o menos 17 de cada 100 estudiantes cursaban algún programa formativo en alguna IES de dicha entidad (DGESU, 2018).

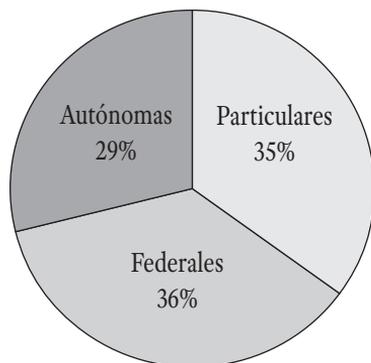
De acuerdo con datos de la Dirección General de Educación Superior Universitaria (DGESU) de la Secretaría de Educación Pública (SEP), para ese mismo ciclo la CDMX contaba con un total de 284 IES plenamente acreditadas. De ellas, tres se correspondían con el tipo de control autónomo, 53 eran federales y 228 particulares. Por tamaño de la matrícula, cuatro megauniversidades aglutinan alrededor de 56.5% del volumen de estudiantes.¹ La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) encabeza dicha cuarteta con 21.14% del estudiantado capitalino. A la máxima casa de estudios le sigue el Instituto Politécnico Nacional (IPN) con 14.16%. El conjunto lo complementan la Universidad Abierta y a Distancia de México (Unadm) y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), con 13.74% y 7.41%, respectivamente (gráfica 2.1).

Pese a tal concentración el panorama es por demás plural. En contraste con el agolpamiento estudiantil en instancias formativas públicas, los recintos privados reflejan una alta dispersión. Diversificados en su costo, oferta programática y hasta calidad educativa, estos se han expandido a un ritmo acelerado durante las últimas dos décadas. Tan solo para brindar una muestra, según cifras del Informe sobre la Educación Superior en México (CESOP, 2005), del ciclo 1990-1991 a 2005-2006, los

¹ Según la propia clasificación de la DGESU las megauniversidades se constituyen por más de 50 000 estudiantes; las universidades grandes tienen entre 10 000 y 50 000 alumnos; las medianas van de los 5 000 a los 10 000; las pequeñas comprenden matrículas de entre 1 000 y 5 000 educandos; mientras que las micro poseen hasta 1 000 matriculados.

planteles de régimen particular pasaron de 33.3% a 52% en la distribución porcentual de IES a nivel nacional. Como seguramente se podrá intuir, la CDMX lidera a las entidades federativas con el mayor aumento de escuelas particulares orientadas a la provisión de servicios de enseñanza universitaria.

Gráfica 2.1. Distribución porcentual de la matrícula universitaria capitalina, según tipo de control de las IES (ciclo 2016-2017)



Fuente: elaboración propia con base en cifras de la DGESU (2018).

Lo que es más. El epicentro metropolitano de México también alberga los números más alentadores en lo tocante a absorción y cobertura. En cuanto a la relación entre nuevos ingresos a la educación terciaria y el volumen de egresos de media superior, la tasa de absorción alcanza los 85.6 puntos porcentuales. Por su parte, al cotejar a la población de licenciatura con el número de jóvenes en la edad esperada de preparación profesional, la tasa de cobertura se sitúa alrededor de 98% (DGESU, 2018).

Pero no nos dejemos llevar por el triunfalismo de lo antes expuesto. La gran paradoja de todo oasis radica en la potencial figuración de espejismos, ya que cuando se trata del vínculo entre oferta y demanda, la cuestión se torna menos esperanzadora.

Para bien o para mal, la CDMX constituye el principal centro de atracción de aspirantes a la educación superior. Eso implica que los contados espacios escolares sean disputados por sus jóvenes residentes, pero además por una buena proporción de personas provenientes de otros parajes de la república mexicana.

Como muchos de los asuntos que han marcado el rumbo de la vida capitalina, el crecimiento de la infraestructura educativa y el aumento de necesidades formativas se han presentado de forma desordenada y sin respuestas oportunas.

La expansión de la matrícula y de la oferta académica se ha sumido en un profundo desacoplamiento. Si bien las tasas de acceso y el volumen de instancias oferentes se han engrosado paulatinamente, buena parte del circuito escolar público se halla saturado, mientras que su contraparte privada se segmenta en función de los costos que acarrea la barrera de entrada asociada al pago de colegiatura y otros servicios.

Las filas de jóvenes a quienes se les niega una oportunidad de continuidad en sus estudios resultan desoladoras. Con base en la tendencia de los más recientes ciclos de concurso, las tres principales alternativas con programas escolarizados no se dan abasto. Así, la UNAM está en posibilidad de aceptar solo a 10% de quienes buscan ingresar a alguna de sus carreras; el IPN hace lo propio con 25% de sus aspirantes, y la UAM admite únicamente a 14% (SEP, 2017).

Aunado a las presiones de deserción desde la transición del bachillerato a la instancia posterior, las puertas corredizas de las universidades metropolitanas prevalecen abiertas solo para un puñado, no es precisamente que las principales opciones se hayan tornado más exigentes en aras del sobreestimado mérito. Por el contrario, lejos de la persistencia de quienes gozan de una mejor preparación, aquellos y aquellas que padecen el rechazo corren con una suerte de exclusión por motivos de repleción institucional. En un lenguaje más llano, supongamos que en una maleta de limitado tamaño se debe empacar todo objeto al que le otorgamos un alto valor simbólico y funcional. Siendo tan acotado el espacio con el que contamos, nos vere-

mos obligados a dejar fuera artefactos que no necesariamente carecen de utilidad. Más aún, en la medida en que tomemos la difícil decisión de saber qué guardar y desechar, las fronteras relativas entre lo valioso y lo superficial se vuelven más laxas. Al cabo de varias horas, nos damos cuenta de que lo empacado puede no ser mejor que aquello que dejamos fuera. Simple y sencillamente a falta de lugar nos hemos visto forzados a prescindir de algunos bienes de buen provecho. Toda proporción guardada es como funciona más o menos la lógica de inserción a una universidad. Ni todas las personas ingresadas resultan sobresalientes, ni todas las excluidas carecen de idoneidad.

Una golondrina no hace verano, como tampoco un oasis reverdece un páramo. Pese a las destacadas condiciones de la CDMX, estudiar una carrera profesional sigue siendo una proeza. En buena medida así lo refleja también la apuesta por una IES particular. Para quienes buscan resguardo en una escuela privada los costos promedio de una carrera oscilan entre los 125 000 y más de 1 millón de pesos. Con colegiaturas mensuales que van desde los 4 500 pesos hasta poco menos de los 20 000, la inversión formativa se torna un viacrucis familiar.

Luego entonces, pertenecer al círculo de Vulcano no solo es una cuestión de orden aptitudinal. Por perogrullesca que sea tal afirmación, no se puede dejar de lado el carácter exclusivo de aspirar a una formación de alto valor curricular. En una ciudad tan plagada de contrastes resulta imposible ignorar que aun entre los selectos emerge una importante disparidad. Si entrar a la educación terciaria es ya de por sí una dura prueba, persistir hasta el egreso exitoso demanda mayor complejidad.

Como en tantas otras cuestiones, el curso de vida opera como una trama determinante en la configuración del sendero escolar. Si a algo se asemeja la batalla universitaria a la conquista de un lugar, es justo a la posesión de oportunidades para participar activamente en los asuntos relacionados con el poder y la tarea de gobernar. Distintos estudios han señalado con precisión cuán relevantes son el origen social y la escena doméstica para incursionar en el último peldaño de prepara-

ción profesional (*i.e.* Tuirán, 1999, 2001; Echarri y Pérez, 2007, entre otros). Más allá del talento y las cualidades formativas, la supervivencia hasta el nivel terciario de escolaridad está fuertemente condicionada por la prolongación y adquisición de ventajas en etapas anticipadas de sociabilidad. Así, similar a lo que acontece con el enarbolado de una vida pública activa, aquello que en esencia es un derecho termina por convertirse en un privilegio difícil de solventar.

Por ende, si las personas insertas en la universidad son tan selectas en virtud de distintos factores formativos, materiales, e incluso relacionales, sería esperable que estas se habilitaran políticamente de una forma menos errática, más sostenida y temprana. La conexión sugerida no se basa en el prejuicio de una *epistocracia* de la gente educada. Más bien, se reconoce que los recintos escolares operan como instancias de captación de profundos desequilibrios sociales. Lejos de ser un punto de partida, las IES constituyen enclaves de llegada.

Si como reza el evangelio: “porque a cualquiera que tiene se le dará, y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que posee le será quitado”, las instituciones profesionales conforman pináculos de lo que Merton (1968) denominara “efecto Mateo”. Una vez más, eso no quiere decir que los planteles de educación superior estén copados de gente con abundante riqueza. La prevalencia de estudiantes de una profesión apunta más bien a la conjugación de circunstancias diversas en las que ciertos sectores toman la delantera. Sin minimizar el esfuerzo que cada joven empeña en tal incursión, resulta evidente que algunas distinciones sociales ejercen mayor peso para frenar la trayectoria escolar. Así, sin enclaustrar a universitarios y universitarias como parte de una elite, es claro que la tenencia de capitales materiales y simbólicos se combina para dar lugar a senderos diferenciados de la experiencia profesionalizante.

Al mismo tiempo, las cualidades del estudiantado operan como ventajas relativas que en algún sentido se potencian dentro de un claustro escolar. Después de todo, en tanto núcleo selecto de sociabilidad, el ingreso a una IES supone la adquisi-

ción de conocimientos, relaciones y aptitudes que pueden profundizar las distinciones conquistadas en etapas vitales previas.

Como veíamos en el capítulo anterior, la participación política también puede ser pensada como un juego complejo de habilitación. En la disputa por activarse políticamente decíamos que el ejercicio de una ciudadanía plena y democrática depende en buena medida de aislar las determinaciones de los asuntos públicos de las desigualdades que imperan en la vida cotidiana.

Cuando los filtros sobre la educación superior actúan de un modo tan tajante como en el contexto nacional, es inevitable que el puñado de sobrevivientes constituyan un grupo menos expuesto a las tensiones más férreas de la inequidad. Sin que ello implique hablar de un grupo homogéneo y exento de toda adversidad, quienes han atendido con éxito los llamados a Vulcano representarán un reducido conjunto donde la asimetría reflejará una hipotética menor polaridad.

La CDMX es un enclave óptimo para contrastar la intuición anterior. Partiendo de la conjetura de que el involucramiento político se presenta de forma más abultada y anticipada entre personas con circunstancias más favorables en el curso vital, las juventudes universitarias ofrecen casos con un valor heurístico ejemplar. Si bien se trata de un subconjunto de jóvenes con oportunidades que para otra gente resulta imposible gozar, a la vez se distinguen por una especie de desigualdad horizontal (Ravallion, 2004; Lucas, 2001; Solís, 2013). Esto implica que aun entre quienes ostentan cualidades materiales relativamente semejantes persiste la segmentación de opciones formativas en función de otras condicionantes de tipo social. Así, incluso con recursos medianamente aceptables de bienestar, diversas categorías de referencia fungen como mediadoras de aquello a lo que se puede aspirar. Por ser hombre o mujer, por provenir de una familia más o menos acaudalada, o por la calidad de sus vínculos y experiencias previas, el estudiantado de nivel superior se fragmenta entre quienes tienen garantizada su preparación y quienes deben plantar cara al desafío de evadir la deserción.

El escenario universitario de la capital retrata de sobremañera tal división. La heterogeneidad constitutiva del circuito de educación superior supone la distinción entre quienes preservan sus ventajas y quienes disputan su obtención. Los recintos educativos, públicos o privados, fungen como laboratorios con grados controlados de estratificación. Precisamente porque entre privilegiados y privilegiadas aún persisten asimetrías, se torna relevante cuestionar hasta dónde llega el empuje habilitador de acceder a una profesión.

Por encima de las expectativas y cualidades que definen el rol de aspirantes a una carrera profesional, quienes acuden a una IES de la capital se desenvuelven en un entorno educativo y de actividad política singular. Al tiempo que el estudiantado enarbola cierto sentido de oportunidad en virtud de su ingreso a un recinto escolar, la ciudad también concita una politización peculiar.

Sede de los poderes federales y bastión de la economía nacional, la CDMX es un epicentro del activismo social. En el terreno asociativo, 1 de cada 5 organizaciones de la sociedad civil (osc) opera en y desde dicha entidad. De cerca de 27 000 instancias inscritas ante el Registro Federal de Organizaciones de la Sociedad Civil del Instituto Nacional de Desarrollo Social (Indesol, 2017) y la base de donatarias del Servicio de Administración Tributaria (SAT, 2017), poco más de 6 000 se concentran en la ciudad.

Asimismo, el enclave capitalino aglutina el mayor número de movilizaciones sociales del país, recibiendo año con año a millones de personas insatisfechas con el desempeño de la autoridad gubernamental. Aunque resulta difícil estimar el volumen exacto de eventos que tienen lugar en distintos espacios de la urbe, datos de la Secretaría de Seguridad Pública (SSP), sugieren que desde marzo de 2012 hasta febrero de 2017 han acontecido en promedio 8 412 protestas, plantones y manifestaciones de forma anual (cuadro 2.1). Con un total de más de 40 000 concentraciones en tan solo cinco años y una media diaria de 23 incidencias, la CDMX es el núcleo de la política contenciosa nacional.

Cuadro 2.1. Compilado estadístico de movilizaciones sociales en la CDMX, de marzo de 2012 a febrero de 2017

<i>Ciclo</i>	<i>Total de moviliz.</i>	<i>Federal</i>	<i>Local</i>	<i>Federal (%)</i>	<i>Local (%)</i>	<i>Prom. anual</i>	<i>Prom. por día</i>
Mar./2012-feb./2013	8 251	4 291	3 960	52.01	47.99	688	23
Mar./2013-feb./2014	8 044	4 415	3 629	54.89	45.11	670	22
Mar./2014-feb./2015	9 168	5 468	3 700	59.64	40.36	764	25
Mar./2015-feb./2016	8 986	5 612	3 374	62.45	37.55	749	25
Mar./2016-feb./2017	7 612	4 990	2 622	65.55	34.45	634	21
Total	42 061	24 776	17 285	58.90	41.10		

Fuente: elaboración propia a partir de los informes anuales de actividades de la SSP-DF y SSP-CDMX.

Por si fuese poco, la metrópoli también estimula una vida colectiva que trasciende los propósitos meramente políticos mediante un panorama de involucramiento lúdico y recreativo bastante plural. Con base en los reportes previamente citados de la SSP capitalina, se tiene que entre 2012 y 2017 han tenido lugar un aproximado de 43 000 eventos de carácter cívico, deportivo, cultural, artístico o religioso de asistencia masiva (cuadro 2.2). Con casi 143 millones de participantes en esos años, el contexto urbano del otrora Distrito Federal ofrece múltiples opciones de encuentro para la comunidad.

Así pues, el oasis universitario de la CDMX conforma un enclave propicio para averiguar hasta qué punto las inequidades cotidianas marcan el rumbo de la activación política de jóvenes que se asumen en una relativa condición de privilegio. A partir de la comparación entre dos grupos de estudiantes de IES contrastantes, aquí se pretende poner en tela de juicio el

impacto de ventajas y desventajas sociales en los horizontes de participación.

Cuadro 2.2. Compilado estadístico de eventos masivos en la CDMX, de marzo de 2012 a febrero de 2017

<i>Ciclo</i>	<i>Cívicos masivos</i>	<i>Deportivos</i>	<i>Culturales/ artísticos</i>	<i>Religiosos</i>	<i>Total</i>	<i>Estimación de asistentes (millones de personas)</i>
Mar./2012-feb./2013	1940	1230	3270	966	7406	32.9
Mar./2013-feb./2014	2065	859	1898	893	5715	31.3
Mar./2014-feb./2015	2297	775	2526	1224	6822	35.8
Mar./2015-feb./2016	N/E	2565	2800	644	6009	27.1
Mar./2016-feb./2017	N/E	460	15530	1024	17014	15.8
Total	6302	5889	26024	4751	42966	142.9

N/E: No especificado.

Fuente: elaboración propia a partir de los informes anuales de actividades de la SSP-DF y SSP-CDMX.

La maniobra permite satisfacer tres propósitos centrales. En primer lugar, problematiza el vínculo entre la trama de desarrollo vital de las personas y las circunstancias habilitantes para el tratamiento de asuntos públicos. En la medida en que se trata de gente relativamente selecta, se esperaría que las brechas de involucramiento fuesen menos pronunciadas entre quienes se anticipan o se rezagan al momento de activación.

En segunda instancia, se pone en duda el alcance mismo de los recintos escolares como espacios colaterales de una mayor politización y participación. Si el bálsamo formativo de la educación superior fuese tan efectivo, entonces las universidades

tendrían que potenciar una ciudadanía activa. De no ser el caso estas solo reflejarían la persistencia del déficit cívico en las personas menos favorecidas, mientras que las más aventajadas se mantendrían a la delantera en los asuntos públicos que concitan la acción.

Finalmente, como se advertía en el capítulo anterior, debe subrayarse que el objetivo primordial de la investigación no radica en retratar las condiciones de habilitación política de universitarios y universitarias *per se*. Se trata más bien de explorar si aun entre este tipo de jóvenes prevalecen diferencias participativas asociadas a las inequidades más comunes del curso de vida. Si los efectos de ciertas disparidades relacionadas con el género, el origen social, el entramado familiar y el contexto vital conducen a una participación diferenciada entre quienes se asumen aventajados por su formación, existen razones suficientes para extender la preocupación hacia otros sectores que ni siquiera gozan de posibilidades mínimas para ejercer su derecho a la educación.

A ello debe sumarse una consideración adicional: que las y los estudiantes que consiguen acceder al nivel universitario se encuentran en una etapa definitoria para el resto de sus vidas. En efecto, la juventud es un periodo de transición donde colisionan las expectativas con las circunstancias objetivas de realización. En este sentido, el reto democrático se torna mayor en un país fuertemente marcado por la desigualdad y por la abundante presencia de jóvenes de quienes se espera una activa incursión en los asuntos públicos. Como habremos de discutir en el acápite subsecuente, la experiencia de transitar a la adultez demarca en buena medida la configuración de trayectorias de diferenciación. Por amplias que resulten las ventajas entre el minoritario grupo de personas llamadas a los círculos de Vulcano, veremos que no están exentas de las incertezas y los desafíos que conlleva la maduración. Si las distorsiones que amenazan la inclusión democrática guardan relación con la penetración de las asimetrías cotidianas en los resquicios de la vida pública, no hay momento más culminante que aquel

donde los senderos se bifurcan en virtud de la difícil conquista de la supervivencia personal a costa del distanciamiento de las cuestiones cívicas.

Vale la pena destacar una vez más que si aun entre la gente aventajada prevalece una huella importante de la desigualdad social tornada en asimetría política, los hallazgos darían pie para repensar los peligros de un contexto democrático que, como el mexicano, se soporta sobre una profunda escisión del tejido social.

EL LARGO Y SINUOSO CAMINO A LA ADULTEZ

En su novela *El mapa y el territorio*, el escritor Michel Houellebecq comparte una digresión interesante: “el envejecimiento, en especial el aparente, no es de ningún modo un proceso continuo, se puede más bien caracterizar a la vida como una sucesión de escalones separados por caídas bruscas” (2010: 210). El ganador del Premio Goncourt 2010 en realidad se refiere a su constante obsesión por la degradación física. Cuando nos reencontramos con alguien nos da la impresión de que se ha transformado repentinamente, y otras veces tenemos la sensación de que el tiempo ha sido inerte.

Sin embargo, más allá del pesimismo y la ilustración literaria, al tipo le sobra razón. El crecimiento y el desarrollo de las personas es una trama de saltos constantemente pasados por alto. En el horizonte de nuestra experiencia pocos momentos son tan decisivos como el de transitar a la adultez. No es que otras etapas no sean determinantes, pero durante los años que corren de la infancia hasta el instante mismo en que conquistamos cierta autonomía decisional y algún grado decente de suficiencia económica las apuestas son de modo peculiar altas.

Pensémoslo con calma. Si algo le preocupaba a Emile Durkheim (1893) era precisamente la diferenciación funcional. Según el sociólogo francés las sociedades modernas estaban condenadas a tornarse crecientemente complejas (Durkheim,

1982). La única vía posible para mantener la cohesión en el entorno radicaba en una mayor especialización y diversificación de propósitos. Así ocurría con el trabajo, las estructuras institucionales y las formas de organización. En la medida en que el orden transitaba de basarse en semejanzas entre personas a edificarse sobre distinciones, había mayor espacio para la individuación. Empero, a la par de tal pujanza por la singularización, también se suscitaba una mayor interdependencia. En ello reposa una clave para entender la ambivalencia del mundo social. Por un lado, aunque diferentes, ningún ser humano es una isla en sí misma. Por otro, aunque dependientes, nos carcomen las ansias por distinguirnos y estar a la altura de nuestras expectativas particulares.

El contorno biográfico es una cuestión semejante. En la niñez más temprana nuestros quehaceres se reducen a algunas tareas básicas: comer, beber, dormir, llorar o entretener a quienes nos rodean. Todo parece fácil en esa etapa. Una vez comenzada nuestra incursión en otras arenas, la situación empieza a complicarse. Descubrimos la necesidad de clasificar, al mismo tiempo que somos clasificados. Tejemos relaciones, algunas perdurables y otras pasajeras. Nuestro cuerpo cambia, nuestra psicología también. Los resultados que esperamos y los que otras personas albergan respecto de nosotros se vuelven más exigentes. De pronto ya no nos basta con reír, romper en llanto o hacer alguna monada. Al cabo de algunos años comenzamos a competir en el juego del emparejamiento, de la escolaridad o de la ruta laboral. Nos esforzamos por distinguirnos, por encajar y por ser aceptados. No obstante, no hay garantías de éxito. La zozobra llegó para quedarse; mientras más penetramos en lo social, mayor es la ansiedad que nos acarrea. Deseamos evitar ser como el resto, pero al mismo tiempo anhelamos pertenecer a algo. Entre inclusiones y desarraigos parciales, dejamos atrás la simpleza de nuestra infancia para alcanzar la vida adulta.

En ocasiones pareciera que el tinglado societal estuviese diseñado exclusivamente para quienes han llegado hasta ese punto. El talante adultocéntrico pervive asociado a los espacios

de producción, de decisión y de intercambio. La niñez prevalece como una etapa subordinada y al servicio de la conquista de una eventual madurez. Sin embargo, las condiciones de arranque de la infancia no dejan de pesar sobre el carácter y la trayectoria de las personas que somos y en las que habremos de convertirnos ulteriormente.

El psicólogo Jeffrey Arnett (2000) habla de la adultez emergente. Lejos de considerarle un estadio, concibe a lo adulto como una experiencia. Según Arnett, cuando hemos roto con la dependencia infantil y adolescente, y sin haber asumido responsabilidades plenas y duraderas, incursionamos en un periodo de cambios álgidos. En esos momentos exploramos futuros posibles mientras intentamos evadir resoluciones de largo plazo.

Tornarse adultos no es precisamente una elección. Del vasto catálogo de eventos vitales, la travesía por ese trance es uno de los pocos con probabilidad 1 de ocurrencia. Al igual que la muerte, podríamos estar en condiciones de retrasarle, de esquivarle de vez en cuando, mas no de exentarle. Ambos acontecimientos se parecen no solo en su halo de inevitabilidad. Para unas personas cualquiera de las dos cuestiones puede presentárseles de forma inesperada o anticipada sin importar su edad, ya que en la medida en que asumimos el tránsito a la adultez como pasaje, logramos entender que la asunción de compromisos no puede ser planeada. Más bien, en todo caso, los cometidos y las pretensiones que definen a lo adulto suceden al compás de las incertezas y fragilidades a las que está expuesta nuestra biografía.

Hasta hace unas décadas la discusión demográfica se centraba en la sucesión de acontecimientos inaugurales de aquel itinerario vital. De acuerdo con autores como Hogan y Astone (1986) se trataba de una carrera medianamente instituida en aras de la realización personal. Escuela, trabajo y familia componían los pilares fundamentales de la senda de sociabilidad. Así, la adultez se fraguaba paso a paso a partir de la ordenación variable de cinco eventos sobre los cuales se edificaba nuestra entrada plena al escenario social: la salida del circuito escolar;

el abandono del hogar parental; el ingreso al mercado de trabajo; la unión en pareja, y el nacimiento del primogénito constituían los hitos de desplazamiento entre la anodina infinidad y el esperado momento de desbordada responsabilidad.

Desde los países desarrollados los estudios poblacionales insistían en la consecución de un patrón transicional. Con el incremento paulatino en las tasas de acceso a la educación y una mayor sofisticación de la actividad económica, el contexto de la segunda posguerra legó un sistema de expectativas. Reforzado por instituciones con consecuencias cronológicas para el diseño del devenir, las personas trataban de ajustarse a un programa relativamente estructurado para el trazado del curso de vida (Kohli y Meyer, 1986; Greene, 1990; Kohli, 2007).

El sociólogo suizo Martin Kohli (1986) resumía la lógica de esa intuición en cinco premisas: 1) temporalización, 2) cronologización, 3) individuación, 4) trabajo, y 5) secuenciación y perspectiva biográficas. De acuerdo con él: 1) pasamos de un régimen donde la edad era relevante como estatus categorial a otro en el que el tiempo vital es una de las características estructurales centrales; 2) la temporalidad de la vida se ha basado en gran medida en la edad cronológica como un criterio básico, lo cual ha redundado en un “curso de vida normativo” estandarizado cronológicamente; 3) como parte de un proceso evolutivo más amplio, los individuos se han liberado de sus lazos de estatus, localidad y familia de origen, de modo tal que los nuevos programas sociales se centran en las personas como unidades primarias de la vida social; 4) la senda biográfica se ha estructurado en torno a un sistema de trabajo basado en el empleo asalariado, derivando en un ordenamiento temporal en periodos de preparación, “actividad” y jubilación; 5) así, según Kohli, el patrón de reglas vitales opera en dos niveles: el del movimiento de las personas a través de secuencias de posiciones y roles; y el de sus propias perspectivas biográficas y acciones.

No obstante, la estabilidad y la predictibilidad son lujos escasos. Sin rasgarnos las vestiduras con alardes de posmodernidad, lo cierto es que la homologación de trayectos solo

es pensable ahí donde impera una amplia igualdad. Si quien lee estas páginas siente desubicación por afrontar serios compromisos familiares, laborales o escolares aun sin haber pasado el calvario de la quinteta de eventos antes referidos, es justo porque la juventud está sujeta a la enorme disparidad del significado de la adultez.

Hoy que a diestra y siniestra se replica la necesidad de encasillar a quien es joven como *millennial*, mucho valdría la pena recordar que las experiencias de tránsito a la vida adulta están marcadas por grados importantes de heterogeneidad. Como han apuntado posteriores indagaciones, las secuelas graduales de la edad no están desprovistas de singularidad (Corijn, 1996; Benson y Furstenberg, 2003; Mills y Blossfeld, 2003; Blossfeld *et al.*, 2005). La flexibilización laboral, el alcance acotado de los sistemas de seguridad social y la sobrevaluación de la formación escolar son algunos de los desequilibrios con los cuales se debe encarar el galope del drama vital.

La bibliografía mexicana ha identificado varias de esas tensiones. Desde el estudio precursor de Rodolfo Tuirán (1999) hasta otros más recientes, se ha desmitificado la noción de una carrera ideal hacia los dominios de la adultez. Así, por ejemplo, Echarri y Pérez Amador (2007) muestran con datos de la Encuesta Nacional de Juventud del año 2000 que menos de una quinta parte de las personas de 15 a 29 años había experimentado los cinco eventos considerados en el modelo normativo de transición. Tanto Parrado y Zenteno (2002) como Lindstrom y Brambila (2001) señalan la demora en la edad de unión conyugal entre quienes conjuntan la ventaja de una mayor escolaridad con la disponibilidad de oportunidades de carácter laboral. Otras contribuciones, como las de Giorguli (2005), Gandini y Castro (2006), y Mier y Terán (2004), han recalcado las diferencias introducidas por factores como el género y la composición del hogar en la temporalidad conducente al abandono escolar o la precoz inserción al sector ocupacional.²

² No es propósito central de este apartado reparar en la diversidad de hallazgos ni en los balances críticos de la bibliografía sobre tránsito a la

Un consenso implícito emerge entre las voces académicas referidas anteriormente, y es que a mayor desigualdad se corresponde una mayor celeridad por desplazarse por espacios y sucesos de los cuales se espera ganar autosuficiencia y poder decisonal. Paradójicamente, cuando la gente experimenta mayores vicisitudes se ve forzada a anticiparse al engrosamiento de la fuerza de trabajo, a sacrificar derechos que se convierten en auténticos privilegios, tales como su educación, y en ocasiones a dar mayor apremio a la conformación de su propio nicho familiar, a modo de distanciarse falazmente de las carencias imperantes en su hogar de procedencia. En un mundo donde para emplearse nos exigen tener casi la misma experiencia que los más veteranos de la compañía, poseer una alta preparación sin rayar en la sobrecalificación, y hacer de la autoexplotación noble vocación, sobrevivir para hacerse de casa propia, aventurarse a tener pareja e incluso dar vida a descendientes, parece una locura.

En todo caso, las contrariedades con las cuales se entreteje la senda desigual de conversión personal no son nada nuevas. Desde épocas anteriores a la nuestra, las aspiraciones de la gente estaban mediadas por la impronta de sus cualidades más arraigadas. El género, la clase social o el linaje familiar fungían como poderosas determinantes de las circunstancias venideras. Si algo ha cambiado es la renovada ilusión de que, pese a esos y otros frenos, existe un resquicio mínimo de elección. Irónicamente, a falta de predestinación las escuetas libertades se pagan con un alto costo de vacilación, pues los grados de incertidumbre varían en función de la posesión de privilegios atemperantes del riesgo.

adulterez en México o a nivel internacional. Para quien se interese por tales menesteres se recomienda ampliamente revisar los trabajos de Orlandina de Oliveira y Minor Mora Salas (2008, 2009), quienes realizan una síntesis sobre algunos de los principales polos de discusión en torno al tema. Asimismo, vale la pena revisar el trabajo de Nancy Worth del año 2009 donde se exponen algunas coordinadas del debate desde la psicología, la filosofía y la geografía humana.

El catedrático de la Universitat Autònoma de Barcelona, Joaquim Casal, y su equipo del Grupo de Investigación en Educación y Trabajo (GRET, por sus siglas en catalán), así lo han señalado en reiteradas ocasiones (Casal, Masjuan y Planas, 1988; Casal, 1996; García y Merino, 2006). El embate de la adultez se asemeja más a un proceso no lineal, ocasionalmente reversible, contingente y multisituado. Por encima de una concatenación esperada de eventos, la disputa radica en la sinuosa adquisición de control sobre la ruta vital. La autonomía personal y las condiciones de satisfacción de responsabilidades discrepan entre grupos de jóvenes en virtud de los efectos diferenciados de la precariedad y la desestructuración institucional.

En este sentido, la ausencia de linealidad obedece a la configuración diversa de recursos y oportunidades de la gente. La reversibilidad se relaciona con la potencial pérdida de capacidad para tomar decisiones libres de restricciones y en circunstancias medianamente plenas de conducción. La contingencia nos recuerda, al modo de John Lennon, que la vida es aquello que acontece mientras nos ocupamos haciendo otros planes. En tanto, el cariz multisituado se expresa en la combinación de pistas donde las juventudes definen su sociabilidad.

Las y los jóvenes protagonistas de este estudio no constituyen una excepción. Aun cuando gozan de las bondades de acceso a una profesión, están expuestos a las brechas distintivas de su trama de crecimiento. Puede que el ingreso al circuito terciario de escolaridad les haga parecer semejantes. No obstante, el privilegio formativo no basta para erradicar las posibilidades de bifurcación.

En tanto jóvenes, las y los estudiantes aquí analizados enarbolan una modalidad de transición peculiar. Su inserción a la universidad se acompaña del embate por traducir su preparación en un valor agregado para otros enclaves de habilitación. Al igual que sucede con la entrada y permanencia en los recintos universitarios, el resto de los escenarios de actuación no vienen dados. Por el contrario, aun con grados relativamente

envidiables de control, persiste el malabar por compatibilizar el mundo escolar frente a otras vías como la familiar, la laboral y, desde luego, la política.

El tránsito a la adultez funciona como un catalizador de ventajas y desventajas sociales. El proceso refleja un limbo entre la dependencia y la disputa por mayor autonomía. Tal cual lo sugiere Gill Jones (2002), allí coinciden las inercias de la niñez con las promesas del juego de la adultez. Mitad ciudadana por derecho propio y mitad por la mediación del hogar, la circunstancia familiar o el vínculo con otras figuras de cuidado, la juventud se escinde entre quienes cumplen puntualmente con un itinerario y quienes se rezagan al precio del truncamiento de sus derechos. En suma, como apunta Gonzalo Saraví: “los procesos de creciente polarización social y de acumulación de desventajas conducentes a situaciones de exclusión, encuentran un espacio desencadenante y/o potenciador en la vulnerabilidad propia de la transición a la adultez” (2009: 42). En la vivencia de tal travesía, aun quienes son privilegiados por haber llegado a la educación superior se exponen a la profundización de experiencias biográficas desiguales, tan contrastantes como la segmentada oferta de alternativas para su formación.

Con menuda insistencia se ha señalado que las vicisitudes privadas son enormes distractores para tomar parte en asuntos públicos. Las inequidades cotidianas despojan a las personas de recursos materiales, de tiempo, de relaciones significativas y de confianza en sus capacidades para incidir en aquellas preocupaciones de orden común. Con efectos presumiblemente duraderos, enfocarse en este proceso biográfico permite revelar cuan distintivos son los impactos de diversas asimetrías sobre la trama de activación política.

En la medida en que aquí se ha sostenido que la participación diferenciada se erige sobre la traducción de desigualdades cotidianas al terreno de gestión e influencia en el poder, existen razones suficientes para suponer que el déficit cívico está relacionado determinantemente con los obstáculos que minan nuestras libertades y certezas más básicas.

Quien se confronta con la metamorfosis a la adultez encara también su conversión a la ciudadanía. Parte de sus prerrogativas adquieren un potencial sentido de practicidad. Conforme transcurre el recorrido por diversos ámbitos desde lo familiar, lo escolar, lo laboral y lo público-institucional, los derechos pasan de algo consagrado a una cuestión por ejercer y disputar. Como veremos en los capítulos subsecuentes, la apelación a la política no espera necesariamente a la tenencia de carnet de mayoría de edad. Similar a otros quehaceres, el calendario y la intensidad con que se suscita una vida pública activa refleja ritmos sorpresivos. Más aún, la travesía por variados enclaves de producción, interacción e intercambio asociados con crecer implica no solo la suscripción de nuevos compromisos, sino a su vez el enarbolado de un catálogo amplio de potestades por desplegar. Tal cual se mencionaba al inicio de este apartado, esto supone la pluralización de nuestras locaciones donde hacemos comunidad, y al mismo tiempo, el enriquecimiento de las categorías invocadas al momento de participar.

Es cierto que universitarios y universitarias gozan de oportunidades que a otra gente se le ha negado. No obstante, el privilegio viene acompañado de un incremento singular en el abismo que mella entre sus expectativas y el valor de sus apuestas por concretarlas. El sentimiento de impotencia frente a cambios vertiginosos y la intermitencia de certezas es algo que ni la formación superior puede desterrar. Este aspecto es relevante porque el juego democrático se sostiene por promesas, pues se asume que por la ciudadanía todos y todas tenemos posibilidades de un rescicio de igualdad. Sin embargo, más allá de su talante denominativo lo cívico es una condición práctica. Al momento en que unas personas se activan y otras truncan su vínculo con lo público, se replica la distancia entre lo esperable y lo realizable. Dicha tensión no respeta fronteras entre lo político y lo personal, esa fricción impera en los múltiples campos de desempeño colectivo o individual. Si entre gente selecta hay indicios de asimetría participativa por las inequidades que franquean la trayectoria vital, corremos el riesgo de no prestar

cuidado a un fenómeno extensible para el resto del conjunto social. En suma, se trata de evidenciar lo accidentado del proceso de ciudadanía aun entre jóvenes con circunstancias medianamente óptimas para su desarrollo.

RASTREANDO LOS CONTRASTES DE VULCANO

Hasta aquí se ha dado cuenta de las posibilidades de centrar la mirada en estudiantes de educación terciaria de la CDMX. Su peculiaridad formativa y su momento de embate hacia la adultez permiten el desahogo estratégico de los propósitos analíticos de la investigación.

Con el interés de contrastar el efecto de las desigualdades sociales cotidianas en los procesos de activación política, se optó por un acercamiento basado en el análisis de implicación. En realidad la maniobra es muy simple, pues consiste en enfocar la observación de un fenómeno bajo cualidades relativamente esperadas de ocurrencia. Stanley Lieberson y Joel Horwich (2008) lo explican de forma contundente. Cuando deseamos explorar los límites de algunas intuiciones teóricas, es pertinente tener en cuenta bajo qué circunstancias podemos aguardar el cumplimiento de sus supuestos a través de consecuencias observables. De forma complementaria, podríamos también considerar en qué otras situaciones las influencias conjeturadas están neutralizadas.

Si las explicaciones tentativas disponibles fuesen suficientemente certeras, bastaría con que los factores en que se basa nuestra apuesta estuviesen presentes para que aconteciera el suceso sobre el cual teorizamos. Para ponerlo en términos más llanos, si suponemos que existe una correlación positiva entre los días lluviosos y la depresión podríamos optar por dos vías: 1) centrar nuestra atención en escenarios donde prevalece un tiempo pluvial, esperando que el número de personas estuviese mayoritariamente compungido de ánimo, o 2) truncar la mirada solo sobre gente residente en contextos de clima

seco, expectantes de que el trastorno psicológico sea de lo más infrecuente.

Sin embargo, la investigación no funciona de un modo tan trivial, pues más que falsear o verificar nuestras predicciones se trata de mejorar los frenos y alcances del conocimiento que poseemos a la mano. Así, aunque en nuestro ejemplo hubiese gente sin depresión aun con lluvia, y por el contrario encontrásemos casos con tal afectación aun en climas soleados, lo relevante no radica en convalidar o desestimar radicalmente nuestras presunciones, sino en afinar la lógica de las imputaciones en condiciones en las que damos por sentado que algo debe o no debe ocurrir.

En ese tenor, el capítulo precedente y los apartados anteriores sintetizan las coordenadas de partida de nuestro acercamiento. En contribuciones preliminares, tener ventajas materiales, relacionales y aptitudinales se ha destacado como factor relevante para detonar la participación. Asimismo, se ha hecho notar que quienes acceden a la educación superior constituyen un grupo singular por pertenecer a un conjunto reducido de personas que, sin estar libres de vicisitudes, han logrado sortear algunas de las dificultades persistentes para mantenerse hasta ese punto del tramo escolar. Como jóvenes en tránsito a la vida adulta, concitan también la paradoja del privilegio de su formación junto al ineludible cariz potenciador que el crecimiento ejerce sobre el trazado de distinciones e inequidades sociales. Quizá con grados controlados de incerteza y precariedad si los comparamos con el resto de la población en nuestro país, las y los profesionistas capitalinos ostentan recursos preciados para una politización activa. Si la educación de alto prestigio curricular y sus bondades asociadas fuesen tan determinantes para facilitar el involucramiento cívico, las diferencias participativas entre estas ilustres figuras vulcanianas tenderían a ser escasamente significativas. Esto no supone que quien acude a un plantel universitario se torna automáticamente en prócer de la democracia y en activista por espontaneidad, más bien sugiere que, en la medida en que se poseen ventajas

relativas, existe menor propensión a la desafiliación del tratamiento de asuntos públicos.

A partir de tal marco se definió un referente empírico compuesto por estudiantes de IES contrastantes, cuyas características hiciesen posible el cotejo de diferencias tanto entre las universidades elegidas como dentro de estas. Para ello, se seleccionó un par de escuelas de connotado prestigio en la CDMX, las cuales cuentan con más de cuatro décadas de oferta de servicios y con planes formativos relativamente coincidentes.³

La primera de ellas, designada en este trabajo como Universidad A, es una institución privada considerada de alto costo por el valor que implica el pago de colegiaturas cercano a los 18 000 pesos mensuales. En cuestiones de ingreso el promedio suele ser una magnitud engañosa. No obstante, para tener más claro el carácter medianamente exclusivo de tal institución basta con recordar que, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 2016, el flujo corriente de entradas por cada núcleo básico de convivencia a nivel nacional se situaba alrededor de los 15 507 pesos mensuales (Inegi, 2016). La CDMX, tan discrepante en esas y otras cuestiones, se situaba entre las cinco entidades con mayores percepciones por hogar con una media cercana a los 19 604 pesos al mes. No hace falta ser Paul Krugman, premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en 2008, para imaginar cuán prohibitivas podrían ser las cuotas educativas en una instancia formativa como esta. Tal cual se discutirá a detalle en el capítulo subsecuente, esto no quiere decir que quienes acuden a dicha universidad gocen de exorbitantes riquezas, y mucho menos que todos y todas provengan de familias altamente acaudaladas. Por el contrario, veremos que aun cuando se trata de un enclave escolar selecto la composición del alumnado refleja importantes grados de heterogeneidad que, sin llegar a extremos notables, al menos sí ejemplifica parte de la disparidad con la cual se traza la ruta profesional.

³ Para preservar el anonimato de las fuentes de información y de quienes participaron en el estudio se omiten los nombres de las dos universidades donde se llevó a cabo la recolección de datos.

El segundo recinto analizado, identificado con el nombre de Universidad B, se corresponde con una institución educativa de carácter público. A diferencia de la primera escuela, en esta se exhibe una mayor diversidad en el origen social del estudiantado, predominando particularmente quienes provienen de estratos medios bajos y personas vinculadas a las clases trabajadoras urbanas. Huelga decir que, al retomar esta otra IES como parte del referente empírico bajo observación, se buscó establecer un patrón de alto contraste en relación con las condiciones socioeconómicas, transicionales y formativas de quienes cursan una carrera en el otro plantel de comparación.

Como se advertía previamente, pese a sus diferencias constitutivas ambos enclaves profesionalizantes cuentan con una larga tradición formativa y de gran renombre en nuestro país. En el caso del plantel de la Universidad A, fundado a principios de la década de 1940, este forma parte de uno de los sistemas de instituciones privadas más extensos en la República mexicana. Al momento de la inmersión en campo su matrícula estaba compuesta por 4 135 estudiantes de nivel licenciatura.

Con base en datos proporcionados por personal clave de la institución, así como a partir de los indicios recabados con instrumentos de terreno, se identificó que 9 de cada 10 integrantes del alumnado eran descendientes de padres con una carrera universitaria. Asimismo, 2 de cada 10 procedían de entornos familiares donde el jefe o la jefa de familia había cursado algún posgrado. Indicativo del grado de endogamia académica, también se detectó que 7 de cada 10 habían estudiado el bachillerato en la misma institución donde estaban llevando a cabo su formación profesional.

La oferta programática de la Universidad A consta de 39 carreras divididas en ocho áreas disciplinarias, entre las cuales se cuentan bioquímica, comunicación, tecnologías de la información y electrónica, negocios, salud, arquitectura, ingenierías y ciencias sociales.

Por su parte, la Universidad B está integrada a una red educativa con más de cuarenta años de existencia. Específicamente,

el plantel bajo estudio constituye el más antiguo y completo de toda la trama universitaria a la cual pertenece. Al momento del levantamiento de datos, el estudiantado estaba conformado por 13841 alumnos, en su mayoría provenientes de sectores ciudadanos de extracción popular. Así, 8 de cada 10 habían realizado su circuito educativo solo por instituciones públicas; cerca de 7 de cada 10 eran universitarios o universitarias de primera generación; 7 de cada 10 residían en hogares con ingresos entre 3000 y menos de 10000 pesos mensuales; 1 de cada 10 pertenecía a familias con ingresos inferiores a los 3000 pesos, mientras que solo 2 de cada 10 provenían de entornos que superaban los 10000 pesos al mes.

La Universidad B cuenta con 27 carreras aglutinadas en tres divisiones académicas; a saber, Ciencias Básicas e Ingenierías; Ciencias Biológicas y de la Salud, y Ciencias Sociales y Humanidades. Cada una de ellas goza de alta demanda, lo cual obliga a que año con año se admita a un número reducido de aspirantes.

Además de las polaridades en la integración del alumnado, ambas escuelas cuentan con esquemas organizacionales disímiles. La Universidad A se caracteriza por un fuerte impulso a la generación de espacios asociativos, equipos deportivos y grupos de difusión cultural o artística, que enriquecen su prestigio entre sus educandos y solicitantes. Por su lado, debido a su tamaño, complejidad presupuestal y volumen exacerbado de estudiantes, la Universidad B goza de una tradición participativa mucho más ligada a la creación de contingentes y colectivos gestionados de manera autónoma.

Sin duda la cultura estudiantil de los dos enclaves demandaría mayor detalle y profundidad en la estrategia de observación. No obstante, es claro que hablamos de mundos disímbolos cuando se trata de las actividades extracurriculares, entre las cuales figura el involucramiento político.

Asimismo, los perfiles de ingreso no solo se resumen con el panorama de cifras previamente señaladas. La historia y evolución institucional de una y otra universidad denotan buena parte de lo que en la actualidad las distingue e identifica. La

Universidad A comenzó como una alternativa de formación y alta especialización para los sectores empresariales del norte del país. Particularmente, el plantel bajo estudio fue por cuatro décadas la piedra angular de ese sistema de enseñanza en la zona centro de México. Entre el inicio de la década de 1970 y a finales de la de 1980 se consolidó como una importante alternativa para los hijos y las hijas de altos funcionarios, propietarios y accionistas de negocios. Empero, entrada la década de 1990 los efectos paulatinos de continuas crisis económicas dieron lugar a una pluralización estrecha de los sectores atendidos. Si bien los costos de colegiatura no disminuyeron sino que, por el contrario, aumentaron gradualmente, otros estratos de relativo menor privilegio empezaron a tener entrada. Así, el número de apoyos financieros y becas se incrementó a la par de las áreas profesionalizantes, dando lugar a un contexto con mayor diversidad. Tal fue el alcance percibido de la tenue apertura frente al carácter exclusivo de la institución, que a la postre otro plantel de la Zona Metropolitana terminaría por atraer el interés de las familias que no solo buscaban satisfacer la necesidad de aprendizaje para sus vástagos, sino también su distinción como parte de un grupo de clase opulenta.

En tanto, la Universidad B surgió como una bocanada de aire fresco para quienes solo podían elegir entre las dos principales IES públicas de México. Específicamente, el núcleo escolar aquí analizado pretendía dotar de oportunidades tanto a aspirantes del entonces Distrito Federal como a aquellos y aquellas provenientes de algunos municipios del área conurbada del Estado de México. Muy pronto dicho enclave se convertiría en una alternativa para descendientes de familias de pequeños comerciantes, de cuentapropistas y empleados itinerantes. A diferencia de quienes cursan su carrera en la Universidad A, en la B persiste la noción de que acceder a la educación superior no es un asunto esperado, sino todo un logro del cual la mayoría son primerizos en la historia familiar.

El clima formativo de una y otra escuela también es singular. Además de los rasgos pedagógicos y educativos, en ambas

se palpa un modo peculiar del disfrute del espacio escolar. La Universidad A acopló sus locaciones y regímenes de actividad para que el estudiantado hiciese un despliegue intensivo de recursos materiales y temporales de forma continua. Durante cuatro años para el caso de quienes cursan una carrera profesional, o a lo largo de siete para quienes han persistido desde el bachillerato en ese mismo sistema, la escuela se torna un intersticio medular para articular el resto de los entornos de sociabilidad. Con jornadas de asistencia al plantel que en ocasiones rebasan las quince horas diarias, se refuerza un modelo de expectativas sustentado en el desarrollo de tres cualidades fundamentales para la visión institucional: *a)* la prefiguración ética estudiantil, laboral y personal; *b)* la internalización de un parámetro de competitividad internacional, y *c)* la construcción de un sentido de comunidad.

Estos preceptos se acompañan de consecuencias prácticas para las acciones que tienen lugar en dicha universidad. Así, por ejemplo, el servicio social se emplea para propiciar la incursión del alumnado en labores de ayuda comunitaria y de apoyo a personas en situaciones de vulnerabilidad. De igual forma, sin ser requisito para todas las carreras ofertadas, se alienta constantemente la experiencia de movilidad internacional. Además de la valoración positiva de los intercambios académicos en la trayectoria curricular, este aspecto conlleva decisiones importantes sobre la salida temporal del hogar parental. Desde luego, económicamente también representa un signo de diferenciación entre quienes pueden costear el lujo del traslado y quienes optan por destinos de menor ostentación. Por si fuese poco, la vida monástica y de *quasi* aislamiento que inducen los largos periodos de permanencia cotidiana en la institución en ocasiones se recompensan con el tejido de vínculos estratégicos con futuros empleadores, o el estímulo frecuente para conformar redes de producción, emprendimiento e inversión.

La Universidad B, en cambio, concita otro tipo de interacción. Su relativa masificación no da mucho lugar para la pro-

moción de un estilo de vida más allá de la tarea central de la provisión de educación. Esto se debe en buena medida a la mayor diversificación de su población. Una amplia proporción del estudiantado afronta la disyuntiva de ingresar al mercado laboral en combinación con su preparación escolar. Asimismo, el desplazamiento a otros países o parajes es proporcionalmente menor. Con más alumnos, contadas oportunidades de migración educativa y menor holgura económica, el volumen de intercambios tiende a ser mucho más reducido. De igual modo, con turnos obligadamente rotativos para sortear la capacidad de absorción, una gran cantidad de estudiantes dividen su tiempo entre la estadía en el plantel y sus rutas de traslado. Dejar el núcleo doméstico parental no es tan inusual entre las y los asistentes a esta escuela. Con el propósito de compaginar el ocasional menester de trabajar con la jornada de enseñanza, muchas y muchos jóvenes optan por cambiar de sitio residencial.

Luego entonces, el principal insumo de información se obtuvo a partir de dos vías: *a)* la aplicación de un cuestionario de encuesta a una muestra de estudiantes de ambos enclaves, y *b)* algunos registros cualitativos recabados mediante grupos de discusión, entrevistas casuales y observación.

Quienes amablemente brindaron respuesta al instrumento demoscópico se eligieron a partir de un principio de aleatoriedad. Si bien se trataba de privilegiar el contraste tanto entre universidades como al interior de estas, se procuró que las muestras recabadas reflejaran la mayor consistencia posible con los atributos de conformación de la matrícula estudiantil (para mayor precisión técnica, se sugiere ver el anexo metodológico de este libro).

Los cuestionarios fueron aplicados a terreno abierto, cubriendo la mayor cantidad de espacios de afluencia del alumnado. Dicha maniobra implicó prescindir de los salones de clase como nichos de captación de informantes, en tanto que se buscaba retratar de la manera más propicia a “grupos naturales” de profesionistas en formación. Así, optando por evadir el cariz

selectivo y de filtración de las aulas, se cubrió hasta 90% de los entornos de convivencia universitaria. A partir de una inmersión previa, con la cual se estudió a detalle la dinámica cotidiana de interacción, se estableció un reclutamiento de participantes durante los turnos matutino, vespertino y nocturno mediante irrupciones en bibliotecas, cafeterías, zonas de comida rápida, pasillos de edificios, áreas verdes, zonas destinadas para fumar, y salas de trabajo y cómputo. Canchas deportivas, laboratorios, aulas magnas o auditorios, sitios específicos de impartición de cursos, oficinas o cuartos a disposición de grupos asociativos se excluyeron de las visitas tácticas con el objetivo de no introducir sesgos de composición.

El cuestionario, integrado por ocho secciones temáticas, se diseñó como una herramienta autoaplicada con una duración promedio de llenado de alrededor de catorce minutos. Aun cuando la gente era captada en sitios de conversación, vinculación o trabajo colaborativo, se tuvo cuidado de que las respuestas consignadas fuesen personales e individualizadas (cuadro 2.3).

Varias de las preguntas consideradas en el instrumento satisfacían el propósito de reconstruir de forma retrospectiva algunas de las circunstancias de origen social y la experimentación de eventos clave desde la niñez hasta el momento etario en que se aplicó la encuesta. Así, los distintos reactivos fueron ordenados y procesados en cuatro bloques de variables de interés. Los rasgos sociodemográficos, familiares y vivenciales se destacaron como atributos clave, puesto que reflejan la diversidad de condiciones que se articulan a lo largo del proceso vital que corre desde la infancia hasta el tránsito a la adultez. Si bien ninguna de tales propiedades se mantiene estática en tiempo y magnitud, lo cierto es que suelen constituir la prolongación de patrones, recursos y prácticas que, por herencia o por adquisición, inciden en el devenir de las personas (cuadro 2.4).

Cuadro 2.3. Diseño general del cuestionario de encuesta

<i>Secciones</i>	<i>Objetivo</i>	<i>Número de preguntas</i>	<i>Aspectos a considerar</i>
Factores de ego	Recoger los principales factores socio-demográficos del encuestado	9	Edad Sexo Universidad Semestre en curso Disciplina Tipo de bachillerato Condición doméstica Delegación
Antecedencia familiar	Recoger elementos de caracterización general de la familia de origen	8	Escolaridad de los padres Ocupación de los padres Antecedencia participativa Simpatía partidista de los padres Frecuencia de exposición a temas políticos Orígenes sociales Condición inmobiliaria
Condiciones sociopolíticas de ego	Recoger elementos sobre participación y contexto del informante	6	Participación durante la infancia Participación actual Edad a la que comenzó a participar Condiciones materiales recientes Dinámica familiar Condiciones de tránsito a la vida adulta

<i>Secciones</i>	<i>Objetivo</i>	<i>Número de preguntas</i>	<i>Aspectos a considerar</i>
Confianza e interés	Recoger elementos de confianza e interés en instituciones políticas y sociales	2	Confianza en instituciones políticas y sociales Interés en asuntos sociales diversos
Hábitos participativos y percepciones de agencia	Conocer la disposición de los encuestados a participar y algunos elementos de prefiguración de sus hábitos políticos	4	Disposición participativa Percepciones sobre autoeficacia Influencia de actores sociales en decisiones participativas Hábitos de información
Prefiguraciones políticas	Recoger elementos de filiación política	2	Simpatía partidista Ideología
Vulnerabilidad social	Conocer experiencias que hayan vulnerado derechos y condiciones sociales de los encuestados	1	Exposición a situaciones de riesgo y vulnerabilidad
Conocimiento político	Conocer parte de los conocimientos básicos del encuestado en asuntos políticos generales	10	Cultura política general

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 2.4. Dimensiones y variables

<i>Dimensiones de carácter analítico</i>				<i>Elemento solo de carácter descriptivo</i>			
<i>Núm.</i>	<i>Variables adscriptivas y orígenes sociales</i>	<i>Núm.</i>	<i>Antecedencia familiar</i>	<i>Núm.</i>	<i>Variables transicionales</i>	<i>Núm.</i>	<i>Variables dispocionales</i>
1	Edad	1	Participación familiar por canales convencionales	1	Condición doméstica	1	Exposición cotidiana a temas políticos
2	Sexo	2	Participación familiar por canales no convencionales	2	Beca	2	Confianza institucional y social
3	Tipo de universidad	3	Simpatía partidista de la madre	3	Empleo	3	Interés en asuntos políticos
4	Disciplina	4	Simpatía partidista del padre	4	Primer empleo	4	Interés en asuntos sociales inmediatos
5	Tipo de preparatoria	5	Participación durante la infancia	5	Emancipación doméstica	5	Disposición a participar convencionalmente
6	Lugar de residencia			6	Dependientes económicos	6	Disposición a participar no convencionalmente
7	Escolaridad de la madre			7	Aportaciones al hogar	7	Permeabilidad social
8	Escolaridad del padre			8	Autonomía/Heteronomía	8	Nivel de información
9	Ocupación de los padres			9	Autoeficacia	9	Simpatía partidista
10	Condiciones materiales de origen			10	Vulnerabilidad	10	Ideología
11	Condiciones materiales al momento de la encuesta					11	Nivel de conoc. político
12	Tipo de casa donde reside el encuestado						

Fuente: elaboración propia.

Como indicadores de participación política entre estudiantes de ambas escuelas se registraron incursiones en instancias de tipo escolar, comunitario o social, institucional, contencioso, así como cultural y de esparcimiento. De ese modo, en el catálogo de indicios se incluyeron episodios de involucramiento en asociaciones estudiantiles; agrupaciones barriales; grupos ecologistas; organizaciones de ayuda comunitaria; agrupaciones políticas; campañas o redes de apoyo a candidaturas electorales; protestas o toma de avenidas; manifestaciones o performances; grupos culturales; círculos de lectura; y congregaciones religiosas. El repertorio de opciones participativas fue definido puntualmente a partir de dos ejercicios previos de pilotaje de instrumentos, a fin de no excluir respuestas analítica y empíricamente relevantes. De ese modo, es pertinente aclarar que el sufragio fue extraído de la medición definitiva del constructo de participación. El voto, tan peculiar en su percepción como un deber cívico y como expresión de voluntad ciudadana, reflejaba un comportamiento excepcional. Pese a que la decisión de acudir a las urnas puede venir influenciada de tomar parte en otros ámbitos, distintas pruebas realizadas sugirieron que existía una baja correlación con el resto de los ítems contemplados en el listado de vías de activación.⁴

En forma semejante, las expresiones políticas vertidas en redes sociales mediadas por las tecnologías de la información y la comunicación, como Facebook, Twitter, Instagram y Snap-

⁴ Este tema merece una aclaración más puntual. Al preguntar a las y los estudiantes sobre si acudieron a las urnas en las elecciones de 2012, 2009, 2006, 2003 y 2000, según aplicara, se apreciaron incrementos y decrementos relativamente estables, indicativos de que la variación en la tasa de participación electoral ha sido poco sustantiva y muy poco asociada a las fluctuaciones en el resto de otros componentes de carácter participativo y disposicional. Entre el alumnado de la Universidad B se apreció una mayor oscilación en la asistencia a las urnas, en comparación con quienes cursan sus carreras profesionales en la Universidad A. No obstante, es claro que aun con ese contraste prevalece una percepción del voto como un “deber”, introduciendo una distinción preeminente con relación a otras formas de participación de carácter voluntario, abierto y contingente.

chat, entre otras, no fueron tomadas en cuenta. Susceptible de ser considerada una desventaja del estudio, la decisión se basó en la preeminencia concedida a las modalidades de ocupación e incursión en las arenas políticas, institucionales y comunitarias de interacción presencial. Se reconoce que estos medios ofrecen ventajas y oportunidades de politización e incidencia social para sus usuarios y usuarias; empero, las personas consultadas en ambas universidades se mostraron dubitativas para distinguir entre el empleo de recursos digitales para la mera enunciación de posturas y su orientación para convocar a la acción o la articulación de otros repertorios. En todo caso, se apela a la condescendencia de quienes lean este libro para soportar los beneficios y perjuicios de tal omisión, y para no soslayar la importancia del emergente activismo virtual.

La evidencia presentada en capítulos posteriores fue recabada a finales del año 2012, y con exploraciones de control entre los meses de mayo y junio de 2010, 2011, 2013 y 2014. Como se puede advertir, la obsesión por constatar la verosimilitud de los datos dio lugar a pilotajes previos para validar la precisión de los cuestionarios aplicados; por su parte, los ejercicios posteriores al levantamiento definitivo apuntaron a la preocupación por contrastar si se recogían fluctuaciones relevantes en los indicadores trabajados.

La muestra definitiva total es de 963 registros, 462 correspondientes a la Universidad A y 501 de la Universidad B. Esta mostró variaciones menores en los indicios relacionados con los antecedentes de participación política, de alrededor de 0.63 desvíos estándar. En términos más simples, dicha cuestión indica que, tanto para las mediciones de activación como para los rasgos vinculados con otros temas de la encuesta, no se presentaron grandes cambios. De hecho, resulta llamativo señalar que las trayectorias y los atributos del alumnado bajo estudio tienden a mostrarse con gran estabilidad durante los cortos periodos de observación en que se aplicaron ejercicios de monitoreo. Esto tampoco constituye una inesperada sorpresa, por cuanto buena parte de la información recogida es de carácter retrospectivo.

Dada la selectividad intrínseca de los recintos universitarios, se detectó que prevalecen fuertes patrones de desarrollo y origen social entre las y los estudiantes ingresados. En buena medida esto también vale para las pautas de involucramiento político, puesto que tomar parte en asuntos públicos es menos errático y oscilante de lo que se piensa, al menos entre este grupo de jóvenes analizados.

De la totalidad de casos conjuntados, 484 reportaron haber participado activamente en alguna de las acciones o plataformas contempladas en el cuestionario. En contraparte, 479 declararon no haberse activado políticamente hasta el momento del levantamiento de datos. Como veremos en el capítulo siguiente, la edad más anticipada de activación cívica son los 6 años, y la más tardía de 26. Es importante destacar que hasta antes de los 18 años se cuenta con la experiencia participativa completa para la totalidad de registros, dado que todas las personas tenían dicha edad o más al instante de aplicación de instrumentos.

Por tratarse de un estudio que introduce una discusión temporal sobre las consecuencias de las desigualdades cotidianas en los momentos y las intensidades de activación política, vale la pena aclarar las nociones de truncamiento y censura. El inicio de una vida política activa no se sujeta a un calendario específico de ocurrencia. Nuestras primeras inmersiones en los asuntos públicos pueden presentarse en edades precoces o tardías. Un caso puede ser truncado cuando solo se incluyen cierto tipo de observaciones en función del diseño de investigación, obligando a que otros grupos o sujetos sean pasados por alto en la pesquisa. Por el carácter retrospectivo de la encuesta aplicada en nuestro estudio, sabemos que la información recabada nos permite reconstruir someramente algunos rasgos relevantes desde la niñez hasta el punto etario en que llevamos a cabo el levantamiento de datos entre las y los jóvenes de las universidades A y B. Por centrarse en quienes tienen acceso a la educación terciaria en esos dos planteles, se induce algo conocido como *truncamiento por la izquierda*. Esto quie-

re decir que quienes acuden a otras instancias formativas, más aún quienes no lograron ingresar al circuito universitario, no son percibidos en nuestra exploración. Están también los casos censurados, los cuales pueden tener lugar cuando se termina un estudio antes de que todos los sujetos hayan experimentado el evento de interés, o cuando incluso se ha perdido parte de la muestra por razones como la migración, el deceso o el agotamiento de respuestas. En nuestro caso, parte de los indicios recolectados reflejan algo referido como *censura por la derecha*, que se relaciona con la posibilidad de activación política de quienes participaron en la investigación en edades posteriores al contexto de captación durante su carrera universitaria. Así, puede ser que las y los jóvenes bajo análisis hayan iniciado su participación en etapas posteriores al curso de su formación profesional, por lo cual desconoceremos cuándo y en qué circunstancias se presenta el fenómeno de nuestro interés.⁵

Lo anterior constituye un problema común en los esfuerzos investigativos que lidian con rastrear cuánto tiempo tarda en acontecer un suceso en función de una serie de atributos relevantes de las personas. Dicha falencia conlleva que las inferencias sean matizadas, con el objetivo de no generalizar hallazgos para grupos no contemplados en el estudio y de no asumir que los eventos que concitan nuestra atención no habrán de presentarse en momentos posteriores a nuestra observación. Pese a ello, y por los propósitos heurísticos antes mencionados acerca de la selección del referente empírico, tal cuestión no implica que el ejercicio no sea ilustrativo. Después de todo, se trata de mostrar qué tan verosímil es la traducción de distinciones sociales cotidianas en asimetrías políticas aun entre jóvenes que pertenecen a un conjunto social relativamente privilegiado.

Como complemento de los registros obtenidos mediante el cuestionario, también se llevó a cabo un acercamiento cualita-

⁵ Para una explicación sencilla e ilustrativa de los problemas de censura y truncamiento con datos sensibles al tiempo se sugiere revisar el libro *Survival Analysis: Techniques for Censored and Truncated Data*, de John P. Klein y Melvin Moeschberger (2013).

tivo de baja intensidad. Este sirvió sin duda para situar parte de los rasgos de transición a la vida adulta y del escenario sociopolítico y familiar que fueron retratados a partir de la encuesta. En la Universidad A se conversó con 38 estudiantes de diferentes carreras y semestres; mientras que en la Universidad B se hizo lo propio con 46 jóvenes. En ambos recintos se conversó con un total de 19 miembros del personal docente y directivo. Esto permitió abordar aspectos relacionados con la experiencia escolar, las situaciones como el primer empleo, la salida del hogar parental y el diálogo sobre episodios de vulnerabilidad que suelen presentarse a lo largo del curso de vida.

Asimismo, se sostuvieron seis encuentros bajo la modalidad de grupos de discusión. Tres sesiones en la Universidad A y tres en la B ayudaron a contrastar las visiones colectivas de poco menos de una setentena de alumnos y alumnas. Los temas tratados estuvieron relacionados con el padecimiento de dificultades económicas dentro del hogar, problemas en la pareja, situaciones como embarazos no deseados, fenómenos de violencia dentro y fuera del plantel escolar, así como inquietudes en torno al clima político nacional. En todas ellas las formas de participación, de desafiliación de lo público, o de gestión de recursos para tratar de incidir en la política fueron parte medular de la reflexión.

Tanto para las entrevistas como para las dinámicas grupales se volvió a recurrir a la aleatorización. De ese modo, quienes tomaron parte en tales ejercicios lo hicieron bajo jornadas de invitación sorteada en las primeras semanas de los años 2012, 2013 y 2014. Sorpresivamente, la respuesta fue más positiva de lo esperado, pues de un total de 210 invitaciones (70 por año) solo se rechazaron 63.

Diferenciadas entre sí y en el interior de su composición estudiantil, ambas instituciones permiten identificar aristas analíticamente relevantes para los propósitos investigativos. En una primera instancia se coloca atención sobre los procesos distintivos de transición a la vida adulta. Como fue referido anteriormente, dicho ciclo vital supone la experimentación de

eventos y condiciones tanto contingentes como habilitantes en forma intensiva. Así, parte de las condiciones reflejadas por los sujetos de estudio son consecuencia de procesos antecedentes que devienen desde la infancia y de entornos primarios de socialización, como la comunidad, la familia y otros escalafones escolares.

En segundo lugar, el rol de universitarios y universitarias establece un punto de demarcación para hacer observables circunstancias de la adultez temprana, trayectorias y eventos de orden específico. Episodios ligados a la incipiente trama laboral, la escena doméstica o la propia ruta formativa se asocian con la acumulación de ventajas selectivas de tipo social, económico, cultural o relacional, incidentales en la configuración temporal de la politización y activación cívica de las personas.

Como tercer aspecto se incorpora una visión retrospectiva para problematizar trayectorias de involucramiento cívico, tejidas a la luz de asimetrías en la asignación, el acceso y la posesión de muy distintos recursos y experiencias.

Desde luego, el diseño de investigación presenta importantes limitaciones a tener en cuenta. Dada la centralidad de las y los jóvenes circunscritos a la educación superior, y en virtud del periodo acotado de observación entre la infancia y el momento de la carrera profesional, no se pueden aproximar inferencias sobre las semejanzas con otros grupos de edad. Tampoco se pueden extraer mayores indicios sobre los impactos asociados a efectos de cohorte o de periodo, puesto que otros conjuntos poblacionales no están incluidos en la muestra de trabajo. Finalmente, también está la incapacidad para establecer hallazgos relacionados con otros ciclos vitales, espacios de socialización o referentes geográficos, pues se trata de someter a prueba la eficacia de algunos supuestos desde donde se ha pensado la desigualdad participativa.

Imperfecto como lo es todo esfuerzo de indagación, de lo que se trata aquí es de problematizar que aun entre personas selectas podrían prevalecer riesgos de conformación de un déficit cívico. Las figuras vulcanianas de los recintos estudia-

dos no solo reflejan parte de las aspiraciones y expectativas de una sociedad en la que llegar a la universidad prevalece como todo un privilegio. La democracia presupone igualdad entre la ciudadanía, pero la realidad social nos muestra día a día que nuestro devenir se prefigura bajo profundas distinciones. Si efectivamente quienes han logrado sobrevivir hasta penetrar en el reducido mundo de la educación profesional también traducen sus diferencias en desigualdades políticas, tenemos mucho que reparar sobre las consecuencias de un orden público donde la inclusión y la incidencia son una promesa falaz. En nuestro país, el texto constitucional refiere que se considerará “a la democracia no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo” (CPEUM, art. 3º, fracc. II, inciso a). Donde la cotidianidad alberga vicisitudes para ser partícipes de las decisiones y los procesos incidentales de nuestro bienestar, lo democrático se resquebraja por sus contradicciones. Fundamentalmente, el tratamiento de este libro busca ilustrar cuán significativas son tales paradojas aun entre quienes gozan de posibilidades para encarrilarse hacia la ciudadanía plena.

3. TAN CERCA DE UN TÍTULO, TAN LEJOS DE LA EQUIDAD

Desde hace bastante tiempo ha sido común que, al hablar de supervivencia social, haya quienes se aferran a la idea de que solo las personas más aptas consiguen prevalecer. Bajo argucias evolutivas o incluso sobre férreas creencias en manos invisibles, hay quienes tienen el convencimiento de que el logro es siempre un mérito personal. Negando el azar e ignorando ramplonamente la incidencia de la desigualdad, en pleno siglo XXI persiste el prejuicio de que quien se ha mantenido a flote es la gente triunfadora, mientras que quien se ha quedado en el camino es perdedora.

En un mundo que dista mucho de la simpleza y el consuelo de las dicotomías, el juicio anterior es a menudo una grave omisión. Así como resulta innegable el necesario reconocimiento y la valía del esfuerzo individual, en muchas ocasiones se pierde de vista que la realización personal no siempre es monopolio de quien desborda talento. La riqueza, el conocimiento y el placer son conquistas no siempre basadas en la constancia y la dedicación. Más aún, dado que anhelar algo no redunde de modo automático en su adquisición, suele pasarse por alto que el esmero no necesariamente recompensa y que el privilegio no está exento de vicisitud.

Como ya se mencionó, quienes han ingresado al circuito terciario de educación son susceptibles de considerarse parte de un grupo poblacional altamente selecto. En un acotado panorama de oportunidades, las y los jóvenes protagonistas de nuestro estudio han perdurado hasta el pináculo de su prepara-

ción escolar en aras de hacerse con una carrera profesional. Se dice asiduamente que cada quien habla como le va en la feria y, sin embargo, aun cuando en algunos casos el ingreso a la universidad supone la continuidad de un sendero esperado y en otros una ruptura con el patrón familiar, subyace el consenso de que la formación superior va atada a promesas y expectativas del más alto peso.

Si concedemos que la gente incrustada en los recintos universitarios posee ventajas frente a otros sectores sociales, eso no obsta para aceptar que se trata de un conjunto que pese a su excepcionalidad se escinde por una profunda heterogeneidad. Ya antes se ha recalcado cuán estratificadas pueden llegar a ser las opciones para labrarse una profesión. Más allá del prestigio, las escuelas concitan tramas acumuladas de distinción.

La ciudadanía no es una condición ajena al trazado de pautas de diferenciación. Por encima de su raíz participativa, dicha categoría nos remite a un sistema de derechos. La educación es uno de ellos, y vaya que es buen ejemplo, puesto que el acceso a la enseñanza refleja parte de una gran contradicción. En contextos de abundante inequidad, aquello que por principio nos es garantía a menudo termina por convertirse en fuero de dispar obtención.

El cuidado de la salud, la certeza de la estabilidad económica y la seguridad de un entorno libre de violencia y vulnerabilidad conforman indicios propios del trazado de las fisuras con las que se produce la vida social. El acontecimiento de infortunios y la colección de desventajas suelen aparejarse con nuestros rasgos de orden categorial. Como una regla ineludible del juego, la desigualdad opera en consonancia con nuestros atributos, profundizándose o articulándose a la par de ciertas cualidades sobre las cuales se sostienen interacciones marcadas por la falta de imparcialidad. El género, la clase social, el origen familiar y el núcleo de procedencia son algunos de los componentes definitorios de esa realidad.

Cuando los aspectos más elementales y habituales del día a día quedan en entredicho, tomar parte en los asuntos públicos

se torna un lujo ocasional. Sin negar la posibilidad de que otros grupos desaventajados puedan aventurarse en participar, o sin asumir que todos y todas deberíamos estar volcados en las calles, lo cierto es que velar por los intereses comunes a menudo compite con la salvaguarda del bienestar personal. En la lucha por trabajar, por estudiar, o por aportar algo sustancial al hogar, se invierten recursos, tiempo y relaciones que a veces resultan imposibles de trasladar de lo privado a lo políticamente incidental.

El déficit cívico no se agota entonces en la intermitencia o el truncamiento de la actividad participativa. Como veremos en las siguientes páginas, los contrastes y las paradojas entre las y los jóvenes de las universidades A y B dan cuenta de ello. *Tan cerca de un título, pero tan lejos de la equidad* nos refiere justamente a las polaridades que suelen acompañar aun a quienes han tomado la delantera en la formación escolar.

Con características disímbolas e inercias que se reproducen dentro de los planteles, las y los estudiantes aquí retratados nos muestran las peculiaridades del asimétrico tránsito a la adultez y el complejo paso por la senda educacional. El propósito de este capítulo consiste en dimensionar el grado de discrepancias prevalecientes entre un conjunto ejemplar de quienes han atendido el llamado vulcaniano de la formación académica, bajo la promesa de una ciudadanía con miras a gozar y practicar.

Para dar cuenta de tales divergencias aquí se presentan algunos punteos sobre las condicionantes de su curso vital. Al reparar en el rastreo de especificidades sobre el origen social y la situación del contexto familiar se busca revelar la manera en que ciertas ventajas y desventajas sociales han configurado el rumbo hacia la universidad. Asimismo, se plasma cuán accidentada resulta la conquista de la autosuficiencia personal y la autonomía decisional. Ante todo, estas páginas cumplen con una función contextualizadora. Conocer de manera más fina las inercias y configuraciones del entorno de este grupo de jóvenes permitirá situar de mejor forma las maniobras de-

mostrativas que conectan lo biográfico con lo participativo en nuestro próximo capítulo.

PROLONGACIONES Y RUPTURAS

Las dinámicas de desigualdad suelen fraguarse entre dos derroteros: la prolongación y la ruptura. La primera supone una continuidad en el itinerario de condicionantes del curso de vida. Para bien o para mal, en este caso el destino es consecuencia de buena parte de las inercias del origen social. La segunda se relaciona con la interrupción de un patrón relativamente habitual. Ya sea por estrategia o por consecuencia del subestimado azar, esta ruta implica una modificación en el trazado del trayecto biográfico esperado.

El estudio realizado por Annette Lareu en 2003 es particularmente ilustrativo del punto anterior. En la segunda edición de *Unequal Childhoods*, Lareu (2011) nos comparte algunas de sus reflexiones tras una década de haber trabajado con una docena de familias de rasgos contrastantes, tanto en términos de su lugar de residencia como de aspectos vinculados con la clase social y la adscripción racial en Estados Unidos. De acuerdo con la socióloga de la Universidad de Pennsylvania, una vez que sus informantes infantiles comenzaron a penetrar en el intrincado mundo de la adultez temprana se apreciaba una mayor distinción asociada a la crianza y la orientación familiar. Según Lareu, las familias blancas y negras de clase media apostaban por una ruta de *cultivación concertada* basada en la estimulación y el desarrollo de habilidades, opiniones y talentos de sus descendientes. En cambio, en los hogares más pobres y de clases trabajadoras tendía a prevalecer una lógica sustentada en *el logro del crecimiento natural*, donde la desenvoltura del niño o de la niña obedecía más a un despliegue espontáneo donde el esfuerzo parental apenas alcanzaba para otorgar medios elementales de confort y de satisfacción de necesidades básicas.

No adelantemos juicios sobre la paternidad o maternidad en uno u otro escenario. En ambos casos, Lareu (2011) retrata arrojos singulares por brindar soporte a las y los más jóvenes de casa. Empero, es claro que mientras en los hogares más solventes la combinación de recursos y cuidados estaba orientada a la siembra de ventajas relativas entre hijos e hijas, en los enclaves más carenciados se generaba un espíritu de mayor autonomía y menor dependencia, crucial para encarar la incertidumbre en los años venideros.

Diez años después de su primera inmersión en campo, la autora nos muestra el exiguo éxito de la retórica igualitaria estadounidense y de los sistemas de contención institucional para reducir las brechas entre sectores socialmente diferenciados. Lejos de menguar, las asimetrías ligadas a la clase social familiar se tradujeron en una profundización de las escisiones en los caminos labrados desde la infancia hasta la maduración. Lo que para algunas personas significaba la consecución de una ruta de acompañamiento y sobreprotección por parte de sus padres, para otras implicaba una lucha intestina por insertarse frágil, rápida y deficitariamente en los enclaves de actividad escolar, comunitaria o laboral. Tal y como la propia Annette Lareu señala, sus resultados ponen en entredicho los alcances de las promesas ecualizadoras de una sociedad donde el mito de la meritocracia es central:

¿Importa la clase social en la sociedad estadounidense? Asumamos, en pro del argumento que esta no importa. Si fuese cierto, los logros educativos y laborales de la gente joven deberían ser resultado de su propia aspiración, habilidad, esfuerzo, perseverancia e imaginación. Si la clase social careciese de importancia, los miembros de cada nueva generación que alcanza la adultez temprana deberían estar preparados para un nuevo comienzo en la carrera por el éxito, todos encarando las mismas oportunidades de “encontrar su camino” hacia una vida cómoda y satisfactoria basada en sus talentos innatos. Ese es el “sueño americano” La realidad estadounidense es diferente. Un hallazgo clave de *Unequal Childhoods* es que la clase social importa. En la vida real,

los logros educativos y laborales de las personas jóvenes están estrechamente relacionados con la posición de clase de sus padres. Dado que la clase social es una fuerza preponderante, la existencia de la desigualdad social continúa reproduciéndose a lo largo del tiempo, independientemente de las aspiraciones, talentos, esfuerzos e imaginación de cada nueva generación (Lareu, 2011: 305).

Desde luego, el estudio de Lareu está centrado en los contrastes prevalentes del escenario estadounidense. Sin embargo, el matiz de su crítica pareciera resonar en otros contextos. México no es una excepción, sobre todo cuando reconocemos que los espacios escolares constituyen enclaves de tensión singular entre los rasgos del origen social y las promesas de un futuro construidas sobre la metanarrativa meritocrática.

Sería mentiroso afirmar que nuestro libro es el primero en señalar dicha colisión. Además de las ya clásicas reflexiones en torno al tema por parte de Bourdieu y Passeron (2009) en 1963 o de Paul Willis en 1976, trabajos como los de Gonzalo Saraví (2015) han sido acuciosos del nexo entre la trama familiar y el devenir escolar. A decir de este último, en su obra *Juventudes fragmentadas* afirma:

Las desigualdades de los estudiantes no se distribuyen aleatoriamente en el sistema educativo una vez que han sido “incluidos”. Diversos aspectos confluyen para que, a través de un proceso de autoasignación, los alumnos con mayores desventajas atiendan un tipo de escuela y los alumnos con mayores ventajas otro. En cierta medida, este proceso es una consecuencia socialmente espontánea ligada a los esfuerzos de las clases medias y altas por preservar sus ventajas relativas, pero también han contribuido las políticas públicas, ya sea por omisión o, en algunos casos, de manera activa (Saraví, 2015: 67).

Las universidades A y B, que conforman nuestro referente empírico, reflejan en gran medida esa lógica divisional señalada por Saraví. Ya en capítulos anteriores se insistía en concebir

a las instituciones de educación superior (IES) no como puntos de partida sino como núcleos de llegada. Aunque los planteles universitarios operan como entornos selectivos, no quiere decir que quienes han prevalecido hasta dicho nivel gocen de las bondades de la igualdad social. Tal como suele ocurrir con los pasajes de avión, el estudiantado de escalafón superior se escinde entre quienes realizan el viaje en primera clase y quienes lo hacen en clase turista o de negocios. Si bien no cualquier persona puede darse el lujo de costear un traslado aéreo, aun entre quienes surcan los cielos persiste la inevitabilidad de la distinción.

Oliver y Bernardo son dos jóvenes pertenecientes a la Universidad A. El primero tiene 21 años y estudia una licenciatura en comunicación; el segundo tiene 20 años y cursa una ingeniería en mecánica. En una de las tantas sesiones de entrevista llevadas a cabo en dicha escuela, ambos reflexionaban sobre el carácter esperado de la continuidad de su educación:

¿Y para ustedes, estudiar es algo que ya tuvieran dado por sentado? Es decir, rephraseando, ¿qué tan impensable hubiese sido para ustedes el que no estudiaran una carrera en la universidad...?

OLIVER. Bueno, nunca me había puesto a pensar en eso. La verdad es que creo que más allá de que me guste o no el estudio, era obvio que tenía que tener una carrera. O sea, como que, así como tú dices, decirles a mis papás, “no, ¿sabes qué? no quiero estudiar”, pues como que era imposible. Es casi como si un hijo les saliera criminal. Estudiar es algo como natural en la casa porque todos lo han hecho. Más me vale llegar con el título, o al menos haberme matado por él, porque estudiar la carrera es así como la única vía y la única obligación que tengo a mi edad.

BERNARDO. Sí, para mí es más o menos igual. Mi mamá no estudió una carrera, mi papá sí. Y casi siempre es lo mismo con ellos, un diploma te da tu boleto para que te traten diferente en un trabajo. Estudiar para mí es como parte de algo que no podía evitar, no solo porque quise, sino porque mis papás me mandan acá para tener la mejor oportunidad (entrevistas A13 y A26).

En contraste, Dulce y Everardo realizan sus estudios en la Universidad B. La primera, con 24 años, cursa el último año de su carrera en Psicología Social; el segundo, con 20, está tratando de encontrarle el gusto a la Ingeniería Bioquímica Industrial. Al hacerles la misma pregunta sobre la expectativa de continuidad de su formación hasta el nivel superior, lo referido fue lo siguiente:

DULCE. Para mí sí era muy esperado llegar hasta acá. Claro, no me imaginaba que fuese fácil. Era casi como una deuda con mis papás, porque ellos hicieron muchos sacrificios para que pudiera entrar. Me mandaban a cursos especiales, y significaba mucho porque solo mi hermana había podido estudiar una carrera en computación. Después que ella logró entrar, mis papás esperaban lo mismo de mí. No quedaba mucho de otra porque además es muy difícil entrar a trabajar sin tener algo de estudio.

EVERARDO. Uf... No, no era algo que supiera que iba a pasar. Presenté mi examen por segunda vez, después de habérmela pelado la primera. Estuve chambeando un tiempo en una cafetería, y mis jefes me presionaban mucho con que tenía que ponerme pilas para presentar otra vez el examen. Al final, no creo que haya sido milagro, pero también es cierto que me la vi muy cañona para quedarme. Podía seguirme trabajando, pero en la casa me decían que entrar a la carrera me abriría otras puertas. Ahora espero que eso sea cierto (entrevistas B3 y B23).

Si reparamos en los pasajes anteriores notaremos un discurso divergente en torno a una misma experiencia. Entre las y los asistentes a la Universidad A, las evocaciones de Oliver y Bernardo son resonantes: el trayecto de educación superior representa algo que, si bien no está dado y mucho menos garantizado, es altamente esperable, a veces incluso enunciado como inevitable. No obstante, entre quienes acuden a la Universidad B la referencia se tiñe de un sentido de conquista y oportunidad que, aunque también está presente entre varias personas del plantel A, se expresa con mayor holgura y vinculación con una noción de sacrificio, de incertidumbre y de vacilación.

Quien recurra al prejuicio inmediato para tratar de entender ese contraste pronto caerá en la trampa de clasificar a las y los jóvenes entre la “gente acomodada de colegios de paga” y la “desventurada que va a las instituciones públicas”. Sin embargo, cuando buscamos comprender la fragmentación producida por los espectros de la desigualdad nuestras concepciones más intuitivas suelen rayar en la superficialidad.

En primer lugar, tenemos la caracterización etaria de ambos escenarios. En la Universidad A la distribución de edades se presenta de forma más homogénea. De sus estudiantes 80.74% se situaba en un rango de entre 18 y 22 años al momento del registro de información. Por su parte, en la Universidad B el alumnado mostraba una configuración más diversa con 70.06% de jóvenes comprendidos en ese intervalo de edad. En este último recinto, el porcentaje restante incluía a un importante volumen de personas por arriba de los 25 años (gráfica 3.1). Detenerse en este aspecto podría parecer menor. No obstante, al carácter fuertemente institucionalizado del curso de vida le contrasta la vicisitud selectiva retratada en el interior de los grupos en comparación.

Completar una carrera profesional suele tomar alrededor de entre 4.5 y 5 años. La expectativa de salida de la educación superior se concentra generalmente en torno a los 22 y 23 años de edad. Un viso incipiente de las distinciones operantes en ambos contextos formativos no deja de pasar por el tamiz de las trayectorias de ingreso y egreso. Así, por ejemplo, dentro de los grupos de discusión de la Universidad A se tuvo la oportunidad de dialogar con alumnos y alumnas de mayor veteranía. Al preguntarles sobre las razones de su aparente demora en el itinerario académico, se obtuvieron algunas respuestas como las siguientes:

DIEGO (25 años). Yo me fosilicé (risas). Comencé estudiando derecho. En mi segundo año, imagínate casi a la mitad, me di cuenta de que esa carrera no me gustaba para nada. Recién cumplidos mis 21, decidí pedirle a mi mamá un permiso para tomarme unos seis meses de reflexión. Me fui a Japón a tomar unos cursos de co-

municación estratégica. Para cuando regresé a mi quinto semestre, decidí que me cambiaría a estudiar algo de negocios. Ahora estoy apenas en mi tercer semestre de comercio internacional. Si bien me va, y no repruebo nada, voy a tener mi título por ahí de los 27 años.

SERGIO (26 años). Yo en mi caso me sentía muy saturado, y no teníamos suficiente lana para pagar la mensualidad. Pedí chance de llevar menos carga de materias. En lugar de llevar las seis, en mi segundo año comencé a llevar entre tres y cuatro. Decidí entrar a trabajar a un despacho de diseño. No llevo prisa en terminar porque me convencí de que trabajar es más importante. Con lo que gano pago parte de mi colegiatura, de otro modo ya me hubieran mandado a volar.

CLARA (24 años). A mí me pasó que me fui de intercambio un semestre a Viena. Me gustó y me quedé más tiempo. Eso implicó que me atrasara casi un año en mis créditos. Todavía me quedan dos años acá (grupo de discusión A2).

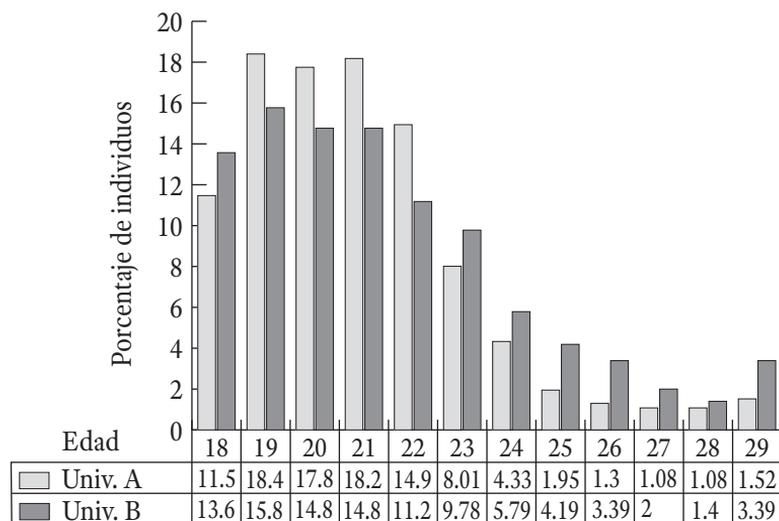
Para algunas de las personas formadas en la Universidad B, esa misma cuestión adquiere otros rasgos:

DELFINO (26 años). Yo apenas voy retomando mi carrera. Regresé al quinto trimestre porque tuve que comenzar a trabajar. En mi casa las cosas no estaban como para que yo me mantuviera nomás con un trabajo de medio tiempo.

DAFNE (23 años). Estoy en el tercer trimestre de mi carrera. Me atrasé un poquito porque la primera vez no tuve éxito en el examen. También me pasó que mi papá se enfermó y me quedé a cuidarlo en casa. Mis hermanos tenían que trabajar y estudiar, y alguien tenía que hacerse cargo.

EDSON (28 años). Yo no he podido mantener el ritmo. Hasta he pensado muchas veces en darme de baja, pero como me faltan menos de seis trimestres, mejor no precipitarse. Eso sí, quién sabe cuándo logre terminar. Sí, interrumpí mis estudios porque estuve enfermo, bueno, y también porque tenía que chambear. No, no trabajo en lo de mi carrera (administración) directamente, ayudo a mi mamá en la fonda que tiene mi abuela. No tenemos para contratar a alguien más y en eso se me va un buen rato (grupo de discusión B2).

Gráfica 3.1. Distribución etaria por universidad de procedencia



Fuente: elaboración propia.

Los extractos antes consignados sintetizan notablemente las paradojas entre estudiantes de la escuela A y de la institución B. Aunque las posibilidades de elección de unos distan ampliamente de las limitaciones de otros, las postergaciones se entretajan entre la carencia y el privilegio, la comodidad y la ingente responsabilidad.

Entre padres o madres es frecuente escuchar un anhelo popular: “espero que a mis hijos e hijas les vaya mejor que a mí”. El carácter usual de “salir adelante” o de “ser alguien en la vida” suele atarse a la aspiración de un sendero con menor dificultad. Sin embargo, la cosa no siempre resulta de ese modo. Las limitaciones del hogar y del núcleo parental suelen dejar secuelas entre las y los descendientes.

Algunas investigaciones como las de Rosenzweig y Wolpin (1993) y Shea (2000) han dado un giro interpretativo al clásico argumento de la *transferencia de constreñimientos* entre padres y sucesores (Solon, 1992; Hill y Duncan, 1987;

Taubmann, 1989). Por encima de identificar un vínculo causal natural entre el ingreso familiar y el logro educativo, tales autores sugieren que la riqueza del hogar se traduce en habilidades y prácticas de soporte diferenciadas, que trascienden la disponibilidad de recursos materiales. Así, más allá de los costos asociados a la educación, este tipo de estudios señala la ocurrencia de un proceso dinámico de selección en el que los márgenes decisionales de la jefatura del hogar afectan la capacidad de convertir las ventajas parentales en comodidades para hijos e hijas.

En definitiva, si algún padre o madre se encuentra leyendo este libro reconocerá cuán complejo se vuelve potenciar el desarrollo de las y los más jóvenes de casa cuando no se goza de condiciones laborales óptimas, cuando el tiempo es escaso para brindar un acompañamiento más intenso, o simple y sencillamente cuando no se puede estirar más el gasto para proveer de mayores oportunidades a los miembros de una familia numerosa. Por ende, más allá de la crudeza de asumir que “origen es destino”, lo cierto es que con una solvencia familiar en vilo se pone en entredicho la capacidad de garantizar iguales o mejores circunstancias para el devenir vital de los hijos.

Dado que el ingreso a una escuela presupone grados condicionados de libertad, la resolución de acudir a una u otra IES adquiere múltiples senderos dependiendo de los atributos con los cuales se conforma el núcleo parental.

En la Universidad A la escolaridad de los padres tiende a concentrarse en los niveles de formación superior y de posgrado; en la B, la mayoría de quienes conforman el alumnado constituyen la primera generación de jóvenes con acceso a una carrera profesional en el interior del hogar (cuadros 3.1. y 3.2).

Una buena parte de los padres y madres se ubica en un rango de edad de entre 36 y 45 años, conformando una cohorte de nacimiento situada entre 1968 y 1977. Se trata de una generación cuyo recorrido académico constituyó toda una proeza. Baste recordar que, de 1960 a 2010, el sistema educativo pasó de atender a solo un tercio de la población de entre 3 y 24 años

a un promedio de poco menos de 73% (Olvera, 2013). De las décadas de 1970 a 1990, la asistencia al bachillerato transitó de 9 a 30%; mientras que en educación superior se logró un aumento de 7 a 16% (Olvera, 2013). Si para las juventudes de hoy el ingreso a la preparación profesional no es cosa fácil, para sus padres conformaba todo un hito para potenciar su desarrollo personal y familiar.

Cuadro 3.1. Escolaridad del padre (%)

<i>Escolaridad</i>	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Básica	3.68	39.12	22.12
Media superior	14.07	35.13	25.03
Superior	53.03	19.96	35.83
Posgrado	29.22	5.79	17.02
Total	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 3.2. Escolaridad de la madre (%)

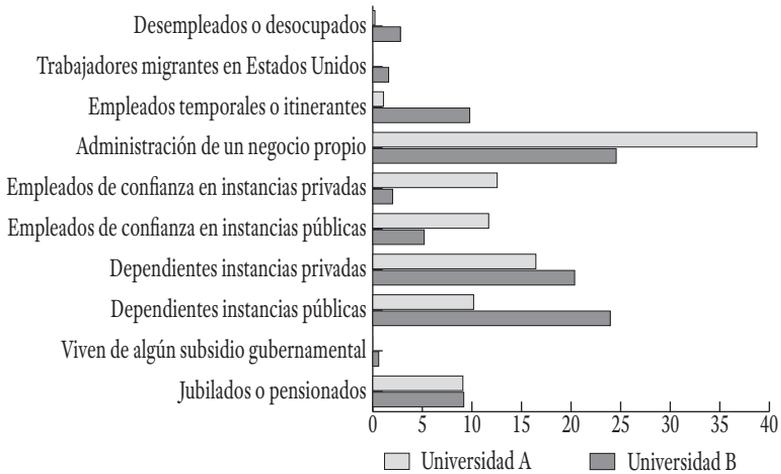
<i>Escolaridad</i>	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Básica	6.49	43.91	25.96
Media superior	26.62	37.72	32.4
Superior	52.6	15.37	33.23
Posgrado	14.29	3.00	8.41
Total	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

En términos ocupacionales, los padres de quienes asisten a la Universidad A se dedican principalmente a actividades relacionadas con la administración de un negocio propio (38.74%), así como al desahogo de tareas subordinadas (26.62%) o de confianza (24.24%) en instancias del sector público o privado. En cambio, en la Universidad B quienes ejercen la jefatura familiar se desempeñan primordialmente como trabajadores

dependientes de instituciones gubernamentales o empresas comerciales (44.31%), cuentapropistas (24.55%) o trabajadores itinerantes, migrantes o temporales (11.38%) sin una posición fija (gráfica 3.2).

Gráfica 3.2. Ocupación de jefe/jefa de familia (%)



Fuente: elaboración propia.

La relación entre el grado de preparación parental y el tipo de situación laboral es a todas luces significativa. Para dar una muestra de ello, tenemos que del total de padres o madres que viven de un subsidio gubernamental 100% solo lograron cursar la educación básica; los trabajos itinerantes se focalizan primordialmente entre personas sin una carrera profesional, y los empleos de confianza se abultan entre aquellas con estudios universitarios (cuadro 3.3).

Aun así, esas tendencias retratan parcialmente las diferencias que operan desde el seno doméstico. Las categorías de clasificación contenidas en el cuestionario pudieran resultar engañosas sin los reparos pertinentes en el sentido distintivo de la condición laboral. En ambas escuelas algunas narrativas

ponen en juego la tensión entre la lógica de “vivir para trabajar y trabajar para vivir”.

Cuadro 3.3. Relación entre la escolaridad del jefe o de la jefa de familia y la condición ocupacional (%)

<i>Ocupación</i>	<i>Hasta básica</i>	<i>Hasta bachillerato</i>	<i>Hasta superior</i>	<i>Total</i>
Jubilados/ pensionados	10.23	23.86	65.91	100
Subsidio gubernamental	100	0	0	100
Trabajadores dependientes	12.46	33.62	53.92	100
Trabajadores de confianza	2.03	8.11	89.86	100
Negocio propio	16.23	26.49	57.28	100
Trabajo itinerante*	41.94	48.39	9.67	100
Desempleo/ desocupación	26.67	46.67	26.66	100

* Incluye a trabajadores temporales, migrantes o proveedores de servicios sin una posición estable.

Pearson $\chi^2(12)=163.62$, $Pr=0.00$

Fuente: elaboración propia.

En la Universidad A, por ejemplo, tenemos los testimonios contrastantes de Pamela y Saúl. La primera, con 20 años, es hija de una pareja de propietarios de una refaccionaria automotriz. El segundo, de 19 años, proviene de una familia donde la jefa del hogar se desempeña como promotora farmacéutica entre médicos y hospitales privados.

PAMELA. Mis padres administran el negocio de mis abuelos. Los “abues” lo fundaron aprovechando una herencia que había reci-

bido mi abuela y la liquidación del trabajo de mi abuelo en una empresa de coches. Con mis abuelos el negocio tenía una sucursal, ahora con mis papás tenemos siete. Ellos ya solo se dedican a administrar. A mi mamá le quedaba muy claro que yo tenía que estudiar en esta escuela porque es de las mejores en negocios. Una vez que yo termine, la idea es que me encargue de hacer crecer más la empresita.

SAÚL. Mi mamá se echó a la familia a los hombros desde muy chava. Comenzó como secretaria en el lugar donde trabaja. Después un “güey” la jaló porque tenía mucha facilidad de palabra y porque tenía estudios incompletos de enfermería. Ella se acordaba mejor de los productos que el dueño de la empresa. Sí, la vida le cambió, porque pasó a ganar casi el triple. Aun así, también pasó a chambear más del triple. Sale a las 5 de la mañana y a veces regresa hasta las 10 u 11 de la noche. Yo le he dicho que no se mate tanto, pero siempre me responde con lo mismo “tu escuela y la de tus hermanos, los servicios y todas esas cosas, no se pagan solas, alguien tiene que sacar la casta”. Como no recibe un salario fijo muy alto, en realidad la lana sale de las ventas y las visitas médicas (entrevistas A4 y A6).

La experiencia de tener un negocio propio o la vida del empleo itinerante no es la misma para los padres de quienes asisten a la Universidad B. Aun cuando el trabajo duro, el sacrificio o la dedicación puedan ser un vaso comunicante entre las familias de ambos recintos escolares, la calidad de la fuente de sustento es disímil. Así lo describen Susana y Marco, ambos con una edad de 20 años:

SUSANA. Mi mamá tiene una tienda de abarrotes cerca de la casa. La neta no le va mal, aunque con tanto Oxxo y Seven la clientela ha bajado un chorro. Entre ella y mi tía se llevan unas friegas. Para que la cosa salga más o menos se necesita tener abierto el changarro de 6 de la mañana a 11 de la noche. Ya no son tan jóvenes y con las broncas de inseguridad a veces se llevan sustos innecesarios. Limpian, atienden, acomodan y a veces hasta guisan para tener más ventas, prácticamente se la viven en el lugar.

MARCO. Mi mamá no tiene un trabajo así, estable que digamos... se dedica a la venta de seguros. La bronca con esa chamba es que a veces te va bien, otras mal. La gente no quiere pagar tanto porque como que no valoran invertir en un futuro lejano. Se levanta a las 5 de la mañana y regresa hasta las 10 de la noche. Según ella, mientras más horas inviertes más aumenta la posibilidad de vender. Ella quería que yo estudiara en otro lado, sin embargo, con entradas de lana tan poco seguras, mejor decidimos que me viniera a la Universidad B (entrevistas B6 y B9).

En la retórica antirriqueza del progresismo contemporáneo se difumina la auténtica cara de la desigualdad, ya que, como reflejan los testimonios anteriores, dos personas pueden trabajar el mismo número de horas, invertir sendos esfuerzos de semejante magnitud y, sin embargo, al final obtienen una recompensa desigual. ¿Es injusto que una de ellas acumule más para la mejora de su calidad de vida? En estricto sentido, no; injusto es que la otra persona no tenga la misma posibilidad de acceder a los beneficios de quien desempeña una tarea similar.

Como jóvenes provenientes de familias de clases medias, las y los estudiantes de las universidades A y B concitan la extravagancia de la polaridad económica. Tal cual sugirieran las reflexiones de Franco, Hopenhayn y León (2010), en ese estrato conviven desde el lujo y la ostentación hasta la penuria y la austeridad.

Desde luego que la capacidad adquisitiva no es la misma entre los grupos de jóvenes de ambas universidades; más aún, la heterogeneidad asociada a los bienes materiales, la posesión de credenciales educativas o las experiencias laborales varían notablemente dentro de cada conjunto escolar. Sin embargo, importa subrayar cómo aun entre personas en cierto modo similares y con precedentes familiares parecidos persisten experiencias disímolas en torno a la trama ocupacional, al carácter vivencial del trabajo y a las certezas que le suelen acompañar.

Decíamos antes cuán relevante es evadir el prejuicio de etiquetar a estos y a estas jóvenes en la dicotomía del privile-

gio o la desventura. No obstante, pareciera que entre estratos medianamente afines aún persiste una brecha subestimada de disparidad. Para conocer el peso de tal desproporción se diseñaron dos índices sobre las condiciones materiales del núcleo doméstico en dos distintos tiempos; uno sobre el acceso a bienes y servicios a la edad en que el o la informante tenía 12 años, y otro sobre los mismos indicios al momento de aplicación del cuestionario de encuesta.¹

Si bien la información relativa a las posesiones en el hogar no brinda un acercamiento exacto a los niveles de ingreso, al menos posibilita una aproximación a la situación socioeconómica familiar, así como a la capacidad adquisitiva en el interior del espacio de residencia. De igual forma, el propósito de contar con dos parámetros temporales de comparación obedece a la inquietud por captar probables signos de prevalencia, cambio o movilidad en cuanto a las circunstancias de bienestar de las personas bajo estudio. Vale la pena recordar que a partir de los datos recabados se aprehende a un grupo de jóvenes nacidos entre 1983 y 1994, umbral en el cual parte de las condiciones macroestructurales de la economía redundaron en la precarización y el estancamiento de distintos sectores (Escobar y Pedraza, 2010; Cortés y Escobar, 2005, 2007).

Así, la distribución de ítems sobre la caracterización material de las y los estudiantes de ambas universidades se presenta en el cuadro 3.4.

Como se puede apreciar, en un sentido general la gran mayoría de las y los jóvenes tiene acceso a bienes materiales básicos como licuadora, televisor, estufa y refrigerador. En buena medida no debemos olvidar que se trata de un conjunto de personas situadas en un contexto residencial urbano como la CDMX, y pertenecientes a un sector que, aunque diverso, goza de circunstancias más prolíficas que otros estratos de la urbe o del país.

¹ Para mayores detalles sobre el procedimiento de construcción de ambos índices se sugiere consultar el anexo técnico del libro.

Cuadro 3.4. Posesión de bienes materiales en el hogar (%)

	<i>A la edad de 12 años</i>			<i>Al momento de la encuesta</i>		
	<i>Univ. A</i>	<i>Univ. B</i>	<i>Total</i>	<i>Univ. A.</i>	<i>Univ. B</i>	<i>Total</i>
Licuada	99.57	97.41	98.44	96.75	95.41	96.05
Televisión	99.78	98.8	99.27	98.05	96.61	97.3
Automóvil	97.4	46.11	70.72	91.77	49.1	69.57
Estufa	99.78	95.21	97.4	99.57	95.21	97.3
Refrigerador	99.57	95.61	97.51	99.13	95.01	96.99
Tocadiscos	97.4	83.83	90.34	93.51	79.24	86.09
Teléfono	100	79.24	89.2	96.97	87.23	91.9
Cámara fotográfica	94.16	52.1	72.27	94.37	68.86	81.1
Enciclopedia en casa	97.4	76.85	86.71	91.13	77.84	84.22
Servicio doméstico	79.87	19.16	48.29	78.14	23.75	49.84
Calle exterior pavimentada	97.19	73.85	85.05	99.13	86.83	92.73
Consola de videojuegos	88.1	38.72	62.41	84.2	39.32	60.85
Televisión de paga	83.77	26.35	53.89	88.96	44.51	65.84
Computadora de escritorio	95.45	55.09	74.45	84.2	70.06	76.84
Internet	93.51	34.13	62.62	99.35	83.63	91.17
Impresora	92.64	30.74	60.44	91.34	59.68	74.87
Computadora portátil	64.5	15.77	39.15	99.35	69.26	83.7
Reproductor DVD/Blu-ray	89.39	65.67	77.05	95.02	82.44	88.47
Centro de lavado	94.81	62.67	78.09	94.16	74.85	84.11
Horno de microondas	96.75	58.88	77.05	96.75	77.05	86.5

Fuente: elaboración propia.

Pese a ello, se pueden palpar algunas diferencias notables relacionadas con dos cuestiones específicas. En primer lugar, las discrepancias asociadas a comodidades medianamente suntuarias. Entre ellas figuran los automóviles, los sistemas de televisión de paga, las consolas de videojuegos, el servicio doméstico o los dispositivos informáticos como las computadoras portátiles o de escritorio y sus accesorios periféricos. En segunda instancia, destaca el carácter progresivo del acceso a cierto tipo de artículos y medios que con el paso del tiempo resultan menos restringidos. Acá encontramos mercancías como los reproductores de DVD o Blu-ray, los hornos de microondas, las consolas de música y los centros de lavado. A estos enseres se suman algunos servicios como la conectividad a internet en casa, la telefonía fija e incluso la pavimentación de la calle exterior al domicilio.

A pesar de lo anterior, es pertinente apuntar cuán imperfecta resulta esta aproximación como un parámetro fidedigno de la desigualdad en la calidad de vida. Aquí se reconoce que aun cuando el cotejo brinda una idea sobre las probables asimetrías entre las y los jóvenes en comparación, varios de los componentes incluidos en el instrumento carecen de suficiente alcance diferenciador para la extracción de inferencias más exactas. Por un lado, esto se debe a la subestimación del talante urbano del escenario estudiado, pero, sobre todo, obedece a la falta de mejores reactivos para establecer contrastes. Así, adicional a la posesión de este tipo de mercancías se debieron añadir otras como teléfonos celulares, dispositivos de reproducción portátil de audio, y número de habitaciones de casa, entre otros aspectos. Junto con ello, hubiese sido relevante preguntar sobre las marcas, los modelos, variantes de servicios, u otros rasgos de consumo para incrementar la validez de la información. Una vez más se ruega benevolencia por parte de los lectores y las lectoras sobre esta falencia; empero, veremos que pese a tales omisiones prevalece un alto grado de inequidad tanto entre los grupos universitarios analizados como dentro de estos.

Así, en aras de un acercamiento más preciso, ambas mediciones se sintetizaron en un par de índices; uno para las circunstancias de bienestar a los 12 años y otro para el momento en que fue realizado el cuestionario. Sin detenernos puntualmente en las maniobras que se detallan en el anexo técnico de este libro, vale la pena reparar en algunos de sus vericuetos.

Dado que no todos los ítems poseen la misma tasa de acceso, importaba ponderar de manera particular todos aquellos bienes y servicios donde la privación es más remarcada y, por tanto, con mayor potencial diferenciador. De ese modo cada elemento tendría un peso distintivo en el interior del índice respectivo, en función de la proporción de carencia registrada en la muestra estudiada. En términos más llanos, un componente de tenencia generalizada como el televisor (99.27% a los 12 años y 97.3% al momento de la encuesta) adquiriría una carga mucho más baja, en contraste con posesiones como el automóvil (70.72% a los 12 años y 69.57% al momento del cuestionario).

La decisión anterior estuvo guiada por el interés de dar cuenta de mejor forma de las distancias persistentes entre el alumnado de ambas universidades, así como dentro de estas. Tras verificar que aun con los pesos diferenciados asignados a cada ítem se mantenía una estrecha correlación entre los bienes y servicios registrados, se procedió a construir las variables resumidas del bienestar material a partir de la técnica de análisis factorial. Con esta última se ganan distintas ventajas. Entre ellas está la de corroborar que la medida es empíricamente consistente con los propósitos analíticos del ejercicio, respetando que no todos los componentes bajo escrutinio influyen de forma homogénea en la aprehensión del grado de comodidad o la limitación socioeconómica en el interior del hogar.

Finalmente, antes de mostrar los resultados es relevante comentar que del empleo de este recurso técnico siguieron dos consideraciones más. Por un lado, se apreció la conformación de dos factores específicos en la integración de las medidas resumen; uno claramente relacionado con la posesión de bienes básicos y relativamente generalizados como televisor,

licuadora, estufa y refrigerador; y otro vinculado con las brechas de acceso a comodidades como automóvil, dispositivos de cómputo o servicios de televisión de paga y ayuda doméstica, tal cual advertimos desde un comienzo. Por otra parte, en aras de definir escalafones jerárquicos más claros se recurrió a la conversión de los índices en variables ordinales a partir de tres cuantiles. Con ello se estableció una clasificación de casos en las categorías de bajo, medio y alto bienestar material tanto en el origen (*ibmo*) como al momento de la encuesta (*ibma*) (cuadros 3.5 y 3.6).

Cuadro 3.5. Distribución terciada de las condiciones de bienestar material en el origen (*ibmo*) (%)

<i>Ibmo</i>	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Tercil más bajo	3.68	60.68	33.33
Tercil medio	36.15	31.74	33.85
Tercil más alto	60.17	7.58	32.82
Total	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 3.6. Distribución terciada de las condiciones de bienestar material al momento de la encuesta (*ibma*) (%)

<i>Ibma</i>	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Tercil más bajo	8.87	55.89	33.33
Tercil medio	87.23	42.51	63.97
Tercil más alto	3.9	1.6	2.7
Total	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Varias intuiciones se desprenden de los cuadros anteriores. Tal cual se insistía, resulta difícil obstinarse en clasificar a las y los informantes entre personas acomodadas de una institución escolar privada y las desventuradas de una universidad públi-

ca. Si bien entre ambos planteles prevalece una clara asimetría en el bienestar material doméstico, no debe pasarse por alto la diferenciación reflejada en el interior de los dos núcleos bajo observación. Asimismo, aunque quienes asisten a la Universidad A ostentan mayores capacidades de consumo y mejores condiciones de calidad de vida, es importante notar el cambio que se suscita en la distribución de posiciones desde la medición a los 12 años de edad hasta el momento de aplicación del cuestionario.

En la tesitura de lo sugerido por el trabajo de autores como Escobar y Pedraza, es imprescindible recordar que:

La clase media alta sufrió, sin duda, los embates de las crisis de los años ochenta, con un deterioro sustancial de los mercados internos y la depresión de los salarios en el sector público y, en 1994-1995, el aumento relámpago del costo del crédito, que coincidió con moratorias de pago de muchas empresas y consumidores. No obstante, esta fracción evidentemente está más protegida por su inicial de acervos y por contar con mejores empleos que, como se ha señalado, remuneran a esta clase muy por encima de la clase media baja. Además, cabe añadir el capital social de clase, que le abre más oportunidades que a la clase media baja. En otras palabras, existe cierta similitud en los efectos de las crisis, pero sobre una base de mucha mayor seguridad ocupacional y material (2010: 369).

Ni esencialmente pobres ni acuciosamente ricas, las personas universitarias incluidas en la muestra retratan de manera parcial el estrechamiento de las condiciones de vida de la denominada clase media nacional. Con la persistencia de las distinciones señaladas en el párrafo citado, se comprende que la brecha entre las circunstancias de origen y el contexto más reciente de bienestar se explica en buena medida por una dualidad. Tras la muy relativa precarización de algunos sectores, está también la mejora progresiva de otros que, sin resarcir por completo sus desavenencias, les coloca en mejores escenarios para enfrentar el día a día.

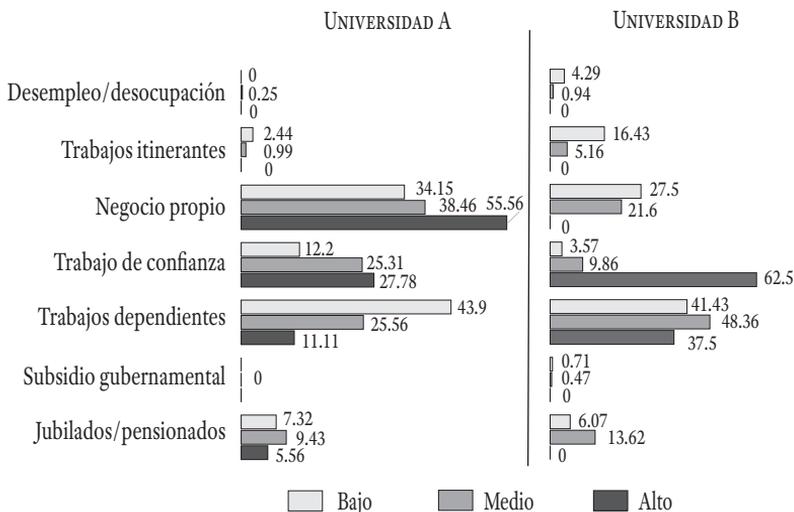
En efecto, las IES proyectan el tamiz selectivo del que tanto hemos hablado. Con colegiaturas cercanas a los 18000 pesos mensuales, no podía esperarse un escenario exento de privilegios en la Universidad A. Como reportan las cifras, ciertamente no se trata de jóvenes de la más alta alcurnia. Sin embargo, como suele ocurrir en México y en buena parte de los países latinoamericanos, aun las diferencias más sutiles representan un abismo infranqueable para quienes no pueden aspirar a las mismas comodidades de la vida doméstica. Desde luego, esto último opera para las personas relativamente desaventajadas de la Universidad B pero también para quienes no gozan de semejantes satisfacciones dentro de la A.

Una vez más, las secuelas que conectan el curso de vida de los padres hacia sus descendientes adquieren significancia. El nexo entre el logro educativo parental y la condición ocupacional de quien ostenta la jefatura del hogar resulta ser clave en el nivel de bienestar (gráficas 3.3 y 3.4).

Las divergencias entre ambos conjuntos universitarios son marcadas. La calidad del empleo, de las fuentes de sustento y de las credenciales escolares de los progenitores signa tajantemente el rumbo de las y los jóvenes. Profundas prolongaciones y azarosas rupturas delinean el camino de hijos e hijas hacia la universidad.

Ya en el capítulo anterior se señalaba a la Universidad A como una receptora prevalente de un cúmulo de estudiantes provenientes de heterogéneas familias de empresarios, accionistas de negocios y trabajadores gubernamentales. Asimismo, se enfatizaba el carácter más diverso de la Universidad B como el destino de una mayoría de alumnos y alumnas de extracción popular y de clases trabajadoras urbanas. Como en cualquier otra institución, los cambios en la composición de ambos recintos no han sido vertiginosos. No obstante, las filas de educandos reflejan también parte de las transformaciones económicas más recientes, las pujanzas por mantenerse a flote en el embudo educativo y la aparente pluralización de la formación superior.

Gráficas 3.3 y 3.4. Niveles de bienestar al momento de la encuesta, según ocupación de jefe o jefa de familia, Universidad A y B



Fuente: elaboración propia.

Según sugieren algunos testimonios del personal docente y administrativo de ambos enclaves, la paulatina apertura de espacios para las nuevas generaciones ha dado paso a estudiantes con rasgos sociales más diversos. Si bien los engranajes de la meritocracia no están del todo oxidados, con una cobertura educativa nada desdeñable en la capital del país, las personas entrevistadas coinciden en señalar cuán lejos se está de borrar los vestigios de clase que suelen articular las identidades y el prestigio de los recintos académicos.

EUGENIA (profesora con más de 25 años de experiencia en la Universidad A). Esta escuela es —usando tus propios términos de inclusión— ambivalente. Tienes cursando la carrera al hijo de un expresidente que llega en un Bentley conducido por un chofer, al tiempo que la hija de unos dueños de carnicerías recorre dos horas en transporte público para llegar puntual a sus clases.

La crisis de los noventa trajo consigo a otro tipo de gente, más humilde, menos adinerada y también más consciente de lo que implica estudiar. Sin embargo, ahí tienes algo de lo más raro. Padres quejándose de que la gran Universidad A ha dejado de ser exclusiva, mientras algunos de los alumnos recién llegados saben que, pese a todo, sin ser los hijos de Slim,² no cualquiera puede mantenerse en esta escuela donde aun con becas, muy pocos podrían salir a flote (entrevista D3).

GONZALO (profesor de la Universidad B, con más de 15 años de experiencia). Claro, siendo esta escuela B una universidad pública tienes dos grandes vías de ingreso: los que saben que su carrera es una de las mejores en esta institución; por otro, los que por sus condiciones económicas han logrado ya mucho por ingresar a una universidad. Definitivamente, no se puede decir que somos una “universidad popular”, somos una “universidad pública”. En esta última, no podemos engañarnos y asumir que todo el que quiera obtiene una profesión, sino aquellos con condiciones menos “lastimosas” en el país o en la ciudad. Poco común, aunque posible, es que te encuentres aquí a los hijos de grandes juristas, académicos o dueños de empresas, como también poco frecuente es que nuestros estudiantes se encuentren en la pobreza más extrema. Digamos que somos representativos de esa realidad que a veces no se quiere ver: tres millones y cacho de familias viven con poco menos de 20 pesos al día, aquí tenemos estudiantes que provienen de hogares donde con menos de tres mil pesos al mes, logran acudir a la universidad casi milagrosamente (entrevista C2).

Los indicios recabados mediante el trabajo de campo concuerdan ampliamente con lo anterior. Mientras en la institución privada 6 de cada 10 jóvenes reportaron impactos negativos en los niveles de bienestar del hogar, en la pública esa misma proporción indica haber mantenido condiciones idénticas de acceso a bienes y servicios domésticos (cuadro 3.7).

² En referencia a Carlos Slim Helú, empresario mexicano que en 2019 contaba con una fortuna calculada en 58 000 millones de dólares, de acuerdo con la revista *Forbes* continúa siendo el hombre más rico de México.

Cuadro 3.7. Cambios en el bienestar material doméstico, $ibmo-ibma^$ (%)*

	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Movilidad descendente	61.69	18.96	39.46
Sin movilidad	34.42	62.67	49.12
Movilidad ascendente	3.89	18.37	11.42
Total	100	100	100

* Estimado a partir del desplazamiento hacia cuantiles inferiores o superiores desde el *ibmo* (*bienestar a los 12 años*) hasta el *ibma* (*bienestar al momento de aplicación del cuestionario*).

Fuente: elaboración propia.

Mientras en la Universidad B, 4 de cada 10 refieren cambios en su capacidad de consumo, en la escuela A es muy claro que, irónicamente, donde más holgura hay más se tiene que perder. Sin embargo, tal cual apunta López Santillán (2008), el ingreso y las posesiones no lo son todo, pues la educación y el capital social familiar, el de socialización y el de escolarización permiten que aun entre las desavenencias se mantengan ciertas ventajas relativas, palpables en la distinción entre uno y otro plantel. Las becas son un buen ejemplo de ello. Tanto en la institución A como en la B, el volumen de población apoyada económicamente al momento del levantamiento de datos era alrededor de 37 por ciento.

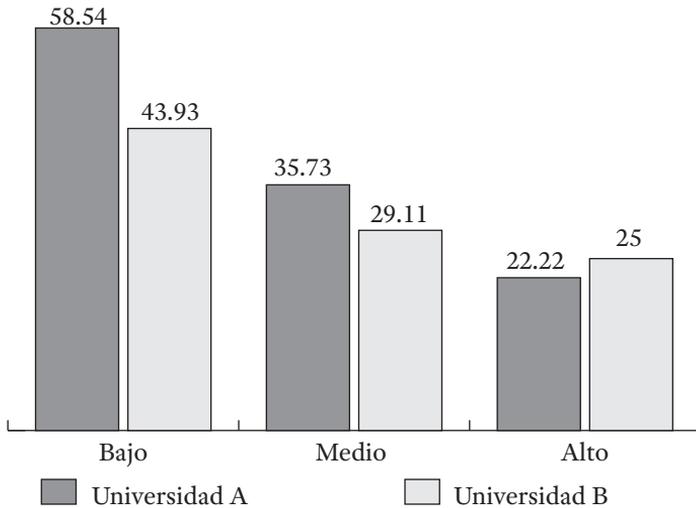
En la Universidad A cerca de 40 de cada 100 estudiantes se beneficiaba de una reducción del costo de la colegiatura mensual. Ya fuese por el traslado de una parte del monto a fondo perdido o por su combinación junto con algún instrumento de crédito a pagar al término de los estudios, las personas con limitaciones económicas, desempeño académico sobresaliente, o talentos peculiares en el arte o los deportes podían aspirar a exentar una cantidad del valor monetario de su preparación.

Por su parte, en la Universidad B esa misma proporción del alumnado recibía un estipendio para sortear su manutención, principalmente a partir del Programa Nacional de Becas para

la Educación Superior (Pronabes) de la Secretaría de Educación Pública (SEP).

Tal cual se puede apreciar en ambos contextos formativos, el otorgamiento de alicientes económicos guarda una relación estrecha con las condiciones domiciliarias de las y los jóvenes. Quienes afrontan mayores privaciones en el hogar son también quienes gozan de mayores oportunidades de obtener algún respaldo institucional (gráfica 3.5).

Gráfica 3.5. Porcentaje de estudiantes con beca según nivel de bienestar material al momento de la encuesta y según tipo de universidad



Fuente: elaboración propia.

No obstante, aun pese a tal similitud las voces del propio estudiantado no dejan de recordarnos que se trata de dos mundos distintos. Al cuestionar a algunos y a algunas informantes sobre su elección por una u otra universidad, así como sobre la importancia de beneficiarse de una beca, Alberto y Karla de la Universidad A lo dejan claro:

Bueno y si no es muy atrevido preguntar, siendo becario(a), ¿no te hubiese sido más práctico estudiar en una universidad pública?

ALBERTO (21 años). No hombre, ¡cómo crees! Tenía que hacer valer mi promedio de la prepa. Me maté mucho estudiando para terminar siendo uno más en una escuela donde los salones están abarrotados. Por supuesto que sin beca me las vería muy negras, pa' pronto, no estaría aquí. Pero como dicen mis hermanos, no es lo mismo ser becario y egresado de la A que ser uno más de los que sale de la UNAM y el Poli.

KARLA (22 años). Yo de hecho me quedé en las dos, acá en la Universidad A y en la Facultad de Arquitectura. Con todo y la beca-crédito acá es más caro, pero mis amigos y mis papás creen que aquí sales mejor formado. Mi papá trabaja en un despacho de arquitectos, y él mismo me dice que los cv's de los de las privadas se ven con mejores ojos. Acostumbrada a las escuelas privadas, no sé si me hubiera adaptado a lo impersonal, lo burocrático y masivo de una pública (entrevistas A11 y A24).

Cristina y Alonso de la Universidad B, relatan algo muy distante a la expectativa de las narrativas anteriores:

Con el promedio que tienes, ¿no te hubieras inclinado por estudiar esto mismo en una universidad privada?

CRISTINA (22 años). Uy, sí, que más hubiera dado, pero ahí a huevo tienes que llevar computadora de aquí para allá, leer mon-tones de cosas en inglés, y pagar hasta por las prácticas profesionales. Siendo la primera en la familia que llega a la profesional y con una beca, sé que para quedarme en una privada lo difícil no es entrar, sino mantenerse. Y no porque sean muy chingones académicamente, sino porque todo cuesta más si no tienes buenos conectes, otras habilidades y mañas que son muy diferentes a las del tipo de escuela y lugar de donde una viene.

ALONSO (20 años). La verdad no. Siempre he creído que las privadas te venden otra cosa. Claro, no es lo mismo la Anáhuac o el Tec que la Universidad Insurgentes o la Unitec. Aun así, como que quien va ahí aspira a o es un güey que tiene la lana para invertirla en lo que estudia. Yo no, con lo que me dan de beca apenas cubro los pasajes y las copias. Para mí la diferencia ni siquiera es de calidad (educativa), sino de prestigio. Si me aplico puedo ser

igual de bueno que quien va a una particular, estudiando más y sin pagar por mi título (entrevistas B18 y B22).

Hasta aquí, pues, ambos enclaves educativos reflejan un microuniverso de disimilitudes entre jóvenes que pertenecen al selectivo circuito de la educación profesional. No se trata para nada de grupos socioeconómicos marcadamente antagónicos. Sin embargo, uno y otro conjunto distan mucho de exhibir indicios de equidad.

Fue Pierre Bourdieu (1989) quien sugería que la posición de un agente en determinado espacio social se define por la condición que ocupa en diversos campos. Por el despliegue del capital en distintos modos, ya sea económico, cultural o social, o incluso simbólico cuando se trata del prestigio, la reputación o el renombre, las personas se ubican dentro de contextos relacionales donde sus recursos y expectativas condicionan sus prácticas. Más o menos así opera el sentido restrictivo de la inclusión escolar, recordándonos que, aun cuando se alcanza una misma etapa formativa, las instituciones se componen de rasgos distintivos basados en la prosecución de las fronteras y categorías que escinden hasta los relativamente semejantes.

Más allá de la simpleza del costo que diferencia a la educación superior pública de la privada, las circunstancias previamente descritas nos muestran el desbalance de las prolongaciones y rupturas tejidas desde el lindero familiar.

La cuestión no se reduce entonces a la elección por una u otra modalidad escolar, sino a la continuidad o la apuesta por un proyecto vital fuertemente relacionado con los atributos del hogar, del origen social y las expectativas trazadas.

En ese mismo sentido, las discrepancias no se concentran solo en el interior de las aulas. Ganarse un lugar en la vida trasciende por mucho los límites territoriales y sociales de la cotidianeidad escolar. La autonomía en la toma de decisiones y la gradual conquista de la independencia económica atizan el calvario de la transición a la adultez. Al más puro estilo de una partida de baraja, las personas deben sortear sus caminos bio-

gráficos con manos de cartas que condicionan su estilo de juego. A diferencia del carácter lúdico del entretenimiento de azar, el destino concede muy pocas oportunidades para reemplazar aquellos naipes que poco tributan a la victoria. El mundo del trabajo, de la administración familiar o de la emancipación doméstica deja muy poco margen para blofear. Como veremos en el siguiente apartado, el empuje que conceden las condiciones de origen social demarca en buena medida la penetración a otras arenas de sociabilidad. Nadie dijo que fuese fácil tornarse en adulto. Sin embargo, poco se advierte sobre las consecuencias que alberga un arranque desigual para pensar en el devenir vital.

LA ADULTEZ: UN JUEGO CON DIFICULTAD ADAPTATIVA

En un tenor muy diferente al de la comparación con el póker, este apartado inicia con el abuso de otra analogía. En el mundo de los juegos de video, la franquicia FIFA relacionada con la Federación Internacional de Fútbol Asociación introdujo un algoritmo interesante y retador para la experiencia y el desempeño de quienes emulan el placer del balompié desde una consola. Para las ediciones 17 y 18 de dicha entrega, los programadores de la compañía EA Sports añadieron el código hándicap. Este último consta de un conjunto de modificaciones en la dinámica de juego con base en las habilidades desplegadas por el público usuario. Marcar anotación en los minutos iniciales del encuentro, ir ganando con dos goles de diferencia, retener la posesión del balón o saturar la cantidad de disparos a puerta, hace que automáticamente se incremente la dificultad entre 15 y 25% para vencer al rival. En contraparte, una desventaja en el marcador, no disparar a la portería por varios minutos o no contener la pelota por un tiempo específico se traduce en mayores facilidades para equilibrar el encuentro.

El hándicap es una novedosa adecuación conocida en español como “dificultad adaptativa”. Sin ser del gusto de todas las personas aficionadas al videojuego, su incorporación bus-

ca compensar una vivencia más balanceada de cada partido, atemperando la frustración de quienes carecen de suficiente práctica o pericia para dominar los intrincados retos del fútbol virtual. Después de todo, ¿quién quiere competir en algo que no se puede ganar?!

En conexión con la discusión que netamente nos interesa, el curso vital suele confrontarnos con situaciones de carácter similar. Diferenciada por sus habilidades y talentos, la gente poco a poco se torna desigual. No necesariamente porque unas personas sean más sagaces que otras, sino por la sencilla razón de que no todas gozan del mismo horizonte de oportunidad. No obstante, el *script* de la vida no contempla el equilibrio de las circunstancias de realización. Por escasez de práctica, por falta de acceso a mejores entornos de habilitación o simple y llanamente por la privación de otros recursos de bienestar, el ajuste al desempeño queda en manos de los propios agentes, de sus relaciones con otros y de sus limitantes de acción y decisión. Vaya pues, como medianamente se intuye del acápite anterior, la biografía comienza con una lotería: hay quienes arrancan jugando con las estrellas del Madrid; mientras que otras y otros deben conformarse con jugar en un algún equipo de menor envergadura.

En capítulos anteriores se remarcaba el carácter inevitable de transitar a la adultez. El abandono de la niñez es una monserga que, acompañada de cambios fisiológicos y psicológicos, se produce más allá del transcurso de los años. Cuando la adquisición de responsabilidades o deberes urgentes toca a la puerta, el porvenir difícilmente insta a guarecerse bajo la argucia de no contar con carné de mayoría de edad.

En esa lógica, la transición a la vida adulta consiste en la paulatina defección de las frágiles certidumbres de la infancia. A fin de cuentas, el talante quebradizo de la seguridad de los primeros años biográficos no es otra cosa que la delegación de voluntades y elecciones por parte de las personas hacia sus padres o familiares más inmediatos. La autosuficiencia y la autonomía, que en varias ocasiones se miran con recelo por temor al futuro y en otras aparecen como conquista frente al

yugo parental, están indisociablemente ligadas a los costos de desenvolver un *modus vivendi* propio donde colisionan las circunstancias pasadas y venideras, nuestras condiciones objetivas de actuación y nuestras expectativas de logro.

Como un elemento importante de esa transición vital, la gesta educativa comparte un rasgo singular con el hecho de virar hacia la adultez. Tal cual se señaló en el capítulo segundo de este libro, los recintos de profesionalización y formación escolar conforman entornos ejemplares de lo que Merton (1968) denominó la ocurrencia del “efecto Mateo”. En el sentido de que a quien tiene se le da más, y al que no aun lo poco que posee le será arrebatado, la marcha hacia la vida adulta implica un juego desequilibrado en el que algunos sectores parten con ventaja, mientras otros se acomodan a la luz de sus constreñimientos precedentes. Esto desde luego no quiere decir que la suerte ya esté echada. La estrategia, la imprevisibilidad, la inteligencia y a veces incluso la fortuna cooperan para que el binomio origen-destino no siempre se empareje al modo determinista del anticuado medievo.

De tal suerte, la carrera hacia la madurez personal es un pasaje de interés sociológico por demás deslumbrante. Si en algún momento se exagera la génesis de disparidad es justo en ese trance, donde las experiencias se vuelcan hacia la ruptura con los roles iniciales del contorno biográfico. Para ser más tajantes, pasamos entonces de ser mantenidos o mantenidas a lidiar con la responsabilidad laboral; a tratar de emprender nuestro propio proyecto de hogar; en soledad o en pareja se impulsan nuevas empresas; y en la medida de lo posible tratamos de encontrar nuestro propio lugar en el sentido más amplio, físico y existencial del término. En el entremedio de todo eso, nos desplazamos también de digerir a lo público como algo accesorio; comenzamos a detectar de manera más aguda cuán directa o indirectamente nos afecta la estupidez o el genio de los gobernantes; nos percatamos que nuestros derechos no sobrevienen en forma automática y que en ocasiones es necesario trasladarse a la acción para exigirlos y resguardarlos. En

suma, al tiempo que nos consolidamos como personas, también lo hacemos como ciudadanos y ciudadanas.

Si usted, lector o lectora, se conserva en la ternura o la bestialidad de ese embate, seguramente coincidirá con lo anterior a la vez que corre un poco de pánico por su cabeza. Sin embargo, este texto dista mucho de ser un manual sobre cómo afrontar la vida. Supone usted bien que incluso quien escribe estas líneas ha sido lo suficientemente incompetente como para administrar la suya propia. Por el contrario, el propósito de este segundo apartado consiste en dimensionar hasta qué punto las diferencias sutiles de nuestros jóvenes vulcanianos bajo estudio se traducen también en distinciones relacionadas con su vivencia transicional.

Comencemos con la descripción de algunos rasgos generales del estudiantado de las universidades A y B. En el terreno de las responsabilidades adquiridas aparecen nuevamente los contrastes de la comodidad y el margen decisional que deviene desde el núcleo doméstico familiar (cuadro 3.8).

En páginas previas se comentaba la peculiaridad de contar con una beca en una u otra institución. Aun cuando el aliciente beneficia primordialmente a las y los jóvenes con menor holgura económica, se señalaba que los motivos, procedimientos y aspiraciones detrás de su goce adquieren significados particulares para uno y otro subconjunto escolar.

Sin ánimo de ceñirse al recetario de eventos vitales que la demografía ha colocado en el centro de la concepción transicional a la adultez, lo cierto es que el trabajo, el pasaje escolar, la salida del hogar parental y la asunción de deberes familiares constituyen componentes fundamentales de la travesía personal.

Al momento del levantamiento de datos, cerca de una quinta parte del estudiantado de ambos planteles sostenía una actividad laboral por la cual recibía una remuneración. Para ese entonces 56.3% del alumnado de la Universidad A ya había experimentado su primera incursión en algún empleo; en la Universidad B la proporción alcanzaba una cifra cercana a 70%. Fragmentada, episódica y poco dotada de formalidad, la novel vivencia de

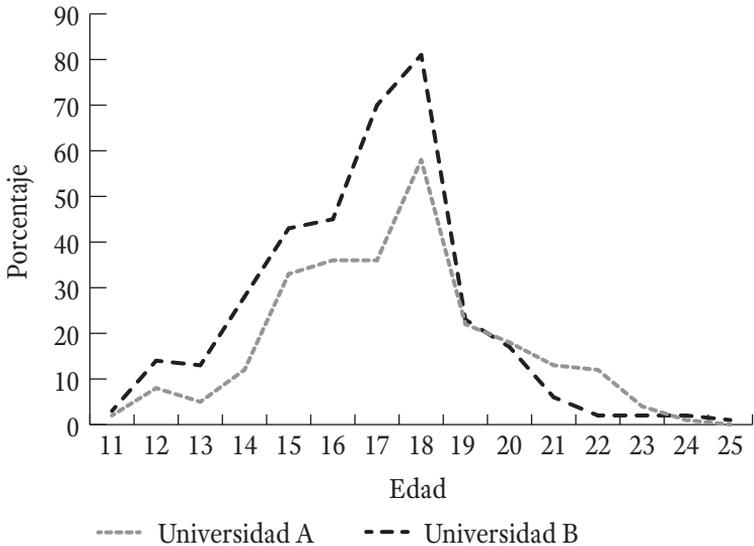
desempeñar una ocupación comenzaba para algunos y algunas a edades notablemente anticipadas. Del total de casos con registro del evento, 13.94% comenzaron a laborar entre los 11 y 14 años; 43.12% entre los 15 y 17 años; 35.91% lo hicieron en el intervalo de 18 a 20; y un restante 7.04% lo hizo entre los 21 y 25 años (gráfica 3.6).

Cuadro 3.8. Circunstancias indicativas de responsabilidades adquiridas

	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
<i>Personas con beca</i>			
No becarios	62.77	62.67	62.72
Becarios	37.23	37.33	37.28
Total	100	100	100
<i>Personas con empleo al momento de la encuesta</i>			
Sin empleo	79.65	77.25	78.4
Con empleo	20.35	22.75	21.6
Total	100	100	100
<i>Personas que han vivido fuera del hogar por más de seis meses al momento de la encuesta</i>			
No aplica	66.45	77.64	72.27
Aplica	33.55	22.36	27.73
Total	100	100	100
<i>Personas con dependientes económicos</i>			
No aplica	98.27	95.81	96.99
Aplica	1.73	4.19	3.01
Total	100	100	100
<i>Personas que aportan al ingreso familiar</i>			
No aporta	91.99	81.84	86.71
Aporta	8.01	18.16	13.29
Total	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Gráfica 3.6. Distribución etaria de la ocurrencia del primer empleo, según tipo de universidad



Fuente: elaboración propia.

Desde luego, las características etarias de adquisición del primer empleo difieren significativamente entre ambas escuelas. Por intermediación de las comodidades que priman en el hogar como escenario de arranque, una mayor proporción de jóvenes en la Universidad B tiende a iniciar su vida laboral más tempranamente que quienes acuden a la institución A. La discrepancia no es menor. Aun al comparar las categorías de bienestar doméstico en el origen social (a la edad de 12 años, *ibmo*), la trama de inserción al trabajo obedece a patrones divergentes en uno y otro enclave educativo (cuadro 3.9).³

³ Para ejemplificar de mejor modo este punto, las gráficas 3.7 y 3.8 fueron elaboradas con la técnica de análisis de supervivencia. Este recurso permite identificar el tiempo que transcurre para la ocurrencia de un evento de interés durante un periodo de observación específico. La noción de calendario está asociada al momento etario en que tiene lugar el incidente bajo escrutinio; mientras que la idea de intensidad está vinculada con la proporción de casos que han presentado dicha condición o experiencia a lo largo de

Cuadro 3.9. Personas con experiencia del primer empleo, según tipo de universidad y nivel de bienestar doméstico a la edad de 12 años (ibmo)

	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>	<i>Total</i>
<i>Universidad A</i>				
Sin primer empleo	29.41	41.32	46.04	43.72
Con primer empleo	70.59	58.68	53.96	56.28
Total	100	100	100	100
<i>Universidad B</i>				
Sin primer empleo	27.96	32.7	36.84	30.14
Con primer empleo	72.04	67.3	63.16	69.86
Total	100	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Ambos núcleos comparten el hecho de que las y los jóvenes con mayores privaciones son quienes más intensamente han atravesado por el primer trance ocupacional. Un ejercicio estadístico simple, basado en una regresión logística para calcular la propensión del primer empleo, sugiere que quienes pertenecen al grupo con mayores ventajas materiales en el hogar poseen hasta 52.2% menos momios de ingresar al mercado de trabajo en comparación con las y los jóvenes con mayores carencias. Entre quienes se ubican en el nivel medio, las posibilidades de verse orillados a tomar un empleo se reducen poco más de un tercio (34%) si se les compara con el alumnado de mayor desventaja económica.⁴

la trama etaria. Para mayores detalles sobre esta maniobra se sugiere revisar Beck (1998).

⁴ Vale la pena puntualizar algunos detalles para el público lector de escasa familiaridad con el lenguaje estadístico. Una regresión logística nos permite estimar el cambio en un parámetro de interés a la luz de otra(s) variable(s) que pudiese(n) afectar su comportamiento. En este caso, se emplea este recurso con el objetivo de lidiar con la ausencia de distribución normal que posee una variable dicotómica como la referente al primer empleo (1 = Aplica / 0 = No aplica). Asimismo, mediante una maniobra de estimación es

No obstante, como se aprecia en las gráficas 3.7 y 3.8, el comportamiento de los terciles medio y alto del índice de bienestar varía según el enclave universitario. En la Universidad A, pese a la persistente brecha entre los subgrupos más carenciados y más privilegiados, el conglomerado de jóvenes del nivel más alto llega a superar a quienes se ubican en la distribución media del indicador de calidad de vida doméstica. En cambio, en la Universidad B prevalece un ingreso más tardío al mercado de trabajo entre el estudiantado con menores restricciones económicas.

Más allá de las limitaciones materiales, al hablar con algunas de las personas que atienden ambos recintos educativos quedó claro que el trabajo adquiere también un sentido diferenciado en la conformación de la trayectoria vital. Así lo testimonian las voces de Enrique y Camila de la Universidad A. El primero, con 21 años, es estudiante de Ingeniería Industrial. La segunda, con 22 años, cursa la carrera en Administración Financiera.

ENRIQUE. La primera vez que tuve un trabajo fue más o menos a los 15 años. Pero ya sabes, nada muy así como profesional. Era barista en una “café” [sic] y mis papás me dejaron hacerlo porque eran vacaciones y pues como que querían que yo mismo me hiciera de lana para pagarme mi rollo de salir y todo eso. Claro, después hace como un año, ya conseguí un trabajo más formalón [sic], me metí a una compañía embotelladora para agarrar más experiencia, acumular algo que cuando salga de la escuela digan “ah, este chavo ya pasó por lo básico”, ¿sabes?

posible calcular los cambios en la relación entre variables por medio de las llamadas razones de momios (*odds ratio*). Un *momio* puede ser entendido como una tasa de propensión de que ocurra un evento. Así, el modelo usado estableció una relación hipotética entre el hecho de pertenecer a alguno de los subgrupos de niveles de bienestar en el hogar a la edad de 12 años (*ibmo*), y la posibilidad de haber experimentado el primer empleo. Algebráicamente, dicha relación se expresa como:

$$\ln\left(\frac{\hat{p}(x_i)}{1-\hat{p}(x_i)}\right) \text{ primertr} = \beta_0 + \beta_{ib} \text{ ibmo}_{2,3}$$

CAMILA. No sé si por trabajo te referas a que nos paguen, pero, aunque no me lo creas, mi primer trabajo fue como a los 14. Me dedicaba a vender productos de belleza con mi mamá. Ahora trabajo en un despacho contable, un profe me apoyó con eso. Me gustó porque ahí aprendes lo que no te enseñan en la escuela, y de paso saco una lana para ahorrar, que para las vacaciones, que para comprarme una compu o algo así (entrevistas A28 y A31).

En la Universidad B, Jaime y Gabriela narran otra situación. Él, con 20 años, estudia Computación; ella, con 19, apenas inició su formación en Economía.

JAIME. Uta, yo empecé como a los 13 años. Como mi jefe es electricista, prácticamente me tenía de su chalán [ayudante]. De cada trabajo yo me llevaba una parte, en lugar de darme mi domingo [una mesada], de ahí sacaba un varo. Después a los 16 más o menos me metí a trabajar a un restaurante como mesero. Y así le he seguido, porque ya hasta perdí la cuenta. Antes, de chavo, me llevaba una lana por chambear, ahora soy yo quien le pasa gasto a mi jefa para sostener la casa.

GABRIELA. Yo recién cumpla un año en la cafetería donde trabajo. Además, como viste, también vendo galletas hechas en casa. Ese dinero lo junto para ayudarle a mi abuela a comprar medicinas, para mis pasajes y uno que otro gusto. Es una chinga porque luego me siento bien cansada, pero no hay de otra porque ni modo que le diga a mi abue, “ora sí, ya quebró tu seguro social personal” (risas) (entrevistas B4 y B5).

En dos de los seis grupos de discusión realizados, uno en la Universidad A y otro en la B, resonaron ampliamente las tensiones reflejadas en los fragmentos antes citados. El brindar soporte al hogar constituye un motor para emplearse en ambos contextos. Empero, ese sentido de urgencia y de imperioso menester es mucho más marcado entre el estudiantado de la escuela pública. Mientras en la privada una buena parte de quienes han vivido el primer empleo lo han hecho por experimentación, por captación de excedentes monetarios o hasta por adquisición de mayor

currículo, en la otra institución el engrosamiento de la práctica y la persecución del ahorro aparecen más ligados a la necesidad. Como un empuje inesperado en la decisión de laborar, esta última afecta desde luego el tipo de tarea que las y los jóvenes deben desahogar. En menor proporción, en la Universidad A y con mayor grueso en la B, quienes fungen como reserva auxiliar del ingreso en el hogar admiten con resignación que “puede que hagas algo que no te guste, pero igual lo tienes que hacer porque es eso o no llevar lana a donde no siempre hay” (Edmundo, 23 años, Universidad A, Grupo de discusión A3).

La salida del hogar parental es otro tema que comienza a alentar los deseos y las frustraciones de quien transita gradualmente a la adultez. Ya sea por la conquista de un espacio propio o por el encuentro de un atajo hacia el sitio de preparación, emprender el abandono definitivo o temporal de casa supone un cambio en la asunción de responsabilidades.

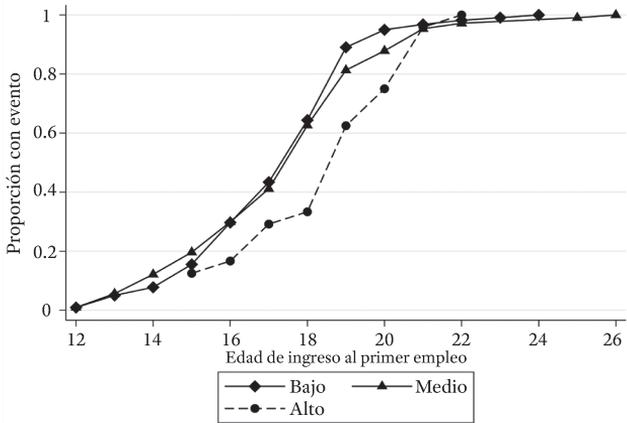
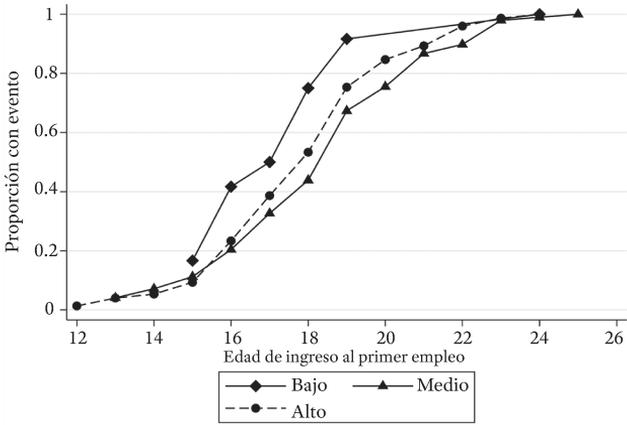
En la Universidad A al menos un tercio de las y los jóvenes ha vivido fuera del nido familiar por más de seis meses, mientras que en la B dicha proporción apenas llega a 22.4%. Además del costo de una renta y del pago de servicios, las y los informantes describen esa experiencia como un momento de confrontación con la autopreservación y la gestión más o menos independiente del día a día.

ALEXIS (23 años, Universidad A). Sí pues, al principio todo muy bonito... fiestas, desveladas y nadie que te esté diciendo qué hacer. Después te acuerdas de que en el refri hay pura chela, y que solo tragas de comida congelada. En casa la muchacha [en referencia al servicio doméstico] te lava y te plancha, necesitas varo y estiras la mano a papá. Acá quizá haces lo mismo, pero tú tienes que llevar las cosas a la lavandería, valerte por ti mismo porque no hay quién te lo haga.

DELFINA (22 años, Universidad B). Te mudas a un cuarto porque te quieres ahorrar unas 2 horas y media de peseros y metro, y luego como que ya no te sale. Ese mismo tiempo o más lo inviertes en asear, cocinar y jugar a la casita con algún amigo o un desconocido. Pero qué otra te queda cuando ya no te basta solo

con estudiar. Trabajar, ir a la universidad y a veces hasta salir a fiestear, dependen de que te alejes un poco de tu casa (entrevistas A9 y B8).

Gráficas 3.7 y 3.8. Trama etaria del primer empleo, según niveles de bienestar material en el hogar a los 12 años (*ibmo*). Universidad A y B



Fuente: elaboración propia.

Como en tantas otras cuestiones, el desplazamiento del domicilio parental también difiere entre ambos contextos formativos. En la Universidad B el origen social no necesariamente impacta en la temporalidad e intensidad con que se vive la salida de casa. Acá una mayor proporción de mujeres ha debido mudar de residencia como parte de una estrategia de cuidado, y también de preservación de cierto grado de confort. Con tiempos considerables de recorrido entre el lugar de origen y el sitio de estudio, muchas jóvenes son estimuladas para asentarse más cerca del enclave escolar (cuadro 3.10).

Cuadro 3.10. Personas que han vivido fuera del hogar parental los últimos seis meses, según sexo y universidad (%)

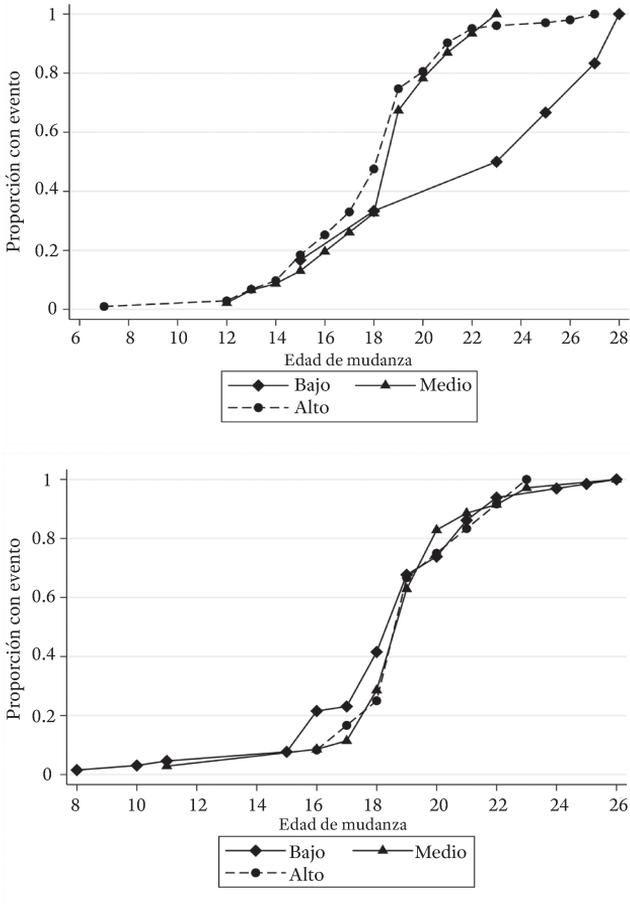
<i>Sexo</i>	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>
Hombres	55.5	45.5
Mujeres	44.5	54.5
Total	100	100

Fuente: elaboración propia.

Por su parte, en la Universidad A el asunto cobra otros matices. Con una mayor dotación de recursos desde el núcleo familiar, el distanciamiento del domicilio parental está signado por los vericuetos del bienestar material.

En la institución privada son las y los estudiantes de los niveles medio y alto de bienestar doméstico quienes en términos temporales experimentan una mudanza más temprana de la morada familiar. No se trata solo de un asunto de capacidad responsiva para la asunción de gastos por cuenta propia o mediante soporte paternal. En sentido amplio, los efectos de un estilo de vida singular se reflejan en la trama etaria de desplazamiento del hogar (gráficas 3.9 y 3.10).

Gráficas 3.9 y 3.10. Trama etaria de la salida del hogar parental, según niveles de bienestar material en el hogar a los 12 años (ibmo). Universidad A y B



Fuente: elaboración propia.

Llegados los 14 años, una proporción importante de asistentes a la Universidad A detonan sus incipientes episodios de alejamiento de la vivienda de los padres. La razón no es del todo ajena a la propia trayectoria escolar. Tal como se advertía

en el capítulo anterior, entre las y los educandos del plantel A, 7 de cada 10 habían cursado el bachillerato en ese mismo sistema formativo. Es conocido que, como una maniobra de oferta desde el nivel preparatoria, la Universidad A ofrece programas con colegiaturas diferenciadas donde la proyección binacional (México-Estados Unidos) o internacional presentan la posibilidad de que, por un monto extra de pago, se promueva la movilidad y estancia de jóvenes hacia otros países. En virtud de la estratificación asociada a los recursos monetarios que demanda una experiencia escolar de tal tipo, generalmente esas opciones son atendidas en su mayoría por quienes poseen mejores circunstancias socioeconómicas. Esa distinción suele extenderse también hacia el tramo universitario, asumiendo que los intercambios académicos otorgan un plusvalor al pasaje por una carrera profesional. Evidentemente, además del extra mensual por la cobertura del servicio educativo, los destinos de viaje escinden al alumnado de acuerdo con sus finitas posibilidades. Trasladarse por una clase de historia del arte a Florencia, de literatura a Beijing, o de escenario global a Londres, no es ni por asomo lo mismo que invertir un verano en Santiago de Chile, Madrid o Los Ángeles, donde los gastos son numerosos pero incomparables con otras latitudes de mayor suntuosidad.

Sumado a lo anterior, también están aquellas personas cuya migración a la CDMX representó la apuesta por dejar atrás la inseguridad, la sencillez y la comodidad de sus parajes de origen. Así lo constatan quienes, a sabiendas de perseguir un proyecto universitario, optaron por viajar permanentemente desde Chiapas, Sonora, Tamaulipas o Sinaloa, entre otras tantas latitudes. Por lujo, estrategia o comodidad, en la Universidad A es claro que la salida doméstica pasa por la impronta del origen social.

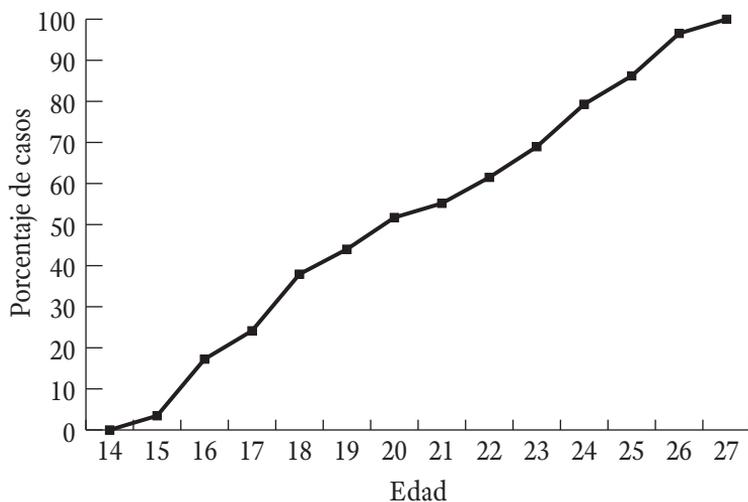
Otro rasgo que sin duda está conectado con la gesta transicional está dado por la adquisición de protagonismo en la reproducción y el sustento del núcleo familiar. La tenencia de dependientes económicos o la exigencia de apoyar a la manutención de los padres, hermanos, hermanas u otros parientes

marca inevitablemente el sendero hacia la adultez para un grupo acotado de jóvenes.

Con 4.19% en la Universidad B y un escueto 1.73% en la Universidad A, el número de personas que han asumido la carga y potestad de algún familiar es reducido. No obstante, más allá de la proporción de casos, hablamos de un punto de quiebre que condiciona en gran medida el devenir y la toma de decisiones.

Como se puede apreciar en la gráfica 3.11, para algunas y algunos jóvenes este deber empieza desde la edad de 15 años. Ya sea por el acontecimiento de embarazos anticipados, el deceso del jefe o la jefa del hogar, o simple y llanamente por necesidad, hay quienes se las tienen que arreglar para brindar mayor ayuda a quienes no pueden salir adelante de forma autónoma. Sobra decir que, por obvias razones, 100% de quienes cargan a cuestras con tal responsabilidad ya ha tenido que vivir el embate del primer empleo.

Gráfica 3.11. Trama etaria de adquisición de dependientes económicos (%)*



* Solo se consideran los casos positivos con dependientes económicos.
Fuente: elaboración propia.

Adicionalmente están las y los jóvenes que, sin una relación de dependencia económica, han tenido que sortear la tarea de contribuir al ingreso casero. Con un carácter más habitual entre quienes atienden la Universidad B (18.2%) en contraste con los de la A (8%), las aportaciones al sustento se relacionan de manera directa con la calidad de vida familiar.

Sin notorias diferencias entre ambas escuelas, las y los estudiantes con mayores carencias desde el origen social son quienes plantan cara al reto de colaborar con la economía doméstica. De nuevo, en aras de tener claro el impacto de las circunstancias de bienestar, los resultados de una regresión logística simple nos sugieren que el subconjunto con menores privilegios posee hasta 66% mayores momios de colaborar en la manutención familiar si se les compara con quienes se ubican en el grupo materialmente más aventajado (gráfica 3.12).⁵

Las tramas de supervivencia plasmadas en la gráfica 3.12 permiten vislumbrar que las y los jóvenes con mayores limitaciones socioeconómicas son en efecto quienes más temprana e intensamente coadyuvan a las entradas monetarias del núcleo parental. Sin que ello signifique que otras y otros estudiantes de mejores circunstancias vitales se eximen de tal responsabilidad, es claro que esa determinación se influye en gran medida por la desazón de la desigualdad. Como en el caso de los dependientes económicos, la totalidad de quienes contribuyen al ingreso residencial también ha incursionado en el mercado laboral.

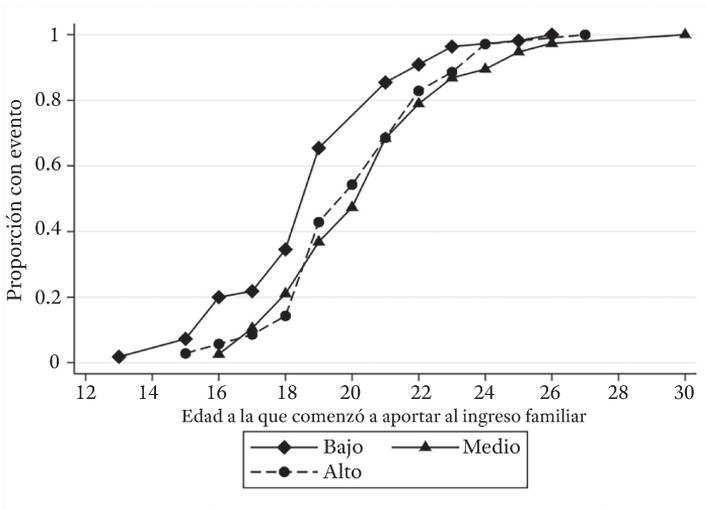
Al principio de este acápite se decía que el tránsito a la vida adulta está colmado de dificultades adaptativas que obligan a compensar, ajustar, o de plano a abandonar ciertas esperanzas. Cada cual juega con el paquete de habilidades y herramientas

⁵ El modelo empleado estableció una relación hipotética entre el hecho de aportar al ingreso del hogar y las condiciones de bienestar del hogar a la edad de 12 años (*ibmo*). Algebraicamente, dicha relación se expresa como:

$$\ln \left(\frac{\hat{p}(x_i)}{1 - \hat{p}(x_i)} \right) aporta = \beta_0 + \beta_{ib} \text{ibmo}_{1,2}$$

que la herencia, la estrategia o el azar han configurado con el paso de la edad. Sin embargo, cada dificultad, cada desventaja y cada desventura trae consigo precios trasladables a otras arenas, en donde el tiempo, los recursos y las relaciones ocupan un papel primordial.

Gráfica 3.12. Trama etaria de aportación al ingreso familiar, según condiciones de bienestar material a la edad de 12 años (*ibmo*)



Fuente: elaboración propia.

Ser una persona adulta no es una excepción. En esa carrera la autonomía decisional y la independencia económica constituyen hitos por alcanzar. No se trata precisamente de logros, sino en muchos casos de estatus contingentes donde las alternativas son más bien exiguas. Así, gozar de algún apoyo académico como una beca, trabajar o exentar las proezas de salir del hogar, de asumir la labor de mantener a otra gente o de asistir con el gasto familiar, se traducen en condicionantes de la libertad y gentileza con que se suscita el pasaje hacia la maduración.

Las potestades decisionales y la solvencia material se bifurcan por la injerencia de otros factores, vinculados con la cre-

ciente sociabilidad que trae consigo la marcha a la adultez. Bajo una lógica de que “quien paga manda”, son las y los jóvenes con mayor agencia económica quienes adquieren mayor autonomía en la determinación de sus acciones. Sin mermar el incuestionable monopolio de la jefatura parental, y sin malentender que el dinero compra la libertad para conducir la vida propia, lo cierto es que quienes han mostrado mayor capacidad de maniobra para asumir responsabilidades son también quienes poseen márgenes más amplios para tomar parte en los contubernios del día a día. La independencia que no siempre se logra con el envejecimiento aparece, así, como un rasgo colateral de la mayor adquisición de compromisos con el trabajo, la escuela, el hogar y la comunidad.

En esa tesitura, la primera incursión en el plano laboral resulta particularmente significativa. Condicionada por los horizontes de bienestar en el origen social, esta experiencia adquiere un carácter dual (cuadro 3.11).

Cuadro 3.11. Fuentes principales de sustento y de toma de decisiones según la ocurrencia del primer empleo (%)

	<i>Padres</i>	<i>Otro familiar</i>	<i>La pareja</i>	<i>Ego</i>	<i>Total</i>
<i>Fuente principal de sustento doméstico</i>					
Sin primer empleo	97.73	1.42	0.57	0.28	100
Con primer empleo	90.98	3.11	1.65	4.26	100
Total	93.46	2.49	1.25	2.8	100
<i>Fuente que solventa gastos educativos</i>					
Sin primer empleo	96.32	1.42	0.84	1.42	100
Con primer empleo	82.3	2.46	0.98	14.26	100
Total	87.44	2.08	0.93	9.55	100

	<i>Padres</i>	<i>Otro familiar</i>	<i>La pareja</i>	<i>Ego</i>	<i>Total</i>
<i>Decisión sobre la adquisición de bienes de alto costo</i>					
Sin primer empleo	94.9	1.13	0.57	3.4	100
Con primer empleo	82.95	2.13	1.48	13.44	100
Total	87.33	1.77	1.14	9.76	100
<i>Fuente que solventa gastos en salud</i>					
Sin primer empleo	95.47	1.7	1.13	1.7	100
Con primer empleo	81.8	1.64	0.82	15.74	100
Total	86.81	1.66	0.94	10.59	100
<i>Decisión sobre las actividades de esparcimiento</i>					
Sin primer empleo	69.41	1.42	1.12	28.05	100
Con primer empleo	56.89	0.82	1.31	40.98	100
Total	61.47	1.04	1.25	36.24	100
<i>Decisión sobre horarios de llegada a casa</i>					
Sin primer empleo	75.07	1.13	1.42	22.38	100
Con primer empleo	57.7	0.98	1.16	40.16	100
Total	64.07	1.04	1.25	33.64	100
<i>Decisión de continuar con los estudios</i>					
Sin primer empleo	35.13	1.13	0.57	63.17	100
Con primer empleo	30.16	1.15	0.66	68.03	100
Total	31.98	1.14	0.63	66.25	100

	<i>Padres</i>	<i>Otro familiar</i>	<i>La pareja</i>	<i>Ego</i>	<i>Total</i>
<i>Decisión sobre qué estudiar</i>					
Sin primer empleo	17.56	1.13	1.14	80.17	100
Con primer empleo	16.72	1.48	0.65	81.15	100
Total	17.03	1.35	1.83	80.79	100
<i>Decisión sobre cómo vestirse y comportarse</i>					
Sin primer empleo	21.25	1.13	0.28	77.34	100
Con primer empleo	12.95	0.66	0.82	85.57	100
Total	15.99	0.83	0.63	82.55	100
<i>Decisión sobre trabajar o no trabajar</i>					
Sin primer empleo	29.46	1.13	0.85	68.56	100
Con primer empleo	15.9	0.66	0.16	83.28	100
Total	20.87	0.83	0.42	77.88	100

Fuente: elaboración propia.

Para algunos y algunas el empleo es un peldaño más en la gradual conquista de una emancipación concertada con los padres; para otros y otras, no es más que parte de una obligada batalla para subsistir en circunstancias de inequívoca desventaja.

El protagonismo de los padres, tan remarcado durante esta etapa biográfica, resalta las paradojas de la transición a la adultez contemporánea. Ni completamente sometidas, ni mucho menos abiertamente soberanas, las juventudes aquí retratadas constatan la tensión *sine qua non* entre el diferenciado confort de elegir y la obligada sujeción de quien, por su apuesta en la educación, por sus desavenencias o la falta de oportunidad, posterga la conquista de su libre albedrío.

Para tener más claro ese panorama, nuevamente se recurrió al valor heurístico de la construcción de un índice. Como una medida resumen de los principales indicios de autonomía decisional e independencia económica, se optó por llevar a cabo una exploración a partir de un análisis factorial.⁶ Como fue señalado en páginas anteriores, este recurso tiene la ventaja de mostrar de forma más intuitiva cuáles son los indicadores que mejor definen la multidimensionalidad de un constructo de interés.

Tras la valoración de correlaciones entre los distintos ítems referentes a la toma de decisiones y las fuentes principales de solvencia de gastos, los resultados preliminares sugieren que la emancipación se nutre por dos vías. Una primera está dada por la facultad de las y los jóvenes para enarbolar sus propias determinaciones sin injerencia de otras figuras; y una segunda se vincula con la capacidad para hacerse cargo de sus propias necesidades de manutención. En buena medida, como se advierte en el cuadro 3.11, parece mucho más sencillo decidir sobre los asuntos intangibles que tener resolución en aquellos que implican algún aspecto material.

Sin cabida al azar, este capítulo inició refiriendo el trabajo de Annette Lareu (2011) en Estados Unidos. Entre las muchas enseñanzas de *Unequal Childhoods*, la panorámica contrastante de las familias de clase media y trabajadora dejaba entrever el costo de gestar ventajas competitivas entre las y los descendientes de menor penuria económica. Con relativos privilegios, las y los jóvenes provenientes de un entorno social más generoso disfrutaban no solo de las bondades de una mayor comodidad material, sino que también gozaban de un acompañamiento más meticuloso, casi obsesivo, por parte de sus padres. Responsables no solo de la salvaguarda y supervivencia cotidiana, estos progenitores de estratos medios asumían la tarea de cultivar las habilidades y las aptitudes de sus vástagos.

⁶ Se recomienda revisar el anexo técnico de este libro para mayores detalles sobre el proceso de construcción de la variable referida.

En cambio, quienes debían encarar una mayor vicisitud desde el hogar solían seguir una ruta mucho más espontánea de desarrollo, plagada de incidentes fortuitos y a su vez duramente condicionados por la desbordante necesidad. Quizá menos custodiadas y asistidas por el cobijo parental, las personas con precedente más popular aprendían a sortear la vida con menor dependencia y con un talante emancipatorio para compensar innumerables desventajas. Toda proporción guardada con el contexto analizado por Lareu, las juventudes universitarias de los planteles A y B presentan un patrón similar en la labranza de su autosuficiencia.

Diferenciados entre sí y dentro de cada uno de ellos, ambos enclaves educativos brindan testimonio de la emergente voluntad de acuñar el propio destino a la luz de la confrontación con la inequidad. El apremio por el empleo, la mudanza de la residencia familiar y la contribución al ingreso doméstico se suman a las discrepancias entre la institución pública y la privada en función de las marcas del origen social. Si bien contraer nuevos compromisos no es condición necesaria ni suficiente para la autodeterminación personal, la adquisición eventual de responsabilidades implica una menor predisposición para delegar las riendas biográficas en manos de terceros (cuadro 3.12).

Cuadro 3.12. Condición de autonomía según eventos transicionales y tipo de universidad

	<i>Autonomía y primer empleo</i>		
	<i>Sin primer empleo</i>	<i>Con primer empleo</i>	<i>Total</i>
Heteronomía	38.32	61.68	100
Autonomía pasiva	42.16	57.84	100
Autonomía	11.36	88.64	100
Total	36.66	63.34	100

Autonomía y salida del hogar

	<i>Sin mudanza</i>	<i>Con mudanza</i>	<i>Total</i>
Heteronomía	67.6	32.4	100
Autonomía pasiva	79.8	20.2	100
Autonomía	54.55	45.45	100
Total	72.27	27.73	100

Autonomía y aportación al ingreso familiar

	<i>Sin aportar</i>	<i>Aporta</i>	<i>Total</i>
Heteronomía	90.97	9.03	100
Autonomía pasiva	92.55	7.45	100
Autonomía	53.79	46.21	100
Total	86.71	13.29	100

Autonomía según tipo de universidad

	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Heteronomía	36.36	30.54	33.3
Autonomía pasiva	57.36	48.9	53
Autonomía	6.28	20.56	13.7
Total	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Luego entonces, el hándicap de la pronunciada pendiente hacia la adultez parece albergar una cruda ironía: mientras más terso es el escenario de crecimiento, mayores son los incentivos para postergar la conquista de la autonomía decisional y de la independencia económica; en cambio, mientras peor pinta el panorama mayor celeridad tendrá lugar para que ocurra el encontronazo con la madurez. Así lo muestran las tendencias recogidas en el cuadro 3.13, donde se sugiere que los grados relativos de autonomía son mayores entre quienes provienen de núcleos familiares con mayor adversidad.

Cuadro 3.13. Condición de autonomía según niveles de bienestar material en el hogar a la edad de 12 años (*ibmo*) (%)

	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>	<i>Total</i>
Heteronomía	28	33.74	38.3	33.3
Autonomía pasiva	51.4	52.76	54.8	53
Autonomía	20.6	13.5	6.9	13.7
Total	100	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Curtidas por el azote de una vida con menores certezas, algunas voces de ambos recintos escolares coinciden en torno al tema: detrás de la autonomía en ocasiones se oculta una gran deriva.

PABLO (22 años, Universidad A). No sé si hablar de autonomía es lo apropiado. Más bien, que dependas menos de tus padres, no significa que no estés controlado por un montón de necesidades. Yo sé bien que no soy pobre, pero igual eso tampoco significa que tenga los mismos favores que otros chavos de acá de la Universidad. Muchos ya viven solos, pero sus jefes les pagan todo. Yo en cambio trabajo porque no me queda de otra, me pago buena parte de mi colegiatura y además pongo lana en mi casa. Así me tocó vivir, no me quejo, pero tampoco es que brinque de gusto.

MANUEL (21 años, Universidad B). (Risas)... pues a mí nadie me preguntó si quería tomar más decisiones. Me parece más cómodo que tus jefes te resuelvan la vida. Pero eso sí, cuando los gastos empiezan a apretar, no hay para dónde hacerse. Ya aprendistes [*sic*] a andar en camión, pos órale, dale a chambear, dale a pagar cosas, cuida a los abuelos, a los hermanos, y así (grupos de discusión A3 y B2).

Para cerrar este apartado, hay un aspecto más sobre el cual vale la pena reparar. Estrechamente relacionado con los tamices de la inequidad, el acontecimiento de experiencias adversas también suele poner en vilo la estabilidad transicional. Al respecto,

figuran eventualidades de muy distinto tipo, que van desde los embarazos tempranos hasta el padecimiento de infortunios asociados con la salud, la solvencia económica y la violencia.

Al menos 80% de las y los jóvenes de ambos planteles se ha enfrentado con alguna de las muchas caras de la vulnerabilidad. Los principales sucesos se concentran en torno a situaciones ligadas con la inseguridad, las adicciones, el trato desigual y la discriminación (cuadro 3.14).

Cuadro 3.14. Proporción de personas con eventos adversos según tipo de universidad (%)

	<i>Universidad</i>		<i>Ambas</i>
	<i>A</i>	<i>B</i>	
Víctima de la delincuencia	55.63	63.67	59.81
Tus amigos han padecido alguna adicción (alcohol o drogas)	42.21	43.91	43.09
Ha padecido abusos de autoridad	28.57	38.52	33.75
Trato desigual por parte de alguna autoridad escolar	25.54	27.15	26.38
Trato desigual por parte de alguna autoridad gubernamental	21.65	25.95	23.88
Tus familiares han padecido alguna adicción (alcohol o drogas)	22.73	24.75	23.78
Víctima de discriminación en la calle	16.67	23.15	20.04
Víctima de discriminación en la escuela	14.07	17.17	15.68
Problemas graves de salud sin acceso garantizado a servicios médicos	5.84	24.15	15.37

	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Ambas</i>
Ha padecido alguna adicción (alcohol o drogas)	12.99	15.57	14.33
Víctima de violencia en la escuela	9.96	15.37	12.77
Víctima de violencia en el hogar	6.93	15.97	11.63
Dejar de estudiar por falta de recursos	3.9	15.97	10.18
Dejar de estudiar por problemas en el hogar	4.11	13.17	8.83
Víctima de violencia en la pareja	5.63	8.58	7.17
Embarazo temprano	4.33	6.99	5.71
Total*	81.39	88.42	85.05

* Proporción de estudiantes que ha padecido al menos uno de los eventos de vulnerabilidad.

Fuente: elaboración propia.

Evidentemente, las y los estudiantes de las universidades A y B forman parte de aquel selecto grupo de gente que ha conseguido llegar hasta la instancia superior de formación. Sin embargo, como puede notarse en el cuadro 3.14, el acceso a una carrera no está exento de tribulaciones. Quizá con pocos casos y en mucha menor proporción, la integridad física y emocional se pone en cuestión ante la llegada inesperada del llamado de la fecundidad, los breves monetarios en el hogar, la merma de la salud o el uso desmedido de la fuerza por parte de alguna amistad, pareja o familiar.

Vincular esas dificultades con el espectro de la desigualdad no es fortuito. Semejante a la tenencia de privilegios, los sinsabores biográficos se agolpan por una lógica acumulativa. Cuanto más frágil es la estructura de bienestar desde el origen social, mayor es la propensión de padecer el rigor de los con-

tratiempos. Así lo refleja el cotejo de casos entre ambas cuestiones (cuadro 3.15).

Cuadro 3.15. Grado de vulnerabilidad acumulada según niveles de bienestar material en el origen social (*ibmo*) (%)

<i>Vulnerabilidad</i>	<i>Nivel de bienestar material a la edad de 12 años</i>			
	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>	<i>Total</i>
Nula	9.97	15.03	19.94	14.95
Baja	43.3	42.64	51.27	45.69
Incipiente	24.61	29.45	20.57	24.92
Alta	16.51	11.04	6.65	11.42
Crítica	5.61	1.84	1.57	3.02
Total	100	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Más aún, un ejercicio exploratorio basado en la técnica de análisis de correspondencias sugiere que, en efecto, la asociación entre las comodidades del hogar y el acontecimiento de dificultades es altamente significativa (gráfica 3.13).⁷

No solo es un asunto de menor poder adquisitivo. En un sentido más amplio, los constreñimientos socioeconómicos implican también la precarización del tiempo y el acotamiento de vínculos tan relevantes como otros recursos en la potencial resolución de problemas. Lo que algunos y algunas jóvenes resuelven por medio de un par de llamadas, por el dinero o incluso por el respaldo de sus familiares y amistades, otros y otras lo afrontan con mayor indefensión, resignación o postergación.

⁷ Vale la pena profundizar en la lógica de interpretación de este tipo de gráficos para personas no familiarizadas con el análisis de correspondencias. Para mayor claridad es importante recordar algunos principios en su lectura: *a)* mientras más lejos están los puntos del origen, más discriminantes son las categorías; *b)* mayor proximidad entre categorías de fila o columna sugiere similitud, y *c)* si se aprecia un ligero ángulo hacia el origen, que conecte una categoría de fila con una de columna, dicha distribución indica presencia de asociación.

MILENA (24 años, Universidad A). Um... para mí el problema más difícil al que me he enfrentado fue cuando secuestraron a un familiar. Que cómo lo resolvimos, no sé decirte muy bien. Obviamente estábamos muy asustados. Afortunadamente mi mamá es muy amiga de la esposa de un senador. Él nos echó la mano para que la procuraduría moviera a su gente enseguida. En unos días tuvimos que pagar un rescate por una buena suma, pero a la semana, ya habían agarrado a esos patanes. Sin esa llamada quién sabe qué hubiera pasado. En el momento te aferras a Dios, y también a uno que otro contacto pesado para salir adelante.

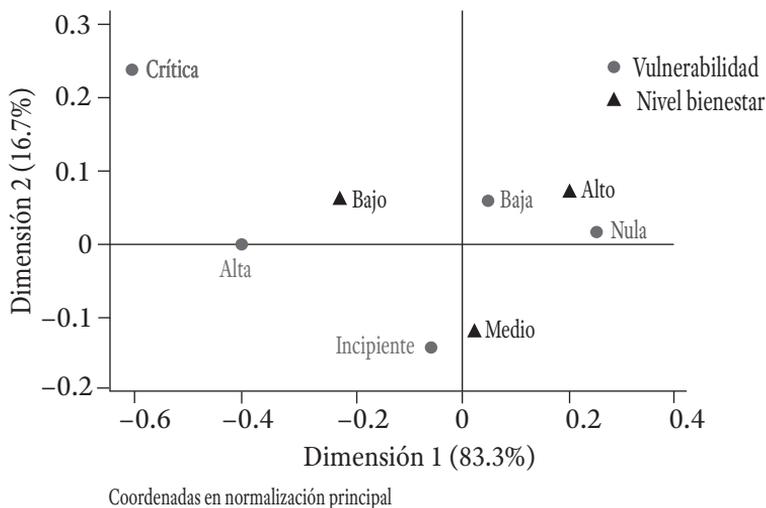
KARIME (23 años, Universidad B). Mi familia y yo somos de Ecatepec. Mi mamá es enfermera, ella se negó a dar servicio a un chavo al que le habían disparado. Desde ahí empezó todo. Primero fue el asecho, luego la intimidación en el trabajo, en la casa, en la tienda de mi tía. Yo tuve que darme de baja del Tecnológico (de Ecatepec) donde cursaba mi primer año de la ingeniería. Apenas estoy en mi tercer trimestre aquí en la Universidad B. ¿Cómo lo resolvimos? Pues ya viste, yéndonos de nuestra casa, tratando de empezar otra vida. De a poco vamos dándole con más estabilidad, pero creo que ya nada va a ser igual (grupos de discusión A2 y B3).

Sonará trivial afirmar que la adversidad suele poner a prueba de qué están hechas las personas. Sin embargo, en forma resonante a los hallazgos de *Unequal Childhoods*, son las y los estudiantes con mayores vicisitudes quienes a costa de su infortunio desarrollan una mayor soberanía e independencia en sus propias determinaciones vitales.

Quizá por el deber de generar otras estrategias, de compensar parte de sus desavenencias, o solo por tratar de negociar cierto control ante la incerteza, esas personas más expuestas a eventualidades logran desplegar una mayor emancipación.

Así, como hemos podido esbozar, la adultez no constituye un proceso de etapas lineales y sucesivas hacia la cima de la realización. Por el contrario, se trata de una batalla sinuosa y diferenciada donde el pasado de la infancia y el presente del crecimiento se colisionan con consecuencias para el porvenir.

Gráfica 3.13. Plano de análisis de correspondencias: grados de vulnerabilidad y condiciones de bienestar material a los 12 años (*ibmo*)



Fuente: elaboración propia.

Como si se tratase de una simulación de videojuego, semejante a la aludida al principio de este acápite, la vida difiere en que los errores, las desventajas y las contingencias carecen de un punto de reinicio, de retorno o de supresión. Tal cual iniciábamos este apartado, el código de programación biográfica no contiene algoritmos que permitan equilibrar las marcas ineludibles de la desigualdad. Sin negarle capacidad de incidencia a la gente o sin restarle importancia al impredecible azar, el tránsito a la adultez conlleva la vertiginosa génesis de disparidad tanto en la vida social como en la individual

Pensar en la activación pública y ciudadana de las y los jóvenes con acceso a la universidad parece accesorio cuando se repara en lo intrincado que resulta el desahogo de lo eminentemente privado y personal. Si, como anhelaba T. H. Marshall, lo económico nos distingue, pero lo político nos iguala, tratemos

de ver hasta qué punto las prácticas y disposiciones sobre lo público coinciden por encima de las diferencias antes analizadas. De momento, es claro que la salvaguarda de acceder a la universidad no revierte las potenciales asimetrías que suelen acompañar a un escenario que, como el mexicano, se tiñe por una profunda desigualdad.

4. DISTINCIONES POLÍTICAS ENTRE JUVENTUDES PRIVILEGIADAS

La importancia o la insignificancia adjudicada a aquello trascendente de lo privado está sin duda atravesada por la lejanía de lo institucional frente a lo ciudadano, la ausencia de un valor otorgado a lo gubernamental o la propia imposibilidad para comprometerse con lo excedente a lo personal. Durante años las tradiciones culturalistas políticas han apuntado a la falta de un mejor sustento disposicional: quien no cree en política, difícilmente romperá una lanza por involucrarse de manera activa. Sin embargo, resulta imposible reducir la práctica a la mera conjura de creencias. Como afirmaban Verba, Schlozman y Brady (1995), la gente no solo no participa porque no quiere, también porque no puede o porque nadie se lo ha requerido. Empero, tratemos de llevar esta intuición un poco más allá. Dado que querer no siempre es poder, poder no siempre es hacer y al pedir no siempre le corresponde un dar, parece preciso entender que lo político pasa por muy distintos tamices.

Participar en los asuntos públicos nos demanda no solo ideales, deseos y motivación. También nos exige dinero, tiempo, cómplices, canales aptos, habilidades e innovación. Como vimos en el capítulo anterior, las y los jóvenes fraguan sus vidas en un limbo entre la inercia parental y la paulatina emancipación. Ni las decisiones ni los recursos de distinta índole son eminentemente propios. Las ventajas y desventajas biográficas son indisociables del pasado familiar.

Entre los muchos aprendizajes obtenidos desde casa figuran también los incipientes trazos de una mirada política. El

hogar, la escuela y la comunidad más inmediata constituyen los soportes iniciales de la socialización en torno a lo público. Como tantas otras cuestiones, aquello observado desde una tierna edad se queda con las personas al más puro estilo de un comportamiento imitado, una herencia o una memoria detonante de las actitudes venideras.

Desde luego lo anterior no significa que la conducta política de hijos e hijas sea una calca inalterable del comportamiento paternal o maternal. Si bien no todo activista es descendiente de gente plenamente abocada a lo público, lo cierto es que la repulsión, la pasión o el mero interés político no surgen *ex nihilo*. El testimonio cercano, la charla cotidiana y hasta lo deglutido a través de los medios de comunicación conforman parte de un entorno complejo de la llamada politización.

Podemos pensar a la socialización política de muy distintas formas. Naturalizar la inclinación política al modo de Aristóteles y el *zoon politikon*, o incluso suscribir el cinismo de Jason Brennan clasificando a las personas entre *hobbits*, *hooligans* y *vulcanianas*. Sin embargo, muy a pesar de la importancia de los valores y las ideas con los cuales solemos relacionarnos con lo político, el debate pasa por otras vías de talante más objetivo y circunstancial.

Para entender lo anterior, este capítulo presenta una caracterización política general de las y los jóvenes bajo estudio. Con el objetivo de presentar cuán amplias pueden ser las distinciones políticas aun entre juventudes relativamente privilegiadas, en un primer apartado se discuten cuáles son los intersticios donde se lleva a cabo la participación. En segundo lugar, se problematizan las prácticas políticas que acontecen desde el hogar. Posteriormente, se analizan las discrepancias prevalentes en los hábitos y las creencias de las y los profesionistas de las universidades A y B. Así como transitar a la adultez es por demás complejo, en esta entrega se pretende destacar cuán asimétrica resulta la politización y su concreción en prácticas y disposiciones con las cuales se escinde nuestra comprensión de los asuntos públicos. Bajo la promesa democrática de que

la política nos hará iguales, importa destacar cómo nuestro acercamiento y conceptualización de lo político recoge en buena medida un cúmulo de rasgos que, lejos de ecualizarnos, nos distinguen de forma acuciante.

LOS INTERSTICIOS DE LA PARTICIPACIÓN

Desde el año 2012, la asociación civil Ollin, Jóvenes en Movimiento ha puesto de relieve un panorama por demás interesante en torno al involucramiento cívico de las ciudadanas y de los ciudadanos con mayor lozanía. Del amplio abanico de estudios y de la variada colección de estadísticas en torno al tema, los esfuerzos de Ollin destacan por tratar de trascender las fotografías en blanco y negro de la aparente desafección con lo público. Por medio de un índice nacional de participación juvenil, las y los integrantes de dicha organización han remarcado las dificultades que obstaculizan una mayor presencia política de las juventudes mexicanas.

Los datos son contundentes. Para 2016 solo 1 de cada 10 jóvenes se involucraba en la toma de decisiones del gobierno federal; únicamente 11% de la base partidista nacional estaba constituida por personas de menos de 29 años; y 4 de cada 10 se vinculaban con alguna instancia de la sociedad civil organizada (Ollin, 2016).

Más aún, el trabajo realizado por Ollin ofrece la posibilidad de dimensionar cuán diversa y diferenciada es la actividad política de las personas jóvenes. Intermitente, a veces fugaz y otras tantas solo trunca, la participación es algo construido desde las incertezas de la cotidianidad. Así lo refieren los síntomas lúgubres en materia de desocupación, la inequitativa penetración a la educación y las desazones de un salario y un empleo que, si bien solo se presenta en una proporción acotada de casos, se distinguen por las asimetrías del género, la precariedad y la ausencia de estabilidad en diversos campos laborales. Por si eso fuese poco, de acuerdo con datos de la misma organi-

zación, solo 3 de cada 10 jóvenes reciben remuneración por sus tareas de activismo; 4 de cada 10 perciben un pago por sus contribuciones a una institución pública, en tanto que solo 1 de cada 10 obtiene un sueldo por desempeñarse en alguna locación de gobierno. Vaya escenario, pues sin demeritar el carácter loable del voluntariado, pareciera que tomar parte en asuntos públicos lleva consigo un inevitable halo de gratuidad por los esfuerzos de la gente.

Según lo presentado en el informe 2015-2016 de Ollin, erradicar las altas tasas de abstencionismo entre las y los jóvenes¹ y expandir su protagonismo en los canales formales de incidencia exige corregir la limitada incursión juvenil en otras arenas de producción de la vida social. Ya sea que se trate de la familia, de la escuela, del mercado o del propio barrio, promover una mayor inclusión permite resarcir dos cuestiones fundamentales: 1) sembrar la percepción de que participar activamente importa, ya que dichos espacios albergan decisiones y determinaciones con consecuencias tanto personales como colectivas; y 2) favorecer el acceso a recursos materiales y simbólicos los cuales van de la mano con la adquisición paulatina de múltiples obligaciones y prerrogativas.

Ahora bien, con todas esas atenuantes, las y los estudiantes de las universidades A y B nos ofrecen visos de una actividad entretejida entre los resquicios políticos e institucionales denegados. De un catálogo de catorce formas diversas de participación, 33.2% de las y los profesionistas de la Universidad A indicó haberse involucrado en alguna de tales modalidades al menos durante el año previo al levantamiento de datos; mientras en la B, dicha cifra ronda 36.7 por ciento.

Entre las actividades contempladas en el cuestionario de encuesta respondido por los grupos de universitarios figuran repertorios ligados al ámbito escolar; el entorno comunitario y barrial; la vida asociativa; el esparcimiento cultural, y la exi-

¹ De acuerdo con dicho documento, el abstencionismo juvenil en las votaciones supera a 40% en las elecciones federales, y se incrementa notablemente en el desahogo de comicios locales.

gencia de derechos mediante la acción colectiva.² Claramente, tal cual sucedía con los indicadores de bienestar y de transición a la adultez, ambos recintos presentan discrepancias importantes en el trazado de pautas de incursión activa (cuadro 4.1).

Desde luego, no todas las opciones enlistadas concitan la incidencia en los asuntos públicos. Algunas, de modo notorio ligadas con un talante más lúdico, deportivo o incluso confesional, nos ofrecen un vistazo a la variedad de intereses de las y los informantes.

Con el objeto de tener una mejor aproximación a las dimensiones eminentemente políticas de la participación, se optó por llevar a cabo una exploración mediante el empleo de técnicas de análisis factorial. Sin detenerse en las particularidades del procedimiento (consultables en el anexo técnico de este libro), similar a otras ocasiones, este recurso permite identificar distintas facetas de un mismo constructo con el cual se pretende hacer observable el involucramiento de los sujetos de estudio.

En la gráfica 4.1 se puede apreciar un resumen de cargas factoriales de cada ítem asociado a la participación en diferentes espacios. En un lenguaje más simple, el plano muestra el modo en que ciertas variables tienden a confluír más estrechamente, como si se tratase de modalidades participativas mejor asociadas entre sí. Las líneas divisorias de los ejes horizontal y vertical dan una idea de cómo se suscita una distinción entre

² Se recuerda al lector que dicho catálogo de modalidades fue definido con base en pilotajes previos, a fin de no descartar canales significativos de participación. Asimismo, es preciso reiterar la aclaración contenida en el capítulo tercero, donde se indicaba que el voto fue extraído del listado final de opciones de involucramiento. Como se puntualizó antes, dicha expresión tendía a comportarse de manera atípica con relación a otros ítems, en tanto aparecía identificada con una fuerte carga de deber por parte de las y los jóvenes. De igual modo, en los ejercicios de exploración estadística dicha variable poseía una baja asociación y covarianza con el resto de los componentes sobre participación, en tanto su práctica no deja de ser un despliegue de voluntades netamente individualizadas. Este punto sin duda es polémico, sin embargo, merece consideraciones que exceden al tratamiento particular de este libro.

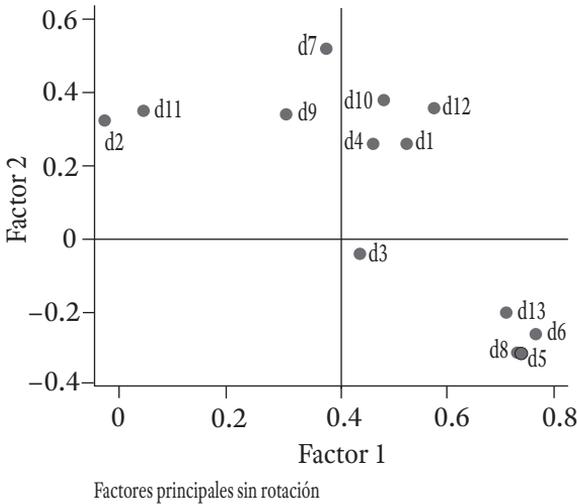
tres potenciales dimensiones del comportamiento activo de las y los estudiantes de ambas universidades.

Cuadro 4.1. Tasas de participación según modalidad de involucramiento y tipo de escuela (%)

<i>Variable</i>	<i>Modalidad</i>	<i>Universidad</i>		<i>Total</i>
		<i>A</i>	<i>B</i>	
d1	Asociaciones estudiantiles	41.56	15.37	27.93
d2	Equipos deportivos	42.64	33.33	37.8
d3	Agrupaciones barriales	2.81	2.4	2.6
d4	Grupos ecologistas	9.74	9.38	9.55
d5	Protestas o toma de avenidas	8.44	15.37	12.05
d6	Agrupaciones políticas	6.93	8.58	7.79
d7	Grupos culturales	37.45	27.35	32.19
d8	Campañas políticas o redes de apoyo a candidatos	8.87	7.39	8.1
d9	Clubes de fans	6.06	4.99	5.5
d10	Clubes de lectura	7.58	6.99	7.27
d11	Grupos religiosos	6.28	7.98	7.17
d12	Ayuda comunitaria	19.05	6.99	12.77
d13	Manifestaciones	6.71	11.98	9.45
d15	Otro tipo de actividades	0.87	0.2	0.52
Tasa general de participación política, social y asociativa		36.15	36.73	36.45

Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.1. Dimensiones latentes del involucramiento activo entre las y los informantes



Fuente: elaboración propia.

En el cuadrante superior izquierdo de la gráfica 4.1, se concentran los ítems *d2*, *d7*, *d9* y *d11*, referidos a la membresía en equipos deportivos, grupos culturales, clubes de fans y grupos religiosos, respectivamente. El cuadrante superior derecho aglutina los elementos *d1*, *d4*, *d10* y *d12*, vinculados con asociaciones estudiantiles, grupos ecologistas, clubes de lectura e instancias de ayuda comunitaria. Finalmente, en el cuadrante inferior derecho figuran los indicadores *d3*, *d5*, *d6*, *d8* y *d13* relacionados con grupos barriales, agrupaciones políticas, campañas políticas o redes de apoyo a candidatos, manifestaciones, protestas y toma de avenidas.³

Por tanto, interpretando la consistencia empírica de lo sintetizado en dicha gráfica, se puede inferir la prevalencia de

³ Los ítems *d5* y *d8* referentes a manifestaciones y protestas, respectivamente, resultan tan similares que incluso su etiqueta aparece superpuesta en la gráfica en discusión.

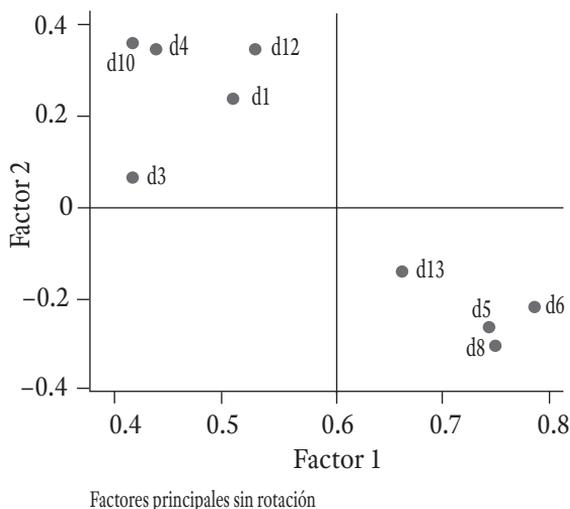
modalidades que albergan una mayor conexión con el sentido político de la participación. Si bien, casi todas las opciones contempladas alientan formas múltiples de agregación en ciertos circuitos, no todos los elementos exigen un trastocamiento intencional o directo de los asuntos públicos.

Luego entonces, sin menoscabo de otras expresiones de carácter religioso, cultural o deportivo con las cuales se refuerzan los talentos para la organización, la deliberación e incluso la cooperación, se decidió reajustar el ejercicio exploratorio solo con aquellos ítems de evidente relación con los menesteres políticos. En recurrencia de la técnica de análisis factorial, en esta ocasión los resultados sugieren una proyección más nítida de las vertientes ligadas al tratamiento de intereses públicos.

Como se hace notar en la gráfica 4.2, el involucramiento de las y los jóvenes de ambas universidades se escinde entre una veta de actividad comunitaria y otra explícitamente vinculada con la política contenciosa y militante de orden asociativo, partidista o electoral. Así, en el cuadrante inferior derecho se aprecia una mayor preponderancia de los elementos *d5*, *d6*, *d8* y *d13* relacionados con las protestas, las agrupaciones políticas, las campañas o los contingentes de apoyo a candidaturas y las manifestaciones. Por otro lado, en el cuadrante superior izquierdo, aparecen con mayor peso los ítems *d1*, *d3*, *d4*, *d10* y *d12*, ligados a las asociaciones estudiantiles, las agrupaciones barriales, los grupos ecologistas, los clubes de lectura y las organizaciones de ayuda comunitaria.

Esta vez, sin incluir las actividades en canales eclesiales, deportivos o de pasatiempo, tenemos que 59.96% de las y los estudiantes de la Universidad A, y 41.32% de la Universidad B se involucraron políticamente durante el año previo a la aplicación del cuestionario. Con cifras nada desdeñables, tratemos de entender ahora cómo se articula dicha presencia en los intersticios de participación.

Gráfica 4.2. Dimensiones latentes de la participación política de las y los informantes



Fuente: elaboración propia.

HIJOS DE TIGRES

En un trabajo de 1997, Constance Flanagan, Patreese Ingram, Erika Galloway y Erin Galloway, muestran que las y los adolescentes en condiciones de desventaja no solo deben sortear las limitaciones del día a día. Al tratar de dilucidar las razones de su desventura, las personas más jóvenes también trazan una interpretación peculiar del contrato social. Haciendo eco de las reflexiones de Cohen y Dawson (1993) sobre las implicaciones de la pobreza en el vecindario, Flanagan y compañía nos recuerdan que:

El aislamiento social se extiende también a los procesos políticos. Más allá de los efectos negativos de la pobreza familiar en la eficacia política,⁴ altos niveles de carencia en el entorno residen-

⁴ Con este término las autoras y el autor se refieren al sentimiento de las personas para lograr resolver problemas mediante el uso de sus dere-

cial reducen el número de vínculos sociales (*i.e.* organizaciones comunitarias, grupos eclesiales, o lazos indirectos con autoridades gubernamentales) que habilitan a las personas para resolver problemas comunitarios (1997: 54).

El núcleo familiar, tan relevante en el destino y la supervivencia de la gente, importa políticamente en la medida en que coadyuva a delinear pautas de acción enseñadas y desplegadas desde los padres hacia sus descendientes (Beck y Jennings, 1991; Sears, 1981; Alwin y Krosnick, 1991; Flanagan y Sherrod, 1998). En la participación parental no solo se inicia a hijos e hijas en el contacto con el espacio público, también se induce a concebir la actuación cívica como un recurso valioso en la gestión de derechos y la solvencia de necesidades en el entorno más inmediato.

La frecuencia en el involucramiento o la elección misma de cierto tipo de prácticas familiares incita a las y los más jóvenes de casa a constituir una posición frente a los referentes de autoridad, las complejidades del poder y sus alcances en la gestión de las vicisitudes privadas y sus consecuencias públicas.

Cuando las jefas o los jefes del hogar prevalecen ajenos al desahogo de las cuestiones ciudadanas, no se trata meramente de una ausencia de vocación, de negligencia en la educación de sus hijos o de falta de presteza para hacer de cada infante un patriota. Por el contrario, en muchas ocasiones se lidia con las limitaciones para insertarse en el acotado mundo de los asuntos públicos; restricciones que, como veremos más adelante, resultan en muchos casos cruciales para la activación de las y los principiantes de casa.

El señorío de la adultez entre madres y padres concede distinciones importantes más allá de la carga de responsabilidad.

chos políticos a partir de distintas vías de expresión. De forma más amplia, esto implica la creencia personal de que se puede entender e impactar en aquellos asuntos relacionados con los asuntos públicos. Para una discusión más amplia del concepto se sugiere consultar el artículo de Kerem Yildirim (2015), referido en la bibliografía de este libro.

Contar con un empleo, poseer alguna propiedad o gozar de algunas otras fuentes de reconocimiento se suman a la experiencia otorgada por la veteranía del curso de vida. Así, con mayores posibilidades para ampliar el abanico de identificaciones colectivas, la participación familiar puede diferenciarse en función de tres aspectos: *a)* las membresías; *b)* los canales por los cuales se establece la interlocución ante el sistema político, y *c)* las pautas de tratamiento. Con costos y grados de organización disímboles, el involucramiento previo de la parentela puede ser clasificado entre una vía convencional y otra no convencional.⁵

⁵ Vale la pena señalar que la nomenclatura misma de participación y su clasificación en torno a formas convencionales y no convencionales carece de consensos claros en el terreno disciplinario particular. Por esa misma razón, es preciso explicitar primero, en torno al concepto de participación, que este no es un equivalente directo de la noción de compromiso cívico. La tradición académica, predominantemente anglosajona, ha establecido que el compromiso cívico en sí mismo tiene una acepción pasiva, como lo es el respeto a las normas y el sentimiento de pertenencia a la comunidad que no necesariamente implica un involucramiento participativo. En contraparte, la acepción del compromiso cívico activo implica una condición sinonímica y cercana a la noción de participar, la cual incorpora que el tomar parte conlleva implícita una expresión tácita de la voluntad y el sentimiento de afectación del ciudadano en torno al tratamiento de asuntos públicos. Asimismo, como segunda aclaración vale la pena subrayar que el reconocimiento de vetas convencionales y no convencionales se presenta como un uso generalizado en el abordaje temático particular, aunque con distinciones y ambigüedades serias dada la falta de referentes claros de clasificación. Como salida a esa omisión, esta propuesta retoma tres criterios centrales. El primero, el sugerido por Zimmerman (1989), el cual subraya la condición de membresía como un aspecto central de la frontera entre canales formales e informales y convencionales y no convencionales. El segundo, el criterio de los canales de involucramiento de Klesner (2009), el cual destaca las pautas jurisdiccionales y de interlocución entre participantes e instancias de autoridad, rescatando los criterios que Verba, Nie y Kim (1971) sugirieron como modos de identificación de mecanismos de participación, en los cuales, dicho sea de paso, está basado el diseño clasificatorio de la Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas (Encup). Finalmente, en tercer lugar, se toma el criterio de pautas de tratamiento, el cual Flanagan y Levine (2010) sugirieron como un punto de demarcación no solo en la forma de producirse la participación, sino en el modo de ser tratada ante las

La primera de ellas implica la adquisición de una membresía formal enmarcada en prerrogativas orgánicas, las cuales dotan de derechos y obligaciones a la persona como integrante de una instancia de agrupamiento. Asimismo, las alternativas y los canales propicios para la acción están explícitamente contemplados por la ley, de modo tal que las pautas de tratamiento están establecidas por principios jurídicos, con estatutos de funcionamiento y, en ocasiones, hasta por tiempos instituidos de respuesta por parte del Estado. En contraparte, en su versión no convencional, el precedente de participación familiar no requiere de una membresía formal. El ejercicio de derechos y la adquisición de deberes es de carácter intermitente, preponderando la adherencia y la simpatía por encima de cualquier otro mecanismo de pertenencia más formalizado. En términos de forma, esta contempla el uso de canales de involucramiento extralegales que no necesariamente constituyen una violación a la norma. Así, la invocación de pautas de tratamiento rebasa o no está determinada con claridad por la reglamentación jurídica estatal.

La clasificación anterior no es ociosa. En sentido amplio apunta más bien a las disimilitudes operantes entre unas y otras alternativas de participación. Si para Flanagan y compañía (1997) las carencias económicas contribuyen a la falta de más y mejores relaciones para la habilitación pública, entre las y los jóvenes relativamente privilegiados de las universidades A y B, la desigualdad no deja de incidir en el tipo de incursiones y experiencias enarboladas por sus padres.

El cuadro 4.2. nos ofrece un primer viso de las diferencias prevalentes en uno y otro contexto formativo. En la Univer-

instancias correspondientes del sistema político. Aunque otras propuestas, como la de Somuano (2005), destacan la diferenciación entre formas de participación convencional mayor o menormente individualizadas y modos no convencionales referentes a actos ilegales o de protesta, se considera que una distinción que contemple las formas de producción, membresía y tratamiento participativo abona de manera más próspera a los fines analíticos del presente libro.

sidad A, los precedentes participativos familiares son más remarcados en las instancias de carácter convencional. La presencia en los partidos políticos, en asociaciones gremiales, en agrupaciones políticas, en cargos públicos y en plataformas de corte escolar o incluso filantrópico es mucho mayor entre los familiares de quienes asisten a la escuela privada, que entre quienes acuden a la pública.

Cuadro 4.2. Tasas de participación de los padres por vías convencionales, según tipo de universidad (%)

<i>Modalidades</i>		<i>Universidad</i>		<i>Total</i>
		<i>A</i>	<i>B</i>	
a1	Sindicatos	11.04	18.16	14.75
a2	Partidos políticos	16.67	13.77	15.16
a3	Agrupaciones profesionales	9.09	3.59	6.23
a4	Agrupaciones políticas	9.74	6.79	8.2
a5	Instituciones de beneficencia	11.47	4.99	8.1
a6	Asociaciones religiosas	13.64	13.37	13.5
a7	Instancias de ayuda social	11.04	7.58	9.24
a8	Agrupaciones vecinales	18.61	14.37	16.41
a9	Grupos de pensionados	1.95	2.4	2.18
a10	Grupos culturales o artísticos	8.66	6.59	7.58
a11	osc	5.84	4.19	4.98
a12	Asociaciones de padres de familia	21.43	14.97	18.07
a13	Cargos públicos	15.15	5.39	10.07
Total		62.34	58.68	60.44

Fuente: elaboración propia.

Por su parte, en el caso de los antecedentes de involucramiento por vías no convencionales, la cuestión resulta menos contrastante. Con tasas generales de participación más equilibradas entre los padres de las y los jóvenes de ambas universidades, la práctica política parece ser más inclusiva para los familiares de quienes cursan su carrera en la Universidad B (cuadro 4.3).

Las gestiones vecinales, la recopilación de firmas, las peticiones de apoyo a alguna autoridad y, desde luego, las protestas y manifestaciones de descontento figuran como repertorios más cercanos entre los parientes del alumnado de la universidad pública. ¿Qué características se subsumen en esa distinción escolar?

Los recintos universitarios discrepantes y selectivos, como hemos constatado en capítulos anteriores, recogen buena parte de los atributos del contorno que da forma al contexto residencial. En este sentido, la variación en las condiciones de vida acarrea consecuencias manifiestas no solo en la trayectoria de desarrollo familiar. Lo político tan distante y tan ajeno para algunos sectores sociales también se divide a la luz de las ventajas concedidas por escenarios de mayor comodidad.

La impronta del origen social, ineludible en el esbozo de la biografía, bifurca al involucramiento político en virtud de los capitales y las experiencias que ciertos canales demandan a los padres. Si tomar parte en los asuntos públicos es de por sí difícil debido a aquello que se debe postergar o desatender, cuando la disponibilidad de recursos es limitada queda poco de donde elegir (cuadro 4.4).

Quizá intuitiva, esperada y hasta poco sorpresiva, la franja divisoria entre lo convencional y no convencional rebasa a la mera distinción conceptual. Más allá de las voluntades, de los deseos o del interés por participar, las instituciones, los partidos y ciertos circuitos de mayor proximidad a la autoridad lucen como alternativas más abiertas y asequibles para quien tiene los privilegios de una mejor afluencia educativa, monetaria e incluso temporal. Irónicamente, aunque los efectos de la política nos permean a todos y a todas en cierto modo general, la incidencia, el involucramiento y las decisiones que

inmiscuyen a lo público prevalecen como aspectos que apelan e incluyen a unas cuantas personas.

Cuadro 4.3. Tasas de participación de los padres por vías no convencionales, según tipo de universidad (%)

	<i>Modalidades</i>	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
b1	Publicar quejas en periódicos	7.14	4.59	5.82
b2	Presentar quejas contra autoridades	23.81	17.37	20.46
b3	Pedido de ayuda a osc	4.76	8.38	6.65
b4	Asistir a manifestaciones	16.45	25.15	20.98
b5	Juntar firmas con vecinos	21.86	24.35	23.16
b6	Formar comisiones vecinales	8.44	13.57	11.11
b7	Pedir ayuda a algún político	9.96	11.78	10.9
b8	Apoyar alguna campaña política	17.32	15.97	16.61
b9	Asistir a protestas	4.55	7.98	6.33
b10	Presentar quejas en radio o televisión	6.49	2.79	4.57
b11	Escribir cartas a algún político	9.52	7.19	8.31
b12	Expresar descontento en mantas	3.25	5.59	4.47
b13	Huelgas de hambre	0.22	0.8	0.52
b14	Resolver problemas en su comunidad	13.85	11.38	12.56
b15	Tomar decisiones en su comunidad	15.37	16.57	15.99
	Total	62.77	62.28	62.51

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 4.4. Proporción de familiares con precedentes participativos, según nivel de bienestar en el origen social (*ibmo*) (%)

	<i>Canal/Expresión</i>	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>	<i>Total</i>
<i>Vías convencionales</i>	Sindicatos	19.94	15.03	9.18	14.75
	Partidos políticos	11.53	18.1	15.82	15.16
	Agrupaciones profesionales	3.43	5.83	9.49	6.23
	Agrupaciones políticas	5.3	10.12	9.18	8.2
	Instituciones de beneficencia	3.43	7.98	12.97	8.1
	Asociaciones religiosas	12.77	13.19	14.56	13.5
	Instancias de ayuda social	8.72	7.67	11.39	9.24
	Asociaciones vecinales	13.08	17.48	18.67	16.41
	Grupos de pensionados	2.18	3.07	1.27	2.18
	Grupos artísticos o culturales	6.54	8.28	7.91	7.58
	osc	3.74	4.6	6.65	4.98
	Asociaciones de padres	14.33	19.63	20.25	18.07
	Cargos públicos	4.05	11.96	14.24	10.07
	Total	46.73	59.82	59.81	55.45
	<i>Vías no convencionales</i>	Publicar quejas en periódicos	4.05	3.99	9.49
Presentar quejas contra autoridades		15.26	22.7	23.42	20.46
Pedir ayuda a osc		7.48	6.75	5.7	6.65
Asistir a manifestaciones		22.74	24.85	15.19	20.98
Juntar firmas con vecinos		22.43	28.53	18.35	23.16

	<i>Canal/Expresión</i>	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>	<i>Total</i>
<i>Vías no convencionales</i>	Formar comisiones vecinales	13.4	9.51	10.44	11.11
	Pedir ayuda a algún político	10.9	12.88	8.86	10.9
	Apoyar alguna campaña política o candidatura	12.77	19.33	17.72	16.61
	Asistir a protestas o toma de avenidas	7.17	9.82	1.9	6.33
	Presentar quejas en la radio o televisión	2.8	5.21	5.7	4.57
	Escribir cartas a algún político	6.54	8.28	10.13	8.31
	Expresar descontentos en mantas	6.23	3.37	3.8	4.47
	Huelgas de hambre	1.25	0.31	0	0.52
	Resolver problemas comunitarios	11.53	14.11	12.03	12.56
	Tomar decisiones en la comunidad	17.45	15.64	14.87	15.99
	Total	49.84	61.35	52.85	54.72

Fuente: elaboración propia.

Aun en el terreno de lo menos formal, el carácter quejoso, contencioso e incluso vecinal para la resolución de problemas refleja una profunda disparidad. Cuando el descontento pasa por la oficiosa labor de las misivas, los medios de comunicación o la apelación directa a una figura gubernamental, son los familiares con ventajas materiales quienes aglutinan mayores indicios de actividad. En tanto, las madres y los padres con constreñimientos socioeconómicos más amplios apuestan por el tamiz contingente y eventual de la protesta, la manifestación y la apropiación del entorno barrial.

Algunas voces captadas en entrevistas hacen alusión a lo anterior. Para Luciano de 22 años, estudiante de Derecho en la Universidad A, y para Joaquín de 23 años, alumno de Ingeniería en la B, la cuestión obedece a una tónica de oportunidad:

LUCIANO (Universidad A). Sí claro, mi papá participa y milita en el Partido Acción Nacional (PAN). Es el típico señor que cuando algo no le gusta prende la compu y te llena de cartas y *mails* para hacerte saber su inconformidad. Me sorprende el tiempo que tiene para andar siempre en medio de tanta grilla, pero cuando tienes un negocio que casi anda solo (*distribuidora de autopartes*) te puedes tomar el espacio para andar en esos desmadres. Además, son muchos los contactos y conectes que la familia tiene por ese lado. Yo mismo he conseguido trabajo gracias a un diputado del PAN. Mi papá bien dice, la *realpolitik* no es esa que se negocia en las calles, sino la que se discute con quienes llevan las riendas del país.

JOAQUÍN (Universidad B). Como te dije, mis papás se dedican a trabajar en oficinas de gobierno. La única proximidad que tienen con la política, así como institucional, es esa de cuando los partidos van a la colonia a ofrecer despensas y programas para obligarles a votar. Trabajan de sol a sombra, y así el día no te da para andar metido en esas cosas. O chambean o se ponen a armar la revolución (risas). Si acaso la vida les da para meterse de vez en cuando en los problemas de agua de donde vivimos. Lo más heroico que han hecho es tomar la delegación, eso sí, en sábado porque de lunes a viernes hay que trabajar para pagar las deudas de la casa (entrevistas A2 y B12).

Evidentemente, la tarea de politización desempeñada por los padres no termina ahí. Además del testimonio brindado por sus incursiones, están también los episodios iniciales de aquellas actividades solapadas entre los hijos. A veces por voluntad, y otras tantas por ocurrencia u obligación, la infancia transcurre en contacto con diversos enclaves de convivencia grupal complementarios al círculo familiar.

Subestimados y a veces recordados tímidamente cuando la niñez se deja atrás, los espacios deportivos, lúdicos, culturales

o religiosos dotan a la gente de experiencias primerizas donde se ensaya la habilidad para deliberar, organizarse y actuar conjuntamente. No en vano, y en forma recurrente, la bibliografía disponible en torno al compromiso cívico está plagada de referencias al empuje particular de las adherencias y los vínculos que suelen acontecer durante las mocedades de los años impresionables (Greenstein, 1960; Easton y Hess, 1962; García, 1973; Segovia, 1975; Burns, Schlozman y Verba, 2001; Coulton y Irwin, 2009; Flanagan y Levine, 2010, entre muchos otros más).

Aspiraciones, deseos, roles y deberes se combinan para dar sentido a los escauceos inaugurales con el poder, lo social y lo decisional. Aunque en el México contemporáneo suene impensable que algún niño o alguna niña se atreva siquiera a jugar como ocupante de la presidencia o de una curul, cuando puede ser algo más noble como Batman o la Mujer Maravilla, las simulaciones rudimentarias no tienen nada de trivial. Más aún, si quien lee este libro se encuentra en la situación de ser padre o madre de reciente iniciación, se dará cuenta que promover el involucramiento temprano en las y los descendientes no es un asunto ordinario.

Cuando el estímulo participativo se acompaña además de un sutil encargo de pertenencia, el chiquillo o la chiquilla comienza a conocer las implicaciones de inmiscuirse en espacios facilitadores de la cooperación y de la coordinación de voluntades.

Sin la autodeterminación plena que comprende la natural sujeción al cuidado parental, aquellos primeros pasos por los circuitos de involucramiento son un resultado negociado de las necesidades y gustos de las y los infantes, y de las posibilidades y los caprichos de sus padres. Así, del total de jóvenes de las universidades A y B, 71% reportó haber tenido parte en alguna de las distintas modalidades de participación durante la niñez. Una vez más, como se ha hecho notar en el resto de los indicadores de este y del pasado capítulo, una brecha de diferencias persiste entre ambos grupos de estudiantes (cuadro 4.5).

Cuadro 4.5. Antecedente de participación durante la infancia en distintos rubros

	<i>Espacios/actividades</i>	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
c1	Agrupaciones de <i>boy scouts</i>	10.39	8.98	9.66
c2	Equipos deportivos	76.84	52.3	64.1
c3	Agrupaciones culturales o artísticas	54.11	35.73	44.6
c4	Actividades de ayuda social o comunitaria	22.51	7.98	15
c5	Estudiantinas o grupos de canto	27.49	13.17	20
c6	Grupos estudiantiles	19.7	12.18	15.8
c7	Grupos ambientalistas	6.06	7.58	6.85
c8	Cargos escolares	35.06	32.53	33.8
c9	Clubes de lectura	15.37	9.58	12.4
c10	Grupos religiosos	15.58	13.17	14.3
c12	Otra actividad	0.87	0	0.42
	Tasa de participación durante la infancia	80.3	62.9	71.2

Fuente: elaboración propia.

De un listado de once posibles opciones de adherencia durante la niñez, en prácticamente todas, la presencia es más favorecedora para las y los estudiantes de la universidad privada. Mientras este alumnado ostenta una antecedencia de participación infantil en 80.3% de los casos, en las y los jóvenes de la pública dicha cuestión se replica solo en 62.9% de los registros.

La estimulación extraescolar demarca una gran diferencia en la práctica precedente de las y los profesionistas bajo estudio. Las actividades deportivas, el fomento a la lectura, la promoción artística y la filantropía constituyen el principal núcleo de discrepancia entre ambos conjuntos.

En un par de grupos de discusión sostenidos en las dos escuelas, las razones de tal disparidad salen a relucir. Similar a la participación de los padres, el asunto radica en una cuestión de disponibilidad de oportunidades. En la Universidad A, los relatos subrayan el interés y la disposición parental para pluralizar la sociabilidad de los hijos y de las hijas:

FABIANA (19 años). Yo llevaba clases de ballet, estaba en el coro de la iglesia, y todavía formo parte de varios grupos estudiantiles acá en la Universidad A. Pero es así como dice Mel, yo porque tenía, ya sabes, la típica mamá que te mete en todo: campamentos de verano, grupos de música y ondas así tipo que organizas todo en tu escuela. También contó mucho que la primaria y secundaria donde iba casi que te obligaban a enrolarte en lo más que pudieras.

MELISSA (20 años). A mí también me metían en todo, aprendí a tocar el chelo desde muy niña, tuve clases de actuación, y trabajé con mis papás en una fundación que construye casas para gente muy pobre. Ahora hago lo mismo, incluso acá en la universidad, casi que me programaron para ser el centro de atención (risas).

LORENZO (21 años). Uy a mí me tocó una onda así tipo ñoño. Me metieron a los *boy scouts*, ya sabes, con ondas “hágase hombrecito y aprenda a vivir por sí mismo”. Me da pena acordarme con mis shortcitos [*sic.*], pero bueno, la verdad es que de ahí me gustó la cosa de ser jefe de grupo, dedicarme a organizar cosas y trabajar en equipo. Hoy además de la carrera me dedico a ser ayudante en jefe del *coach* del equipo de americano. Siempre ando de acá para allá que, organizando la posada para los niños de menos recursos, que las fiestas de graduación y esas cosas. Tanto me sirvió que ahora hasta trabajo en una organización sobre reciclaje (grupo de discusión A1).

Frente al incisivo vigor del involucramiento de algunas personas en la institución privada, en la Universidad B resuena el sentido contingente de la incipiente participación:

ALDANY (19 años). No cómo vas a creer. Nada más lejano a esas niñas de telenovela donde el chofer las lleva a sus clases particulares. En mi casa la cosa era muy sencilla, si es gratis y te gusta, pues éntrale. Así logré inscribirme a un equipo de básquetbol, y como mi mamá era muy mocha [es decir, muy religiosa], pues también me llevaron a hacer servicio a un albergue con gente en situación de calle. Empecé como a los 12 y desde entonces ahí sigo.

MILTO (20 años). Ummm, participar. ¿Cuenta lo de la escuela? Porque si es así, pues sí. Que jefe de grupo, que capitán de equipo de futbol, y cosas más o menos así. Ya algo como más fino de andar en asociaciones y eso, la neta no, porque te cuesta lana, y si no directamente, te implica que tus jefes te lleven, te traigan, te paguen membresías y eso, y pues no, la lana no sobra como para gastarla en eso.

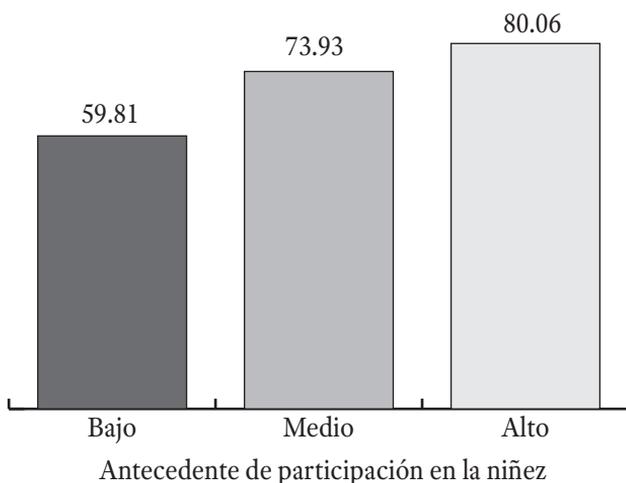
JORGE (21 años). Yo nada más me acuerdo de haberme afiliado a un club de cine, que era así como júntate en casa de tu valedor y ponte a ver películas. Nada así muy formal. Donde vivo los “fresas” [gente con más poder adquisitivo] se meten a las fuerzas básicas de un equipo de futbol, los que no tenemos varo, más bien nos juntábamos las tardes a cascarear, a echar la reta en la avenida. Tampoco mis hermanos ni mis papás creas que son así como muy “participines”. Les choca eso de andar metidos en cosas con otra gente (grupo de discusión B1).

La obstinada marca del origen social vuelve a hacerse presente. Mientras más ventajosa es la calidad de vida desde el nido doméstico, mayor es la tasa de participación precedente durante la niñez (gráfica 4.3).

Nuevamente, no es que el dinero lo compre todo, ni que el confort material sublime al resto de las aspiraciones humanas. En todo caso, se trata más bien de las facilidades otorgadas para elegir y disponer del tiempo con más libertad y menos presiones. Cuando la administración del día a día coloca a los padres frente a pocas encrucijadas, la potenciación de habilidades y las ventajas competitivas entre las y los descendientes se torna más viable. Una vez más, la distinción entre la *cultivación concertada* y el *logro del crecimiento natural* sugerida por Annette Lareu (2011) es consistente. Referida en el capítulo anterior,

dicha diferenciación apuntaba justo al esmero discrepante de las familias por dotar a las hijas y los hijos de mejores oportunidades en la medida de sus posibilidades. Legar lo mejor a las juventudes de casa es persistentemente deseable, lograrlo en forma ajena a la circunstancia no siempre es realizable.

Gráfica 4.3. Distribución de casos con precedente de participación durante la infancia, según nivel de bienestar en el origen social (%)



Fuente: elaboración propia.

Luego entonces, la precedencia de participación familiar e infantil no está exenta de ser desigual. Más allá de la riqueza, en esa asimetría se concita la distribución inequitativa del forjamiento de habilidades, disposiciones y accesos fundamentales para establecer el vínculo con el mundo de los asuntos públicos. Contar con uno o con ambos antecedentes no es condición necesaria ni suficiente para la activación política futura.

No obstante, tal cual señala Fernando Bosco en su artículo del año 2010, los límites caseros e institucionales se reconfiguran a partir de la presencia intermitente de los niños y de las ni-

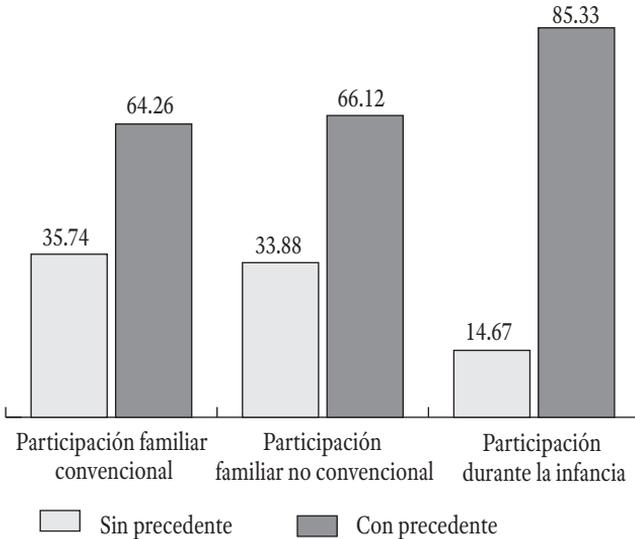
ñas en distintos espacios. Ya sea *interposita persona* a través de la mediación parental, o incluso a partir del involucramiento en el juego, el trabajo colaborativo o el disfrute del ocio, las geografías del poder se transforman en forma radical. El carácter abierto o clausurado de lo público deviene, como señala Bosco (2010), del testimonio y la experimentación de relaciones culturales, sociales y políticas donde se aprende que una decisión o una acción impacta al destino más allá de lo individual. El valor político no deviene pues de la naturaleza de los espacios de interacción, sino de la forma en cómo se aprende a sostener vínculos para perpetuar o cambiar aquello que afecta y ordena a lo que excede a lo privado.

Sin la anticipación familiar o la incursión infantil en variados circuitos, el activismo en otras etapas vitales no se trunca del todo. Empero, así como resulta más fácil aprender a montar bicicleta en edades donde caer y levantarse es menos embarazoso, el empuje de ambas cuestiones es innegable para el curso de la práctica política posterior. Si bien de tal palo no siempre se obtiene idéntica astilla, la huella del escenario domiciliario de partida es primordial para comprender las pautas de participación. La dificultad adaptativa ligada al trazado de la biografía incluye por tanto nuestra gradual conversión hacia la ciudadanía activa (gráfica 4.4).

Más aún, el cariz relacional de la politización no cesa en la imitación, la herencia o la promoción del activismo desde etapas anticipadas de la vida. En casa también se alientan hábitos y actitudes con los cuales se otorga sentido a nuestra concepción de lo público. Quizá por la obsesión con la cultura política como foco de estudio en el siglo xx, este aspecto ha sido tratado con mayor amplitud por una gama inagotable de investigaciones previas. Desde la aportación elemental de Almond y Verba en 1963 hasta las reflexiones compiladas por Dalton y Welzel en 2015, los valores y los preceptos políticos enarbolados por la gente han sido materia de atención peculiar. A decir de estos dos últimos autores, las motivaciones importan tanto como los recursos materiales que condicio-

nan las circunstancias de involucramiento. Podemos gozar del tiempo, los capitales y las relaciones propicias para nuestra participación. No obstante, sin inquietudes, disposiciones y valoraciones incitadoras del ejercicio de nuestras libertades, dichas posibilidades quedan en suspensión. Después de todo, como se dijo antes, no siempre quien puede decide participar, y no siempre quien quiere logra concretarlo.

Gráfica 4.4. Participantes activos/as según la tenencia de precedentes de involucramiento familiar y durante la infancia (%)



Fuente: elaboración propia.

Así, las y los estudiantes de las universidades A y B exhiben matices plurales en la prefiguración de su imaginario político. La paulatina asunción de roles, las costumbres informativas y la apertura hacia otros ámbitos de socialización se cristalizan como parte de un conjunto de rutinas y percepciones con las cuales se asigna un valor a la política.

Sin olvidar que se trata de un puñado de jóvenes con el privilegio de ingresar a la educación superior, en ellos y en ellas pende la expectativa de una afanosa politización. Si se concede con ingenuidad que su entrada triunfal al pináculo escolar alienta un mayor compromiso cívico, estas jóvenes promesas encarnan el ideal vulcaniano de la ciudadanía ilustrada referida irónicamente por Jason Brennan (2016). Veamos entonces hasta dónde se cumple esa fantasía.

DE LAS CREENCIAS VULCANIANAS, SOLO HÁBITOS DESIGUALES

Las preferencias políticas se nutren en buena medida por el contacto intensivo con discusiones y contenidos sobre la materia. Tres libros recientes concitan el consenso autoral en torno al papel decisivo de una buena conversación pública. *Spiral of Cynicism* de Joseph Cappella y Kathleen Hall Jamieson (1997), *Avoiding Politics* de Nina Eliasoph (1998) y *Everyday Politics* de Harry C. Boyte (2004), concuerdan alrededor de una cuestión. La plática cotidiana y el filtro de los medios de comunicación bien puede estimular una mayor preocupación y propensión para tomar parte en los asuntos públicos. Sin embargo, cuando la confianza y el aprecio por lo político están por los suelos, esos mismos elementos albergan la semilla del cinismo y la ruta hacia la apatía.

Entre el alumnado de las universidades A y B la charla política constituye una práctica más bien ocasional. El protagonismo de los padres, de las y los docentes, y de los grupos de amistad es mucho más remarcado que el de otras figuras de menor cercanía. Como dijera uno de los participantes en las sesiones colectivas de discusión, “hay que entender que nunca es fácil hablar de política con extraños o con personas más distantes. Uno nunca sabe cuándo le toca platicar con alguien que piensa diferente” (Manuel, Universidad B, grupo de discusión B2).

Cuadro 4.6. Frecuencia con que se tienen conversaciones sobre política con distintas figuras (%)

	<i>Nunca</i>	<i>En muy pocas ocasiones</i>	<i>De vez en cuando</i>	<i>Casi todos los días</i>	<i>Diario</i>	<i>Total</i>
Conversación con los padres	9.35	18.9	51.09	15.16	5.5	100
Conversación con otros familiares cercanos	15.99	33.02	41.43	8	1.56	100
Conversación con profesores	21.08	29.39	32.29	13.08	4.16	100
Conversación con amigos	10.07	27.62	43.09	13.91	5.31	100
Conversación con compañeros de clase	21.39	31.36	32.19	10.59	4.47	100
Conversación con vecinos	68.12	20.56	9.66	1.45	0.21	100
Conversación con la pareja	43.61	20.46	25.65	6.75	3.53	100
Conversación con personas ocasionales	43.51	31.05	20.87	3.22	1.35	100

Fuente: elaboración propia.

Sin embargo, más allá de la tolerancia al desacuerdo, es claro que la tendencia a la exposición política pasa por múltiples mediaciones. Usando un indicador sintético de los ítems reflejados en el cuadro 4.6 (véase anexo técnico), se puede afirmar que las distinciones se asocian con varios factores de índole contextual. Así acontece con la disciplina de estudio, la precedencia de participación familiar o durante la infancia, el sexo de la persona o incluso el origen social. Vaya sorpresa, hasta la posibilidad de una inocente cháchara política se afecta por la corrosión de la desigualdad (cuadro 4.7).

Cuadro 4.7. Grado de exposición a conversaciones políticas según distintos factores de incidencia

<i>Distinción por disciplina de estudio</i>			
	<i>Otras</i>	<i>HYCS</i>	<i>Total</i>
Baja exposición	33.98	16.37	27.73
Exposición ocasional	29.31	19.59	25.86
Exposición habitual	23.51	30.41	25.96
Exposición permanente	13.2	33.63	20.45
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(3) = 81.7039$, Pr = 0.000			
<i>Distinción por sexo de ego</i>			
	<i>Hombre</i>	<i>Mujer</i>	<i>Total</i>
Baja exposición	27.75	27.7	27.73
Exposición ocasional	25.55	26.13	25.86
Exposición habitual	21.81	29.67	25.96
Exposición permanente	24.89	16.5	20.45
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(3) = 13.9928$, Pr = 0.003			
<i>Distinción por precedente de participación familiar</i>			
	<i>Sin precedente</i>	<i>Con precedente</i>	<i>Total</i>
Baja exposición	41.07	23.68	27.73
Exposición ocasional	29.02	24.9	25.86
Exposición habitual	20.98	27.47	25.96
Exposición permanente	8.93	23.95	20.45
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(3) = 41.6293$, Pr = 0.000			

<i>Distinción por precedente de participación en la niñez</i>			
	<i>Sin precedente</i>	<i>Con precedente</i>	<i>Total</i>
Baja exposición	37.91	23.62	27.73
Exposición ocasional	25.63	25.95	25.86
Exposición habitual	21.66	27.7	25.96
Exposición permanente	14.8	22.74	20.45
Total	100	100	100

Pearson $\chi^2(3) = 23.3917$, Pr = 0.000

<i>Distinción por calidad de vida en el origen social</i>			
	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>
Baja exposición	33.64	27.91	21.52
Exposición ocasional	21.81	27.61	28.16
Exposición habitual	27.1	24.54	26.27
Exposición permanente	17.45	19.94	24.05
Total	100	100	100

Pearson $\chi^2(6) = 15.4116$, Pr = 0.017

Nota: “*нyчc*”: humanidades y ciencias sociales.

Fuente: elaboración propia.

Algunas intuiciones resultan claras para la comprensión de las cifras anteriores. En el interior de las dinámicas grupales de discusión, diversas posiciones resumen bien el espíritu de tal diferenciación. Las referencias a las fronteras disciplinarias como reflejo de ciertas convicciones o como escape frente a las complicaciones gubernamentales fueron recurrentes entre alumnos y alumnas de ambas universidades. Señalar el monopolio de temas políticos entre los adultos varones fue también otro punto de mención frecuente. Ni qué decir del resonante atisbo de los obstáculos vitales, que fueron apuntados en más de una ocasión como un distractor para centrarse en tópicos relacionados con el poder, las razones de estado o las necesidades inmediatas de la comunidad.

Podría pensarse que los intercambios de ideas son menos vivaces por el influjo de otros rasgos de tipo disposicional. Empero, en tono similar, también el interés, el nivel de información y el conocimiento político parecen escindir-se por las huellas de una práctica desigual.

Con relación al apremio por vincularse o atender problemáticas de distinta índole, es notable cómo entre ambos conjuntos escolares prevalece una mayor preocupación por lo tocante a su entorno más inmediato. Consideradas las salvedades sobre la desproporción de una escuela privada de matrícula acotada y una institución pública tendiente a la masificación, la atención se concentra en aspectos más cercanos a las relaciones de compañerismo, el contexto formativo o los vínculos de amistad. Aquello ligado de manera abstracta a la sociedad, la política o el devenir del país figura más tímidamente entre las prioridades de estos y estas jóvenes.

Sin duda ni por aspiración vulcaniana ni por su condición universitaria, todos y todas deberían exhibir un alto grado de obsesión con lo público o con lo social. Aun así, sorprende que entre quienes gozan de mayores y mejores oportunidades para estar al tanto de tales asuntos, la política no concite mayor prioridad.

Claro está que, al igual que ocurre con el hábito de la tertulia política, esta disposición se afecta también por la incidencia de otras condicionantes. Empleando una medida resumen sobre el interés en asuntos públicos (véase anexo técnico), algunos contrastes se relevan de mejor manera (cuadro 4.8).

La franja vocacional remite nuevamente a la división formativa de la prefiguración de motivaciones. Por pasión fidedigna o por inclinación académica, las y los jóvenes con carreras de humanidades y ciencias sociales persisten más proclives a la atención de temas públicos. La antecedencia de participación en la niñez y el precedente de involucramiento de los padres, también se asientan como detonadores de una mayor presteza política. Aunque probablemente para este punto de la lectura, el indicio no resulta inesperado, también el grado de bienestar

desde el origen social, impacta favorablemente en un mayor interés por los temas de carácter social, institucional y comunitario (cuadro 4.9).

Cuadro 4.8. Interés en problemas públicos y sociales según tipo de universidad (%)

	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
<i>Interés en problemas comunitarios de tu sociedad</i>			
Nulo/Poco	33.55	44.32	39.14
Algo/Mucho	66.45	55.69	60.85
<i>Interés en política</i>			
Nulo/Poco	43.29	53.1	48.39
Algo/Mucho	56.71	46.91	51.61
<i>Interés en informarte sobre lo que acontece en el país</i>			
Nulo/Poco	19.27	26.95	23.26
Algo/Mucho	80.73	73.06	76.74
<i>Interés sobre problemas de tu escuela</i>			
Nulo/Poco	27.06	27.35	27.2
Algo/Mucho	72.95	72.65	72.8
<i>Interés sobre problemas de tus compañeros</i>			
Nulo/Poco	39.39	54.69	47.35
Algo/Mucho	60.6	45.31	52.65
<i>Interés sobre problemas de tus amigos</i>			
Nulo/Poco	6.49	17.17	12.04
Algo/Mucho	93.51	82.83	87.95

Fuente: elaboración propia.

Con una incitación tan dispar sobre las cuestiones públicas, tampoco es asombrosa la discrepancia en la búsqueda y la obtención de información. Por repetitivo que suene, más allá de poder, importa mucho el querer. Cuando alguien no desea o no logra vincularse siquiera en forma tangencial con lo políti-

co, los costes de hacerse de datos, conocimientos o posiciones se tornan más amplios.

Cuadro 4.9. Interés en asuntos públicos, según distintos factores de incidencia

<i>Distinción por disciplina de estudio</i>			
	<i>Otras</i>	<i>HYCS</i>	<i>Total</i>
Nulo/Poco	57.65	36.55	50.16
Algo/Mucho	42.35	63.45	49.84
Pearson $\chi^2(1) = 39.2726$, Pr = 0.000			
<i>Distinción por sexo de ego</i>			
	<i>Hombre</i>	<i>Mujer</i>	<i>Total</i>
Nulo/Poco	49.78	50.49	50.16
Algo/Mucho	50.22	49.51	49.84
Pearson $\chi^2(1) = 0.0486$, Pr = 0.826			
<i>Distinción por precedente de participación familiar</i>			
	<i>Sin precedente</i>	<i>Con precedente</i>	<i>Total</i>
Nulo/Poco	61.16	46.82	50.16
Algo/Mucho	38.84	53.18	49.84
Pearson $\chi^2(1) = 14.1407$, Pr = 0.000			
<i>Distinción por precedente de participación en la niñez</i>			
	<i>Sin precedente</i>	<i>Con precedente</i>	<i>Total</i>
Nulo/Poco	64.26	44.46	50.16
Algo/Mucho	35.74	55.54	49.84
Pearson $\chi^2(1) = 30.9415$, Pr = 0.000			
<i>Distinción por calidad de vida en el origen social</i>			
	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>
Nulo/Poco	58.88	48.47	43.04
Algo/Mucho	41.12	51.53	56.96
Pearson $\chi^2(2) = 16.5456$, Pr = 0.000			

Fuente: elaboración propia.

Los cuestionarios aplicados en campo permitieron recoger algunas nociones sobre la frecuencia con que se realizan diversas tareas de acopio informativo. Leer el periódico, circular o consultar contenidos en redes digitales, ver noticieros de televisión, hojear revistas especializadas en temas políticos, escuchar programas de opinión en la radio, visitar sitios web dedicados al análisis político, y acudir a eventos académicos o de divulgación en torno a cuestiones públicas forman parte de los indicios considerados en el catálogo. Del total de opciones, solo la prensa y la programación televisiva y radiofónica son atendidas con asiduidad. Semanal o diariamente, más de 50% de las y los jóvenes de las universidades A y B persisten mediatizados por el alcance masivo de un puñado de canales tradicionales de comunicación. Las plataformas virtuales son referidas como de uso esporádico por poco menos de un tercio de la muestra encuestada; mientras que una cifra cercana a 35% declara no emplear dichos circuitos de difusión. Paradójicamente, la asistencia a conferencias, seminarios o paneles de discusión es señalada como nula entre una proporción de 44.6% de las y los estudiantes (38.74% en la Universidad A y 49.9% en la B). Concebida prevalentemente como un asunto de obligación, la oferta académica de espacios de debate político es aprovechada solo en alguna que otra ocasión; 36.9% acude de manera mensual; 16.9% al menos una vez por semana y 1.66% casi a diario.

Tras introducir esos siete ítems en una medida sobre habitualidad en el consumo de información, algunos patrones de distinción previamente detectados vuelven a emerger de forma consistente. La proclividad para actualizarse en los menesteres políticos es mucho mayor entre quienes atienden la institución privada. Asimismo, la elección disciplinaria reitera el talante de mayor politización entre estudiantes de humanidades y ciencias sociales. Con sutileza, surge de nuevo el rasgo de la prevalencia masculina, en tanto que los precedentes participativos familiares e infantiles alientan una mayor brecha. La comodidad y las ventajas materiales del hogar inciden positi-

vamente en mayores facilidades para diversificar las fuentes de información. A la vez esas mismas condiciones favorecen un acceso más constante e intensivo en términos de tiempo. Por último, como era de esperarse, mientras mayor es el interés en los asuntos públicos, mayor es también la búsqueda de datos y de contenidos en torno a la política (cuadro 4.10).

Cuadro 4.10. Frecuencia de hábitos informativos según distintos factores de incidencia (%)

<i>Distinción según universidad</i>			
	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Escasa	39.83	45.11	42.58
Moderada	42.86	42.71	42.78
Alta	17.32	12.18	14.64
Pearson chi2(2) = 5.9143, Pr = 0.052			
<i>Distinción por disciplina de estudio</i>			
	<i>Otras</i>	<i>HYCS</i>	<i>Total</i>
Escasa	49.44	30.12	42.58
Moderada	40.74	46.49	42.78
Alta	9.82	23.39	14.64
Pearson chi2(2) = 48.7713, Pr = 0.000			
<i>Distinción por sexo de ego</i>			
	<i>Hombre</i>	<i>Mujer</i>	<i>Total</i>
Escasa	39.65	45.19	42.58
Moderada	42.95	42.63	42.78
Alta	17.4	12.18	14.64
Pearson chi2(2) = 6.2010, Pr = 0.045			
<i>Distinción por precedente de participación familiar</i>			
	<i>Sin antecedente</i>	<i>Con antecedente</i>	<i>Total</i>
Escasa	56.7	38.29	42.58
Moderada	35.27	45.06	42.78
Alta	8.04	16.64	14.64
Pearson chi2(2) = 26.2246, Pr = 0.000			

<i>Distinción por precedente de participación en la niñez</i>			
	<i>Sin antecedente</i>	<i>Con antecedente</i>	<i>Total</i>
Escasa	52.71	38.48	42.58
Moderada	38.27	44.61	42.78
Alta	9.03	16.91	14.64
Pearson $\chi^2(2) = 19.6075$, Pr = 0.000			
<i>Distinción por calidad de vida en el origen social</i>			
	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>
Escasa	48.29	44.48	34.81
Moderada	41.12	42.33	44.94
Alta	10.59	13.19	20.25
Pearson $\chi^2(4) = 18.6380$, Pr = 0.001			
<i>Distinción por grado de interés en asuntos públicos</i>			
	<i>Nulo/Poco</i>	<i>Algo/Mucho</i>	<i>Total</i>
Escasa	63.35	21.67	42.58
Moderada	33.54	52.08	42.78
Alta	3.11	26.25	14.64
Pearson $\chi^2(2) = 205.6937$, Pr = 0.000			

Fuente: elaboración propia.

Por supuesto que la comprensión y la percepción del mundo político como algo complejo y difícil de asir también contribuye a prefigurar rutinas e inclinaciones para hacerse de opiniones y apropiarse de espacios de deliberación. Si alguna cuestión nos resulta demasiado incómoda, intrincada o incluso engorrosa, lo más probable es que tratemos de trazar distancias para evitar confrontarnos con el desasosiego.

Los politólogos estadounidenses Christopher Achen y Larri Bartels (2016) ayudan a pensar en esa situación en su libro *Democracy for Realists*. Aunque centrados en el comportamiento de las y los votantes, los dos autores sostienen que la ciudadanía dista mucho de tener algo semejante a una estructura de preferencias coherentes. Costosa en su ejecución y en la generación de circunstancias informacionales óptimas, la democracia de-

pende del mito de las personas políticamente imbuidas en una maraña de datos, acontecimientos, discursos y acciones carentes de armonía. Empero, dado que como hemos apuntado esto supone descuidar o prescindir de otras tareas, a menudo nos encontramos con serios desincentivos para convertirnos en analistas con la más alta calificación. Luego entonces, el grueso de la gente suele dividirse entre quienes se desafilian de casi todo lo vinculado a la vida política, y quienes fingen o suponen que sus decisiones están exentas de contradicciones.

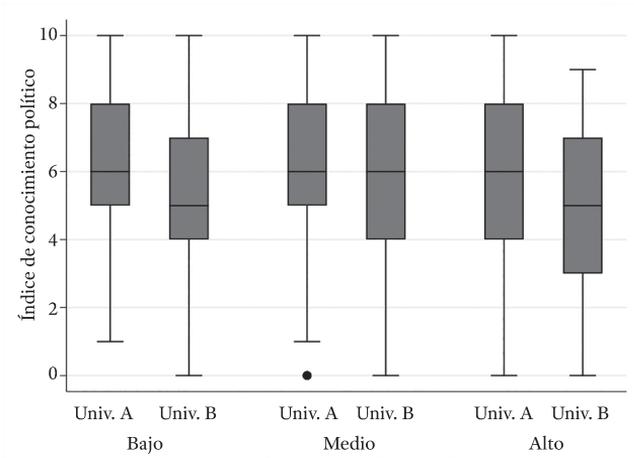
En teoría, el bálsamo de la educación ayuda en buena medida a vacunarse de los peligros de un comportamiento errático. El pensamiento lógico, crítico e ilustrado de manera presumible anclado a una intensa trayectoria escolar, supuestamente debería funcionar como atenuante de la falta de juicios mejor sopesados. Selectivo, exclusivo, elitista o como le quiera llamar, el conocimiento es algo que abunda y se facilita en las ciudades universitarias del saber.

Sin exhortar el reduccionismo epistocrático del gobierno de la gente educada, acceder a la universidad invoca la promesa de contar con jóvenes más conscientes de lo ocurrente a su alrededor. A modo de contrastar esa idea, las y los estudiantes de las universidades A y B respondieron a un breve cuestionario sobre aspectos básicos y específicos del contexto político nacional. Las preguntas formuladas como parte de la encuesta aplicada se referían a nociones puntuales sobre: 1) el número de diputados/as federales en el Congreso de la Unión; 2) el número de escaños en la cámara baja; 3) el nombre del titular en turno de la Secretaría de Gobernación; 4) el artículo constitucional que consigna el derecho a la educación; 5) el artículo constitucional consagrante del derecho a un trabajo digno; 6) el nombre del entonces titular del ejecutivo del Estado de México; 7) el año del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN); 8) el presidente en turno del Consejo General Electoral; 9) el presidente de la República en 1990, y 10) la duración del cargo de una diputación federal.

Al respecto, 6 de cada 10 jóvenes desconocieron cuántas curules hay disponibles en la cámara alta, solo 5 de cada 10 atinaron cuántos representantes integran el senado; 6 de cada 10 no lograron identificar quién encabezaba el despacho de la Secretaría de Gobernación. Al menos poco más de 80% sabía que el artículo 3º constitucional demarca el derecho a la educación; mientras 54% ignoraba cuál es el artículo referente al trabajo digno. Por su parte, 8 de cada 10 pudieron señalar quién era el gobernador mexiquense; únicamente 6 de cada 10 recordaron que en 1994 tuvo lugar el levantamiento del EZLN. De las y los jóvenes, 57.8% no sabían quién era el presidente del Consejo del entonces Instituto Federal Electoral (IFE); 7 de cada 10 recordaban con claridad que en 1990 el presidente de la República era Carlos Salinas de Gortari. Por último, solo 61.7% sabía que los diputados y las diputadas ocupan su cargo por un trienio.

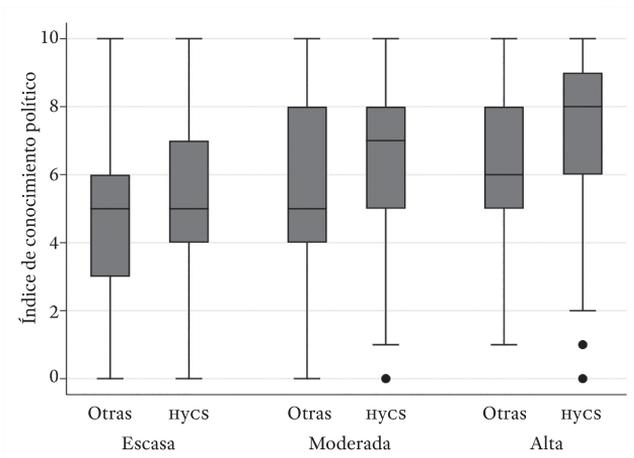
Las implicaciones de dominar los conocimientos anteriores son debatibles. No necesariamente quien acumula mayores saberes es quien mejor ejerce su ciudadanía. Asimismo, podría pensarse que se trata de un conjunto de datos prescindibles en el desahogo de las tareas cotidianas y de las labores concernientes a la participación cívica. Así como el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento, tampoco las falencias informativas restringen *de facto* el derecho a tomar parte en los asuntos públicos. Sin embargo, tratándose de un conjunto de personas aventajadas educativamente, y marcadas por la expectativa de un mayor escrúpulo en las circunstancias contextuales de la nación, el joven anhelo del ascetismo vulcaniano se confronta con las contradicciones de unos hábitos plagados de discrepancias. Aun entre las juventudes selectas de dos prestigiosas instituciones de formación superior prevalece un abismo inquietante de ignota comprensión y escueto discernimiento frente a los menesteres políticos.

Gráfica 4.5. Resultados del test de conocimiento político según tipo de universidad y nivel de calidad de vida desde el origen social (*bimomaxq*)



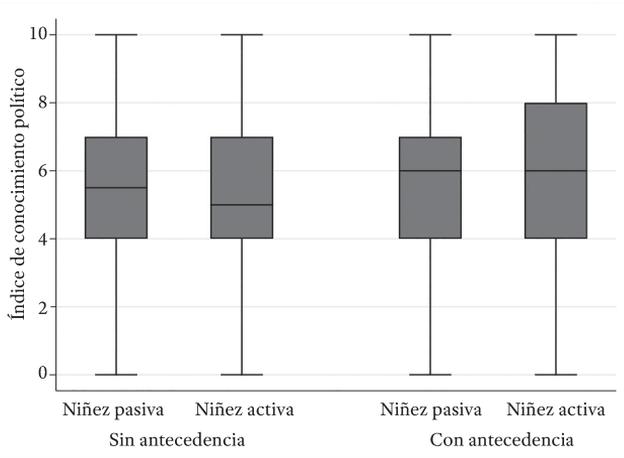
Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.6. Resultados del test de conocimiento político según orientación disciplinaria de estudio y frecuencia en la práctica de hábitos informativos



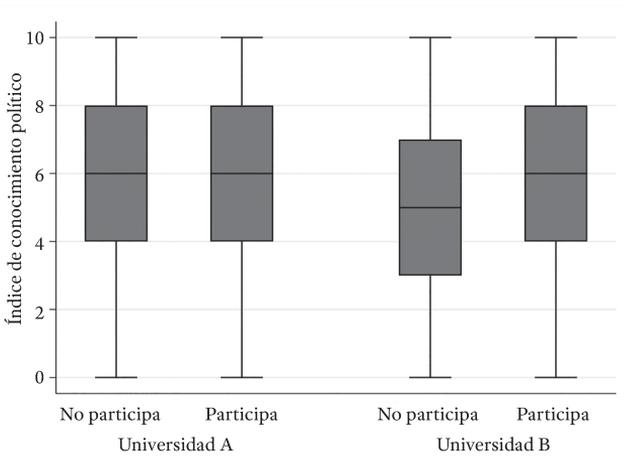
Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.7. Resultados del test de conocimiento político, precedentes de participación familiar y durante la infancia



Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.8. Resultados del test de conocimiento político según condición participativa de ego al momento del levantamiento de datos y tipo de universidad



Fuente: elaboración propia.

Las gráficas 4.5 y 4.6 exhiben algunas diferencias relacionadas con el tipo de universidad y la orientación disciplinaria de estudio. El primer diagrama de cajas muestra claramente como interactúa la asistencia a una u otra escuela junto con el origen social. Aunado a las distinciones asociadas al plantel escolar, las condiciones de calidad de vida desde el hogar inciden en la posesión de conocimientos en torno a la política. En particular, entre los estratos bajo y alto de bienestar, los contrastes resultan significativos y afectan el promedio de calificaciones obtenidas en la prueba. Por su parte, el segundo diagrama recalca las brechas prevalentes entre quienes cursan carreras de humanidades y ciencias sociales y quienes se forman en otros campos de carácter técnico, empresarial o científico. Con una tendencia más habitual en sus rutinas informativas, las personas con mayores inclinaciones académicas por el ámbito humanitario y social reflejan un mejor dominio del acontecer político nacional.

Los precedentes de participación familiar, tanto convencionales como no convencionales, así como la antecedencia de involucramiento durante la niñez, también demarcan discrepancias singulares en la posesión de conocimientos políticos (gráfica 4.7). El empuje concedido por la actividad de los padres favorece una mayor atención en estos pormenores. Si a ello se suma la incursión en tareas grupales desde edades anticipadas, podremos notar la propensión a la adquisición más diversa de saberes políticos.

En lo tocante a la condición participativa de ego al momento del levantamiento de datos se tiene que, tal y como se había advertido, no necesariamente existe una correspondencia directa entre un mayor acervo de información política y la práctica activa de los derechos cívicos. Más aún, como puede apreciarse en la gráfica 4.8, la selectividad escolar induce desmejanzas entre ambos grupos universitarios en comparación. Mientras en la Universidad A no se registran diferencias significativas en el conocimiento político de quienes han sido activos y quienes han prevalecido pasivos durante el año previo a la

aplicación del cuestionario, en la B, el subconjunto con involucramiento claramente ostenta mayores saberes en torno al devenir público del día a día. Quizá por razones derivadas del clima institucional de los planteles, o en parte por la integración disímbola de ambas poblaciones estudiantiles, lo cierto es que aun entre quienes ingresaron al circuito escolar terciario perduran importantes rasgos de asimetría. Sin omitir el carácter endógeno entre ambas variables, es difícil atinar si un mayor activismo conduce a una mayor sofisticación política, o viceversa.

Ahora bien, en aquel entonces mientras se realizaba el trabajo de terreno con estudiantes de ambos planteles, las resonancias del *#YoSoy132* y del clima electoral presidencial estaban todavía en un punto álgido.⁶ Con la temida intromi-

⁶ Para quien no tenga familiaridad con el contexto mexicano, 2012 fue un año particularmente intenso en materia política. Además de la elección presidencial, siete gubernaturas estaban en disputa (Guanajuato, Jalisco, Morelos, Chiapas, Yucatán, Tabasco y el otrora Distrito Federal, ahora Ciudad de México). A dichas contiendas se sumaban también las conciernes renovaciones del Congreso de la Unión. La titularidad del ejecutivo federal fue competida por cuatro candidaturas. En la coalición Compromiso por México (Partido Revolucionario Institucional, [PRI]-Partido Verde Ecologista de México, [PVEM]) figuraba Enrique Peña Nieto, exgobernador del Estado de México. En la alianza Movimiento Progresista (Partido de la Revolución Democrática, PRD-Partido del Trabajo, [PT]-Convergencia) el abanderado era el tabasqueño Andrés Manuel López Obrador, quien había perdido en circunstancias extenuantes seis años antes. Por el Partido Acción Nacional (PAN) estaba la candidatura de Josefina Vázquez Mota, extitular de la SEP en el gobierno de Felipe Calderón y también ocupante de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) durante el mandato de Vicente Fox. La terna se completaba con Gabriel Quadri, ecologista y académico reputado quien compitió por el Partido Nueva Alianza (Panal). Además de las complejidades de toda contienda electoral, en mayo de ese mismo año tuvo lugar la emergencia de una expresión estudiantil de rechazo a la candidatura de Enrique Peña Nieto. Accidentada y plagada de anécdotas que servirían como precedente de lo que sería su gobierno, la campaña de Peña concitaba un importante malestar entre algunos sectores de la población. Particularmente cuestionado por la conducción de la fuerza pública en las protestas de San Salvador Atenco en 2006, por sus numerosos traspiés con la prensa y en eventos promocionales, así como

sión de la impertinente realidad coyuntural, quien escribe estas líneas se resignaba a la captación sobredimensionada de los efectos incitadores del momento. La impronta juvenil y universitaria de quienes tomaron las calles cuestionando el sesgo informativo de las campañas mediáticas, llevaba a intuir un vuelco inesperado en el interés y en la activación política del alumnado entrevistado. Como se pudo advertir en el segundo capítulo de este libro, eso incluso motivó una obsesiva búsqueda de control al implementar posteriores monitoreos para dimensionar el cambio en los indicadores explorados. Para la tranquilidad de la investigación y para sobresalto del escenario social, tanto la contienda electoral como la protesta acontecida no produjeron alteraciones notables entre las personas retratadas en la muestra. En comparación con los pilotajes del cuestionario en 2010 y 2011, y en cotejo con los ejercicios de seguimiento en 2013 y 2014, la variación promedio en los indicios de participación y percepciones políticas rondó los 0.63 desvíos estándar. En términos llanos, tanto el involucramiento como las disposiciones asociadas a los asuntos públicos de las y los estudiantes de las escuelas

por su desmesurada exposición en medios de comunicación, el candidato priista sería objeto de una manifestación de rechazo en uno de los foros organizados en la Universidad Iberoamericana. Tras las declaraciones de Peña Nieto sugiriendo que quienes se expresaban en su contra en dicha institución no eran estudiantes, 131 jóvenes de aquel evento iniciaron una labor de difusión en redes sociales mostrando su identificación que los acreditaba como alumnos vigentes. Atrayendo el apoyo de otras personas en diferentes universidades pronto comenzó a circular el *hashtag* #YoSoy132. En los meses posteriores a mayo, distintos colectivos aglutinados bajo esa misma etiqueta no solo realizaron asambleas magnas en diferentes espacios académicos, sino que a su vez convocaron a una agenda de debate, de presentación de propuestas a los candidatos y diversas manifestaciones por las calles y avenidas de varias entidades federativas. El movimiento se mantendría con actividades intensas hasta entrado el mes de diciembre de ese año, momento en que se suscita la transición del mandato de Felipe Calderón al ganador de la elección, Enrique Peña Nieto. Desde luego, este es un resumen por demás sintético, para mayores referencias se sugiere revisar Estrada (2014) y la tesis de Morales (2014).

analizadas, tendieron a ser estables independientemente de la vorágine contextual.⁷

Aunque plurales, las visiones recabadas en distintos grupos de discusión permitían enmarcar de mejor forma la tenue modificación de actitudes políticas acaecida tras la elección presidencial y posterior a la incursión del *#YoSoy132*. Una vez más el *chilangocentrismo* y la burbuja de exageración propia de los medios de comunicación, así como de los círculos donde académicos y académicas solemos socializar, se tiñeron de una dosis de matices. El que un evento sea considerado como relevante en la agenda inmediata no se traduce necesariamente en mayor interpelación para las personas. Más aún, la simpatía o la importancia concedida a una candidatura, una propuesta programática o a un proyecto de protesta popular no implica la adherencia ni la participación ingente de la ciudadanía.

Como reflejan los testimonios obtenidos en las sesiones colectivas de intercambio, las movilizaciones y la competencia partidista de aquel 2012 concitaron una efervescente curiosidad por lo que estaba pasando. No obstante, frente al carácter fuertemente arraigado de ciertos hábitos y algunas rutinas, los giros políticos del proscenio mexicano no alcanzan para romper con las inercias trazadas por una socialización tan dispar.

EDISON (24 años, Universidad A). Claro que lo que pasó con los chavos de la Ibero llama la atención. Conozco varios que se sumaron a las marchas y las asambleas del *#YoSoy132*. Pero, ya

⁷ Vale la pena aclarar que la desviación estándar entre los distintos ejercicios de monitoreo es peculiarmente baja en virtud de la consignación de varios indicadores en forma retrospectiva. Así, el único rasgo que sufrió cambios por arriba del desvío estándar promedio del resto de las variables fue precisamente la medición de participación política de ego al momento del levantamiento de datos. El intervalo de distorsión tomando en cuenta los distintos ejercicios de seguimiento fue de ± 0.93 desvíos estándar. Dicha magnitud resulta de todos modos bastante baja como para inducir cambios radicales en la tasa de involucramiento político de las y los jóvenes estudiados. Incluso el test de conocimiento político registra una escasa variación de alrededor de 0.29 desvíos estándar.

sabes, son los mismos de siempre. Quizá te encuentres con uno que otro que realmente atendió el llamado de la *chairiza* (*término usado para denostar a las personas con ideas progresistas en materia política*). Pero hasta ellos te dicen que siendo de acá de la Universidad A, no los tomaban en serio.

VALERIA (23 años, Universidad A). Sí, es más o menos eso que dice Edi, sí, o sea, lo lees y lo ves en la tele, pero igual dices, se les va a pasar. Algunos amigos fueron un tiempo a esas cosas, pero igual se terminaron hartando de que no se sabía para dónde va. Así que digas “uy #YoSoy132, despertar de la democracia, pues no” (grupo de discusión A1).

DELFINO (26 años, Universidad B). No, hombre, ni esa fresa del 132 ni el rollo presidencial te meten más en la política. Te estoy diciendo, con trabajos puedo mantenerme en la carrera, tons aunque quieras estar más pendiente de lo que pasa, no te da tiempo, y a veces, ni ganas.

TOMÁS (21 años, Universidad B). Yo sí estuve apoyando a las brigadas de acá de la Universidad B. Estuvo padre, armamos hasta varios foros para debatir las propuestas de los candidatos. Le entré porque además yo siempre ando activo en las calles. A lo que se convoque yo voy, porque pues así es esto, si no te pones pilas nos carga la chingada (grupo de discusión B2).

Los ciclos vertiginosos de cambio político evidentemente despiertan la acción y la preocupación de la gente. No obstante, como se señalaba antes, estos episodios resultan insuficientes para transgredir profundos patrones de politización. Desde luego, esto no niega la relevancia de los hechos de aquel entonces. En todo caso, invita a pensar que, así como la desigualdad introduce efectos diferenciadores entre las personas, un mismo acontecimiento no produce las mismas resonancias en el juego de la participación.

Para cerrar la caracterización sobre las posiciones y valoraciones de las y los jóvenes de ambas escuelas vale la pena reparar en tres aspectos: 1) el posicionamiento partidista e ideológico; 2) la confianza atribuida a las instituciones, y 3) la disposición a participar.

El primero confirma el influjo de los padres en la configuración de preferencias políticas. Cuando se trata de la identificación partidista, el mito de las juventudes desencantadas se pone en tela de juicio. Como coinciden los trabajos de Moreno y Méndez (2007) y Aguilar (2015), es innegable que las personas con menos edad exhiben filiaciones más débiles tanto en términos partidarios como ideológicos. No obstante, si bien se trata de rasgos donde el curso de vida induce a la conversión o al asentamiento de predilecciones, lo cierto es que durante los años impresionables son los grupos de referencia más cercanos quienes coadyuvan al trazado de incipientes inclinaciones. Así, resistentes al prejuicio posmodernista de que todo lo sólido se desvanece en el aire, contribuciones como las antes señaladas enfatizan el rol de la familia como una fuente primordial de apreciaciones en torno al poder.

Justo en esa tesitura, los resultados obtenidos mediante el instrumento de encuesta sugieren una alta asociación entre el perfil disposicional de los padres y el de sus descendientes. Con el propósito de hacer observable ese vínculo aquí se detallan dos maniobras. Una de ellas consiste en la utilización de una prueba poco socorrida en el campo disciplinario de las ciencias sociales. La denominada medida de *fracción atribuible* o riesgo de población intenta cuantificar la proporción de incidencia de una condición como producto de la presencia de (o la exposición a) un factor en particular. Tomada de la epidemiología y de los diseños de tipo experimental, esta técnica tiene la desventaja de asumir supuestos demasiado exigentes sobre causalidad (Benichou, 1991; Bruzzi *et al.*, 1985). En la medida en que socialmente es muy difícil aislar la intervención de distintas variables de confusión, cualquier resultado extrapolado para el análisis de la conducta humana no puede dar por sentado la ausencia de otros rasgos correlativos u omitidos que interfieren en el desarrollo de un fenómeno. Así, sin sujetarse a un criterio estricto de causación, se exploró la significancia y el peso de que los grupos de las universidades A y B estuviesen expuestos a la simpatía partidista ostentada por sus progenitores.

El cuadro 4.11 se interpreta bajo una lógica bastante sencilla. Los 272 registros contados como *no expuestos* hacen referencia al total de observaciones donde el padre o la madre carecen de una filiación clara con alguna fuerza política. De este subconjunto, 198 se consideran como *controles*, se trata del subgrupo de jóvenes que, al igual que sus familiares, declararon no identificarse con ningún partido político. Los restantes 74 casos se corresponden con estudiantes de ambos planteles con preferencia por alguna agrupación partidista, difiriendo de la ausencia de preferencia de sus predecesores.

Cuadro 4.11. Fracción atribuible de la simpatía partidista de las y los descendientes por la exposición a la identificación partidaria de los padres

	<i>Expuestos</i>	<i>No expuestos</i>	<i>Total</i>	<i>Prop. expuestos*</i>
Casos	508	74	582	0.8729
Controles	183	198	381	0.4803
Total	691	272	963	0.7175
	<i>Estimación puntual</i>		<i>[95% Conf. Interval]</i>	
Razón de momios	7.428		5.355	10.331**
Fracción atribuible de exposición	0.865		0.813	0.903**
Fracción atribuible de población	0.755			

P exacta de Fisher a una cola = 0.0000 / P exacta de Fisher a dos colas = 0.0000.

* Prop. Expuestos = Expuestos/Total

** Intervalos de confianza exactos basados en la prueba P de Fisher para muestras de $N < 1000$.

Fuente: elaboración propia.

En el subconjunto de *expuestos* tenemos un total de 691 casos donde los padres claramente contaban con alguna inclinación partidaria. De ese total, 508 registros están dados por los

hijos y las hijas que también poseen alguna identidad partidista. Mientras que 183 observaciones se caracterizan por la falta de soporte a algún partido entre las y los jóvenes, aun cuando los jefes de familia sí ostentaran identificación con alguna de las opciones de representación.

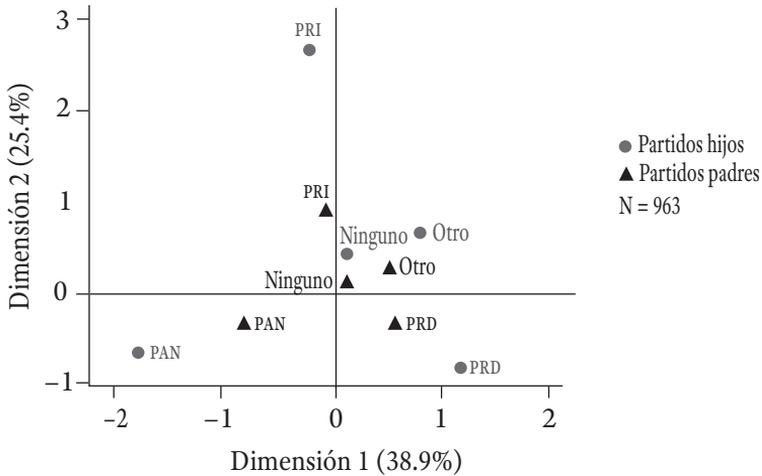
En la sección de estimaciones puntuales encontraremos dos indicadores fundamentales. El primero es la *fracción atribuible de exposición*, el cual nos sugiere que aproximadamente 86.5% de las y los jóvenes con alguna simpatía partidista se influyen por las predilecciones políticas de sus antecesores. En segundo lugar, está la *fracción atribuible de población* que, de manera complementaria, apunta a que 76% de las respuestas obtenidas entre las y los estudiantes propenden a ser concurrentes con las posiciones enarboladas por sus padres.⁸ Con esto último, tomando en cuenta las pruebas de significación estadística, se pueden inferir dos cuestiones. Por un lado, que las disposiciones entre jóvenes y familiares están estrechamente ligadas; por otro, que tanto la falta de identificación partidista como la inclinación por una u otra fuerza política suele ser prácticamente igual entre ambas cohortes dentro del hogar.

Con base en lo anterior y sin caer en la parafernalia causalista del recurso previamente empleado, una segunda maniobra consistió en llevar a cabo un análisis de correspondencias. La gráfica 4.9 añade fineza a la descripción al retratar la pauta de conexiones entre la identificación partidista de los padres y la de sus hijos o hijas.

Como suele ocurrir con este tipo de herramientas, a primera vista la interpretación puede no ser del todo intuitiva. Para comprender apropiadamente lo consignado en la gráfica vale la pena tener en cuenta un conjunto de pistas.

⁸ Dicho de otro modo, la cuestión se resume a lo siguiente: “hijo o hija de tigres, resultan pintos”. Papás panistas, hijos panistas; papás sin filiación, hijos o hijas con preferencias más erráticas. Lo importante radica en señalar que en casi 9 de cada 10 casos existe una alineación singular entre las inclinaciones partidarias de sucesores y antecesores.

Gráfica 4.9. Análisis de correspondencias entre preferencias partidistas de hijos/as y de sus padres



Coordenadas en normalización por columnas

Fuente: elaboración propia.

Primero, las categorías más lejanas al origen (punto cero) son usualmente las más discriminantes, lo cual implica que tales rasgos presentan mayores distinciones entre los grupos en comparación. En contraparte, mientras más cercanía se tenga con el origen, mayores similitudes prevalecen entre los conjuntos cotejados.

En segundo lugar, la proximidad entre las etiquetas sugiere mayores semejanzas entre los indicios contrastados. Así, la ausencia de simpatía partidista entre los padres es altamente concurrente con la falta de inclinaciones políticas por parte de sus descendientes. Algo parecido ocurre también con la identificación parental con el PAN, el PRD o con alguna otra fuerza, en la medida en que los hijos o las hijas reproducen esas mismas filiaciones.

En tercera instancia, está el tema de los ángulos que vinculan a las categorías parentales con las de sus vástagos. Si se presenta un ligero ángulo de inclinación en la conexión entre

etiquetas de padres e hijos, dicha característica es indicativa de algún grado de correlación o asociación. En caso de que dicho ángulo sea recto (90 grados en relación con el origen), se puede inferir mayor independencia entre ambas categorías. De ese modo, la mayor disociación está presente entre los padres e hijos con inclinaciones priistas, mientras en el resto de las opciones figura mayor consistencia entre las creencias parentales y aquellas de sus descendientes.

Finalmente, está el detalle de la diferenciación global entre categorías. En tanto dichas etiquetas se sitúen en lados opuestos con relación al origen, mayor es su potencial de distinción. Esta condición puede ser palpable en la polaridad reflejada entre la identificación partidista con el PAN y aquella con el PRD, ambas ubicadas en dos extremos del eje horizontal de la gráfica.

Con 64.3% de la varianza del comportamiento partidista de padres e hijos resumido en una sola imagen, los resultados son consistentes con lo revelado en la prueba de fracción atribuible de riesgo. Tal cual sucede con la participación, la influencia familiar ejerce un peso sobresaliente sobre las actitudes enarboladas por las y los más jóvenes de casa (cuadro 4.12).

Cuadro 4.12. Preferencias partidistas de los padres y de sus hijos o hijas (%)

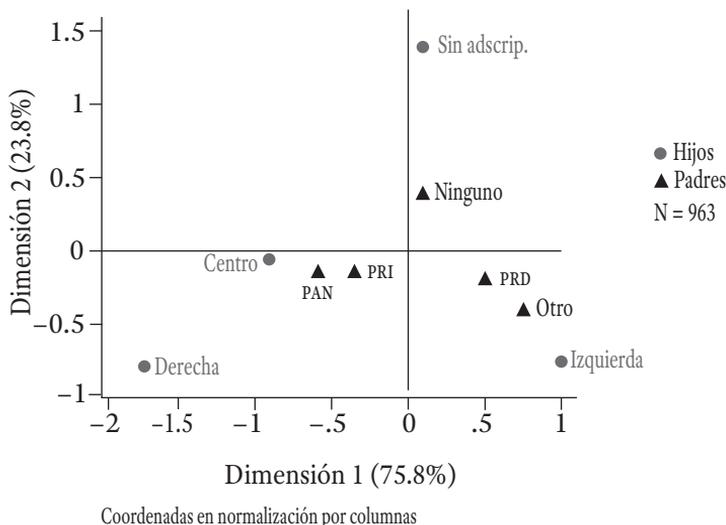
<i>Preferencia partidista de los padres</i>						
<i>Preferencia partidista de los hijos</i>	<i>Ninguno</i>	<i>PAN</i>	<i>PRI</i>	<i>PRD</i>	<i>Otro</i>	<i>Total</i>
Ninguno	72.79	25	31.1	25.3	36.4	39.6
PAN	9.56	56.1	11.9	5.72	0	20.6
PRI	1.84	4.84	38.5	4.38	0	8.52
PRD	13.6	13.3	15.6	62	18.2	28.8
Otro	2.21	0.81	2.96	2.69	45.5	2.6
Total	100	100	100	100	100	100

Pearson $\chi^2(16) = 727.63$, Pr = 0.000

Fuente: elaboración propia.

En términos ideológicos la situación es bastante similar con un alto grado de asociación entre la prefiguración partidista de los jefes del hogar y las valoraciones políticas de sus descendientes.

Gráfica 4.10. Análisis de correspondencias entre preferencias partidistas de los padres y la ideología de sus hijos/as



Fuente: elaboración propia.

Como se puede apreciar en la gráfica 4.10, las y los jóvenes con actitudes de centro o de derecha provienen de entornos familiares con mayor simpatía por el PRI o por el PAN. Asimismo, quienes se adscriben a la categoría de izquierda, tienen mayores precedentes de simpatía parental por el PRD o por alguna otra fuerza. Por último, aquellos y aquellas cuyos padres carecen de clara filiación partidaria, se escinden entre la falta de claridad ideológica y la identificación con los preceptos políticos de izquierda.

Si bien poco más de un tercio de las y los estudiantes de ambas universidades afirmaron no tener una ideología claramente identificada, no deja de ser llamativa la consistencia mostrada

entre el precedente partidista parental y el posicionamiento actitudinal juvenil (cuadro 4.13).

Cuadro 4.13. Ideología de ego según simpatía partidista de los padres (%)

<i>Simpatía partidista de los padres</i>						
<i>Ideología de ego</i>	<i>Ninguno</i>	<i>PAN</i>	<i>PRI</i>	<i>PRD</i>	<i>Otro</i>	<i>Total</i>
Sin adscripción clara	51.84	28.23	27.41	26.6	18.18	34.16
Izquierda	30.88	20.16	25.93	61.62	81.82	37.49
Centro	9.19	14.92	16.3	6.06	0	10.59
Derecha	8.09	36.69	30.37	5.72	0	17.76
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Contra el prejuicio de las juventudes desprovistas de congruencia política, el cuadro 4.14 nos muestra una vinculación clara entre la tenencia de referentes ideológicos y las inclinaciones partidistas de los grupos captados en las universidades A y B.

Cuadro 4.14. Ideología y simpatía partidista de ego (%)

<i>Ideología de ego</i>					
<i>Simpatía partidista de ego</i>	<i>Sin adscripción clara</i>	<i>Izquierda</i>	<i>Centro</i>	<i>Derecha</i>	<i>Total</i>
Ninguno	63.83	29.36	31.37	19.3	39.56
PAN	14.29	4.16	36.27	57.89	20.56
PRI	2.74	6.37	16.67	19.3	8.52
PRD	17.63	55.4	13.73	2.92	28.76
Otro	1.52	4.71	1.96	0.58	2.6
Total	100	100	100	100	100

Fuente: elaboración propia.

Tal cual se plasma en la distribución de simpatías partidarias podemos notar como, ante todo, se trata de jóvenes cuya politización se forjó en la metanarrativa de deslegitimación paulatina del PRI en el aparato político nacional. Aquel referente que para los padres era central en los vericuetos del poder en México, para sus hijos o hijas aparece como un referente lejano de su tenue identidad cívica.

Otro atributo central del comportamiento político está dado por la confianza en las instituciones y en otras figuras de carácter social. Este ingrediente suele colocarnos frente a la ambigüedad de sus efectos. La ausencia de mayores certezas en el tinglado gubernamental o en algunos de los componentes del sistema político juega un papel dual. En ocasiones la incertidumbre alienta exigencias frente a la ineficiencia institucional; en otras se traduce en mayores incentivos para desafiliarse de la vida pública.

A modo de comprender la lectura superficial de las y los estudiantes de las universidades A y B en torno a la autoridad, se solicitó a las personas encuestadas que evaluaran sus niveles de confianza política y social en una escala de 0 a 10, donde similar a la lógica escolar el 0 implica la evaluación más baja y el 10, una nota perfecta. Entre las figuras contempladas en el cuestionario estaban: 1) los compañeros de aula; 2) los profesores; 3) los curas o sacerdotes; 4) los partidos políticos; 5) las personas de la radio o la televisión; 6) lo publicado en internet; 7) las amistades; 8) los vecinos; 9) la sociedad en general; 10) la familia; 11) los gobernantes; 12) las osc; 13) la policía; 14) el empresariado; 15) los políticos; 16) el ejército; 17) los grupos de ayuda comunitaria; 18) personas más pobres que ego; 19) personas más adineradas que ego, y 20) personas indígenas. Tras categorizar los resultados en forma ordinal, el balance da cuenta de cuán desprestigiados están algunos de esos referentes (cuadro 4.15).

Cuadro 4.15. Nivel de confianza en referentes políticos o sociales

<i>Referente</i>	<i>Nada</i>	<i>Poco</i>	<i>Algo</i>	<i>Mucho</i>	<i>Total</i>
Confianza en los políticos	66.77	27	5.71	0.52	100
Confianza en gobernantes	62.1	29.7	7.48	0.72	100
Confianza en partidos políticos	61.37	31.88	6.23	0.52	100
Confianza en la policía	53.89	34.99	10.49	0.63	100
Confianza en curas o sacerdotes	52.44	27.21	17.03	3.32	100
Confianza en personas de radio y televisión	47.56	41.95	9.66	0.83	100
Confianza en vecinos	39.56	39.46	18.59	2.39	100
Confianza en el ejército	38.94	33.96	21.39	5.71	100
Confianza en los empresarios	36.34	37.59	22.33	3.74	100
Confianza en OSC	34.37	41.85	21.39	2.39	100
Confianza en personas más ricas que ego	27.83	40.39	28.97	2.81	100
Confianza en la sociedad en general	24.4	46.21	26.9	2.49	100

<i>Referente</i>	<i>Nada</i>	<i>Poco</i>	<i>Algo</i>	<i>Mucho</i>	<i>Total</i>
Confianza en grupos de ayuda comunitaria	18.69	37.38	36.24	7.69	100
Confianza en personas más pobres que ego	17.34	35.51	41.64	5.51	100
Confianza en lo que se publica en internet	14.02	43.93	38.63	3.42	100
Confianza en indígenas	13.19	29.18	44.24	13.39	100
Confianza en compañeros de clase	11.11	31.78	46.31	10.8	100
Confianza en profesores	4.47	18.28	52.54	24.71	100
Confianza en amigos	2.91	8.93	37.07	51.09	100
Confianza en la familia	2.7	4.67	16.3	76.33	100

Fuente: elaboración propia.

Las autoridades políticas, los cuerpos de seguridad, los liderazgos de opinión, e incluso las figuras sacerdotales, aparecen como los elementos juzgados con mayor escarnio por parte de las y los jóvenes de ambos planteles. Otras instancias sociales, como la comunidad vecinal, los mandos castrenses, los empresarios y la sociedad civil organizada, concitan un menor rechazo, aunque con claros signos de falta de reconocimiento entre el estudiantado de las universidades A y B. Quizá esperado, mientras menor sea la distancia relacional frente a

los referentes aludidos, mayor es la confianza depositada por parte de las personas encuestadas.

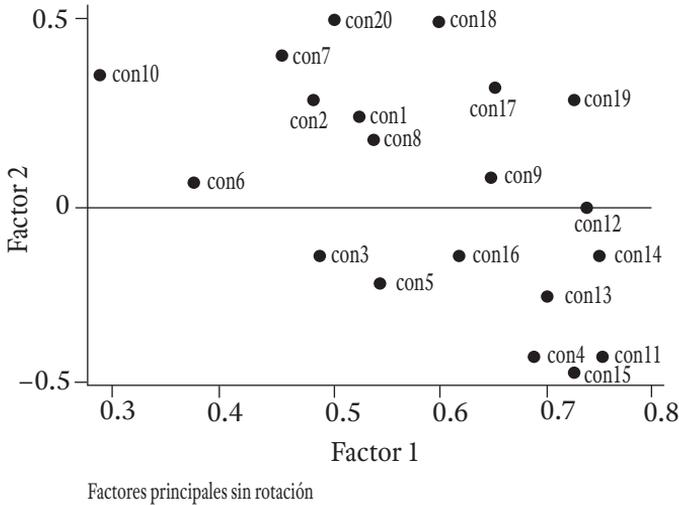
La certeza institucional, en ocasiones tan cambiante y caprichosa, es importante dado que interactúa con muchos otros hábitos de nuestra prefiguración pública. Para explorar ese vínculo, nuevamente se recurrió a la generación de un índice de confianza política y social a partir del uso del análisis factorial (véase anexo técnico).

Tal cual se advertía anteriormente, la correlación y fuerza entre los distintos ítems sugiere la captación de dos dimensiones latentes. En una se presenta con mayor nitidez la percepción en torno a elementos convencionales de autoridad tales como el sacerdocio (con3), los partidos políticos (con4), los comunicadores (con5), los mandatarios (con11), la clase política (con15), el empresariado (con14), y los mandos policiales (con13) y militares (con16). La segunda, por su parte, apunta más bien al rostro social de aquello vinculado más directamente con la idea de comunidad. Acá prevalece con mayor distinción la incidencia de componentes como los compañeros de clase (con1); el profesorado (con2); lo publicado en internet (con6); los amigos (con7); los vecinos (con8); la sociedad en general (con9); la familia (con10); las OSC (con12); los grupos de ayuda comunitaria (con17), así como la referencia a personas económicamente más afluentes (con19) y menos favorecidas (con18) junto con aquellas con algún origen étnico en particular (con20). A todas luces, lo gubernamental genera mayores reticencias entre los grupos universitarios analizados (gráfica 4.11).

Con el propósito de reflexionar sobre las implicaciones de la menguante confianza política, el índice obtenido fue partido en cuatro cuartiles indicativos de los niveles de certeza otorgada al andamiaje asociativo, organizativo y burocrático del escenario nacional.

Como sucedió con buena parte de los indicadores discutidos a lo largo de este capítulo, son varios los atributos que demarcan distinciones en el comportamiento político de las y los jóvenes bajo estudio (cuadro 4.16).

Gráfica 4.11. Dimensiones latentes de la confianza política y social entre las y los informantes



Fuente: elaboración propia.

Los primeros de ellos pasan por la ineludible marca de la selectividad. Tanto el tipo de escuela atendida como la calidad de vida desde el núcleo familiar señalan que las y los jóvenes con mayores privilegios albergan menores resquemores hacia el ensamblado comunitario e institucional. Con cierto tufo de obviedad, siempre recordando que se trata de personas aventajadas por su acceso a la universidad, el impacto de la desigualdad trastoca la calidad de los vínculos y las interpe-laciones sostenidas frente al poder, la autoridad y el resto del mundo social.

Los segundos factores de contraste están dados por la pre-cedencia de participación durante la infancia y en el hogar. En este caso la modalidad de involucramiento sostenida por los padres importa para comprender la certeza asumida por el alumnado encuestado (cuadro 4.17).

Cuadro 4.16. Cuantiles de confianza política y social, según tipo de universidad y calidad de vida en el origen social (%)

<i>Distinción según universidad</i>			
	<i>Universidad A</i>	<i>Universidad B</i>	<i>Total</i>
Primer cuantil	16.45	32.93	25.03
Segundo cuantil	19.26	30.34	25.03
Tercer cuantil	31.82	18.76	25.03
Cuarto cuantil	32.47	17.97	24.91
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(3) = 74.5345$, Pr = 0.000			
<i>Distinción por calidad de vida en el origen social</i>			
	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>
Primer cuantil	36.76	19.63	18.67
Segundo cuantil	26.48	29.14	19.3
Tercer cuantil	19.31	25.46	30.38
Cuarto cuantil	17.45	25.77	31.65
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(6) = 54.0153$, Pr = 0.000			

Fuente: elaboración propia.

Quienes cuentan con la antecedencia de participación parental se muestran más confiados con el entorno público y sus figuras de interacción. Particularmente, la diferencia es mucho más favorable para aquellos y aquellas cuyos padres se involucraron por la vía convencional, en la medida en que estas experiencias promueven una mayor familiaridad en el contacto con instituciones, organismos y canales más formalizados. Asimismo, la anticipación infantil coadyuva a reducir las incertezas generadas en la incursión por variados circuitos, desarrolla habilidades con las cuales la política resulta menos ajena y distante.

Cuadro 4.17. Cuantiles de confianza política y social, según precedentes de participación (%)

<i>Distinción según precedente de participación familiar convencional</i>			
	<i>Sin precedente</i>	<i>Con precedente</i>	<i>Total</i>
Primer cuantil	27.74	22.85	25.03
Segundo cuantil	28.9	21.91	25.03
Tercer cuantil	21.91	27.53	25.03
Cuarto cuantil	21.45	27.71	24.91
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(3) = 13.6769$, Pr = 0.003			
<i>Distinción según precedente de participación familiar no convencional</i>			
	<i>Sin precedente</i>	<i>Con precedente</i>	<i>Total</i>
Primer cuantil	28.21	22.39	25.03
Segundo cuantil	25.69	24.48	25.03
Tercer cuantil	25.23	24.86	25.03
Cuarto cuantil	20.87	28.27	24.91
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(3) = 8.6273$, Pr = 0.035			
<i>Distinción según precedente de participación en la infancia</i>			
	<i>Sin precedente</i>	<i>Con precedente</i>	<i>Total</i>
Primer cuantil	31.78	23.98	25.03
Segundo cuantil	34.88	23.5	25.03
Tercer cuantil	18.6	26.02	25.03
Cuarto cuantil	14.74	26.5	24.91
Total	100	100	100
Pearson $\chi^2(3) = 17.1657$, Pr = 0.001			

Fuente: elaboración propia.

Finalmente, está también la asociación con el interés por los asuntos públicos y la frecuencia con que se practican hábitos informativos. Por el carácter endógeno que tiene la

confianza con relación a estos aspectos, únicamente importa llamar la atención sobre cómo quienes ostentan mayores certezas tienden a mostrar mayor presteza en torno a la política, junto con un consumo más intenso de información sobre la realidad nacional. Sin poder dilucidar claramente si la confianza detona mayores inquietudes políticas, o viceversa, lo cierto es que quien alberga pocas esperanzas sobre las instituciones y otras plataformas sociales, poco o nada le alentará para conectarse con aquello trascendente de lo personal (cuadro 4.18).

Cuadro 4.18. Cuantiles de confianza política y social, según el interés en asuntos públicos y la frecuencia con que se practican hábitos informativos (%)

Distinción por grado de interés en asuntos públicos

	<i>Nulo/Poco</i>	<i>Algo/Mucho</i>	<i>Total</i>
Primer cuantil	32.71	17.29	25.03
Segundo cuantil	28.36	21.67	25.03
Tercer cuantil	22.77	27.29	25.03
Cuarto cuantil	16.16	33.75	24.91
Total	100	100	100

Pearson $\chi^2(3) = 59.0800$, Pr = 0.000

Distinción por frecuencia en los hábitos informativos

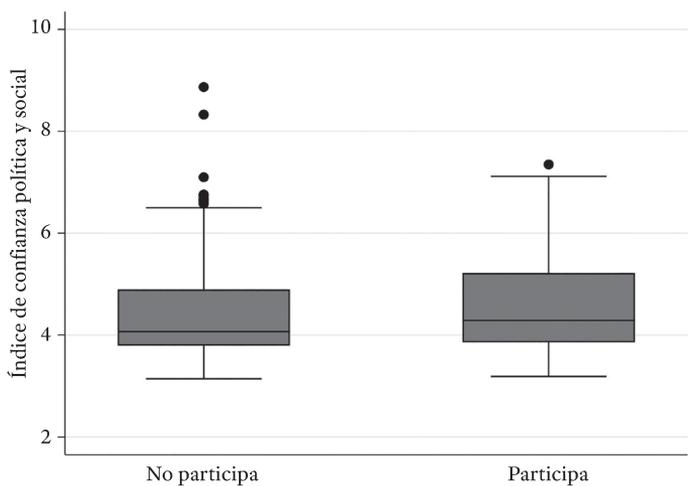
	<i>Escasa</i>	<i>Moderada</i>	<i>Alta</i>
Primer cuantil	32.44	19.17	20.57
Segundo cuantil	26.1	24.03	24.82
Tercer cuantil	24.15	27.91	19.15
Cuarto cuantil	17.31	28.89	35.46
Total	100	100	100

Pearson $\chi^2(6) = 37.9509$, Pr = 0.000

Fuente: elaboración propia.

A la manera de qué fue primero, si el huevo o la gallina, la participación guarda una relación bidireccional con la confianza política y social. Las personas con mejores certidumbres sin duda pueden valorar más positivamente el hecho de estar involucradas en la política. Al mismo tiempo, quienes participan, suelen adquirir experiencias, habilidades, conocimientos y herramientas que les dotan de mayor comodidad en sus incursiones públicas (Gabriel, 2017). Sin la pretensión de esclarecer la antecedencia causal de una cuestión sobre la otra, aquí nos compete destacar cómo la percepción del escenario social no surge *ex nihilo*. Diferenciada por la influencia de la práctica familiar y las condiciones contextuales del pasado biográfico, esta constituye una asimetría más en el sinuoso camino para concretar una ciudadanía activa (gráfica 4.12).

Gráfica 4.12. Puntaje del índice de confianza política y social según condición participativa de ego al momento de la encuesta



Fuente: elaboración propia.

Al inicio de este capítulo se enfatizaba cómo querer no siempre es poder; poder no siempre es hacer y cómo al pedir

no siempre le corresponde un dar. Además de las limitaciones objetivas y materiales que constriñen la habilitación cívica, le subyacen las discrepancias asociadas a la desconfianza, el desinterés o la falta de mejores condiciones informativas. Como obsesivamente se ha buscado retratar en estas páginas, ni las disposiciones ni las prácticas corren por pistas separadas. La inequidad de recursos que frena las posibilidades de involucramiento en los asuntos públicos también tiene mucho que ver con la forma en cómo las personas piensan y se conciben en los espacios de ejercicio de la ciudadanía. El influjo de la desigualdad no solo corroe la infraestructura para potenciar el ejercicio de derechos, a su vez hace merma en la concepción y en el imaginario con que la gente se aproxima a los menesteres del poder.

Un testimonio particular de las sesiones de discusión resume bien las contradicciones previamente expuestas. De acuerdo con Omar, de 23 años, estudiante de Ciencia Política en la Universidad B, la situación es la siguiente:

OMAR. Pues aquí me tienes a mí. Estudio una carrera donde a huevo tienes que preocuparte por lo que pasa en el país. Al principio creí que esta carrera me abriría los ojos para entender mejor la política, pero la verdad es que mi opinión no es muy diferente de otros chavos con los que platico. Tratar de participar a veces es como echarse un clavado en una alberca llena de concreto. Sabes que tienes que actuar, sumarte a la gente, pero te vas a estampar. No tienes el tiempo, la lana, ni los conectes para que tu participación sirva de mucho. A la larga eso te quita las ganas de seguir saliendo a gritar para que nadie te escuche. Tu voto y tus acciones se diluyen entre lo que hacen otros güeyes con mayor capacidad de hacerse escuchar. La política nos divide entre ciudadanos de primera y personas de segunda clase (grupo de discusión B3).

Al igual que Omar, otras tantas declaraciones resonaron en los planteles explorados. A la narrativa casi utópica de que la participación permite salvaguardar las decencias democráti-

cas, se opone otra donde la realidad es asumida como algo que escinde a ciudadanos y ciudadanas formalmente iguales.

La tensión prevalente entre la voluntad de participar y la posibilidad real para hacerlo se releva de manera clara en un último elemento valorativo con el cual se cierra la caracterización de este capítulo. Con el propósito de conocer cuán resueltas eran las juventudes de las universidades A y B para tomar parte en distintas expresiones de interpelación política, se requirió a las personas encuestadas que indicaran su grado de disposición para involucrarse en las diversas actividades consignadas en el cuestionario aplicado. En el catálogo de opciones figuraban repertorios como acudir a votar, formar parte de alguna OSC, militar en algún partido político, inmiscuirse en algún asunto comunitario o vecinal, integrarse en alguna agrupación cultural, asociarse a algún club de recreación, asistir a una manifestación, realizar una protesta, organizar colectas, unirse a alguna agrupación ambientalista, vincularse con algún movimiento social; expresar una opinión públicamente; ser candidato a algún puesto público, y hacer trabajo voluntario (cuadro 4.19).

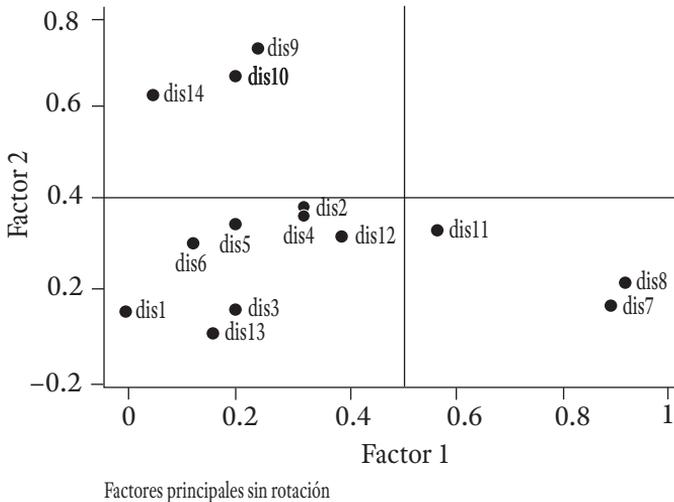
En recurrencia del análisis factorial para sintetizar todos esos ítems en una sola variable resumen, se detectó la latencia de tres dimensiones subyacentes a la disposición de las y los jóvenes para participar. Una primera, de orden político-asociativo, exhibe correlaciones más estrechas entre elementos como votar (dis1), sumarse a una OSC (dis2), adherirse a un partido político (dis3), gestionar algún asunto vecinal (dis4), asociarse a alguna agrupación cultural (dis5) o a un club de recreación (dis6), expresar una opinión (dis12), y contender por un cargo público (dis13). La segunda, de tipo contencioso, aglutina acudir a una manifestación (dis7), protestar (dis8), y formar parte de un movimiento social (dis11). La última, de tipo comunitario, incluye organizar colectas (dis9), unirse a alguna agrupación ambientalista (dis10), y al voluntariado (dis14) (gráfica 4.13).

Cuadro 4.19. Disposición a participar en diferentes repertorios de actividad política (%)

<i>Repertorio</i>	<i>Nada</i>	<i>Poco</i>	<i>Algo</i>	<i>Mucho</i>	<i>Total</i>
Acudir a votar	9.45	12.2	23	55.35	100
Formar parte de alguna agrupación cultural	12.1	20.2	31.7	36.0	100
Hacer trabajo voluntario	15.7	23.8	31.7	28.8	100
Unirte a alguna agrupación ambientalista	15.2	25.8	32	27	100
Asociarte a algún club de recreación	12.2	26.3	35	26.5	100
Organizar colectas	15.4	24.6	34.5	25.5	100
Expresar tu opinión públicamente	14.5	26.9	35.2	23.4	100
Participar en algunas OSC	19.4	31.6	34.2	14.8	100
Formar parte de algún movimiento social	27.2	35.5	25	12.3	100
Realizar una protesta	39.3	31.9	18.3	10.5	100
Acudir a alguna manifestación	42.5	28.4	19.1	10.0	100
Involucrarte en algún asunto comunitario o vecinal	27	38.8	25	9.2	100
Ser candidato a algún puesto público	47.1	29.1	15.1	8.7	100
Participar en algún partido político	45.2	29.5	17.9	7.4	100

Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.13. Dimensiones latentes de la disposición a participar en asuntos públicos entre las y los informantes



Fuente: elaboración propia.

Sin detrimento de la estructura compleja de esa voluntad política, se construyeron tres subíndices correspondientes con cada una de las expresiones antes mencionadas. Así, en una primera variable se condensa la disposición a participar por la vía institucional y asociativa; en otra se concentra la resolución por inmiscuirse en canales de tipo comunitario, mientras en la última se refleja la vocación por atender repertorios contenciosos como la protesta y la movilización social. Para favorecer una lectura más parsimoniosa de datos, los tres indicadores fueron contrastados a partir del empleo de diagramas de caja. Las pautas distintivas expuestas a lo largo de todas estas páginas volvieron a hacerse presentes demarcando fronteras entre quienes ven lo político como algo asequible, y aquellos y aquellas para quienes su actividad cívica es todo un privilegio.

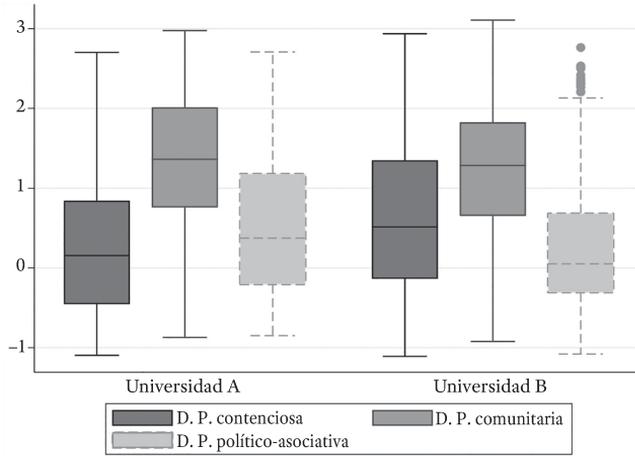
Las gráficas 4.14 y 4.15 nos aproximan al talante divisor y estrechamente imbricado tanto del tipo de universidad como

del nivel de calidad de vida desde el origen social. Tal cual se puede apreciar, mientras en la Universidad A prevalecen mayores inclinaciones para apostar por la actividad institucional y comunitaria, en la B la vía contenciosa aparece como una alternativa mucho más clara. Una cuestión similar acontece con la interferencia del grado de comodidad desde el núcleo familiar, en la medida en que la política más formal se liga a mejores condiciones de bienestar dentro del hogar. En contraste, mientras mayor es el umbral de privaciones, mayor es la disposición por tomar parte en algún recurso de protesta o manifestación del malestar social. Los quehaceres comunitarios, en cambio, aparecen como elementos menos sensibles a la diferenciación escolar o a la afluencia socioeconómica.

El precedente de participación parental y durante la infancia una vez más se constituye como un factor de alta disparidad. Tanto la experiencia familiar como aquella labrada desde edades anticipadas favorecen una mayor proclividad al involucramiento. Así, si bien la política de los partidos, de las elecciones y de los cargos públicos parece no alentar mayores incentivos entre las y los participantes del estudio, sí al menos resulta claro que el distanciamiento frente al poder convencional crece cuando ni el hogar ni la biografía nos proveen de mayores asideros para reposicionarnos frente al interés público (gráficas 4.16 y 4.17).

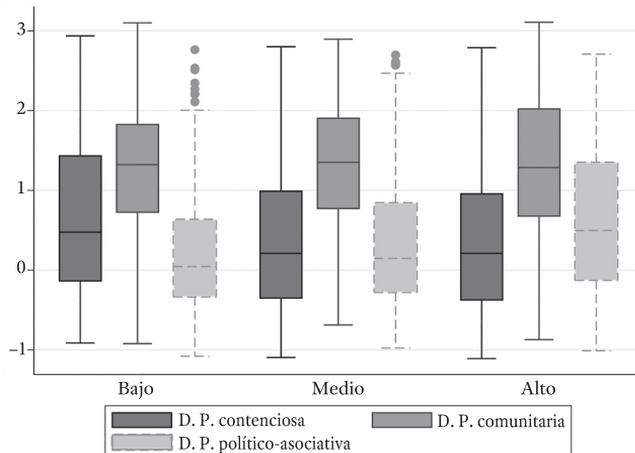
El conocimiento y los niveles de información sobre la política, tan asimétricos como hemos discutido antes, también introducen divergencias interesantes en la disposición participativa de estas juventudes relativamente privilegiadas. Mientras más intensa es la práctica de acopio de información, mayor también es la voluntad por encausar la acción en alguno de los repertorios comunitarios, contenciosos o instituidos de la esfera pública. Asimismo, aunque sin concitar distinciones radicales, la posesión de saberes políticos se relaciona con una mayor proclividad para participar de manera activa (gráficas 4.18 y 4.19).

Gráfica 4.14. Puntaje en los subíndices de disposición participativa según tipo de universidad



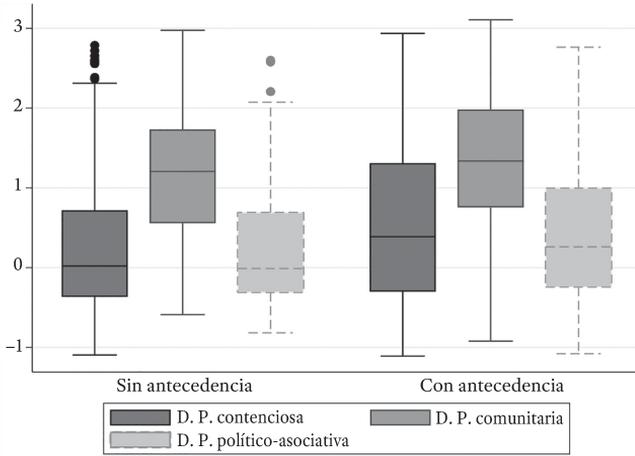
Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.15. Puntaje en los subíndices de disposición participativa según nivel de calidad de vida en el origen social



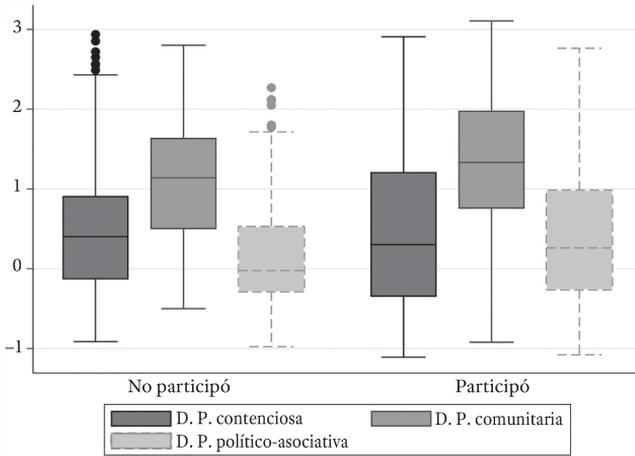
Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.16. Puntaje en los subíndices de disposición participativa según precedente de participación familiar



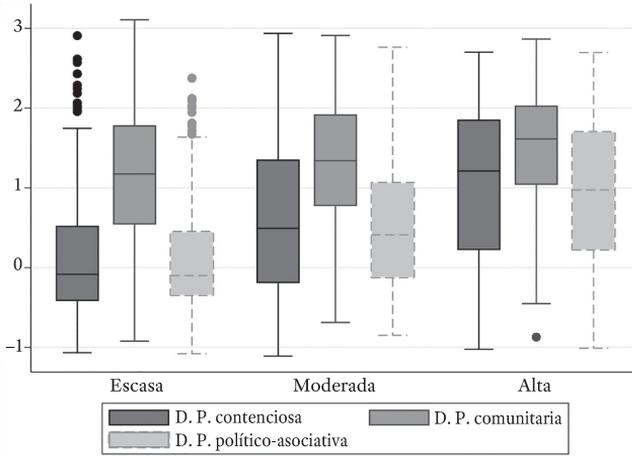
Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.17. Puntaje en los subíndices de disposición participativa según precedente de participación durante la infancia



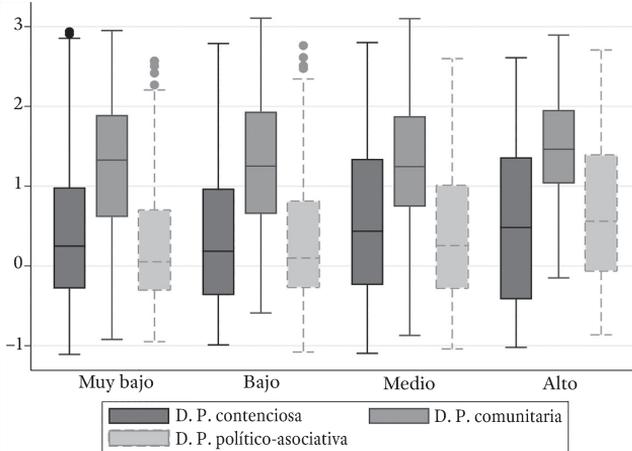
Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.18. Puntaje en los subíndices de disposición participativa práctica de hábitos informativos



Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.19. Puntaje en los subíndices de disposición participativa según nivel de conocimiento político

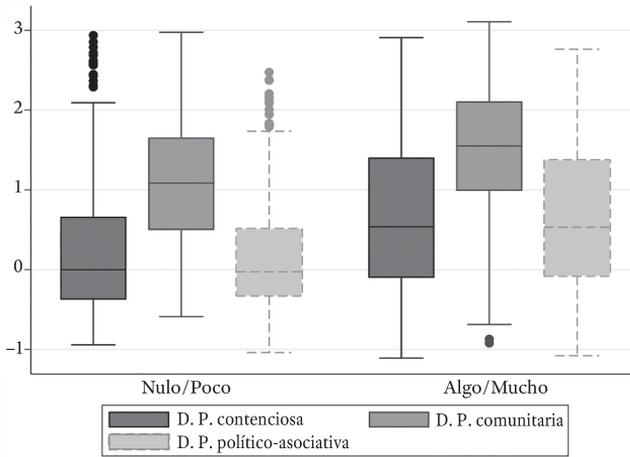


Fuente: elaboración propia.

En modo semejante, la confianza política y social, así como el grado de interés en temas trascendentes de lo personal, se traducen en efectos consistentes sobre la disposición participativa. En el caso de la atención prestada a la política, corresponde a la desidia una menor presteza para tomar parte en algún repertorio de expresión ciudadana. No obstante, llama la atención que aun cuando prevalezca un nulo o poco interés persista la presencia de valores fuera de tendencia (*outliers*), los cuales invitan a reflexionar que no siempre la despreocupación política inhibe los deseos por participar. En lo tocante a la confianza, de manera esperada, mientras mayores son las certezas institucionales, mayor es también la inclinación por sumarse a repertorios de corte asociativo, partidista o electoral. Esto último refuerza la presunción de que nadie hace apuestas ciegas cuando se trata del juego de la activación cívica (gráficas 4.20 y 4.21).

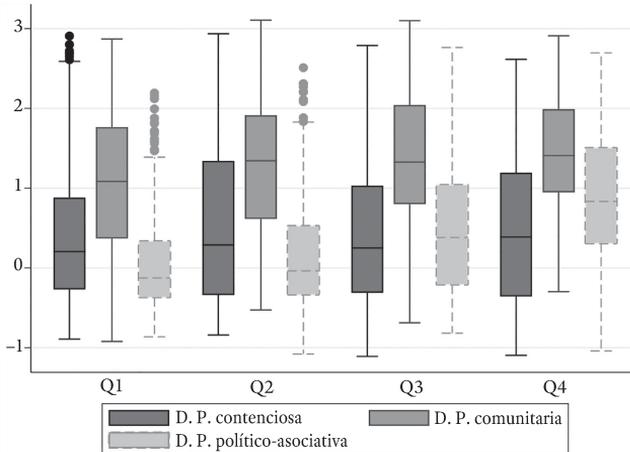
La ventaja educativa no basta entonces para erradicar las distinciones introducidas por el complejo fantasma de la desigualdad social. Con una fuerte carga hereditaria, las huellas de bienestar y de experiencia desde el hogar se traducen en marcas indisociables del forjamiento de una ciudadanía plena. Los rasgos y las asimetrías expuestos a lo largo de este capítulo sin duda no resultan sorprendentes. Sumados a una larga lista de referencias bibliográficas en el campo del compromiso cívico, los indicios retratados refrendan la importancia de los núcleos fundamentales de sociabilidad como fuentes primordiales de prefiguraciones y prácticas participativas. No obstante, tal cual se ha señalado con tenaz insistencia, no se puede pasar por alto cuán inequitativas y plagadas de contradicciones resultan las nociones políticas de un grupo de jóvenes con ventajas innegables frente al resto del conjunto social. Aun con la salvaguarda de su supervivencia formativa y escolar, las oportunidades y los recursos para encumbrar una vida pública activa se distribuyen de forma selectiva.

Gráfica 4.20. Puntaje en los subíndices de disposición participativa según niveles de interés en asuntos públicos



Fuente: elaboración propia.

Gráfica 4.21. Puntaje en los subíndices de disposición participativa según cuantiles de confianza política y social



Fuente: elaboración propia.

Como veremos en el siguiente capítulo, las consecuencias de esa disparidad no son nada triviales. Sumadas a las distinciones efervescentes del tránsito a la adultez, las discrepancias políticas labradas desde casa y cristalizadas en hábitos y creencias inducen a que la joven promesa de una ciudadanía igualitaria se torne en triste realidad. La esperanza democrática de borrar nuestras discrepancias sociales a partir de la condición ciudadana se evanesce cuando la política se erige sobre las fisuras de la inequidad prevalente en el trazado de la cotidianeidad. Lejos de que las voces políticas se empleen sin distingo alguno, el tiempo demarca la brecha entre la participación de la gente aventajada y la de las personas rezagadas. Sin importar la impronta de acceso a la escolaridad superior, aun entre las y los jóvenes de las universidades A y B prevalece un abismo infranqueable de escisión entre el ejercicio de derechos y la conquista de privilegios.

5. DE JOVEN PROMESA A TRISTE REALIDAD

*You are young and life is long
and there is time to kill today.
And then one day you find
ten years have got behind you.
No one told you when to run.
You missed the starting gun
(Waters, Wright, Gilmour
y Mason, 1973: *Time*).*

Este capítulo inicia con un epígrafe intencional. Eran los albores de 1973 cuando la banda de rock progresivo Pink Floyd dio a conocer su octavo álbum. La cuarta pista del disco *Dark Side of the Moon*, compuesta por los cuatro integrantes de dicha agrupación, evoca en su lírica el espíritu de algo vigente hasta nuestros días: el tiempo es un recurso de lo más relativo. Cuando se es joven quizá se repara poco en el talante primordial de la temporalidad. Lo que aparentemente sobra, de un momento a otro pasa a escasear.

Por si no bastara lidiar con el carácter finito del dinero, la salud u otros recursos de valor sujetos al capricho de la desigualdad, lo temporal nos recuerda que lo que para algunos y algunas es un disfrute, para otros y otras constituye una fluctuante espera. La vida, cuya duración y experiencia se escinde por el atisbo de profundas inequidades, alberga una cuestión paradójica: aquello que nos distingue incita a la celeridad, mientras que lo que nos iguala incluso puede no llegar.

En páginas anteriores, analizábamos el tránsito a la adultez como un proceso vertiginoso de génesis de disparidad.

Las marcas del origen social, del contorno familiar y del pasado parental provocan efectos claros sobre el devenir biográfico de las y los jóvenes con acceso a la universidad. Integradas de forma selectiva, las dos instituciones de educación superior (IES) aquí estudiadas brindan un acercamiento parcial a los contrastes prevalentes aun entre sectores relativamente aventajados.

Las prácticas y disposiciones políticas tampoco constituyen una excepción. Atravesadas por los desbalances más cotidianos generados en los enclaves escolares, del hogar y de la comunidad, las formas de actuar en y de pensar el tratamiento de asuntos públicos también se bifurcan por nuestras diferencias más comunes.

El transcurrir del tiempo contiene sin duda una dimensión eminentemente política. Según nos sugiere Elizabeth F. Cohen (2018), politóloga de la Escuela Maxwell de la Universidad de Syracuse:

Los límites temporales tallan las fronteras soberanas que unen a Estados y naciones. Dentro de estos límites están los pueblos: grupos de personas en relaciones políticas entre sí y con el Estado. La condición de gente es creada en sí misma por múltiples fuerzas complejas, incluida la temporalidad. El tiempo identificado por múltiples límites temporales —tiempo de duración— tiene un potencial aun mayor para promulgar procesos políticos. Este se convierte en un bien público en virtud de su relación con los procesos políticos, en particular con aquellos relacionados con los procesos democráticos de razonamiento, deliberación, aprendizaje y desarrollo que producen consentimiento (Cohen, 2018: 118).

Cual si se tratase de una economía política de lo cronológico, Cohen enfoca sus reflexiones en las injusticias e imparcialidades de las libertades cívicas. Al modo en que Marx acusara las asimetrías salariales a partir de la cantidad de horas invertidas en desempeñar una labor, la autora nos exhorta a prestar atención al desequilibrio imperante en la sincronía del ejerci-

cio de derechos. Los síntomas de bienestar democrático pasan invariablemente por la distribución de oportunidades para tomar parte en los asuntos del poder.

Como veíamos al comienzo de este libro, Marshall (1950a, 1950b, 1973) y Tilly (2007) solían preocuparse por el ineficaz aislamiento de las desigualdades privadas en la esfera pública. Si la ciudadanía nos iguala, el resto de nuestras diferencias no tendrían por qué traducirse en distinciones políticas.

No obstante, la participación y la política en sí misma se asemejan cada vez más a un lujo. Por encima del desinterés, la apatía y el pudor, la virtud cívica es una faceta que muy pocos y pocas pueden enarbolar. Detengámonos un segundo a pensar: para protestar, alentar una causa u organizarse en torno algún menester vecinal, ¿cuántas otras tareas tendríamos que dejar de desempeñar? Mirar el televisor, apreciar una buena película o leer una entretenida novela parecen postergables. Suspender el trabajo, desatender a la familia o desasistir la educación suena menos probable.

Así como virar a la adultez resulta un tanto accidentado, en este capítulo veremos que tornarse en ciudadano activo no es cosa menor. Si bien, las y los estudiantes de educación terciaria representan la posibilidad del paradigma vulcaniano del involucramiento político, se pondrá de relieve que las fragilidades de una joven promesa pueden derivar en una triste realidad.

Se dice comúnmente que no hay mejor forma de garantizar una prerrogativa que a partir de su práctica plena. Sin embargo, tal cual inmortalizaran Waters, Wright, Gilmour y Mason en *Time*, cuando se trata de pasar de la inercia a la acción nadie nos dice cuándo empezar; antes de lo esperado nos percatamos que hemos perdido el banderazo de salida.

Con el objeto de mostrar el carácter diferenciador de la desigualdad en las incursiones públicas, en el presente capítulo se analiza el modo en que algunas distinciones selectivas impactan en el calendario y la intensidad con que se suscita la activación cívica. Más allá de las diferencias en las formas, los contenidos y las motivaciones circundantes del involucramiento político,

se enfatiza cuáles son los costos y las huellas perennes de llegar tarde al concierto democrático de la participación.

Para satisfacer ese propósito la primera sección presenta una aproximación al tratamiento del tiempo y su impacto en las distorsiones participativas. En segundo lugar, se traza una comparación entre las y los jóvenes de ambos planteles bajo estudio, mostrando las discrepancias operantes en las pautas de activación política. A partir de ello, se busca problematizar la relación compleja e intrincada entre la trama biográfica y las probabilidades de habilitación política.

De nuevo, a riesgo de exagerar la reiteración, no se trata solo de mostrar cuán sinuoso es el compromiso cívico de las y los estudiantes de dos recintos de educación superior. Por el contrario, se apuesta por exhibir que, si aun entre jóvenes de relativo privilegio prima una importante distinción en el tratamiento de asuntos públicos, el tamaño del reto democrático es mucho mayor en una sociedad mexicana donde prevalece un insondable abismo de desigualdad.

LA COMPLICIDAD ENTRE EL TIEMPO Y LAS DESIGUALDADES POLÍTICAS

Sería falso afirmar que el argumento de la voluntad cívica dispar representa una novedad en el campo de debate. La obra sistemática de Sidney Verba junto a varios colegas ha dado cuenta de ello (Verba y Nie, 1972; Verba, Nie y Kim, 1978; Verba, 2000; Verba, Schlozman y Brady, 1995; Burns, Schlozman y Verba, 2001; Schlozman, Verba y Brady, 2012). Con especial énfasis durante el curso de los últimos 25 años, el politólogo estadounidense dedicó sus esfuerzos a poner en duda la probidad democrática. Aun en la tierra de los sueños y de las libertades, hay quienes viven la política desde la marginalidad. Los hallazgos vertidos en muy distintas colaboraciones se resumen atinadamente en uno de sus más recientes libros. Al cierre de *The Unheavenly Chorus*, Kay Lehman Schlozman, Sidney Verba y Henry Brady

(2012: 579) apuntan que la voz ciudadana no es representativa en muchas dimensiones.

Según esos autores, las principales diferencias exaltadas en la participación política están arraigadas en la clase social. Para Verba y compañía una vez que tenemos en cuenta las brechas grupales definidas en términos socioeconómicos, las distinciones asociadas al sexo, la etnia o incluso la educación disminuyen a tal punto que se tornan estadísticamente insignificantes. En palabras del propio trío de investigadores:

El hecho de que las desigualdades de voz política se asocien con diferencias grupales en el estatus de bienestar es útil para comprender sus orígenes. Sin embargo, la historia no termina ahí. Por un lado, tales asimetrías socioeconómicas no son meramente accidentales, sino resultado de procesos políticos y sociales que crean y refuerzan dichas distinciones a través del ingreso y la educación. Es decir, tales diferencias entre clases basadas en el género, la etnicidad o alguna otra condición tienen mucho que ver con aquellas ligadas con diversos estatus sociales (Schlozman, Verba y Brady, 2012: 579).

De acuerdo con lo plasmado en *The Unheavenly Chorus*, el hecho de que tales discrepancias en la vociferación ciudadana estén conectadas con divergencias de clase, no obvia su significancia política. Ya sea que tales asimetrías participativas surjan de inequidades en la educación, en los ingresos o en algún otro factor, Verba y sus colegas apuntan que los funcionarios públicos escuchan a varios grupos con consecuencias posibles sobre su capacidad de respuesta política, en principio igualitaria. Considerados por separado o basados en otras distinciones políticamente relevantes, como el partido, la región o las creencias religiosas, los conjuntos poblacionales activos ostentan una estrecha relación entre su posicionamiento de clase y su capacidad de resonancia pública. En forma concluyente y altamente reiterativa, se entiende entonces que las preferencias y preocupaciones políticas de las colectividades están filtradas a través de las voces no representativas de sus

miembros más favorecidos. En suma, la cuestión importa porque el principio democrático de igual capacidad de respuesta y atención se pone en riesgo.

Ante esas consideraciones, los rasgos exhibidos por el alumnado de las universidades A y B cobran particular relevancia. Más allá de insistir en su delantera escolar, hablamos de jóvenes cuyas distancias socioeconómicas son menos gravosas en virtud de su talante selectivo. Pertenecientes a estratos medios con posibilidades de acceso a una profesión, las características materiales y las expectativas condensadas en estos grupos son menos polares que entre el resto de toda la población del país. Aunque heterogéneos entre sí y en el interior de los propios planteles, los conjuntos aquí estudiados están aparentemente exentos del franjado extremo de la estratificación.

Desde luego, tal como hemos visto en capítulos previos, ello no implica la ausencia de disimilitudes. Las propias universidades concitan experiencias muy disímolas en la obtención de un título profesional. Asimismo, la trama vivencial trazada desde la infancia hasta el tránsito a la adultez resulta altamente diversa. Entre necesidades y comodidades, aspiraciones y logros, prolongaciones y rupturas, se teje una biografía con grados de incerteza desigual. No fue casualidad referirnos a dicho recorrido vital como un juego con dificultad adaptativa, donde los pisos de arranque demarcan en buena medida los horizontes futuros de oportunidad.

Si hacemos caso de la evidencia aportada por Verba y compañía en sus distintos trabajos, podríamos asumir que la pauta de activación cívica entre alumnos y alumnas de las universidades A y B no tendría por qué diferir de manera abismal. Aunado a la fuerte confianza depositada en esas personas como portadoras de un gran potencial ciudadano, se añade también la relativa facilidad concedida por los milagros imputados al bálsamo educacional. La escolaridad, en tanto derecho deseado por muchos y muchas, y privilegio ostentado por solo un puñado de gente, sin duda alberga circunstancias de mejor prosperidad para la desenvoltura del germen participativo.

Veámoslo del modo siguiente. Si al parecer uno de los principales escollos para participar está basado en la distinción introducida por el origen social, entonces tratemos de probar hasta qué punto prevalecen dichas asimetrías aun entre personas relativamente aventajadas. Más aún, en desafío a las tesis de Verba y sus colegas, intentemos contrastar si las sutiles diferencias entre jóvenes de las universidades A y B poseen implicaciones temporales.

Por tratarse de una mirada centrada en una muestra juvenil en curso de la obtención de múltiples habilitaciones —profesionales, personales, familiares, laborales e incluso cívicas— el tiempo no es en absoluto trivial. Con todo y las salvedades de sus incursiones educativas, los chicos y las chicas de las universidades A y B comparten con sus coetáneos el sentido de inmersión en una carrera fundamental. El sinuoso camino hasta la meta no solo conlleva a diversas tensiones hasta el logro de la plena autonomía individual. En su más amplia expresión, se trata de una lucha intestina por su propia definición. Hablamos de un alejamiento de un pasado anclado a las frágiles seguridades del nido parental, un presente de agitada configuración y un futuro dependiente de las estrategias y los errores en etapas previas del contorno biográfico.

Lo temporal tan remarcado al inicio de este capítulo es de una importancia crucial. Su transcurrir no solo conduce al paulatino envejecimiento. A la vez se encarga de escenificar las contradicciones operantes entre nuestras aspiraciones y las condiciones objetivas de su consecución.

Respecto a la política, la situación es más o menos similar. Elizabeth Cohen (2018) está en lo correcto cuando nos sugiere hablar de una economía política del tiempo. Según la politóloga estadounidense este componente posee un valor instrumental y otro representacional. El primero sin duda se relaciona con el acontecer de los procesos. Dado que estos últimos invocan una noción de duración, políticamente constituyen un ápice primordial de las instituciones y de los vericuetos democráticos. Debido a que la deliberación, la educación cívica y la lealtad,

entre otras tantas cuestiones, no son innatas, se entiende que en nuestros sistemas y regímenes sociales dichas cualidades son cultivadas a lo largo de un marco temporal. Asimismo, el carácter representacional del tiempo deriva no solo de su utilidad para labrar límites soberanos entre sujetos situados por igual en el interior de una población. Además, contribuye a traducir rasgos intangibles que resultan integrales para la ciudadanía democrática en los procesos de distribución de poderes y derechos entre gobernantes y gobernados. La madurez, la sapiencia, la formalidad o la virtud moral¹ son atributos simbólicos cuya conmensurabilidad se hace supponible a través del paso del tiempo.

La ambivalencia de esa valoración temporal sin duda es esencial para determinar quién es elegible para el ejercicio de ciertos derechos y para la administración de estos en el contexto de una democracia liberal. Bajo esa lógica no es extraño entonces vincular la transición a la vida adulta con el gradual ingreso a la ciudadanía política. Mucho menos cuando de universitarios y universitarias se trata por cuanto suele asumirse la escolaridad como parte de la preparación formal para distintas habilitaciones, entre ellas la de una vida cívica pública y activa.

No se malinterprete lo anterior, pues con ello no quiere sugerirse que quienes carecen de un título profesional sean menos ciudadanos o ciudadanas que sus contrapartes más educadas. Por el contrario, aun cuando la condición de ciudadanía se otorga sin distingo de esas y otras características, lo cierto es que su enarbolado práctico suele pensarse mejor potenciado entre quienes acceden a más y mejor educación.

Pensar el trazado de la activación cívica a lo largo del calendario vital es de suma relevancia, pues como sugiere Cohen ello nos dice mucho del talante transaccional de nuestros contextos democráticos. Así como en Marx el trabajo constituye una expresión estándar de la preservación de irregularidades de

¹ Esta noción es empleada en el sentido original de las reflexiones aristotélicas, donde la *arête* se refiere a un conjunto de virtudes y cualidades obtenidas por los hombres en su largo camino para convertirse en ciudadanos.

esfuerzo, habilidad y de otros modos de medir el potencial de la labor humana, también el tiempo posee una dimensión útil para conmensurar las experiencias y los procesos políticos que dentro de una sociedad establecen las demarcaciones entre sujetos con derechos diferenciados.

A la luz de los planteamientos de Cohen, se entiende que el tiempo de un individuo o de un grupo puede ser devaluado o desprovisto de provecho en la medida en que se crean o perpetúan desventajas sociales. Recurriendo de nuevo al paralelismo con Marx, así como la apropiación del plusvalor demerita el significado del trabajo, privar indebidamente a la gente del valor de su tiempo político es una forma de despojarla de su potencial igualdad ciudadana. Cuando lo temporal se trunca para algunas personas, estas no son capaces de adquirir o de ejercer los derechos por medio de los mismos procedimientos que otra gente sí puede gozar.

Para Cohen, como para los propósitos de nuestro libro, el tiempo importa porque las disparidades de poder suelen generarse por procesos de devaluación selectiva, tornándolas más severas y difíciles de romper en la medida en que transcurre el drama vital.

Los sistemas políticos y sus lógicas normativas crean juegos de reglas altamente estables acerca del valor político de lo temporal. Las edades de maduración, los periodos de espera, las etapas de retiro, entre otras tantas nociones, todas invocan una fórmula predecible de determinación de derechos de la gente basada en ecuaciones temporales. Estas reglas están fundadas en la premisa de que el tiempo tiene un valor, asignándole un grado particular de utilidad con relación a la adquisición de derechos. A menudo estas reglas permanecen por muy largos periodos [...] siendo producto de compromisos entre las principales tradiciones normativas en el interior de una sociedad. Luego entonces, las valuaciones temporales se soportan sobre el poder de los precedentes normativos, así como sobre el poder de los consensos. Ambas fórmulas donde se expresa ese valor tienen consecuencias muy difíciles de revertir. Esos soportes tan amplios y profundos

pueden hacer de la economía política del tiempo un conducto poderoso y duradero para la desigualdad estructural (Cohen, 2018: 148-149).

Por ser el tránsito a la vida adulta un proceso acelerador de cambios y de inequidades sociales, aquí se sostiene que las diferencias entre los grupos juveniles estudiados no solo se expresan en tendencias desiguales de participación. A la vez, estas se configuran a lo largo del trayecto biográfico, determinando en forma nodal los horizontes de probabilidad con los cuales estos estudiantes aparentemente privilegiados se vinculan con los asuntos públicos. Recurriendo de nuevo a las preocupaciones de Marshall (1950a, 1950b, 1973) y Tilly (2007), el tiempo solidifica el cruce entre las vicisitudes privadas y aquellas pre-valetientes en la incursión política de la ciudadanía.

Para someter a prueba esa conjetura, recurrimos al empleo de algunas herramientas técnicas donde el tiempo opera como un componente de duración. El análisis de historia de eventos nos permite conocer el riesgo² de que individuos con ciertas cualidades analíticamente relevantes experimenten una determinada transición³ de interés. Para formularlo en términos más didácticos, se trata pues de una maniobra con la cual podemos estimar qué tan probable es que se suscite una situación a lo largo de un intervalo temporal en función de ciertas cualidades ostentadas por los sujetos de estudio. En particular, aquí se hace uso del análisis de datos de tiempo al evento bajo el ajuste de modelos de tiempo discreto. En estos últimos, se prepondera la ocurrencia de una transición determinada en intervalos de duración⁴ (Allison, 1984). Como es costumbre, y con el pro-

² Por *riesgo* se entenderá el conjunto de probabilidades que definen la potencial experimentación de un evento (Vermunt, 2007).

³ Por *transición* se comprenderá la ocurrencia de un evento determinado, el cual implica el paso de un estado “A” a un estado “B”. En este caso, el evento particular es la participación política, a la cual subyace la potencial transición de un estado “pasivo” a un estado “activo” (Vermunt, 2007).

⁴ Por *duración* se entenderá la cantidad de tiempo en que la persona está expuesta a los riesgos de ocurrencia de un evento determinado (Allison, 1984).

pósito de no distraer la atención de las lectoras y los lectores en estos detalles, se sugiere que en caso de duda se revise con detenimiento el anexo técnico de este libro.

Ahora bien, el evento que concita nuestra atención es la participación política. Tanto en el capítulo segundo como en el cuarto se dieron razones extendidas de cómo fue medida dicha condición, cuáles son sus elementos constitutivos y cuáles son algunos de sus débitos en el presente trabajo. Aunque ya advertíamos antes que quienes acuden a la universidad A y quienes asisten a la B no necesariamente se apropian de los mismos repertorios y canales de involucramiento por igual, en principio dicha distinción no ocupa un papel central en nuestra tribulación investigativa. Se entiende desde luego que la disponibilidad de alternativas de participación suele también estar atravesada por costos distintivos en el acceso a ciertas plataformas, la precedencia facilitadora de algunas prácticas dentro del hogar o por la tenencia asimétrica de vínculos sociales más significativos. No obstante, y más allá de eso, la inquietud fundamental se relaciona con conocer si existen brechas importantes en el calendario y la intensidad con que acontece la activación política.

La noción de *calendario* hace referencia al momento etario en el cual se detonan las experiencias inaugurales de participación. Sin duda este rasgo alberga un desafío preponderante, pues aun pese a las conceptualizaciones adultocéntricas del mundo político, reconocemos que los episodios de iniciación cívica pueden tener lugar en instancias previas a la adquisición de la mayoría de edad. Asimismo, del mismo modo en que las tasas de participación pueden diferir entre grupos socialmente variados, este componente nos permite dilucidar quiénes toman la delantera en la incursión al tratamiento de asuntos públicos.

Por su parte, la idea de *intensidad* hace alusión al patrón distributivo con que ciertas personas experimentan un mayor riesgo de ocurrencia de un evento en particular. En nuestro caso, no solo importa contrastar si algunos alumnos y algunas alumnas de

los planteles estudiados se activan políticamente a edades más tempranas, también interesa destacar qué grupo de jóvenes está mejor circunstanciado para el uso de la voz política.

Tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos se asume aquí como un producto de tres cuestiones fundamentales. En primer lugar, como resultado de la transferencia o adquisición de recursos favorecedores de la activación cívica. En segundo lugar, como consecuencia de la asimetría de posibilidades para vincularse con el sistema político, las cuales derivan de condiciones heterogéneas de partida en la sociabilidad y en el desarrollo de las personas. Finalmente, en tercero, como concreción de hábitos y prácticas políticas precedentes, que se combinan con experiencias contingentes a partir de las cuales se configura un valor de uso de la participación y un horizonte particular de probabilidades de involucramiento.

En virtud de lo anterior, el uso de modelos de análisis de tiempo al evento nos permite recoger algunas de las variables presumiblemente relevantes en el proceso de activación. En una primera dimensión, se incorporan aspectos relacionados con el origen social y el entorno de socialización de donde parten estos y estas jóvenes. En ello se considera el potencial de la distinción asociada al tipo de universidad, por cuanto no debemos olvidar que se trata de una comparación entre una institución de educación superior con cuotas altamente prohibitivas para el común de la población, y otra donde prevalece el ingreso de sectores más heterogéneos provenientes de hogares de clases trabajadoras. En la medida en que las instituciones educativas fungen como filtros selectivos a los cuales ingresan personas con perfiles socioeconómicos específicos, muchas de sus pautas familiares y originarias también vienen recogidas por el constreñimiento particular del enclave escolar. Sumado a este rasgo, se añaden también otros atributos como el sexo de ego, la disciplina de estudio y el nivel de bienestar material en el hogar, por cuanto dichas categorías se ligan con diferencias importantes en el acceso a recursos, conocimientos y oportunidades de desarrollo y politización.

La evidencia aportada en distintas contribuciones previas nos sugiere una mejor habilitación política entre quienes disfrutan de mayores holguras económicas desde el propio contexto doméstico (Milbrath y Goel, 1977; Verba y Nie, 1978; Verba, Schlozman y Brady, 1995; Burns, Schlozman y Verba, 2001; Klesner, 2009; Walsh, Jennings y Stoker, 2004; Jarvis, Montoya y Mulvoy, 2005; Mannarini, Legittimo y Talò, 2008). Con menores restricciones materiales, el uso del tiempo y la preocupación por los asuntos públicos se despliegan en forma más amplia, en tanto las personas no se ven forzadas a anteponer sus certezas privadas sobre los menesteres políticos. Asimismo, en esa misma tónica, son los hombres, la gente más educada y la mejor informada, quienes claramente se inclinan más por el involucramiento en las tareas cívicas. La división sexual del trabajo y los roles diferenciados de género se combinan sin duda con la predominante masculinización de los espacios políticos, los cuales resultan marginales para muchas mujeres, máxime si se trata de aquellas con mayores presiones familiares y necesidades materiales (Burns, Schlozman y Verba, 2001). Aunado a lo anterior, la socialización informada y en el terreno de los conocimientos políticos, también influye en la proyección de mayores habilidades e intereses vinculados a lo público, en la medida en que se recortan las distancias para entender las interacciones complejas en los resquicios del poder.

En una segunda dimensión, se incluyen los precedentes de participación familiar, así como los antecedentes de involucramiento durante la infancia de las y los jóvenes de ambas universidades. Como observamos en el capítulo anterior, los dos elementos constituyen un marcador fundamental en el cual se expresa la transmisión de hábitos y asimetrías desde los padres hacia su progenie. Tanto las incursiones convencionales y no convencionales de los familiares, así como la inmersión anticipada en espacios de socialización infantil, aluden al trazado de detonantes singulares donde prima un amplio grado de inequidad. El desbalance en los recursos familiares, la disponibilidad de tiempo y las libertades concedidas por

mejores circunstancias de bienestar, sin duda se proyectan en la tenencia de esos antecedentes (véase capítulo cuarto). La cultivación concertada o el logro del crecimiento natural sugeridos por Lareu (2011) como senderos de crianza dispar están invariablemente vinculados con las proximidades políticas establecidas desde edades anticipadas.

Finalmente, en una última dimensión están las variables vinculadas con las propias fragilidades y transformaciones de la transición a la adultez. El crecimiento y la sociabilidad constituyen labranzas de lo más tersas o adversas dependiendo de las condiciones de partida. El trabajo, la emancipación doméstica, la independencia económica y la exposición vivencial a eventos de vulnerabilidad adquieren sentidos distintivos en función de nuestra respectiva posición social. Más aún, el acontecer de las transiciones laborales, familiares y económicas suele mediar en la relación entre el tiempo y la calidad de los pasajes biográficos. Si virar de la juventud a la adultez supone en sí un trayecto de lo más incierto, cuando las personas carecen de suficientes resoluciones vitales, el recorrido propende a tornarse más adverso. La línea delgada de competencia entre los resguardos privados y el ejercicio de los derechos públicos se tensa brutalmente cuando los primeros impiden el pleno despliegue de lo segundo.

Decíamos en el primer capítulo que lo personal es político y lo político es personal. Dado que los horizontes ciudadanos no son independientes de nuestras prefiguraciones biográficas, esta última dimensión nos permite mostrar cómo las incertezas más cotidianas impactan en nuestro desempeño participativo. Cuando la autonomía decisional y la suficiencia económica se colocan en entredicho, las libertades públicas y las aspiraciones igualitarias ciudadanas se convierten en un lujo difícil de sortear.

Así, en consonancia con la evidencia provista por múltiples contribuciones bibliográficas, el modelo general queda resumido en la siguiente ecuación:

$$\ln\left(\frac{\hat{p}(x_i)}{1 - \hat{p}(x_i)}\right) \text{ muestra general}$$

$$= \beta_0 + \beta_{tr} Duración_{11-25 \text{ años}} + \beta_u Universidad_B + \beta_s Sexo_{mujer}$$

$$+ \beta_d Disciplina_{HyCS} + \beta_{icsoq} OrígenesSociales_{2,3} + \beta_{fampolcon} PartFamConv$$

$$+ \beta_{fampolnocon} PartFamNoConv + \beta_{facinfancia} PartNiñez + \beta_{trab} Primertr_{1,2}$$

$$+ \beta_{gohome} EmDoméstica_{1,2} + \beta_{findecon} IndepEcon + \beta_{vul} Vulnerabilidad$$

Cada término representa elementos previamente enunciados en nuestras tres dimensiones en contraste. La variable *duración* se refiere a los intervalos de edad en los cuales la persona experimenta el riesgo de activarse políticamente. La variable *universidad* introduce el control mediante la distinción entre acudir a la Universidad A o a la B, teniendo como categoría de cotejo a la primera universidad. El *sexo* nos permite distinguir entre hombres y mujeres, teniendo como parangón a los primeros. La *disciplina* permite diferenciar entre personas con un perfil de humanidades y ciencias sociales u otras áreas de formación, teniendo como referencia a estas últimas. *Orígenes sociales* se refiere a una variable categórica en la que se identifican los terciles bajo, medio y alto de dicha medida, empleando como referencia al grupo de jóvenes más desfavorecidos. La participación familiar convencional (*PartFamConv*) y la no convencional distinguen entre quienes tienen dicho precedente en el hogar y quienes no, teniendo como punto de contraste a estos últimos. La participación durante la infancia diferencia entre quienes cuentan con ese antecedente de incursión y quienes no, usando como referencia a este último subconjunto. El primer empleo constituye una variable móvil,⁵ la cual

⁵ El uso de variables móviles permite al analista constatar si los efectos asociados a un determinado evento tienen un impacto transicional inmediato o si, por el contrario, tienen un impacto persistente más allá del momento en que se experimenta la circunstancia de interés. Así, en el caso del primer empleo y la salida del hogar parental, se busca corroborar si su efecto se ubica solo en el momento en que se viven dichos acontecimientos, o si incluso

permite identificar a quienes han experimentado el ingreso al mercado de trabajo, aquellos y aquellas que no, y quienes además de haber ingresado al circuito laboral se mantuvieron con ocupación hasta el momento de la encuesta. En este caso, la categoría de referencia viene dada por quienes no han tenido la oportunidad de ejercer un empleo. La emancipación doméstica (*EmDoméstica*) constituye una variable móvil para diferenciar entre quienes han vivido fuera de casa de sus padres por al menos seis meses, quienes no lo han hecho, y quienes continuaron residiendo lejos de su hogar de origen al momento de la encuesta. La categoría de referencia viene dada por quienes no han vivido la salida de casa. El factor de independencia económica (*IndepEcon*) es una variable continua que sintetiza la capacidad de autosustentación de las y los jóvenes bajo estudio. Finalmente, la *vulnerabilidad* viene expresada como una variable discreta, la cual da cuenta del volumen de incidencias adversas experimentadas por las y los informantes.

Respecto a la metodología vale la pena detallar algunas pistas en el uso de herramientas técnicas para la construcción de evidencia. Más allá de la complejidad estadística, con esto se busca favorecer una lectura un poco más orientada sobre los recursos usados en este capítulo.

El uso de los modelos de análisis de tiempo al evento de este acápite y del subsecuente en realidad son bastante intuitivos de interpretar. Estos nos permiten aproximarnos a la estimación de probabilidades para activarse cívicamente con base en el tiempo de exposición de cada caso —aquí cada estudiante de las universidades A y B— al riesgo de ocurrencia del evento. En ese sentido, los datos aquí trabajados constituyen años-persona, lo cual quiere decir que cada registro nos aporta una cantidad determinada de años sobre los cuales tenemos información previa al inicio de la participación política o hasta el momento de realización de la encuesta. Este último

ambos fenómenos dan cuenta de inercias persistentes pasado el momento específico de dicha transición.

si es que el o la informante no han tomado parte en actividades de carácter político.

La edad de entrada y salida del conjunto en riesgo⁶ viene definida por una pauta analíticamente supuesta y empíricamente identificada. Dado que no tenemos un parámetro de edad en el cual inicie o culmine el umbral de probabilidades para involucrarse de manera cívica, se tomó como parangón el intervalo etario en el cual se suscitan la mayoría de las incidencias participativas entre estudiantes de las Universidades A y B. Así, la edad más temprana de activación se corresponde con los 6 años, mientras que la distribución empírica del evento da cuenta de un decremento sistemático después de los 25 años. Con base en esos elementos, ambas edades fueron fijadas como límites de entrada y salida del conjunto en riesgo, en forma respectiva. Analíticamente ambos puntos de referencia vital representan momentos importantes en la vida de las y los jóvenes. A los 6 años se inaugura por ejemplo el ingreso a la formación elemental; mientras que a los 25, e incluso más allá de la condición universitaria, muchos y muchas ya se han confrontado con la tenencia del primer empleo o la adquisición de otras responsabilidades.

La distribución de casos con registro de eventos participativos es parcial. En ese sentido, las probabilidades estimadas tienen como límite superior la proporción de estudiantes con una participación política activa. Así, en cuanto al volumen de datos se refiere, tenemos 963 observaciones con información completa (100% de los individuos constitutivos de la muestra). De ese total, considerando el periodo de riesgo estipulado (6 a 25 años), tenemos 482 casos con involucramiento (52% de la muestra); 276 corresponden a alumnos y alumnas de la Universidad A y 206 a asistentes de la B.

Hasta antes de los 18 años no se registran casos truncados, ya que todas las personas entrevistadas tenían dicha edad o más

⁶ Por *conjunto en riesgo* se entiende al grupo de sujetos con probabilidades de experimentar el evento de interés durante un intervalo determinado de tiempo (Vermunt, 2007).

al momento del levantamiento de datos en terreno. Así, contamos con la experiencia participativa completa, al menos hasta dicho punto etario.⁷

Con base en todo lo anterior, se ajustó un modelo para la muestra general de jóvenes de ambas universidades. Los resultados obtenidos se detallan *grosso modo* en el cuadro 5.1. Sin el deseo de agobiar a las lectoras y a los lectores con las minucias técnicas de los hallazgos, vale la pena resumir algunos de los principales indicios recogidos en dicho cuadro.

En general, el modelo empleado sugiere que la edad tiene una incidencia ambivalente. Previo a los 18 años, el efecto asociado a cada intervalo de duración tiende a ser progresivo, mientras que pasado ese momento se experimenta una sutil desaceleración en la propensión a activarse cívicamente.

⁷ Resulta pertinente advertir que el volumen de casos truncados con los cuales se trabaja es así de amplio en función de tres razones. La primera y más evidente se debe a que las incidencias de participación política por parte de los ciudadanos tienden a ser en lo general asimétricas; de modo tal que, sin considerar el voto, el resto de las acciones y los parámetros de involucramiento se presentan con intensidades acotadas en la población. Esto quiere decir que, durante el curso vital de los sujetos, no todos experimentan la posibilidad de tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos y, más aún, para un porcentaje importante de estos la política no constituye un ámbito prioritario de intervención.

El segundo motivo deriva de la naturaleza del fenómeno participativo, por cuanto la experimentación de eventos de involucramiento cívico se suscita en intervalos de tiempo abiertos que suelen rebasar los umbrales temporales de observación del investigador. Si bien los 18 años constituyen la edad a partir de la cual se confiere el reconocimiento institucional de ciudadano a la persona, lo cierto es que ello no implica necesariamente la ausencia de casos de involucramiento más tempranos o mucho más tardíos con respecto a dicha edad.

Finalmente, la tercera razón tiene que ver con el propio diseño de la investigación y el relevamiento de datos que, al concentrarse en estudiantes universitarios, delimita el periodo de observación de incidencias hasta los 29 años de edad. Esta última como la edad máxima reportada por parte de algunos de los informantes registrados en la muestra, y a partir de la cual se desconoce si su proceso de activación cívica se suscita posteriormente a dicho límite etario.

Cuadro 5.1. Modelo ajustado para la muestra general

<i>Duraciones de tiempo al evento</i>		
i_tr==2	11-13 años vs. 6-10 años	2.103***
i_tr==3	14-15 años vs. 6-10 años	5.081***
i_tr==4	16-17 años vs. 6-10 años	8.411***
i_tr==5	18 años vs. 6-10 años	10.814***
i_tr==6	19-20 años vs. 6-10 años	6.307***
i_tr==7	21-22 años vs. 6-10 años	3.226***
i_tr==8	23-25 años vs. 6-10 años	4.083***
<i>Dimensión adscriptiva y orígenes sociales</i>		
Universidad==2	Universidad B vs. Universidad A	0.602***
Sexo==2	Mujeres vs. Hombres	0.894
Disciplina==2	Humanidades y Ciencias Sociales vs. otras	1.778***
Icsoq==2	Origen social: Estrato medio vs. Estrato bajo	1.296*
Icsoq==3	Origen social: Estrato alto vs. Estrato bajo	1.150
<i>Dimensión de precedentes familiares y durante la infancia</i>		
fampolnocon==1	Con antecedente de participación familiar no convencional	1.294**
fampolcon==1	Con antecedente de participación familiar convencional	1.522***
facinfancia==1	Con antecedente de participación asociativa durante la infancia	3.353***
<i>Dimensión transicional</i>		
trab_m==1	Con experiencia del primer empleo	1.443**
trab_m==2	Tiempo después de experimentar el primer empleo	1.371*
gohome==1	Salida del hogar parental	1.541**

gohome==2	Tiempo después de la salida del hogar parental	1.231
findecon	Factor de independencia económica	0.928
vulner	Índice de vulnerabilidad acumulada	1.108***
_cons		0.002***
chi2		554.847
r2_p		0.142
BIC		3 560.828

Nota: * $p < 0.1$; ** $p < 0.5$; *** $p < 0.01$; Predictores en forma e^{β} .

Fuente: elaboración propia.

Con relación a la distinción por tipo de universidad, el alumnado de la escuela B se muestra menos propenso a ser políticamente activo. Como veremos más adelante, los rasgos condensados en el interior del plantel de formación constituyen aspectos cruciales vinculados a la selectividad con la cual opera la integración de los circuitos de educación superior.

De conformidad con lo sugerido por Schlozman, Verba y Brady (2012), se puede notar que una vez incluida la diferencia por plantel escolar, indisociable de la marca de clase social, el sexo de ego se torna insignificante en la estadística. Como se discutirá más adelante, esto no es necesariamente indicativo de la ausencia de distinciones asociadas al género de las personas.

Por su parte, la orientación disciplinaria muestra a las y los jóvenes con carreras de humanidades y ciencias sociales como un subconjunto con mayor propensión a la activación política en comparación con quienes se desempeñan en otras áreas formativas.

Quizá con cierto tono de obviedad, los resultados sobre la tenencia de precedentes participativos familiares y durante la infancia denotan un mayor favorecimiento para la actividad política de las y los jóvenes de ambas universidades. Tal cual se discutirá posteriormente, esta es una herencia cardinal para la génesis del involucramiento político activo.

En lo tocante a la dimensión transicional, el primer empleo aparece como un evento detonante de mayor propensión participativa tanto para quienes han tenido la oportunidad de ingresar al mercado laboral como para quienes se mantuvieron trabajando hasta el momento del levantamiento de datos. En contraste, la salida del hogar parental sugiere que dicha transición aumenta la probabilidad de participar, aunque sus efectos parecen no ser persistentes a lo largo del tiempo. Esto último derivado de la pérdida de significancia estadística para los casos de aquellos y aquellas jóvenes que se mantuvieron viviendo lejos del nido familiar hasta el momento de aplicación de la encuesta.

La independencia económica expresada como capacidad de autosustentación aparece como un predictor sin significancia en el modelo. En parte dicho resultado podría estar influido por el monopolio persistente de los padres en las tareas de manutención.

Por último, el factor de vulnerabilidad nos coloca frente a un aspecto de lo más contraintuitivo. Allende su significancia estadística en el modelo, el coeficiente asociado a esta variable sugiere que a mayor exposición a eventos adversos también mayor es la propensión a la iniciación de una vida política activa.

VOCES DESIGUALES ENTRE JUVENTUDES SELECTAS

El agobio de las desigualdades sociales tornadas en asimetrías políticas se basa en un consenso singular. La democracia es un juego complejo donde los derechos y las libertades cívicas solo prosperan sobre el aislamiento de las inequidades más cotidianas (Tilly, 2003). Cuando nuestros proyectos sociales e instituciones fallan en dicho cometido, no solo se coloca en vilo el precepto fundamental de igualdad ciudadana, a su vez se sientan las bases para escindir a la población entre ciudadanos y ciudadanas de primera clase, y sujetos políticos de segunda categoría.

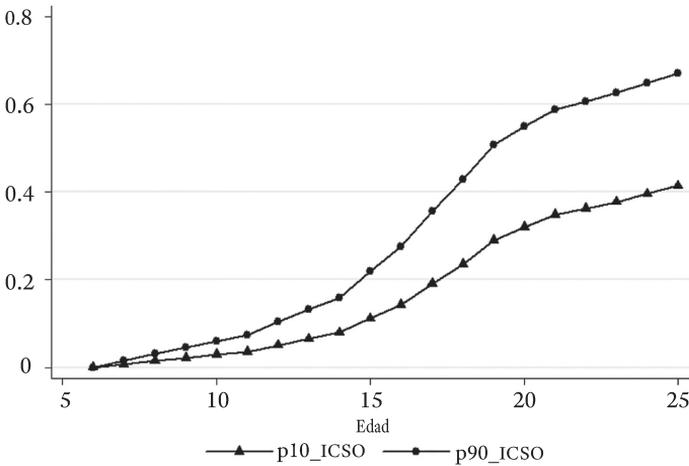
La representación, la justicia y el trato igual ante la autoridad se cuestionan a profundidad. La política, en principio contenedora de la posibilidad de concursar en las decisiones públicas, se practica y se aprende cual si se tratase de una dinámica sustentada en la reproducción funcional de las fisuras sociales. Tal puede ser el calado de esas discrepancias, que aun entre jóvenes de posiciones relativamente privilegiadas se exhiben las bifurcaciones que escinden y condicionan la vida pública en nuestro país.

Con el propósito de facilitar una comprensión más didáctica y menos artificiosa de los resultados ajustados previamente, se procedió a la estimación de probabilidades asociadas a cada factor de interés incluido en el análisis. Como se verá a continuación, esta maniobra nos permite aproximarnos a una representación gráfica del trazado de pautas de participación con lo cual las diferencias expresadas en el calendario y la intensidad de la activación política se tornan más interpretables. Las trayectorias trazadas en el patrón de involucramiento se dibujan a partir de la propensión a participar (eje vertical *Y*) en función de ciertas características incidentales a lo largo del tiempo biográfico (eje horizontal *X*).

En primera instancia, vale la pena subrayar el papel central del proceso de maduración a lo largo de la ventana de observación de las y los jóvenes de ambas escuelas. El valor instrumental del tiempo sugerido por Cohen (2018) se ejemplifica bastante bien en el patrón de dependencia temporal con que se articulan las posibilidades del involucramiento activo. Como se podrá notar en las distintas gráficas asociadas con cada variable, en la medida en que las y los estudiantes avanzan por el curso de vida se establece una marca progresiva de activación. El recorrido vital ofrece así no solo una vía para la experimentación de mayor complejidad y ansiedad, a su vez potencia la inmersión en otros entornos de sociabilidad donde las relaciones, los derechos y las libertades abonan al forjado de una ciudadanía activa. Esto último al menos para quienes parecen gozar de mejores circunstancias de habilitación.

La primera distinción notable surge desde luego de la carga del origen social. En la gráfica 5.1 se presentan las probabilidades estimadas de haberse involucrado políticamente según la pertenencia al percentil 10 o 90 de la medida sintética sobre el acceso a bienes y servicios en el hogar. Siguiendo la pista de los hallazgos de Verba, Schlozman y Brady (1995, 2012), el nivel socioeconómico sin duda incide tanto en la comodidad doméstica como en las oportunidades para la adquisición de habilidades de cara a participar. El dinero no lo compra todo, pero indudablemente ayuda a administrar una mayor libertad en la superación de obstáculos para la habilitación cívica.

Gráfica 5.1. Probabilidades estimadas. Efecto asociado a las condiciones sociales y materiales de origen, manteniendo constante el resto de los predictores



Nota: Comparación entre el percentil 10 y 90 del Índice de Condiciones Materiales y Sociales de Origen (ICSO).

Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para la muestra.

Quienes provienen de contextos más aventajados tienden a involucrarse con un calendario de mayor anticipación. Así, por ejemplo, a los 15 años quienes se ubican en el percentil de ma-

yores privilegios poseen el doble de probabilidades de haberse activado políticamente con relación a quienes se sitúan en el percentil de menores recursos. Más aún, de forma preocupante, ese patrón asimétrico prevalece en tanto la tendencia se agudiza a lo largo de los intervalos etarios posteriores. Contrario a la presunción de Marshall (1963), la distribución de la riqueza continúa siendo un determinante en la ordenación del poder.

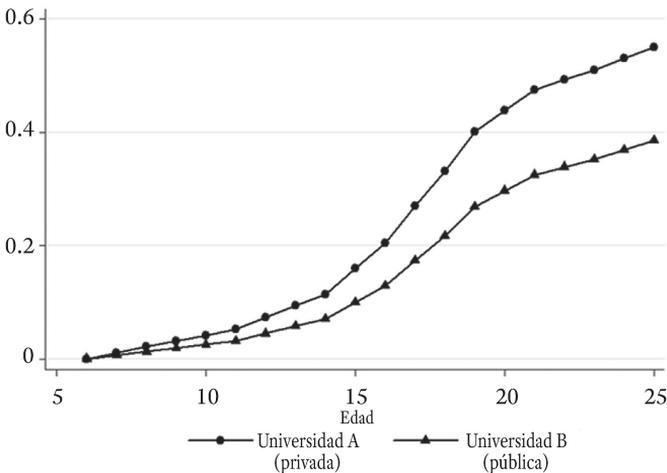
En una tónica similar, la pertenencia a uno u otro subconjunto escolar también induce una enorme brecha entre los grupos en comparación. Manteniendo en su nivel promedio el resto de los predictores, destaca que las probabilidades de participación política resultan mayores para quienes asisten a la universidad A, en contraste con quienes acuden a la B. Las inercias de clase, las configuraciones institucionales y las singularidades adjudicadas al *ethos* formativo de cada enclave universitario, sin duda se proyectan en la distancia tejida entre ambos agregados. Sin embargo, como puede apreciarse en la gráfica 5.2, las disparidades probabilísticas se presentan incluso antes del momento etario en que las y los jóvenes experimentaron el acceso a la educación superior. Si cabían dudas de cuán selectivos pueden ser los recintos escolares, aquí queda claro que las inequidades sociales se prefiguran desde instantes previos al ingreso a la propia universidad.

Entre quienes asisten a la escuela privada, la activación cívica se presenta de forma mucho más anticipada y en una mayor proporción. Llegada la marca etaria de la mayoría de edad, las probabilidades de haberse involucrado políticamente resultan 60% mayores para los de la Universidad A en contraste con los de la B. Tal es el peso de la selectividad contenida en la diferenciación escolar que, al límite de los 25 años, cerca de 60% del alumnado de la Universidad A ya ha experimentado la oportunidad de participar; mientras que, en la B, solo cerca de 40% han hecho lo propio.

Sumado a las diferencias por estrato social, el efecto asociado al tipo de institución académica concita otras condicionantes de politización entre las y los estudiantes de la muestra.

Así como Verba, Schlozman y Brady (1995, 2012) denotan la correlación parcial del nivel socioeconómico con otros factores predictivos de la participación, los entornos educativos despliegan una lógica donde la inequidad se reproduce de manera funcional. Las instituciones educativas tan inmersas en la proclamación de un espíritu meritocrático parecen más bien abocadas a la reproducción de la estructura social. En ellas, el establecimiento de oportunidades y de discursos dispocionales moldean el capital cultural y humano de los educandos. Hablamos pues de comunidades relativamente constreñidas, donde rasgos precedentes y adquiridos se conjugan para incidir en decisiones que orientan el curso vital, entre estas, la de tomar parte activa en el tratamiento de asuntos públicos.

Gráfica 5.2. Probabilidades estimadas. Efecto asociado a la universidad, manteniendo constante el resto de los predictores



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para la muestra.

Quizá por ello no resulta del todo sorprendente que las trayectorias de activación comiencen a separarse desde las mocedades de la infancia. Para cuando estos y estas jóvenes están

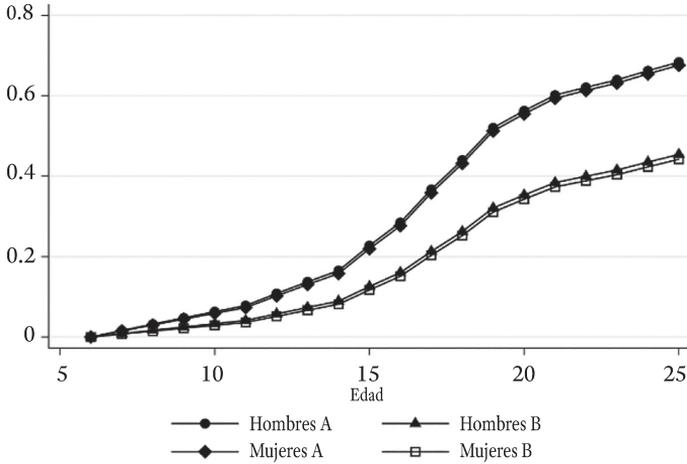
en condiciones de ingresar a la educación superior, el desequilibrio en sus privilegios ya ha jugado como un divisor tanto en sus posibilidades de elección del recinto escolar, como de sus propias vinculaciones con otros ámbitos, entre los cuales se cuenta lo político.

Sin la intención deliberada de abonar a las escisiones sociales de una ciudadanía desigual, las escuelas recogen el trasfondo de ventajas y desventajas con el cual cada joven ha debido embarcarse en su travesía educacional. Las dificultades adaptativas tan ligadas a la transición a la adultez encuentran un terreno fértil en los sitios de adquisición de una carrera profesional. Aunque estos grupos de jóvenes lucen menos extenuados por los extremos más acuciantes de la inequidad social, tal cual mencionamos en el capítulo segundo, persiste una suerte de desigualdad horizontal. Escindidas por múltiples condicionantes de su desarrollo vital, estas personas se fragmentan entre quienes tienen garantizada su preparación y quienes deben esquivar las presiones derivadas de su sutil precariedad.

Así, por ejemplo, las diferencias asociadas al sexo de ego no son del todo intrascendentes. Además de las huellas fraguadas por la influencia del origen social, el género invoca la devaluación selectiva con que las jóvenes son socializadas frente a una masculinización hegemónica y cotidiana. Si bien, como sostienen Schlozman, Verba y Brady (2012), la distinción derivada de otros rasgos parece perder preponderancia una vez consideradas las divergencias en términos socioeconómicos, ello no obsta para pasar por alto el efecto inducido por el déficit sistemático en el empoderamiento femenino.

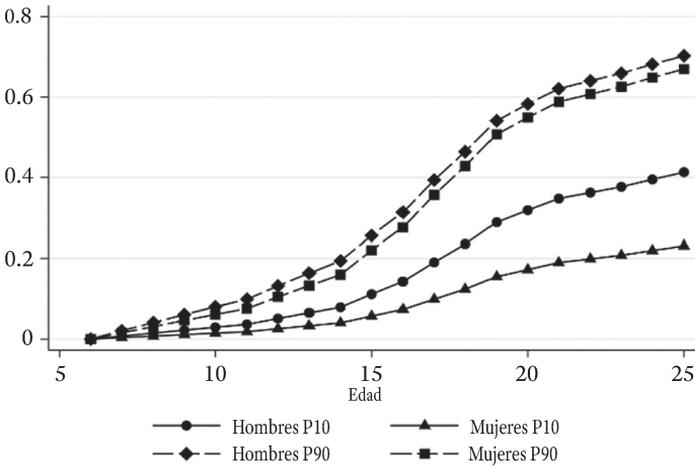
Cuando el cotejo en la propensión de activación considera solo la interacción entre el tipo de universidad y el sexo de la persona (gráfica 5.3), notamos de inmediato el desvanecimiento del género como un marcador de las desigualdades cívicas. Empero, al introducir un alto contraste por medio de los percentiles 10 y 90 del acceso a bienes y servicios en el núcleo familiar, queda claro cómo las desventajas materiales se suman a las distorsiones de la lotería sexual (gráfica 5.4).

Gráfica 5.3. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al sexo de ego según tipo de universidad



Fuente: elaboración propia.

Gráfica 5.4. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al sexo de ego según percentiles 10 y 90 del origen social [ics0]



Fuente: elaboración propia.

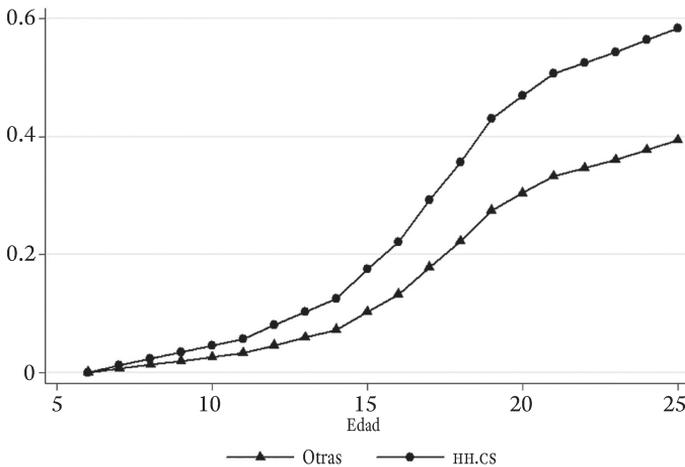
Para darse una idea más franca de cuán brusca es la combinación entre la tenencia de privaciones y la circunstancia de ser mujer, la probabilidad promedio de participación política de los hombres situados en el percentil 10 resulta hasta dos veces superiores con relación a sus contrapartes de género ubicadas en esa misma condición de bienestar. Si trasladamos la comparación entre los subconjuntos de mujeres más favorecidas y menos aventajadas económicamente, tenemos que las primeras cuadruplican en promedio sus probabilidades de haberse involucrado en la política, en contraste con las segundas. Sin embargo, si focalizamos la mirada en la contraposición entre los jóvenes más privilegiados y los jóvenes más desfavorecidos, encontraremos que la probabilidad participativa de los primeros es prácticamente cinco veces mayor que para el caso de las mujeres con menores holguras materiales. ¡Vaya *shock* si caemos en la cuenta de que se trata de gente imbuida en el circuito vulcaniano de la entrada selecta a la universidad!

Aunado a lo anterior, la orientación vocacional también reporta importantes indicios de bifurcación en los tiempos de iniciación de una vida cívica activa. Con señas de un interés político prefigurado desde edades relativamente tempranas, quienes cursan carreras de humanidades y ciencias sociales se involucran de manera más anticipada e intensa que quienes se forman en otros campos del saber (gráfica 5.5). Tomando como parangón los 18 años de edad, el primer subconjunto disciplinario ostenta hasta 68.9% mayores probabilidades de haberse involucrado con relación a quienes estudian programas vinculados a los negocios, la medicina u otras áreas de profesionalización.

Cuando hablamos del contenido específico de las carreras, los resultados obtenidos incitan a pensar en su impacto desde tres flancos. Primero, está la conformación longitudinal de intereses temáticos especializados en materia política y social; segundo, resalta la importancia de los aprendizajes socialmente orientados y, tercero, aparece la preponderancia de los *ethos* formativos.

La conocida tendencia institucional de distintos circuitos académicos previos a la educación superior, que incentivan a los educandos a preseleccionar entre áreas de profesionalización, influye en la alineación relativamente anticipada entre aspiraciones y disposiciones curriculares. Siguiendo a autores como Chartrand (1991), Rounds y Tracey (1990), y Kirkpatrick y Mortimer (2002), la prefiguración vocacional de los sujetos se presenta como consecuencia de experiencias frente al entorno, así como producto de mediaciones relacionales que, desde el entramado familiar o los círculos afectivos, impactan en las nociones y orientaciones prácticas de los individuos. Estas últimas, en tanto marcos habituales e interpretativos, que derivan en la jerarquización de temas de interés para las personas y en la correlativa destreza e inclinación para vincularse con elementos ligados a la preocupación por el contexto social inmediato y los problemas generales que circundan a la sociedad.

Gráfica 5.5. Probabilidades estimadas.
Efecto asociado a la orientación vocacional,
manteniendo constante el resto de los predictores



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para la muestra general.

Sin insinuar que jóvenes ajenos a carreras afines al ámbito humanista o científico social están imposibilitados para desarrollar un alto grado de compromiso cívico, lo cierto es que la adherencia a profesiones de tales áreas abona al inicio de una vida políticamente activa mucho más temprana y densa. Mediante el trazado de trayectorias participativas entre estudiantes de las Universidades A y B, se hace notable cómo desde edades cercanas a los 12 años dichas distinciones derivadas de disposiciones formativas comienzan a expresarse en diferencias en el calendario y la intensidad con que tiene lugar el involucramiento.

En una tesitura similar a los predictores dados por el sexo y las condiciones sociales de origen, las pautas de activismo político a lo largo del tiempo indican que los efectos favorables del perfil disciplinario de humanidades y ciencias sociales tienden a acrecentarse y perpetuarse en la medida en que los individuos se desplazan hacia edades posteriores.

Por tanto, entre las bondades colaterales de la especialización formativa figuran un conjunto de habilidades, repertorios y aptitudes singulares favorecedores de la apelación al espacio público. Indirectamente relacionado con la potestad de una cultura política más robusta, el adiestramiento profesional orientado hacia el campo humanista y social implica la tenencia probable de una mayor sensibilidad hacia temas de carácter político, así como una mayor voluntad para vincularse con el tratamiento de asuntos públicos.

En complemento, desde una segunda puntualización, el cariz anticipado de las diferencias asociadas a los intereses educativos sirve para recordar la relevancia de la impartición de conocimientos social y políticamente orientados. La génesis de distinciones desde edades anticipadas, así como la forma progresiva con que estas se articulan a lo largo del tiempo, refuerzan la idea del impacto positivo y perdurable de una educación cívica de base sobre la expresión futura de prácticas ciudadanas. Si bien, como vimos en el capítulo anterior, ello no es indicativo de la posesión de conocimientos más precisos sobre la realidad política nacional, si al menos es innegable cuán

relevante es la exposición sistemática a ciertos temas para el desarrollo de un valor de uso de la participación.

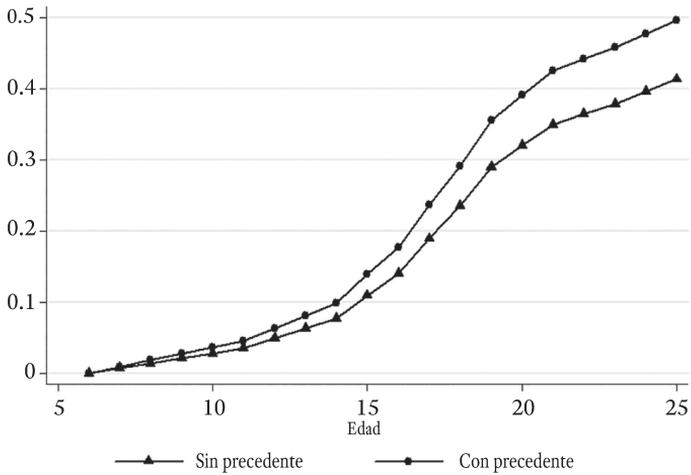
En este sentido, tanto la prefiguración vocacional detonada desde etapas previas al ingreso a la universidad como el compromiso cívico inculcado desde instancias primarias de socialización, se suman a la injerencia particular del *ethos* formativo que tiene lugar dentro de las escuelas. Ya sea por la disponibilidad de espacios promotores del activismo, una matriz de valores peculiares o la identidad ideológica conformada en el interior del núcleo escolar, es imposible no subrayar como sin un sustrato disposicional óptimo la práctica política no encuentra suficiente resonancia.

Ahora bien, la importancia del entorno familiar ha sido ampliamente discutida tanto en capítulos previos como dentro del campo investigativo de la participación cívica. Su papel como enclave primigenio de transmisión y aprendizaje de prácticas y valores es toral (McIntosh, Hart y Youniss, 2007; Lenzi *et al.*, 2012; Sapiro, 2004; Pancer y Pratt, 1999; Beck y Jennings, 1991, entre muchos otros). Se sabe muy bien que la experiencia política de los parientes cercanos garantiza réditos participativos para los descendientes. No obstante, poco se ha considerado el efecto puntual de dicha ventaja en términos del calendario y la intensidad sobre el proceso de activación política.

De la mano de nuestros padres no solo configuramos los aspectos más básicos de manutención y supervivencia durante los primeros instantes biográficos. De las jefas y los jefes del hogar también heredamos un marco de comprensión fundamental acerca de la vida social. Como hemos subrayado en otras páginas, nuestras creencias y nuestros hábitos no emergen en un vacío relacional. Para bien o para mal, la huella parental es ineludible.

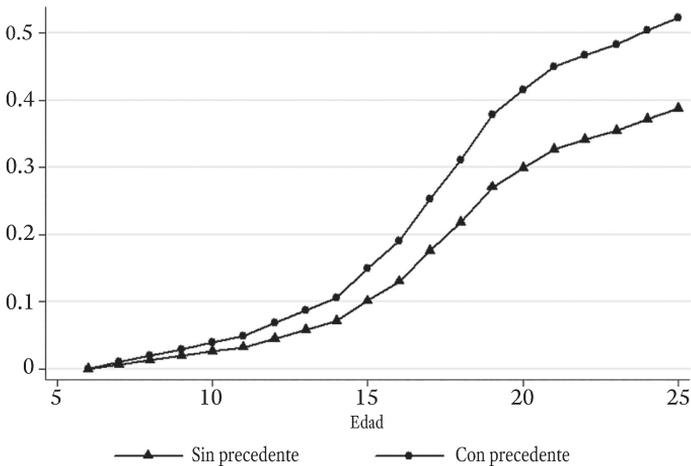
El testimonio de la participación familiar no constituye una excepción. Como se puede apreciar en las gráficas 5.6 y 5.7, la actividad política de los progenitores induce distancias significativas en la probabilidad de habilitación cívica de los hijos y las hijas.

Gráfica 5.6. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al precedente de participación familiar por vías convencionales



Fuente: elaboración propia.

Gráfica 5.7. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al precedente de participación familiar por vías no convencionales



Fuente: elaboración propia.

El efecto positivo de uno y otro precedente no solo favorece una mayor anticipación en la edad de involucramiento de las y los jóvenes bajo estudio. Similar a otros contrastes, la brecha trazada persiste a lo largo de la trama temporal dibujada hasta el tránsito a la adultez.

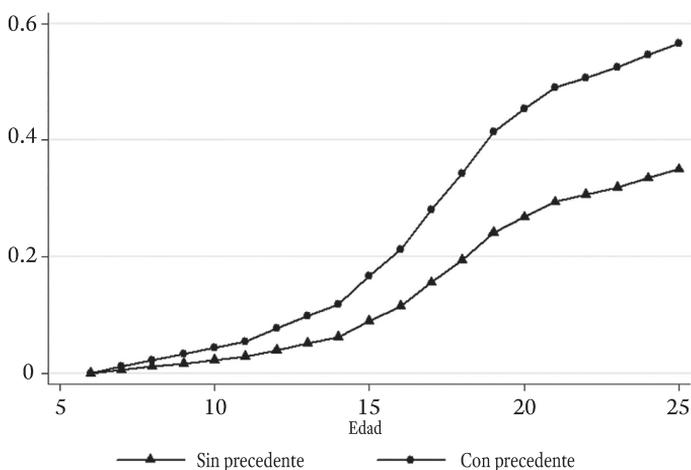
Entre los aspectos colaterales de la crianza, Lareu (2011) remarca cómo los privilegios y las comodidades de ciertas familias se traducen en habilidades diferenciadas para la resolución de conflictos y estrategias de apelación a las plataformas institucionales. Aunado a las discrepancias de capital cultural, económico y social de la marca de clase, la autora enfatiza cómo la asimetría en las comodidades domésticas se expresa también en una mejor comprensión de las reglas y los recursos con los cuales se interactúa en los espacios formales e informales del poder. Así, llegada la mayoría de edad, quienes testimoniaron incursiones políticas parentales por vías convencionales exhiben 27% mayores probabilidades de activación cívica en comparación con quienes provienen de núcleos domésticos predominantemente pasivos. Por su parte, en lo tocante a las vetas no convencionales, la propensión de activación resulta 47.14% mayor entre los hijos y las hijas de parientes participativos, con respecto a los de padres políticamente inactivos.

Según datos presentados en el capítulo anterior, más de la mitad de las y los informantes declararon contar con algún referente de participación familiar convencional (64.26%) o no convencional (66.12%). Sin embargo, de la muestra total solo 383 casos (39.7%) ostentan un testimonio combinado y sostenido del precedente de involucramiento doméstico. Si vislumbramos al empuje político parental como una herencia fundamental en la detonación de inquietudes cívicas en la proge, no sorprendería encontrar que cuando se conjuntan los repertorios participativos desde el seno del hogar, las distancias entre los grupos en comparación tienden a hacerse todavía más pronunciadas (gráfica 5.8).

La inercia diferencial se presenta desde edades particularmente tempranas (previo a los 15 años). Con ello, el patrón de

intensidad al límite de los 25 años favorece de manera clara a las personas provenientes de entornos políticamente movilizados. Como ejemplo, a los 18 años, los hijos y las hijas de gente con experiencia cívica previa exhiben hasta 86.5% de mayores probabilidades de activación con relación a quienes carecen de cualquier elemento precursor de acción parental.

Gráfica 5.8. Probabilidades estimadas. Efecto asociado a la combinación de precedentes de participación familiar por vetas tanto convencionales como no convencionales, manteniendo constante el resto de los predictores



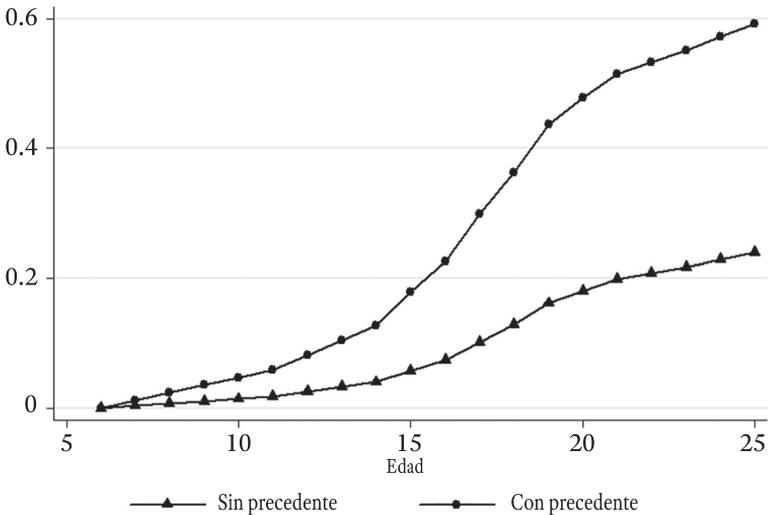
Fuente: elaboración con base en el modelo ajustado para la muestra general.

De manera analítica, los hallazgos refuerzan la idea de un activismo político aprendido desde casa y confirman que, además de la tenencia de recursos materiales, se requieren habilidades, conocimientos y nociones simbólicas mucho más amplias que bien podrían originarse a partir de la influencia directa de los padres y de otros parientes cercanos.

Estrechamente vinculado con este indicio, está también el papel de los precedentes de participación asociativa y prepolítica durante la infancia. Haciendo eco de lo sugerido por Ver-

ba, Schlozman y Brady (1995), el involucramiento cívico suele tener génesis en arenas consideradas apolíticas. Más aún, el trabajo de autores como Ginwright y Cammarota (2007), Yates y Youniss (1998) y Quintelier (2008) ha evidenciado cómo la prefiguración de intereses colectivos desde edades anticipadas favorece la prefiguración de repertorios y aptitudes socialmente orientadas. Para ese cuerpo de investigadores, los enclaves escolares, comunitarios e incluso lúdicos y deportivos alimentan un espíritu de cooperación y apertura personal clave para la conformación de expresiones políticas posteriores (gráfica 5.9).

Gráfica 5.9. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al precedente de involucramiento asociativo durante la infancia



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para la muestra general.

Quizá de entre los predictores incluidos en el modelo aquí ajustado no hay un factor que introduzca distinciones de mayor notoriedad. La importancia de los resultados no radica en

la coincidencia con hallazgos investigados con anterioridad, sino en el establecimiento puntual de las implicaciones temporales que dicho precedente conlleva.

Quienes se integran desde muy temprana edad a la vida colectiva de distintos cuerpos grupales, ejercen también su involucramiento en el tratamiento de asuntos públicos de forma marcadamente anticipada. Ya para los 15 años la brecha de activación cívica entre quienes poseen ese precedente y quienes carecen del mismo comienza a delimitarse con nitidez. De manera tal que, llegados los 18 años, las probabilidades entre jóvenes con participación durante la niñez resultan hasta dos veces mayores con respecto a quienes no formaron parte de ninguna plataforma asociativa durante su infancia.

Con base en los resultados tanto de la antecedencia participativa familiar como de este último elemento de involucramiento infantil, es posible señalar cómo a *contrario sensu* de la convencionalidad de analizar la politización desde la adquisición de la mayoría de edad, las inclinaciones a la activación cívica se presentan de forma presagiada. Tal es el caso que, cuando menos para los conjuntos universitarios estudiados, las diferencias entre personas provenientes de entornos activos y las otras de contextos pasivos comienzan a suscitarse desde los 12 años. Este momento es un punto temporal relevante en la trayectoria específica de los sujetos de la muestra, en tanto que implica la transición entre la primaria y la secundaria.

En este sentido, siguiendo a Flanagan *et al.* (1998) y Shuler (2001), la correlación entre espacios de socialización formativa y esquemas de participación merecería mayor profundización. Esto último suponiendo que en efecto la penetración gradual en otras arenas de preparación escolar va acompañada de una diferenciación más explícita entre individuos políticamente orientados y aquellos que permanecen al margen del tratamiento de asuntos públicos.

No obstante, además de los efectos expresados en el calendario de activación, es importante subrayar las distinciones de

la precedencia de involucramiento en la niñez a lo largo de la trama temporal de observación. La ventaja supuesta en la tenencia de dicho precedente se traduce en la conformación de una brecha en la intensidad parcial con la cual se da la activación cívica. Así, al límite de los 25 años, la proporción acumulada de casos con experiencia asociativa infantil alcanza una cifra muy cercana a 60%. En tanto, en el interior del subconjunto sin dicha vivencia, la participación política apenas se da con una amplitud de poco más de 20 por ciento.

Es cierto, la mayoría de las y los informantes (85.33%) reportó contar con al menos una experiencia mínima de sociabilidad grupal durante sus edades más tiernas. No obstante, no deja de causar impacto cómo el efecto de una infancia aislada conduce a un truncamiento político posterior. Entre este tipo de chicos y chicas, ¡solo una quinta parte logra vincularse con el tratamiento de asuntos públicos en instancias vitales posteriores! Si además de ello tomamos en cuenta que la inmersión infantil está fuertemente condicionada por la calidad de vida desde el hogar (véase capítulo cuarto, en particular la gráfica 4.3), dicha cuestión nos remite a la transmisión de un rezago participativo donde las herencias prácticas y materiales de la gente resultan determinantes para la definición de su ciudadanía activa.

Por lo tanto, las pautas aquí documentadas no solo confirman la asociación positiva entre los antecedentes familiares e infantiles con respecto al activismo político. La introducción de la pauta de dependencia temporal permite también postular un nexo causal claro, donde se articulan mecanismos de transferencia de cualidades, habilidades y precedentes de tipo participativo. Más aún, en la medida en que el efecto derivado se suscita de manera incremental a lo largo de las duraciones del curso de vida, es posible afirmar dos cuestiones para los casos estudiados. Por un lado, durante el tránsito a la adultez dichas tendencias en las trayectorias de participación se estabilizan. Por otro, en la medida en que los sujetos avanzan a lo largo de sus etapas vitales, la selección tiende a recompensar a quienes

inician su contacto colectivo y comunitario desde edades y escenarios de sociabilidad particularmente anticipados.

Pero la senda de joven promesa a triste realidad no culmina ahí. En lo referente a los eventos y circunstancias de la propia transición hacia la vida adulta, es necesario considerar que su relación ha sido muy poco explorada en el campo investigativo. Empero, en el modelo analítico aquí propuesto se buscó establecer un nexo entre la experimentación de ciertos eventos y condiciones con respecto a la posibilidad de enarbolar un compromiso cívico activo.

Así, cuando hablamos del primer empleo, se reconoce el ingreso al mercado de trabajo como una posibilidad para ampliar el marco relacional, obtener mayores recursos materiales, así como un interés particular por la posesión de otros derechos y prerrogativas sociales dada la condición ocupacional. En la medida en que dicho evento representa una transición relevante en la trayectoria específica de estos y estas jóvenes, importa conocer no solo si su potencial explicativo es relevante, sino en qué magnitud sus efectos solo se presentan en el momento en que tiene lugar la transición laboral, o si estos persisten a lo largo del tiempo.

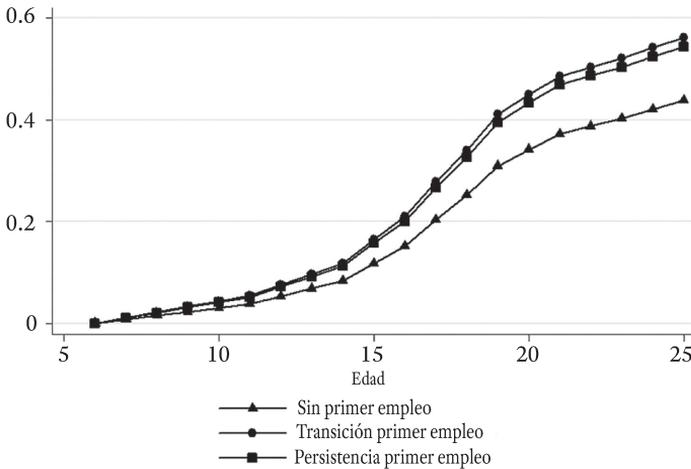
La pauta consignada en la gráfica 5.10 es indicativa de varias cuestiones. En ambos conjuntos escolares, la experiencia del primer empleo no se suscita sino hasta alrededor de los 14 o 15 años. En virtud de ello, las diferencias asociadas a dicho evento no son relevantes sino hasta posterior a dicho punto etario. El impacto de la entrada al mercado de trabajo sobre la propensión de activación es tanto de carácter transicional como de orden persistente. Esto conlleva a consecuencias de participación favorables tanto para las y los estudiantes que se mantuvieron con empleo hasta el momento de la encuesta como para quienes dieron cuenta de la vivencia laboral inicial.

En una lógica contraintuitiva, quienes no han asumido responsabilidades en torno al trabajo se muestran con un mayor rezago en el calendario y la intensidad de la trama participativa. Aunque de manera presumible la tenencia de compromisos

laborales pudiese distraer el tiempo destinado para la presteza en los asuntos públicos, esta transición vital resulta estimulante para detonar el involucramiento político.

Al momento de la mayoría de edad, las probabilidades de ser políticamente activos resultan 40% mayores para quienes han tenido la oportunidad de trabajar, con respecto a quienes aún no han experimentado el ingreso al circuito laboral. Al límite de los 25 años, los primeros alcanzan una proporción acumulada de casos con activación cercana a 60%, mientras que los segundos apenas llegan a poco más de 40% de incidencias.

Gráfica 5.10. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al primer empleo, manteniendo constante el resto de los predictores



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para la muestra general.

Como veremos en el próximo capítulo, el carácter diferenciador del primer empleo no es automático, pues este supone irrupciones distintivas en la propia conquista de la adultez, de su autonomía decisional y de su independencia económica. Tal cual se discutió en el capítulo tercero de este libro, se trata de

acontecimientos tan disímbolos como las circunstancias mismas que motivan la búsqueda de una ocupación remunerada entre estos y estas jóvenes.

En tono similar, la salida del domicilio parental representa también un evento transicional de la mayor importancia para el señorío de la maduración. La experimentación de dicha vivencia tampoco es ajena a los vericuetos ocurrentes desde el hogar de origen. Aunque ello no necesariamente se traduzca en la pérdida de apoyo por parte de los padres, ni en un estatus de plena emancipación, en muchos de los casos la persona reconfigura sus prioridades y la manera en cómo desenvuelve sus pautas de sociabilidad.

Como procedió con el primer empleo, en este caso importa no solo someter a prueba su potencialidad explicativa, sino el carácter persistente o fugaz de la ocurrencia del evento. Considerando la forma en cómo se presenta la salida de casa, de acuerdo con datos presentados en el capítulo cuarto, sabemos que hay dos puntos etarios relevantes: uno alrededor de los 15 años y otro llegada la mayoría de edad.

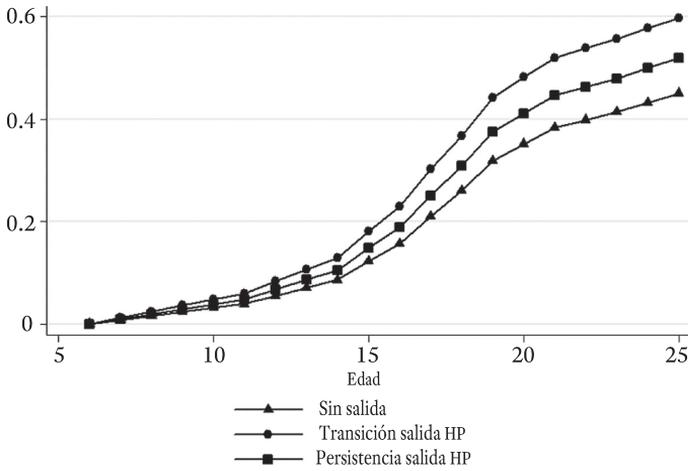
Mediante la estimación de probabilidades, las pautas encontradas muestran justamente que las diferencias en las trayectorias de activación cívica no se suscitan sino hasta después de esos instantes biográficos. A los 18 años, la brecha entre quienes han vivido dicho evento y quienes no se refleja de forma mucho más nítida.

A diferencia del episodio laboral, la salida del hogar parental presenta efectos solo de tipo transicional y no de carácter persistente. Así, entre quienes han tenido dicha experiencia, la participación política inicia a edades más tempranas. Aunque como se puede observar, el empuje de mantenerse fuera del domicilio familiar no necesariamente concita la misma inercia (gráfica 5.11).

Si tomamos como referencia los 18 años con respecto a quienes no han tenido posibilidad de vivir fuera de casa de los padres, las probabilidades de tener una actuación cívica activa resultan en 47.7% mayores para quienes han residido tempo-

ralmente lejos de los progenitores, y 20.8% adicionales para quienes permanecen fuera del hogar de origen al momento de la encuesta. Según sugiere la gráfica 5.11, tanto en términos de calendario como de intensidad parcial, el inicio de una vida políticamente activa tiende a ser más favorable entre quienes han experimentado la salida de casa en forma momentánea, que aun entre quienes han debido vivir dicha mudanza de manera prolongada. Una vez más, esto invita a pensar en las diferencias que alberga la conversión a la adultez entre grupos donde aun con acceso a la educación superior prevalecen importantes distinciones sociales.

Gráfica 5.11. Probabilidades estimadas. Efecto asociado a la salida del hogar parental, manteniendo constante el resto de los predictores



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para la muestra general.

Finalmente, en materia transicional el último factor a explorar se relaciona con el grado de vulnerabilidad acumulada por parte de las y los estudiantes aquí analizados. Al igual que

el resto de los factores vinculados a los eventos y las circunstancias sobre transición a la adultez, la experimentación de condiciones adversas ha resultado poco problematizada en el campo de investigación sobre participación política. De lo poco discutido en los estudios sobre acción colectiva (Dercon *et al.*, 2008), la vivencia de problemáticas domésticas o personales puede conllevar a un doble resultado. Por un lado, puede desincentivar la capacidad de colaboración grupal, mientras que, por otro, puede detonar la necesidad de actuar en conjunto para reparar ciertos daños o solucionar problemáticas determinadas.

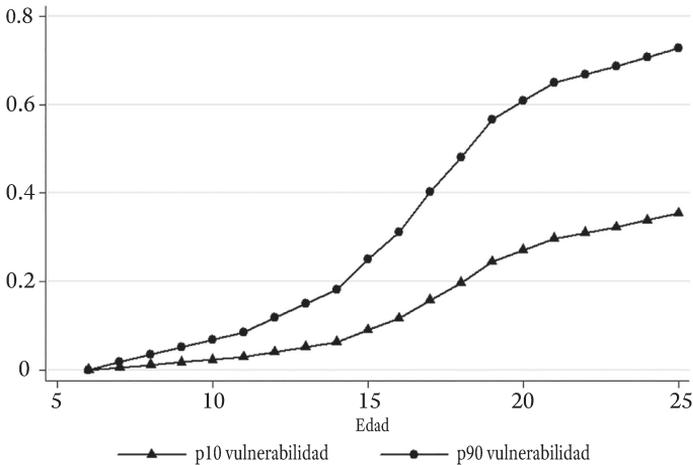
Empero, en la medida en que los resultados asociados a otros predictores aquí mismo empleados han dado cuenta del carácter selectivo del proceso de activación cívica, se esperaba que experiencias conflictivas tendieran a minar las probabilidades de involucrarse en el tratamiento de asuntos públicos. A partir del modelo ajustado para la muestra general, la evidencia converge hacia hallazgos completamente distintos.

Con el propósito de conocer el impacto puntual en el calendario y la intensidad asociado a la acumulación de experiencias tales como embarazos no deseados, violencia en contextos domésticos y escolares, así como dificultades de tipo socioeconómico, se realizó la estimación de probabilidades para el percentil 10 y 90 de la medida resumen que consigna dichas circunstancias de vulneración.

Tal cual se puede notar en la gráfica 5.12, los resultados obtenidos son sorprendentes. La ocurrencia de situaciones adversas en los grupos juveniles estudiados tiene un efecto positivo sobre el carácter temprano de la participación política. Quienes han experimentado niveles críticos de vulnerabilidad tienen una acentuada activación cívica de forma anticipada respecto a quienes no han padecido circunstancias extenuantes. Así, a los 18 años, las probabilidades de involucrarse en actividades políticas resultan 1.74 veces mayores para quienes han tenido que afrontar condiciones en gran medida riesgosas, con respecto a quienes han gozado de una vida predominantemente estable.

Este resultado permite inferir la latencia de un carácter contencioso y reactivo en la participación política de las juventudes estudiadas. Parecería que la injerencia en asuntos políticos se presenta como una manera de resolver o de hacer frente a elementos circunstanciales que amenazan los derechos y la calidad de vida de las personas analizadas.

Gráfica 5.12. Probabilidades estimadas. Efecto asociado a la acumulación de eventos de vulneración, percentiles 10 y 90, manteniendo constante el resto de los predictores



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para la muestra general.

La pauta temporal expuesta es indicativa no solo de la preponderancia de la transición a la vida adulta como una etapa de configuración sociopolítica de esta gente. Durante dicho lapso vital, las condiciones de sociabilidad se transforman radicalmente y los riesgos de experimentar circunstancias de vulneración se detonan de manera importante. Así, en el lindero de los 25 años, la proporción de casos acumulados tiende a ser mucho mayor para quienes han estado sujetos a situaciones límite.

La expresión incremental de la brecha a lo largo del tiempo sugiere que en la medida en que las personas se desplazan en la trama temporal, se introducen en esquemas vivenciales mucho más complejos. Al respecto, sería necesario tratar de conocer de qué manera la experimentación de ciertos eventos adversos tiende a constituir un punto de ruptura vital, promoviendo un valor de uso de la participación de mucho mayor relevancia. Más aún, como la vulnerabilidad también obedece a la configuración de ciertos atributos y factores experienciales relevantes, la relación entre acontecimientos de dicho tipo y el proceso de activación cívica demanda una mayor problematización en estudios posteriores.

DE LA IGUALDAD PROMETIDA A LA REALIDAD SELECTIVA

El título de este capítulo quizá peca de lapidario: *De joven promesa a triste realidad*. Sin embargo, los indicios previamente expuestos trascienden el sentido común de concebir la política como un juego desequilibrado. Sí, aun entre juventudes selectas prevalece una mar de distinciones con la cual se rompe la frágil aspiración de la igualdad ciudadana.

No se trata de una promesa trivial, en todo caso hablamos de la apuesta central de los regímenes democráticos. Sin distinción de nuestras cualidades de clase, de género, de preparación o de cualquier otro tipo, se supondría que todas las personas están conminadas a tomar parte en el concierto de los asuntos públicos. Lo que en principio debiese ser una elección, termina por ser la consecuencia de determinaciones que se fraguan en el transcurso de la vida cotidiana. De tal magnitud es el timo de la igualdad política, que aun entre las y los jóvenes con el privilegio de la educación superior, el franjado en el involucramiento se torna ineludible.

Luego entonces, los resultados expuestos conducen a algunas conclusiones preliminares que habrán de servirnos para la discusión del próximo capítulo. En efecto, durante los años

que corren desde la infancia hasta la transición hacia la vida adulta se configuran condiciones particularmente relevantes para el inicio del proceso de activación cívica. Lo personal es político y lo político es personal. La biografía no es accesoria en la prefiguración de nuestro rol como ciudadanos activos y ciudadanas activas.

Al menos entre los grupos juveniles estudiados, el efecto del nivel socioeconómico no representa una condición perenne, en la que a mayores recursos materiales correspondan mayores probabilidades de ser políticamente participativos. Si bien el control por el tipo de universidad de procedencia sugiere la incidencia de un efecto de selectividad asociado al perfil del alumno admitido, el peso de las circunstancias de origen social tiende a presentarse de forma situada y combinada con el resto de otros predictores con potencialidad explicativa.

Precisamente relacionado con el tipo de escuela, las universidades se engarzan como enclaves selectivos, donde condiciones de socialización precedentes y atributos adquiridos con anterioridad se conjugan con un *ethos* formativo particular que deriva de, y atrevidamente preserva, distinciones sociales traducidas en diferencias sociopolíticas.

Las precedencias participativas familiares y durante la infancia detonan la activación cívica de los universitarios y las universitarias en la medida en que estos se desplazan en la trama temporal del curso de vida. De tal manera, los factores antecedentes por parte de los padres y en el interior de espacios de socialización primaria juegan un papel trascendental para la forma en cómo se fragua el perfil político activo de los sujetos estudiados.

Los eventos transicionales específicos como el primer empleo y la salida del hogar parental posibilitan la ampliación de los esquemas relacionales y la detonación de nuevas habilidades. Estas últimas como elementos que potencian el involucramiento cívico activo por parte de las personas observadas, en la medida en que adquieren nuevas responsabilidades y la potestad de otros recursos.

Contrariamente a la tesis que presupone que mayor vulnerabilidad inhibe tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos, la experimentación de circunstancias adversas tiende a favorecer un perfil reactivo por parte de estos y estas jóvenes. En este sentido, la participación política se envuelve bajo un cariz contencioso, en el que la actividad política parece buscar resarcir parte de las desavenencias vividas.

En buena medida, las pautas trazadas con base en la estimación de probabilidades derivadas del modelo ajustado permiten inferir que la temporalidad tiene un efecto incremental sobre la propensión de involucramiento político. No obstante, la intervención de los predictores asociados a cada dimensión analíticamente relevante muestran que a lo largo de todo el bloque de duración se configuran brechas a partir de factores de distinción social. Estos últimos tienden a favorecer la preeminencia de agentes participativos activos provenientes de la Universidad A; de estrato socioeconómico medio, con un perfil vocacional de humanidades y ciencias sociales, con la tenencia de precedentes de involucramiento familiares y durante la infancia; así como con circunstancias transicionales asociadas a la vivencia del primer empleo, la salida del hogar parental y la experimentación de situaciones adversas.

Con el propósito de conocer cómo interfieren los márgenes de heterogeneidad social dentro de cada recinto escolar, en el capítulo subsecuente se presentan los resultados para cada subconjunto muestral.

6. LOS PATIOS INTERIORES DE LA DESIGUALDAD PARTICIPATIVA

El capítulo anterior dio cuenta de la conformación de brechas de activación política aun entre juventudes privilegiadas por su acceso a la educación superior. La promesa de igualdad ciudadana se desvanecía ante el transcurso de una biografía trazada por una profunda inequidad. Pronto las vicisitudes privadas, hilvanadas a lo largo del tránsito a la vida adulta, daban lugar al distanciamiento entre personas mejor circunstanciadas para el uso de la voz política. La esperanza de inclusión democrática cedía paulatinamente a las asimetrías más comunes en la producción de la cotidianidad.

Las páginas subsecuentes llevan esa demostración unos pasos más adelante. Si el calado de las desigualdades sociales es tan determinante en las oportunidades de involucramiento político, las distinciones en las probabilidades de participación no solo prevalecerían entre los subconjuntos escolares comparados. A su vez, dichas discrepancias persistirían en el interior de la homogeneidad artificial de cada plantel formativo. Aun entre gente selecta y aparentemente menos disímbola, el curso de vida daría cuenta de la delantera de solo un puñado de jóvenes.

Con el objetivo de corroborar hasta qué punto se mantiene el protagonismo cívico de las personas más aventajadas, el presente capítulo ofrece una visión más detallada de lo acontecido dentro de cada recinto universitario. El talante relativo de la desigualdad obliga sin duda a ponderar la manera en cómo las diferenciaciones operan entre ámbitos de marcada selectividad social. Como hemos insistido se trata de dos instituciones de

educación superior (IES) integradas por juventudes con características distintivas. El privilegio educativo de ambos recintos no alcanza para neutralizar las discrepancias concurrentes en uno y en otro sitio de estudio.

Como se advertía en las primeras páginas de este libro, el referente empírico situado en las universidades A y B posibilita satisfacer tres propósitos. Por un lado, nos permite poner en cuestionamiento el alcance habilitante de los circuitos de educación superior para una vida pública activa, teniendo en cuenta que de las IES se espera el egreso no solo de profesionistas competentes, sino de ciudadanos y ciudadanas responsables con el progreso de su sociedad. Por otro, nos ayuda a problematizar el papel de los enclaves de educación terciaria como espacios de captación y asentamiento de profundas desigualdades sociales, produciendo escisiones no solo entre grupos universitarios de diferentes escuelas, sino prolongando las distinciones de los propios subconjuntos estudiantiles a su interior. Finalmente, como hemos repetido quizá hasta el cansancio, esto nos orilla a repensar el tamaño del desafío democrático de las desigualdades políticas; pues si aun entre gente relativamente privilegiada, como esta con acceso a una carrera profesional, priman importantes diferencias participativas, imaginar el reto en escenarios sociales más heterogéneos no solo se torna más complejo, sino en gran medida indispensable.

Para cerrar el análisis de esta obra, el primer apartado se refiere a los instrumentos estadísticos empleados para el contraste en cada universidad. En segundo lugar se comparan los efectos puntuales de cada variable analíticamente relevante en el interior de cada enclave escolar.

PERDÓN, PERO NO SOMOS IGUALES

Hay una frase común con la que las mexicanas y los mexicanos hemos tropezado en más de una ocasión. El uso de la expresión “perdón, pero no somos iguales” no solo nos remite a nuestros

episodios de confrontación con el trato diferenciado, al mismo tiempo, su empleo sirve para subrayar y actualizar aquellos rasgos sobre los cuales se suele sustentar el trazado del distanciamiento social más habitual.

La evocación como título de este acápite no es circunstancial. En el variado abanico de testimonios obtenidos mediante entrevistas y grupos de discusión con las y los estudiantes de las universidades A y B, la mención de esa locución fue muy recurrente. Ya fuese para hablar de la interacción con alguna autoridad o, peor aún, para contextualizar un diálogo entre las propias personas jóvenes de esos planteles, la enunciación fue señalada como un recurso usual tanto en los menesteres privados como en el desahogo de asuntos públicos.

Gonzalo, de 20 años, uno de los tantos entrevistados en la Universidad B, resumía atinadamente la cuestión:

Desde luego, la universidad a la que asistes es una raya más al tigre. Nunca será lo mismo estudiar en la B que acudir a otra universidad donde los costos de la colegiatura te separan del resto. La calidad académica la puedes encontrar en más de un lugar. Esto es como la ropa, te puedes tapar con casi cualquier cosa, pero la marca, ah, esa sí que no cualquiera la puede portar. Así como te ven te tratan, dependiendo de dónde estudies. También la sociedad te marca, cuando pides trabajo o también cuando quieres participar, te aplican la clásica: “perdón, pero no somos iguales” (entrevista B20).

Ya en el capítulo anterior hablábamos del tiempo como un elemento nodal en la escenificación de desigualdades estructurales. Mediante la referencia al trabajo de Elizabeth Cohen (2018) se enfatizaba a las disparidades de poder como producto de una devaluación selectiva. Cuando lo temporal opera como un entramado de asentamiento de inequidades vitales, resulta ser hasta cierto punto ineludible un despojo de la potencial igualdad ciudadana en las dinámicas democráticas.

Para Verba, Schlozman y Brady (1995) dicha situación remitía a la noción de distorsión participativa. Según el trío de auto-

res, esta alude a la prevalencia política de ciertos sectores, donde el involucramiento cívico se sustenta en profundas asimetrías. Ya sea por la carencia de recursos o de experiencias, o por las propias distinciones de posición social, el liderazgo y la incidencia en la esfera pública queda a disposición de unas cuantas personas mejor favorecidas para el uso de la voz política.

Las juventudes universitarias problematizadas en este libro no resultaron exentas del proceso de activación dispar. Como testimoniamos en páginas previas, el recorrido hacia la adultez funge como un catalizador de ventajas y desventajas biográficas, donde las posibilidades de involucramiento político no permanecen ajenas. Desde luego podría reclamarse que los hallazgos son hasta cierto punto obvios. La comparación entre alumnos y alumnas de una escuela privada y de otra pública, altamente disímolas en su conformación, ya presagiaba la presunción de bifurcaciones en la conquista de una vida pública activa. Máxime si, como se ha venido insistiendo, reconocemos a la educación superior como un polo de llegada más que como un lindero de partida. Exclusiva, estratificada y altamente constrictiva, la formación profesional recoge en buena medida las limitaciones y holguras del contexto familiar y vivencial.

No obstante, a manera de contrastar si el mecanismo de devaluación selectiva resulta tan crucial en el horizonte de probabilidades para incursionar en el tratamiento de asuntos públicos, aquí se pretende mostrar que aún dentro de los recintos escolares persisten brechas importantes. Así como transitar a la vida adulta consiste en un juego con dificultad adaptativa, el acceso a una institución universitaria concita muchas otras formas de división. Aunque el ingreso a un plantel implica ya un filtrado preponderante de cualidades heterogéneas, eso no obsta para asumir una plena ecualización en los patios internos de las ciudadelas formativas. En todo caso, al igual que acontece con la ciudadanía, se trata más de la presunción de una homologación frágil y artificial, que de una condición *de facto* en las interacciones cotidianas.

Vale la pena recordar que sin comprar el prejuicio sobre la gente opulenta de las universidades privadas y la desventaja de las instituciones públicas, nuestros referentes de estudio albergan distancias innegables. En tanto la Universidad A se integra por jóvenes de estratos medios y medios altos del nivel socioeconómico, la Universidad B está compuesta por personas provenientes de hogares de clases trabajadoras. En la primera prevalecen las universitarias y los universitarios de segunda o tercera generación; mientras que en la segunda una multitud de jóvenes constituyen las primeras personas en acceder a una carrera profesional dentro de su núcleo familiar. En una el pago de una colegiatura cercana a los 20 000 pesos mensuales (1 000 dólares estadounidenses) incide en una menor diversidad; en la otra los rasgos de clase tienden a una mayor variabilidad.

Así, a modo de robustecer el análisis para cada subconjunto escolar, se volvió a recurrir al empleo de modelos de tiempo al evento. A diferencia del recurso usado en el capítulo anterior, en esta ocasión se introducen términos de interacción. Estos últimos permiten explorar la influencia mutua entre dos variables, asumiendo un resultado distintivo en función de su conjugación.

De esa manera, se incorporó una imbricación entre el sexo de la persona y el precedente de participación durante la infancia. Como se mencionó, las escisiones por género suelen estar mediadas por otros factores ligados a la calidad de vida desde el hogar. No obstante, tomando en cuenta el papel crucial de la inmersión prepolítica durante la infancia, se apostó por dilucidar en qué medida la combinación de la lotería sexual y la experiencia asociativa reporta mayores ventajas para el forjado de una ciudadanía activa.

De forma similar, el precedente de participación política familiar considera no solo la presencia de antecedentes por vías convencionales o no convencionales, sino la interacción entre ambos cauces. Con ello se busca destacar cómo las divergencias en los testimonios de involucramiento parental producen efectos disímolos en el interior de uno y otro grupo escolar.

Dado que la exposición a eventos adversos y de vulneración suele estar marcado por el desbalance entre privaciones y privilegios, se incluyó otra interacción entre el origen social y el grado de vulnerabilidad acumulada. Mediante esa conjugación se busca contrastar en qué medida las distinciones específicas dentro de las Universidad A y B dan cuenta de incidencias sistemáticas entre las condiciones generales de bienestar y la vivencia de sucesos que ponen en cuestión el desarrollo estable de las personas.

De manera adicional, una cuarta interacción se relaciona con la peculiaridad de los eventos transicionales a la adultez. Dado que el primer empleo y la salida del hogar parental no necesariamente implican la adquisición de un estatus de independencia económica, se buscó conocer si dichas transiciones específicas tienen efectos positivos sobre la activación cívica en función de la capacidad de autosustentación de las juventudes analizadas.

En el primer caso, se quiso explorar de forma exhaustiva si en efecto el sexo de la persona agota su potencialidad explicativa a la luz de las disparidades socioeconómicas. En el segundo, se pretendió comprender la complementariedad entre precedentes participativos familiares o la preeminencia de alguna veta de involucramiento por parte de los padres en el interior de los recintos escolares. En el tercero, se complejiza la pauta encontrada en el modelo para la muestra general, la cual sugiere que mayores niveles de vulnerabilidad y mejores condiciones sociales de partida tienen una incidencia positiva sobre la probabilidad de involucrarse cívicamente. Y en el cuarto, se tiene el propósito de explorar si elementos vinculados con la transición a la adultez poseen una relación favorable con una mayor independencia económica. Esta última asumida como una condición relevante para que las y los jóvenes puedan ser políticamente activas y activos, dada la importancia de mayores márgenes de autonomía y capacidad de maniobra sobre recursos propios.

La ecuación teórica para cada subconjunto de universitarios viene dada de la siguiente forma:

$$\ln\left(\frac{\hat{p}(x_i)}{1 - \hat{p}(x_i)}\right) \text{ Universidad A}$$

$$= \beta_0 + \beta_{tr} \text{ Duración}_{11-25 \text{ años}} + \beta_d \text{ Disciplina}_{HYCS}$$

$$+ \beta_{fampol} [PFamConv_{0,1} * PFamNoConv_{0,1}]$$

$$+ \beta_{facinfancia*sexo} [PartNiñez_{0,1} * Sexo_{1,2}] + \beta_{trab} \text{ Primertr}_{1,2}$$

$$+ \beta_{gohome * indepecon} [EmDoméstica_{1,2} * Indepecon_{0,1}]$$

$$+ \beta_{icsoq * vulner} [OrígenesSociales_{2,3} * Vulnerabilidad]$$

$$\ln\left(\frac{\hat{p}(x_i)}{1 - \hat{p}(x_i)}\right) \text{ Universidad B}$$

$$= \beta_0 + \beta_{tr} \text{ Duración}_{11-25 \text{ años}} + \beta_d \text{ Disciplina}_{HYCS}$$

$$+ \beta_{fampol} [PFamConv_{0,1} * PFamNoConv_{0,1}]$$

$$+ \beta_{facinfancia*sexo} [PartNiñez_{0,1} * Sexo_{1,2}]$$

$$+ \beta_{trab * indepecon} [\text{Primertr}_{1,2} * Indepecon_{0,1}]$$

$$+ \beta_{icsoq * vulner} [OrígenesSociales_{2,3} * Vulnerabilidad]$$

Como de costumbre, en caso de dudas más puntillosas se sugiere a las lectoras y a los lectores revisar el anexo técnico de este libro. Una vez más, sin el afán de abusar de la paciencia de quienes llegaron hasta esta página, los resultados generales se condensan en el cuadro 6.1.

En primer lugar, vale la pena llamar la atención sobre cómo estos modelos específicos para cada subconjunto universitario tienden a ser altamente coincidentes con lo discutido en el capítulo anterior. En este sentido, con independencia del grado de heterogeneidad social dentro de una u otra escuela, la potencia explicativa de la gran mayoría de parámetros se mantiene consistente.

El efecto progresivo de las duraciones asociadas a la pauta etaria prevalece en ambos subconjuntos. No obstante, al igual que en el modelo para la muestra general, persiste una incidencia ambivalente de la edad. Hasta antes de los 18 años la propensión a participar va al alza, mientras que posterior a ese punto se experimenta un relajamiento en la detonación del activismo cívico.

Cuadro 6.1. Modelos ajustados para ambas universidades

<i>Universidad A</i>			<i>Universidad B</i>		
<i>Duraciones de tiempo al evento</i>			<i>Duraciones de tiempo al evento</i>		
i_tr==2	11-13 años 6-10 años	1.738**	i_tr==2	11-13 años 6-10 años	3.730***
i_tr==3	14-15 años 6-10 años	3.542***	i_tr==3	14-15 años 6-10 años	11.662***
i_tr==4	16-17 años 6-10 años	5.329***	i_tr==4	16-17 años 6-10 años	21.529***
i_tr==5	18 años 6-10 años	8.167***	i_tr==5	18 años 6-10 años	25.113***
i_tr==6	19-20 años 6-10 años	4.919***	i_tr==6	19-20 años 6-10 años	14.330***
i_tr==7	21-22 años 6-10 años	3.071***	i_tr==7	21-22 años 6-10 años	5.265***
i_tr==8	23-25 años 6-10 años	1.408	i_tr==8	23-25 años 6-10 años	10.853***
<i>Incidencia del perfil vocacional</i>			<i>Incidencia del perfil vocacional</i>		
Disciplina==2	hуcs Otras	1.412***	Disciplina==2	hуcs Otras	2.251***
<i>Precedentes participativos familiares y durante la infancia</i>			<i>Precedentes participativos familiares y durante la infancia</i>		
fampolcon # fampolnocon	Interacción entre el precedente familiar de participación política convencional y no convencional		fampolcon # fampolnocon	Interacción entre el precedente familiar de participación política convencional y no convencional	
fampolcon==0 fampolnocon==1	Sin precedente convencional, con precedente no convencional	0.968	fampolcon==0 fampolnocon==1	Sin precedente convencional, con precedente no convencional	2.347***
fampolcon==1 fampolnocon==0	Con precedente convencional, sin precedente no convencional	1.227	fampolcon==1 fampolnocon==0	Con precedente convencional, sin precedente no convencional	1.140

fampolcon==1 fampolnocon==1	Con precedente de participación familiar por ambas vías	1.546**	fampolcon==1 fampolnocon==1	Con precedente de participación familiar por ambas vías	2.539***
sexo#facinfancia	Interacción entre el sexo de la persona y el precedente de participación asociativa durante la infancia		sexo#facinfancia	Interacción entre el sexo de la persona y el precedente de participación asociativa durante la infancia	
sexo==1 facinfancia==1	Hombre con precedente de participación durante la infancia	3.263***	sexo==1 facinfancia==1	Hombre con precedente de participación durante la infancia	2.770***
sexo==2 facinfancia==0	Mujer sin precedente de participación durante la infancia	0.817	sexo==2 facinfancia==0	Mujer sin precedente de participación durante la infancia	0.550
sexo==2 facinfancia==1	Mujer con precedente de participación durante la infancia	3.113***	sexo==2 facinfancia==1	Mujer con precedente de participación durante la infancia	2.712***
<i>Elementos transicionales</i>			<i>Elementos transicionales</i>		
trab_m==1	Con experiencia del primer empleo	1.949***	En el caso de la Universidad B, la salida del hogar parental no se incluye como un factor estadísticamente significativo. De hecho, se extrae del modelo en tanto dicha variable guarda una asociación importante con la interacción entre el primer empleo y la condición de independencia económica		
trab_m==2	Persistencia del primer empleo	1.198			

<i>Universidad A</i>			<i>Universidad B</i>		
gohome#indepecon	Interacción entre la salida del hogar parental y la condición de independencia económica		trab_m#indepecon	Interacción entre el primer empleo y la condición de independencia económica	
gohome==0 indepecon==1	Sin salida de casa de los padres con condición de independencia económica	0.887	trab_m==0 indepecon==1	Sin primer empleo, con independencia económica	1.320
gohome==1 indepecon==0	Con salida de casa de los padres sin condición de independencia económica	1.147	trab_m==1 indepecon==0	Con primer empleo, sin independencia económica	1.344
gohome==1 indepecon==1	Con salida de casa de los padres con condición de independencia económica	1.540	trab_m==1 indepecon==1	Con primer empleo, con independencia económica	1.200
gohome==2 indepecon==0	Persistencia de la salida de casa de los padres sin independencia económica	0.733	trab_m==2 indepecon==0	Persistencia del primer empleo, sin independencia económica	0.594
gohome==2 indepecon==1	Persistencia de la salida de casa de los padres con independencia económica	1.722*	trab_m==2 indepecon==1	Persistencia del primer empleo, con independencia económica	2.256***

icsoq#c.vulner	Interacción entre el origen social y el grado de vulnerabilidad acumulada		icsoq#c.vulner	Interacción entre el origen social y el grado de vulnerabilidad acumulada	
icsoq==1#c.vulner	Estrato bajo del nivel socioeconómico	1.007	icsoq==1#c.vulner	Estrato bajo del nivel socioeconómico	1.074***
icsoq==2#c.vulner	Estrato medio del nivel socioeconómico	1.153***	icsoq==2#c.vulner	Estrato medio del nivel socioeconómico	1.071*
icsoq==3#c.vulner	Estrato alto del nivel socioeconómico	1.104***	icsoq==3#c.vulner	Estrato alto del nivel socioeconómico	1.164*
_cons		0.004***	_cons		0.000***
chi2		241.454	chi2		329.899
r2_p		0.113	r2_p		0.190
Bic		2109.438	Bic		1608.168

Nota: *p < 0.1; ** p <0.05; ***p <0.01; Predictores en forma e^β.

Fuente: elaboración propia.

La distinción introducida por el perfil vocacional también se corrobora como un aspecto relevante. Aunque en la Universidad B dicha diferencia se presenta con un mayor énfasis, tanto en uno como en otro plantel, se replica el carácter favorable del estudio de carreras de humanidades y ciencias sociales.

Respecto a los precedentes participativos familiares, se reitera su impacto positivo en la trama de activación política. Empero, en la Universidad A se nota una mayor importancia de la antecedencia de involucramiento parental por vías convencionales, mientras en la B la relevancia apunta hacia la experiencia previa por canales menos formales. Como veremos más adelante, eso refuerza la intuición de la conexión entre los grados de bienestar y los aprendizajes facilitadores de la gestión institucional señalados por Lareu (2011).

En lo tocante a la asociación entre el sexo de ego y el antecedente de inmersión asociativa desde la infancia, el factor de interacción entre ambos componentes resulta estadísticamente significativo. Tal cual detallaremos, esto nos permite mostrar cómo sin la antecedencia de participación infantil se prolonga un sutil rezago cívico de las mujeres. En algún sentido, la tenencia de experiencias previas tiende a acortar las brechas en la propensión de activación cívica entre los varones y sus contrapartes de género.

En materia transicional, un primer elemento se relaciona con la distinción entre la vivencia del primer empleo y la salida del hogar parental. Mientras en la Universidad A ambas transiciones resultan significativas, en la B la partida de casa de los padres presenta una muy estrecha correlación con respecto a la interacción entre la entrada al mercado de trabajo y la condición de independencia económica. Así, entre quienes asisten a la escuela privada, los efectos del ingreso laboral son de carácter transitorio y no persistentes, mientras en la B el trabajo se torna articulador de una menor fragilidad material favorable para la activación política.

Más aún, en la Universidad A los efectos interactivos entre la salida del hogar parental y la condición de independencia

económica para el proceso de participación dan cuenta de una persistencia en el tiempo; en tanto que en la B dicha condición se replica para quienes han tenido oportunidad de inmiscuirse en alguna ocupación remunerada. Luego entonces, no se trata solo del distanciamiento del domicilio familiar o de la asunción de un empleo, como decíamos antes, dichos pasajes se tornan relevantes solo en la medida en que conducen a una mayor autonomía decisional y a una mayor emancipación. Si bien convertirse en adulto o adulta es toda una monserga, la conquista de mayores libertades y la adquisición de una gradual capacidad de sustentación alientan las posibilidades para tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos.

Por último, está la interacción entre los orígenes sociales y el grado de vulnerabilidad acumulada. Considerando la distribución de los distintos estratos en una y otra universidad, la conjugación entre ambas cuestiones resulta estadísticamente significativa. Así, si bien la tenencia de mejores cualidades socioeconómicas tiende a favorecer una mayor propensión participativa, la experimentación de vicisitudes biográficas refleja efectos situados acorde con la posición social originaria de estos y estas jóvenes. Por ejemplo, en la Universidad A la confrontación con situaciones adversas frena la inercia favorable de participación entre sectores sociales provenientes de contextos aventajados. Por su parte, en la B, parece acontecer un impacto dual. En los subgrupos más desfavorecidos, el trance por circunstancias límite detona una mayor activación política, quizá como una forma de superación frente al talante de ciertos acontecimientos. Al mismo tiempo, en los subconjuntos de mayor holgura económica de la Universidad B, aun con la experiencia de eventos catastróficos prevalece la incidencia positiva de la posesión de mayores comodidades materiales.

Con el objetivo de auspiciar una interpretación más clara de los patrones identificados, se procedió una vez más a la estimación de probabilidades asociadas a cada factor relevante en el análisis. Como en el capítulo anterior, esto permite visualizar de mejor manera las diferencias en el calendario y la

intensidad con que se suscita la trama de activación política. En el eje vertical de las gráficas se consigna la propensión a participar políticamente; mientras en el horizontal se pone en juego el modo en que el curso de vida interactúa con algunas de las variables de interés incluidas en el modelo.

En efecto, tal cual abríamos este acápite, el contraste de brechas en la pauta de dependencia temporal del involucramiento cívico nos permitirá observar cómo aun entre grupos selectos de jóvenes y de manera aparente ecualizados por su ingreso a una IES particular persiste el calado de aquella frase lamentablemente usual en el imaginario mexicano: *perdón, pero no somos iguales*. Una vez más la ficción igualitaria de la democracia se revela ante la imperante inequidad de los senderos de ciudadanía.

UNAS PERSONAS SON MÁS IGUALES QUE OTRAS

Un corolario suele acompañar a la lacónica frase del acápite anterior: algunas personas resultan más iguales que otras. El sentido común y la picardía popular reconoce con ello el carácter relativo de la desigualdad social. Como mencionábamos en un capítulo anterior, no todos y todas arrancamos con los mismos naipes. No obstante, en el póker de la vida la inequidad parece presentarse en casi todos los espacios. La diferencia radica en que alguna gente parece mejor dotada que otra para hacer frente a la disparidad.

Algo similar acontece con las probabilidades de tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos. El tiempo, cuya duración y transcurso es ineludible para todos y todas, suele ensañarse con quienes son presa de desventajas singulares. En este sentido, como hemos insistido, la promesa de igualdad participativa está al alcance de quienes gozan de mejores circunstancias para la vociferación política.

Las juventudes concentradas en los planteles educativos A y B no constituyen una excepción. La comparación concita un

contraste intrínseco entre jóvenes con pisos muy diferenciados de partida. Sin embargo, ya advertíamos que la distinción no se agota en el cotejo entre la escuela pública y la privada. En el interior de cada conjunto escolar priman distorsiones que profundizan la escisión en el sendero por una ciudadanía activa.

Más allá de la selectividad socioeconómica de una y otra institución, el perfil disciplinario nos brinda un primer acercamiento a tales divergencias. Las brechas disímbolas entre uno y otro subgrupo estudiantil sin duda incorporan especificidades ligadas a la configuración peculiar de los espacios académicos. Si bien en ambas persiste el efecto positivo de la orientación vocacional por las humanidades y las ciencias sociales, en la Universidad B dicho empuje se concreta con más nitidez que en la A.

No se trata de un rasgo trivial, pues debemos recordar cómo las pretensiones organizacionales de uno y otro enclave se traducen en mecanismos diferenciados de estimulación asociativa. Después de todo, y al margen de la propia especificidad curricular o pedagógica, las IES apuestan por la inculcación de una cultura singular. Mediante esta, los circuitos educativos funcionan como reforzadores de cierto *ethos* social, donde los valores forjados en casa se tensan o acoplan a los preceptos de la visión escolar (gráficas 6.1).

Melissa (20 años) y Lorenzo (21 años) de la universidad A enfatizaban este punto dentro de uno de los grupos de discusión. Ambos casos, citados en el capítulo cuarto, narraban cómo sus incursiones infantiles encontraron un terreno fértil de continuidad en esa institución. En esa misma charla, una y otro agregaban una reflexión, señalando cómo su paso por dicho plantel supuso una mayor potenciación de su interés participativo:

MELISSA. Yo que estudio Relaciones Internacionales pude haber elegido alguna otra universidad. Pero algo que me gustó de la A es que aquí desde la prepa te empujan para participar en otras cosas fuera del salón de clase.

LORENZO. Sí, yo por ejemplo estoy en Derecho, y así como dice Mel, te meten esa idea de que estudiar es para ser un agente de cambio. Mucha gente se ríe, incluyéndonos a nosotros de esos rollos de ser emprendedor y de la denominada hipoteca social, pero la neta es que es cierto. Te ayudan a ver que si tienes los recursos no se trata solo de vivir bien, sino de ayudar a otras personas y tomar acciones en otros terrenos.

MELISSA. Por eso es que acá no solo tenemos un chingo de espacios para organizarnos y coincidir, si no los hubiese, la propia universidad y los profes te enseñan que debes crearlos (grupo de discusión A1).

Mientras en la A se subraya al espíritu organizativo como parte de la identidad estudiantil, en la B, Aldany (19 años) y Milton (20 años) describen un contexto contrastante.

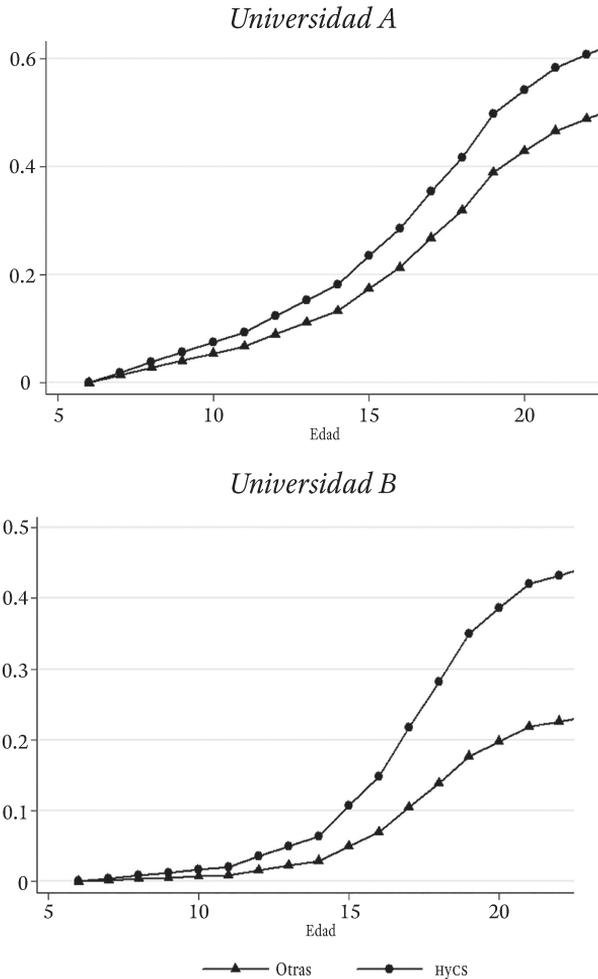
ALDANY. A ver, tú sabes que aquí la escuela es como más masiva. Sí tenemos equipos y algunos otros grupos de teatro y todo eso. Pero si realmente quieres participar en algo, tú misma te tienes que sumar con otros chavos.

MILTON. El pedo es que siempre tenemos otras cosas que hacer. Si le quieres entrar tienes que dar tiempo, y como te dije antes, también lana o algo así. O sea, está chida esa mamada de que ser joven y no ser revolucionario es una contradicción, pero participar y dejar de atender otras cosas urgentes es todavía más contradictorio. La escuela hace lo posible por darnos todo para prepararnos, pero eso de hacernos jóvenes comprometidos con el país es otro rollo, porque cuando no tienes mayores soportes o una vida menos agitada se vuelve un asunto de cada quien (grupo de discusión B1).

Así, las distinciones vocacionales se suman a las peculiaridades del clima formativo. La estructura de acompañamiento en la Universidad A, incluso desde el tramo del bachillerato, brinda oportunidades que coadyuvan a reducir las distancias entre estudiantes de áreas disciplinarias disímboles. Sin embargo, en la B, la menor disponibilidad de espacios asociativos redundando en la potenciación de diferencias previamente trazadas. En suma, un enclave parece cumplir con un papel de mayor

ecualización, mientras el otro prolonga las heterogeneidades de la propia estructura de su alumnado.

*Gráficas 6.1. Probabilidades estimadas.
Efecto asociado al perfil disciplinario y vocacional,
manteniendo constante el resto de los predictores*



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

Quizá por ello no sorprende notar cómo en la Universidad B la disparidad asociada a la especialización vocacional se pronuncia alrededor de los 15 años. Mientras en la privada las brechas no se dibujan de forma abrupta, en la pública la distancia entre subconjuntos disciplinarios tiende a la progresión. Así, considerando los 18 años, en la A la probabilidad de participar políticamente resulta 35.42% mayor para las personas de humanidades y ciencias sociales, con respecto a quienes se forman en otros campos del saber. En tanto que en la B, a esa misma edad, la propensión participativa es 1.13 veces (113%) más amplia para las y los estudiantes abocados al terreno social en cotejo con el resto de las carreras.

En lo tocante al papel de los precedentes de participación parental, los resultados a nivel de los subconjuntos muestrales también dan cuenta de pautas disímbolas analíticamente relevantes. Si bien en ambos casos se replica el impacto positivo de la antecedencia del involucramiento familiar sobre la propensión participativa de los grupos universitarios, la preeminencia del sentido convencional o no convencional del activismo de los padres se distingue a la luz del tipo de universidad (gráficas 6.2).

En la Universidad A las distinciones en las tramas participativas resultan claramente más favorables para aquellos estudiantes cuyos padres han tenido experiencia a partir de plataformas partidistas, representativas o de servicio público. En la B, el activismo universitario aparece mucho más asociado con la antecedencia de involucramiento parental desde instancias contenciosas como la toma de avenidas, las protestas, la firma de peticiones y las organizaciones de la sociedad civil, entre otras.

La pauta es indicativa de una escisión conformada desde el hogar. Sin postular la superioridad o la mayor legitimidad de ciertos repertorios por sobre de otros, lo cierto es que se refleja la herencia de un modo singular de vincularse frente a la autoridad. Como vimos en algunos de los testimonios recogidos en el capítulo cuarto, las familias con progenie en la Universidad

A tienden a poseer accesos más asequibles a los canales más formales e instituidos de gestión política. Dichas ventajas sin duda se transfieren en los aprendizajes y las visiones de las y los jóvenes provenientes de esos núcleos.

En cambio, en la Universidad B, la política más convencional es menos asidua entre familiares. Con un tamiz más contingente y eventual, los costes de mantener un activismo más sostenido en el tiempo son mayores entre las clases trabajadoras.

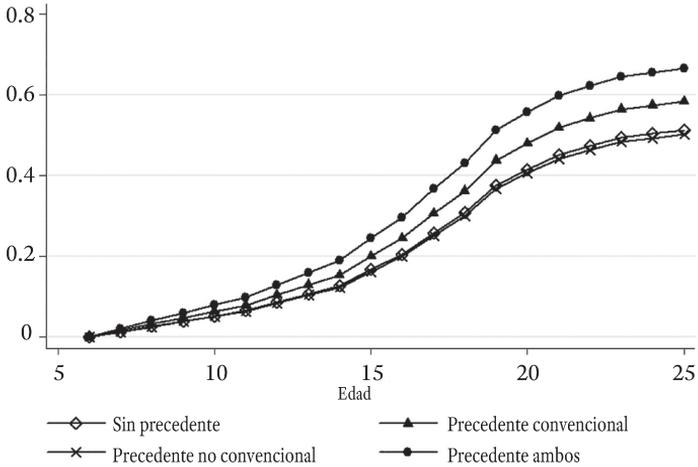
Una vez más en el interior de la Universidad A las distancias entre subconjuntos con o sin precedentes participativos tienden a ser menos agudas. En la B, sin embargo, la experiencia participativa no convencional de los progenitores se traduce en importantes distinciones en el calendario y la intensidad con que se suscita la activación cívica.

En términos puntuales, sin considerar los antecedentes de participación parental por ambas vetas, las brechas probabilísticas coadyuvan a dar cuenta de lo anterior. Así por ejemplo en la universidad privada, llegados los 18 años, las probabilidades de activarse cívicamente son 20% mayores para aquellos cuyos padres han participado de manera convencional, con respecto a las y los estudiantes que provienen de entornos familiares pasivos. Mientras que, en la pública, a esa misma edad, la propensión de ser activo es 1.24 veces (124%) más amplia para quienes son hijos o hijas de padres involucrados por vías no convencionales, con respecto a aquellos y aquellas cuyos progenitores se han mantenido sin tomar parte en asuntos políticos.

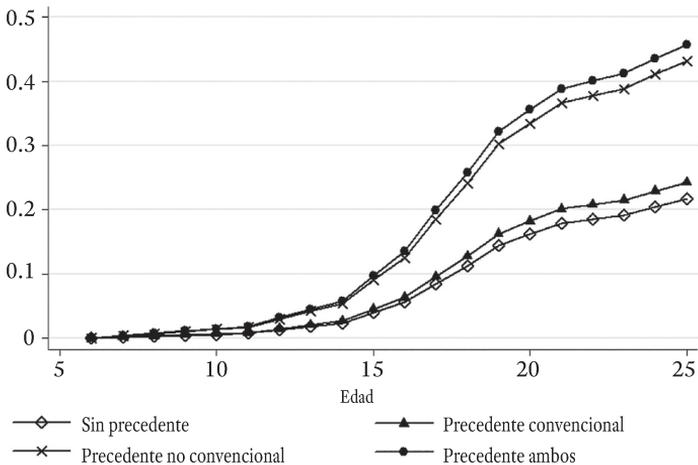
Una vez más el fantasma de la cultivación concertada o del logro del crecimiento natural sugerido por Lareu (2011) vuelve a ser invocado. Mientras la universidad privada acorta las brechas participativas entre sus estudiantes, en la pública prevalece una distinción progresiva desde los 15 años. En una, las ventajas relativas y las estrategias amortiguan el calado de la diferenciación acontecida entre la infancia y el tránsito a la adultez; en la otra, las inequidades llegaron para quedarse.

Gráficas 6.2. Probabilidades estimadas. Efecto asociado a los precedentes de participación familiar, manteniendo constante el resto de los predictores

Universidad A



Universidad B



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

Al límite de los 25 años, en la Universidad A cerca de 50% de la gente sin precedentes participativos ha logrado iniciar una vida pública activa. En la B menos de una cuarta parte (22%) consigue lo propio. Sumado a los contrastes materiales inherentes a cada plantel, esto nos muestra cuán diferenciada es la vinculación con los circuitos de la política; diferencia que como podemos apreciar tiene mucho que ver con el carácter hereditario de las prácticas y disposiciones de la familia en torno al poder, su gestión y su desafío.

En un tono semejante las diferencias sexuales con implicaciones participativas tienden a diferir entre uno y otro contexto formativo. Como se discutía en el capítulo anterior, buena parte de los rezagos políticos vinculados a la lotería sexual se agudizaban por la influencia de la desigualdad material. Ser mujer y gozar de menor comodidad desde el hogar, implicaba una suerte de déficit cívico para los años venideros del curso biográfico.

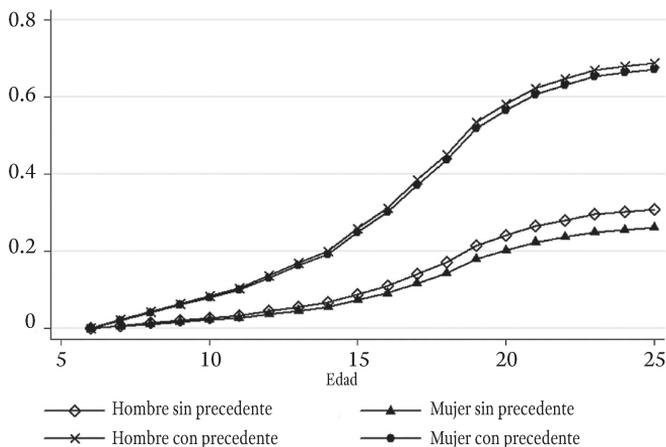
Con ello en mente se esperaba que las distorsiones participativas sexuales fuesen más pronunciadas dentro de la Universidad B. No precisamente porque se trate de jóvenes atribulados por una ingente privación económica, sino en todo caso porque hablamos de un escenario universitario con mayor diversidad en la calidad de vida.

Así, para contrastar esa presunción, se optó por añadir la interacción con la precedencia de participación prepolítica durante la infancia. Aunado a la importancia de tal factor sobre la detonación del activismo sucesivo, los datos recabados mediante el cuestionario de encuesta sugieren una situación singular: el involucramiento durante la niñez es más abultado entre las mujeres que entre los varones. En la Universidad A, 73.97% de los hombres declaró contar con dicha experiencia durante sus primeros años, en contraste con un 87.3% de las personas de sexo femenino. En la Universidad B, esa misma situación acontece para 50.9% de los jóvenes y para 71.6% de las estudiantes.

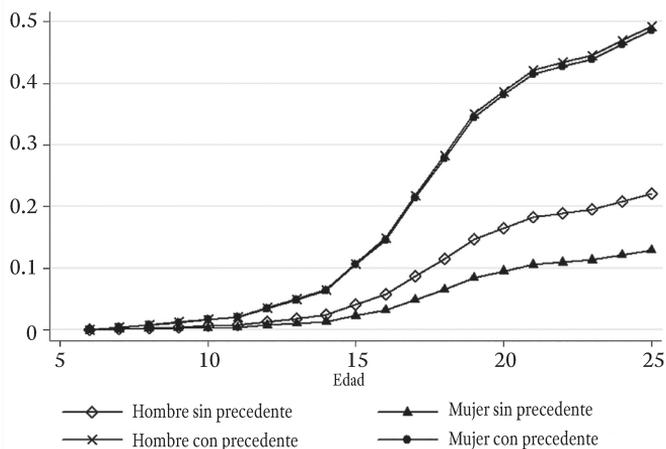
Si las diferencias motivadas por las desigualdades de género fuesen tan determinantes, el papel de las inmersiones asociativas infantiles tendería a desvanecerse aun entre los subgrupos de chicas de uno y otro enclave formativo (gráficas 6.3).

Gráficas 6.3. Probabilidades estimadas.
 Efecto asociado al sexo de ego en interacción
 con el precedente de involucramiento asociativo durante
 la infancia, manteniendo constante el resto de los predictores

Universidad A



Universidad B



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

La estimación de probabilidades da cuenta de varios asuntos relevantes. En primer lugar, sin considerar el precedente de involucramiento infantil, notamos cómo la brecha entre hombres y mujeres es más pronunciada en el interior de la escuela pública. Reiteradamente, la universidad privada aparece no solo como una alternativa más selectiva, sino también como una locación de ingreso con mayor tendencia a la ecualización. Irónico, no, pues no se trata de un resultado planeado como estrategia institucional, sino de una consecuencia derivada del acceso restrictivo vinculado al pago de una cuota prohibitiva para la gran mayoría de las mexicanas y los mexicanos. Adicional a ello, no debemos olvidar el énfasis extracurricular por promover una mayor inclusión de las y los jóvenes en distintos espacios de convivencia, de los cuales varios de ellos están orientados a encauzar alguna forma de activismo escolar.

No obstante, al incluir el antecedente de involucramiento infantil, toda señal de distinción entre hombres y mujeres desaparece radicalmente. En buena medida, la penetración precoz sobre arenas de colaboración y acción colectiva permite resarcir el peso relativo de las asimetrías del género, al menos entre estos y estas jóvenes con acceso a la educación superior.

El que las distorsiones participativas no devengan de la división sexual, no quiere decir que la devaluación selectiva deje de interferir como un mecanismo de prefiguración en la futura toma de parte en el tratamiento de asuntos públicos. Es claro que no todas y todos los estudiantes han tenido oportunidades anticipadas para incrustarse en espacios grupales o comunitarios y, más aún, que el acceso a dichas plataformas depende en buena medida del activismo ostentado por los padres.

Los datos consignados en los cuadros 6.2 y 6.3 hablan por sí mismos. Hijos e hijas de tigres decíamos en el capítulo cuarto, ironizando sobre las semejanzas prevalentes entre el comportamiento parental y el enarbolado por sus descendientes. Si se dudaba de la transmisibilidad de las habilidades y los hábitos entre predecesores y progenie, aquí se aclara cuán estrecha es la relación entre el precedente parental y la estimulación temprana del germen participativo en los sucesores.

Cuadro 6.2. Relación entre precedentes parentales convencionales e involucramiento asociativo durante la infancia

		<i>Padres pasivos (%)</i>	<i>Padres activos (%)</i>	<i>Total (%)</i>
Muestra general	Sin antecedencia de involucramiento infantil	41.96	58.04	100
	Con antecedencia de involucramiento infantil	18.16	81.84	100
Universidad A	Sin antecedencia de involucramiento infantil	31.32	68.68	100
	Con antecedencia de involucramiento infantil	12.14	87.86	100
Universidad B	Sin antecedencia de involucramiento infantil	49.8	50.2	100
	Con antecedencia de involucramiento infantil	24.8	75.2	100

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del instrumento base.

Así, con una fuerte carga hereditaria y familiar del contacto con lo político, las estimaciones puntuales permiten mostrar que el activismo se configura como el resultado de usanzas previas. Su concreción práctica deriva en diferencias tanto de calendario como de intensidad parcial en las tramas de activación. Quienes han experimentado vivencias colectivas y grupales en edades tempranas tienden a iniciar una vida política activa de forma anticipada con respecto a quienes han prevalecido lejos de espacios colaborativos y comunitarios orientados por un interés común.

Llegados los 18 años, y en ambas universidades, las probabilidades de estar involucrado en la política resultan prácticamente tres veces mayores para quienes han tenido una infancia activa, con respecto a aquellos de una niñez predominantemente pasiva. De manera tal que, al límite de los 25 años, quie-

nes se insertaron en esquemas de inclusión comunitaria desde la infancia tienden a prevalecer como agentes participativos por sobre de quienes no gozaron de dicha posibilidad.

Cuadro 6.3. Relación entre precedentes parentales no convencionales e involucramiento asociativo durante la infancia

		<i>Padres pasivos (%)</i>	<i>Padres activos (%)</i>	<i>Total (%)</i>
Muestra general	Sin antecedencia de involucramiento infantil	40.83	59.17	100
	Con antecedencia de involucramiento infantil	18.79	81.21	100
Universidad A	Sin antecedencia de involucramiento infantil	28.92	71.08	100
	Con antecedencia de involucramiento infantil	12.4	87.6	100
Universidad B	Sin antecedencia de involucramiento infantil	51.29	48.71	100
	Con antecedencia de involucramiento infantil	24.91	75.09	100

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del instrumento base.

Los testimonios recabados en campo refuerzan lo anterior. Martina, de 22 años, y Ulises, de 21, en la Universidad A, junto con Dora, de 21 años, y Neftalí, de 22, en la B, lo dejan claro:

MARTINA. La cosa empieza desde la casa. Mi papá viene desde abajo. Lo que logró lo consiguió defendiendo y reclamando sus derechos. Como empleado del gobierno escaló paso a paso. Se rompió la espalda aprendiendo a establecer contactos en el Senado, con los partidos, e incluso con los sindicatos. Quizá por eso yo terminé estudiando Derecho. Desde muy chica me metían en un montón de actividades deportivas, de cultura y todas esas cosas. No las disfrutaba siempre, pero eso sí, con eso aprendes

mejor cómo lidiar con la gente y la autoridad. La cosa no se mueve si no sabes con quién hablar.

ULISES. Yo en cambio, siempre vi cómo mis padres, especialmente mi madre, no le gustaba la política. Por fortuna estudio ingeniería, así que poco o nada importa cuál sea mi opinión sobre estos temas. A mí no me interesa participar ni salir a la calle, creo que al final todo mundo hace lo que quiere (grupo de discusión A3).

DORA. Mi mamá tiene puestos de tacos en un mercado. Acá en la escuela hasta me apodan la “taquera”. Pero a mí me vale madres, mi jefa es ruda cuando se trata de defender su espacio. Desde morra me tocó ver cómo plantarse frente a los locatarios, y cómo defenderte cuando el gobierno te quiere chingar. Yo no soy chaira ni comunista ni nada de esas mamadas que una ve en las clases de filosofía política. Pero sí entiendo que si te quedas pasmada es más fácil que te pisoteen.

NEFTALÍ. En nuestra familia, la casa la conseguimos porque mis jefes eran de los “Panchos Villas”. Muy chavito me tocó ver que los partidos solo quieren usar a la gente. Ahí sí muy pendejo el que se deje. Yo ahora milito en el PRD. Quizá si la vida no hubiera sido tan jodida, y mis jefes no me hubieran enseñado cómo vérmelas desde chavo, ahora estaría yo en otra onda. Como dice la compañera, no es que te vuelvas experto en revoluciones, más bien, se te quita la ingenuidad, te la sabes más chido cuando se trata de organizarse y de cómo pelear por ciertas cosas (grupo de discusión B3).

Hasta aquí, es evidente cómo elementos previos de carácter familiar tienden a impactar en la conformación longitudinal de las pautas participativas a lo largo de la trama que corre desde la infancia hasta el momento mismo de la transición a la adultez. Empero, la conversión hacia el señorío de la vida adulta es mucho más que una colección de eventos transicionales.

Con base en los resultados derivados del modelo para la muestra general, así como a partir de los hallazgos documentados en capítulos previos, se ha sostenido que el primer empleo y la salida del hogar parental constituyen eventos que trastocan la trayectoria de participación de las y los jóvenes bajo estudio.

Ambas experiencias representan la adquisición de nuevas responsabilidades acompañadas de esquemas recursivos particulares. En el entremedio de la autonomía y la autosustentación, surge el goce de otros derechos y obligaciones, los cuales bien pueden redundar en una mayor libertad del yugo de los padres, al tiempo que favorecen la incursión en otros circuitos de apelación al poder.

El enfrentamiento de distintas restricciones en torno a la calidad de vida se ha sugerido como una circunstancia meneguante de la capacidad de involucramiento de las personas en el espacio público. Ingresar al mercado laboral o distanciarse del domicilio parental no siempre ocurre en condiciones óptimas. Ya sea por un sentido de necesidad o de oportunidad, una y otra vivencia reflejan situaciones donde la gente se ve obligada a priorizar cursos de acción acorde con márgenes disímbolos de posibilidades.

Según veíamos en el capítulo tercero, los conjuntos juveniles con mayores desavenencias económicas se veían instados a emplearse con mayor presteza y en edades más tempranas. Esto les permitía atemperar algunas de las carencias presentes dentro de casa. Cuando el trabajo se suscitaba entre personas más favorecidas, la urgencia de unas se contrastaba con la curiosidad y el enriquecimiento de experiencia de otras. En tono semejante, el distanciamiento del núcleo familiar estaba zanjado por el bienestar material. En la escuela privada claramente el abandono temporal o permanente de la residencia paternal, era más frecuente y anticipado entre jóvenes de sectores medios o altos en su calidad de vida. En la pública, tal distinción era menos clara, en tanto los sentidos de urgencia y de comodidad se mezclaban de manera indistinta.

Por esa razón los modelos para los subconjuntos muestrales de cada universidad recogen parte de las singularidades discutidas. Para el caso de la Universidad A se incorpora la incidencia de la entrada al mercado de trabajo y el cambio de estatus en materia residencial; mientras que para la Universidad B solo se incluye el primero de dichos eventos transicionales. Aunado

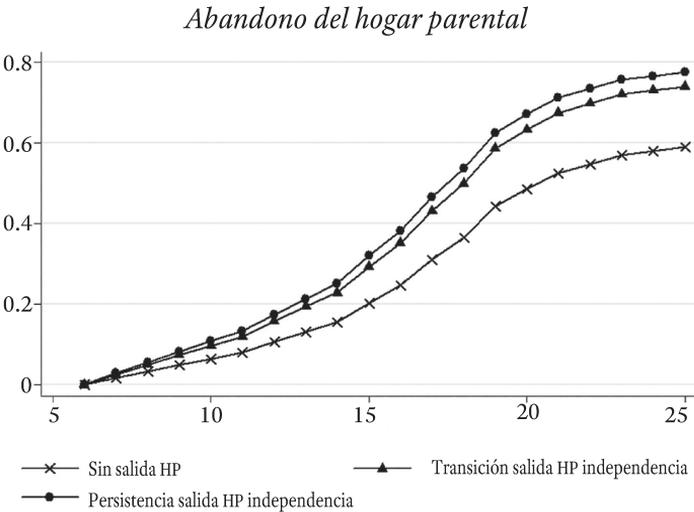
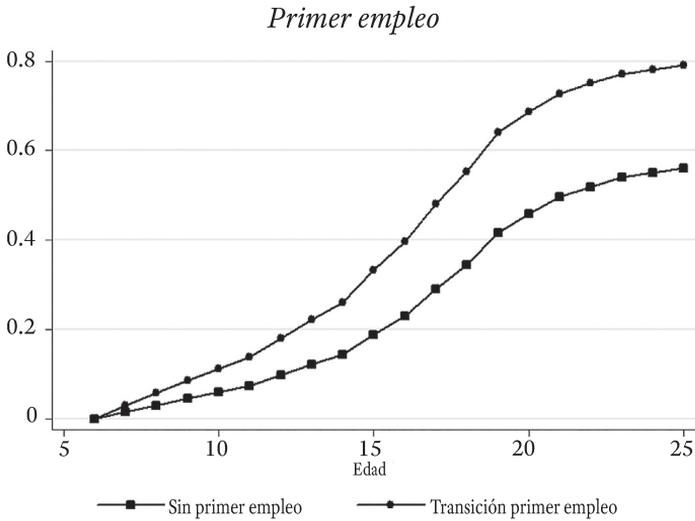
a ello y en consonancia con el esquema analítico postulado en esta investigación, se busca no solo detectar de qué manera impacta la ocurrencia de dichas vivencias, sino determinar en qué medida tales componentes de la transición hacia la vida adulta se conjugan con una mayor capacidad de autosustentación. Esto último recordando que se asume una relación favorable entre la independencia económica y las probabilidades para activarse cívicamente.

Las gráficas 6.4 nos muestran las probabilidades estimadas del involucramiento cívico entre jóvenes de la Universidad A, a la luz del primer empleo y del distanciamiento del domicilio familiar. Según la pauta de dependencia temporal, ambos elementos inducen efectos positivos sobre el calendario y la intensidad de la iniciación participativa. Al límite de los 25 años, se traza una brecha importante en la proporción de casos acumulados con incidencias participativas.

Llegada la mayoría de edad, se produce un pico importante en el ingreso al mercado laboral. Las probabilidades de activarse cívicamente resultan 77% mayores para quienes han afrontado el primer episodio ocupacional, con respecto a quienes no han tenido la oportunidad de desempeñar alguna tarea remunerada.

La salida de casa sugiere un efecto persistente a lo largo del horizonte vital. La propensión de involucramiento es más favorecedora para quienes se han mantenido lejos del hogar parental de forma permanente. Cuando dicha mudanza se acompaña además de la condición de independencia económica, el empuje para la habilitación política es palpable. A los 18 años, las probabilidades de haberse activado políticamente son casi 60% mayores para quienes se han desplazado del núcleo de origen, en contraste con quienes aún no lo han hecho.

Gráficas 6.4. Probabilidades estimadas. Efecto asociado a la experimentación de eventos transicionales particulares y la condición de independencia económica, manteniendo constante el resto de los predictores en la Universidad A

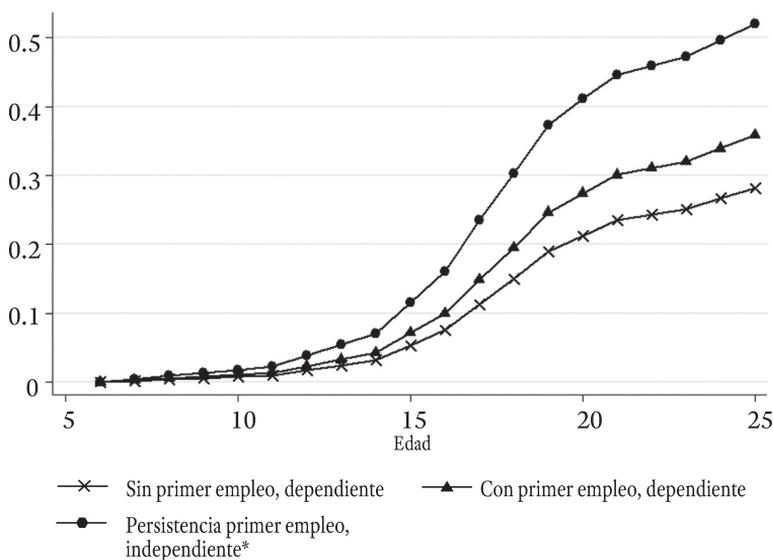


Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

Por su parte, en la Universidad B el primer empleo se concreta como un detonante clave en el proceso de involucramiento. El impacto de tal precedente se proyecta como una pauta de talante persistente en el desarrollo biográfico de las y los jóvenes de la escuela pública. Si dicha circunstancia se traduce en una mayor capacidad de autosustentación y emancipación familiar, los efectos favorecedores para incursionar en el terreno de los asuntos públicos se tornan más nítidos (gráfica 6.5).

Gráfica 6.5. Probabilidades estimadas.

Efecto asociado a la experimentación del primer empleo y la condición de independencia económica, manteniendo constante el resto de los predictores en la Universidad B



*Condición de independencia económica.

Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

A los 18 años quienes han tenido que acceder a un empleo, ostentan el doble de probabilidades de haberse activado cívicamente, con relación a quienes aún no lo han hecho. Que-

nes además han logrado conquistar una mayor potestad en el acopio y goce de recursos, triplican esa probabilidad. Al límite de los 25 años la distinción asociada al primer contacto con el mundo laboral redonda en una distancia muy amplia en la proporción de casos acumulados con participación política.

Luego entonces parece contradictorio toparse con responsabilidades adquiridas que lejos de menguar el espíritu participativo tienden a favorecerlo. La inserción en otros espacios de desenvolvimiento no compite *per se* con el desahogo de actividades ciudadanas. Un par de testimonios recogidos mediante entrevista permiten comprender mejor esta incógnita. Cuando la conversión a la adultez supone la superación de desventajas precedentes, las circunstancias de habilitación política se ven potenciadas. Al menos así lo refirió Adán, de 21 años, en la Universidad A y Gilberto, de 22, en la B.

ADÁN. Yo comencé a trabajar muy joven porque de otra forma no me podría pagar la educación. A los 19 me salí de mi casa para acortar los tiempos de traslado entre el trabajo y la universidad. Sí supuso una buena chinga, pero bueno, con eso ayudé a mis papás a salir adelante. También me hice de mis propios tiempos, de mi lana. De alguna forma, obtuve más libertad para hacer un montón de cosas, entre ellas por ejemplo asistir con mis amigos a marchas y todo eso. Cuando tienes necesidades, pos ahí sí, te jodes, porque la falta de lana o de recursos decide por ti.

GILBERTO. Mi primera chamba pagada fue como a los 14. Desde ahí no le he parado. Al paso de los añitos, la cosa paga, porque ahora ya tengo más dinero, ayudo a mi mamá y a mi abuela. También en la chamba he hecho otras relaciones, eso me ha permitido crecer como persona, darme más tiempo y también darme cuenta de que hay muchas cosas por las que uno debe sacar la cara. Me doy mi tiempo para participar, porque quiero, porque puedo, pero también porque hace un chingo de falta. Si mi situación siguiera como cuando estaba muy chavo, con chingos de necesidades, no podría hacerlo, porque ahí sí el tiempo te falta para atender varias cosas (entrevistas A23 y B2).

Sin duda, algunas reflexiones invitan a trascender la especificidad del referente empírico de este libro. El entorno no solo es desigual más allá de estas dos escuelas. También el tránsito a la adultez es contradictorio para una multitud de jóvenes dentro y fuera del reducido círculo de la educación superior. Las responsabilidades irrumpen precozmente en las biografías de ciertas personas, mientras otras retrasan o postergan sus conquistas autonómicas o emancipatorias frente a la creciente incertidumbre social. Si como apunta nuestra evidencia, la vicisitud frena a aquello que potencia una mayor facultad decisional y una mejor capacidad de autosustentación, el activismo político resulta por demás complejo y dispar. Ejercer la ciudadanía aparece entonces como un privilegio derivado no solo de circunstancias más favorables de bienestar, al tiempo se yergue como un producto de la libertad conseguida por medio de la independencia plena y el crecimiento personal.

En esa tesitura, incorporar el tránsito a la vida adulta como un componente explicativo implica no solo considerar al conjunto de eventos conducentes a la maduración. A su vez se debe contemplar parte de las condiciones que ponen en duda la estabilidad en la tenencia y el ejercicio de determinados derechos y prerrogativas. Como una forma de problematizar dicha dimensión, en este trabajo se recoge la incidencia del grado de experiencias acumuladas de vulneración.

Tal y como se ha señalado en ocasiones previas, estas vivencias adversas se conforman por múltiples eventualidades: embarazos tempranos, violencia en la pareja o dentro del hogar, abusos de autoridad o situaciones límite para acceder a servicios de salud o continuar estudiando, los cuales constituyen parte de los incidentes recogidos en la conceptualización amplia de vulnerabilidad.

Con el objetivo no solo de poner a prueba la verosimilitud de los hallazgos para la muestra general, los modelos para los subconjuntos universitarios consideran un factor de interacción entre los orígenes sociales y el grado de acumulado de sucesos adversos.

Como se discutió en el capítulo tercero, la relación entre ambas cuestiones no solo es por demás intuitiva sino altamente significativa. El padecimiento de contratiempos vitales se distribuye de manera asimétrica. Tal cual se señaló en su momento, los constreñimientos socioeconómicos implican también la precarización del tiempo y el acotamiento de vínculos tan relevantes como otros recursos en la potencial resolución de problemas.

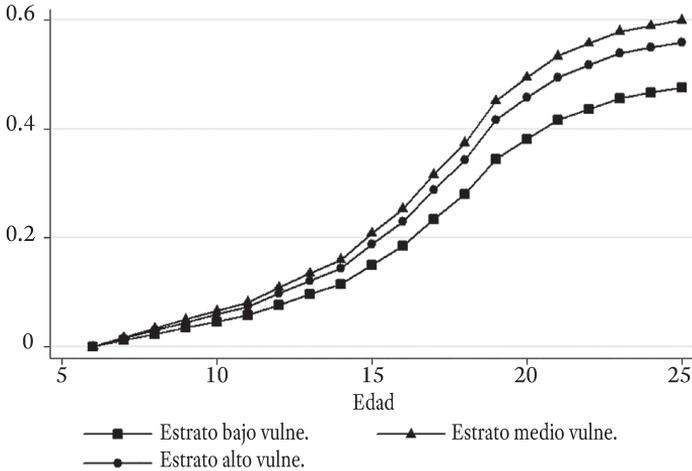
Pese al bálsamo de la formación profesional, tanto en la Universidad A como en la B, destaca la manera en cómo las y los estudiantes han debido sortear distintas problemáticas. Al menos 8 de cada 10 se ha confrontado con alguna de las tantas expresiones de la fragilidad. Con grados diferenciados de acumulación, dichas experiencias suscitan importantes disputas por el reconocimiento, el aseguramiento de privilegios y la conformación de roles sociales. Por ende, asumiendo la influencia de un proceso de devaluación selectiva, podríamos imaginar a la vulnerabilidad como un elemento menguante de las capacidades políticas de estos y estas jóvenes, sumándose incluso a la inercia desfavorable de privaciones materiales traídas consigo desde el contexto familiar.

Los patrones delineados en las gráficas 6.6 dan cuenta de efectos diferenciados según la institución universitaria de referencia. En el caso de la Universidad A, al mantener en su nivel promedio al resto de los predictores, incluido el grado acumulado de vulnerabilidad, los estudiantes con orígenes sociales más modestos tienden a quedar rezagados en el calendario y la intensidad con que se suscita su proceso de activación cívica. Por su parte, en la B, la distinción entre jóvenes de los estratos bajo y medio de las condiciones de partida no resulta nítida, de tal modo que en la trama de tiempo prevalece una participación más favorable entre quienes poseen mayores ventajas materiales y de calidad de vida desde el entorno familiar.

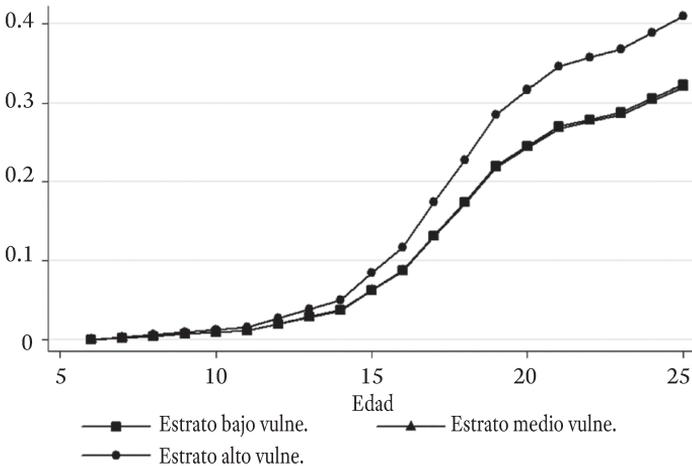
Con el propósito de precisar la magnitud de esa relación detectada se llevaron a cabo estimaciones puntuales para los percentiles 30 y 99 del grado acumulado de vulnerabilidad (gráficas 6.7).

Gráficas 6.6. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al origen social y el grado acumulado de vulnerabilidad, manteniendo constante el resto de los predictores

Universidad A



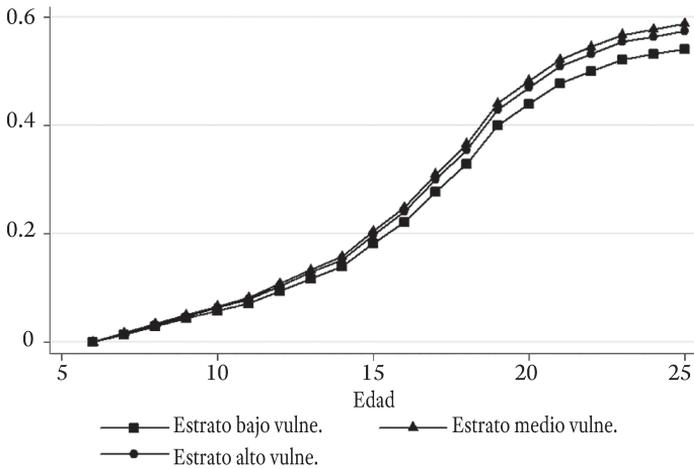
Universidad B



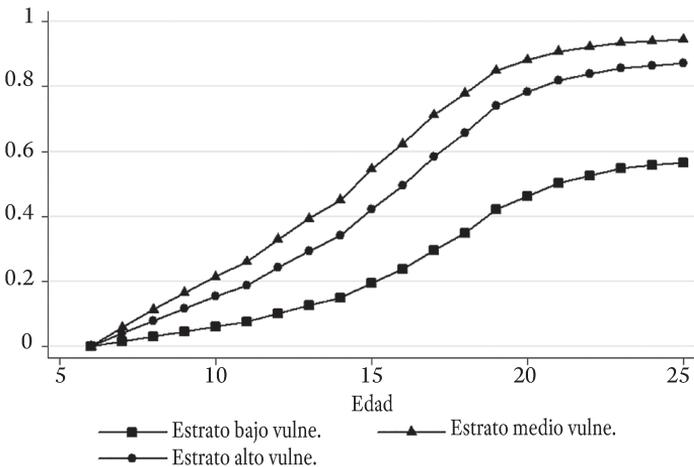
Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

Gráficas 6.7. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al origen social y los extremos en el grado acumulado de vulnerabilidad, manteniendo constante el resto de los predictores en la Universidad A

Nivel más bajo de vulnerabilidad (p30)



Nivel crítico de vulnerabilidad (p99)



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

En el subconjunto de universitarios de la institución privada, los patrones reflejan un arreglo peculiar asociado a la composición de su población estudiantil. Cuando la tasa de eventos vulnerables se fija en sus grados más bajos, las diferencias vinculadas a los orígenes sociales resultan poco sustantivas. Empero, cuando se enfoca la mirada sobre los niveles críticos de experiencias adversas, las distinciones de carácter socioeconómico se tornan mucho más pronunciadas.

En efecto la confrontación de situaciones problemáticas incide positivamente sobre la propensión al involucramiento cívico. No obstante, la propia lógica de ocurrencia de tales vivencias viene mediada por el peso de otras determinaciones subyacentes. El impacto de las experiencias que ponen en jaque la estabilidad personal de estos y estas jóvenes ocurre en forma situada. Para quienes ostentan condiciones más desfavorables, los descalabros biográficos tienden a perpetuar su estatus como personas desaventajadas, mientras que en los sectores más privilegiados tiende a frenar parte de las inercias bajo las cuales se establece contacto con el mundo político.

Así, en términos puntuales la brecha en el calendario y la intensidad de la activación política es impresionante. Llegados los 18 años, las probabilidades de participar activamente por parte de las y los jóvenes con niveles críticos de vulnerabilidad en la Universidad A resultan tres veces mayores para los situados en el estrato medio y 2 veces más amplias para los del estrato alto, con respecto a quienes se ubican en el cuantil de orígenes sociales más modestos. Es cierto, no todas y todos somos iguales, y para rematar, hay quienes gozan de mejores suertes para plantarle cara a la inequidad.

En esa tesitura, lo rastreado en la Universidad B resulta todavía más incisivo. Al enfocarse sobre los niveles más bajos de experiencias adversas, la distinción asociada a las circunstancias socioeconómicas de partida tampoco resulta tan clara. Incluso cuando el grado de situaciones conflictivas es tan reducido, tiende a prevalecer una mayor probabilidad de activación cívica entre las y los jóvenes con una calidad de vida más favorable.

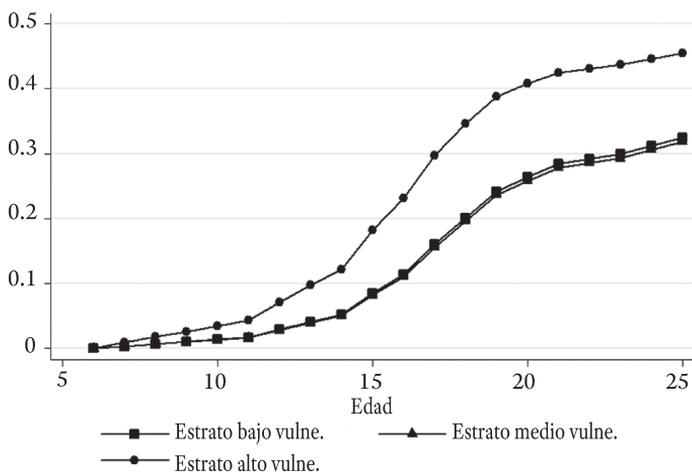
Al centrarse en el percentil más alto de la magnitud de vulnerabilidad acumulada, precisamente las discrepancias entre las categorías de origen social se tornan también mucho más remarcadas. El inicio de una vida política activa adquiere de manera predominante un rostro configurado por la prevalencia de universitarios y universitarias con mayores capitales de partida. Llegada la mayoría de edad para las y los jóvenes de la Universidad B con mayores episodios adversos, las posibilidades de participar se conforman de manera explícitamente asimétrica. Para quienes provienen de condiciones en cierto modo privilegiadas, las probabilidades de activarse cívicamente resultan dos veces mayores, con respecto a quienes se sitúan en estratos menos favorecidos (gráficas 6.8).

El talante del hallazgo no es menor. Los patrones en ambas universidades dan cuenta del peso de la devaluación selectiva tan referida en este capítulo y en el anterior. Si bien el encaramiento de circunstancias de vulneración tiende a motivar una interpelación más densa con los circuitos del sistema político, también da lugar a la reproducción de inercias temporalmente enmarcadas, las cuales redundan en la persistencia participativa de ciertos sectores sociales. Tal cuestión implica a la larga, una traducción innegable de distinciones sociales cotidianas en asimetrías políticas.

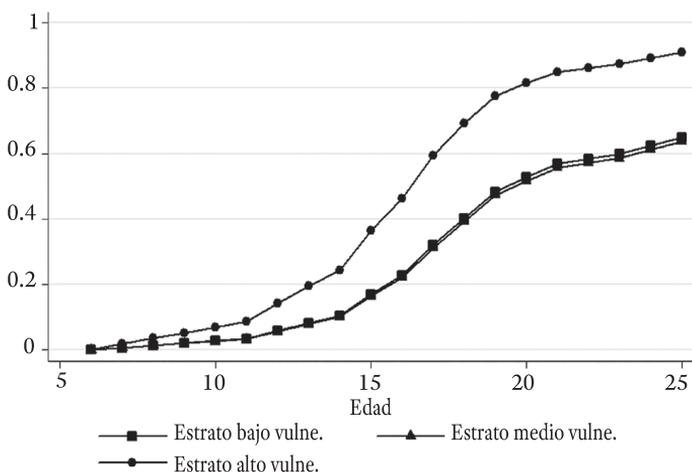
No se trata solo de que aquellos y aquellas con mayores privilegios sociales y materiales tiendan a experimentar menores amenazas a lo largo del curso de vida. Aun cuando situaciones problemáticas colman parte de su desarrollo, son esas mismas personas quienes poseen mayores recursos para dar salida a las eventualidades que se suscitan. Al mismo tiempo, ese mismo patrón integra diferencias sutiles, en la medida en que los espacios de sociabilidad recogen a individuos con características específicas. La comparación entre los enclaves formativos A y B abona justamente a comprender cómo se prefiguran privilegios relativos en una escuela, los cuales no necesariamente se tornan extensivos en el otro contexto educativo.

Gráficas 6.8. Probabilidades estimadas. Efecto asociado al origen social y los extremos en el grado acumulado de vulnerabilidad, manteniendo constante el resto de los predictores en la Universidad B

Nivel más bajo de vulnerabilidad (p30)



Nivel crítico de vulnerabilidad (p90)



Fuente: elaboración propia con base en el modelo ajustado para los subconjuntos muestrales de cada universidad.

Aun en estas juventudes de aspiración vulcaniana, selectiva, aventajada, o como sea que usted le quiera llamar, la desigualdad invoca impactos diferenciados donde la ficción democrática se quiebra ante el peso de una realidad tan dispar. Imaginar a la corrosión del espíritu ciudadano por la ingente inequidad social, desde luego trasciende la acotada experiencia de las y los jóvenes de los planteles aquí retratados.

Si bien la ciudadanía no puede ser reducida a su encarnación activa por medio de la participación, el uso de la voz política representa una potestad clave en el ejercicio y la exigencia de derechos. La singularidad de quienes acceden a la educación superior, más aún de quienes están circunscritos a las instituciones formativas aquí analizadas, sin duda no puede ser generalizada ni para el resto de la juventud ni mucho menos para el total de la población. Sin embargo, las conjeturas y preguntas derivadas de nuestros hallazgos son verdaderamente desoladoras. La promesa de la igualdad política está invadida por el fantasma de los obstáculos más cotidianos en la producción de la vida social. Si la democracia solo prospera sobre el aislamiento de tales dificultades, nuestras instituciones, nuestras reglas, e incluso nuestros espacios excepcionales de formación de elites, exhiben signos de un relativo fracaso. La política no solo se ha tornado en un lujo, sino en una potestad que, en un país tan desigual, está llamada a quedar en manos de una minoría.

LA DEVALUACIÓN SELECTIVA Y LA HETEROGENEIDAD SOCIAL RELATIVA

Este no es el lugar apropiado para condensar las conclusiones y los argumentos finales del libro. No obstante, hasta este punto vale la pena remarcar algunos de los aspectos discutidos en los últimos capítulos.

El diseño de esta investigación se sustentó bajo una premisa de alto contraste entre los núcleos particulares del referente

empírico. La selección de las universidades A y B estuvo pensada como una maniobra heurística, con la cual más allá de la relevancia de cada caso se sometía a prueba la verosimilitud de las tesis de Tilly y de Marshall: el germen democrático florece ahí donde se logra aislar a lo público de las inequidades sociales más cotidianas.

La tesis central de este trabajo requería de una muestra de personas cuyas cualidades permitieran sopesar en qué medida el lapso que corre desde la infancia hacia el tránsito a la vida adulta cuenta de una trama longitudinal de distinciones sociales que se configuran como diferencias participativas. Si nuestras presunciones resultaban factibles, la incidencia de algunos factores dimensionales tendería a prevalecer aún en entornos de comparación con niveles de heterogeneidad social relativamente dispares. Así, en la escuela privada sus características composicionales reflejan una población estudiantil mucho más homogénea que en el caso de la institución pública. En algún sentido, el cariz exclusivo de la primera escuela, con respecto a la masividad de la segunda, abonaría a captar a grupos de estudiantes mucho más similares a su interior y contrastantes hacia el exterior.

Los hallazgos discutidos con antelación apuntan a situar la participación política como el producto de una conjugación en donde atributos y acontecimientos se imbrican a lo largo de una trama temporal. La activación cívica es incluso una condición recurrente de manera previa a la adquisición formal del estatus de ciudadanía llegada la mayoría de edad. La capacidad de incidencia de los entornos familiares, sus circunstancias envolventes y sus prácticas precedentes, se yerguen como marcas fundamentales de los horizontes de politización venideros en el curso vital de los sujetos.

Durante la ruta de conversión de la juventud a la adultez, las universitarias y los universitarios bajo estudio reflejan la prefiguración de pautas de habilitación ciudadana, donde la expresión activa del compromiso cívico se ancla a las particularidades de su desarrollo personal, profesional, cultural y, por supuesto, político.

En el terreno de los aspectos comunes en una y otra escuela, se da cuenta del modo en el que desde el ámbito familiar se detonan condiciones peculiares para la inserción en muy distintos campos de socialización. La elección de la institución formativa, la tenencia de precedentes de acción política, así como el cariz contingente de eventos transicionales, tienen génesis en la cuadratura de origen desde el hogar. Por supuesto, no es que el determinismo se implante como la base configurativa del activismo político. En reconocimiento de la complejidad, los procesos de desenvolvimiento personal se tornan contingentes en la medida en que se adaptan a circunstancias venideras. Esta lógica de encauzamiento y de devaluación selectiva permite comprender que las expresiones agenciales de las personas se inscriben en marcos constringentes, con los cuales se construyen decisiones en muy distintos ámbitos.

En consecuencia, la apelación al sistema político por medio de acciones participativas se define a la luz de la posesión de hábitos, de recursos y de prácticas desde el circuito familiar, así como por la contingencia que acompaña a la redefinición de roles sociales que tiene lugar a lo largo del curso de vida.

Por esa misma razón, enfocándose en la arena de las particularidades, las distinciones recogidas en la Universidad A y en la B se expresan en divergencias sutiles que derivan desde la caracterización misma de sus contextos primarios de interacción. Mientras en la institución A sus estudiantes provienen de escenarios más favorables de desarrollo, en la B persisten los efectos de un clima más adverso de origen. Si en el primer conjunto, sus padres se caracterizan predominantemente por haber sido universitarios, haber participado por canales convencionales y poseer mayores comodidades socioeconómicas; en el segundo, sus nexos familiares develan una mayor carencia de membresías, capitales y oportunidades para una mejor calidad de vida.

Ambos grupos de jóvenes, relativamente privilegiados, reflejan el impacto de la diferenciación social sobre el encumbriamiento de sus potestades políticas. Pese a la carga de expectativas

de su formación, su habilitación política resulta condicionada por el conjunto de constricciones que les rodean desde etapas anticipadas de su proyecto vital.

El involucramiento en los asuntos públicos es, por tanto, no solo altamente dispar en la relación entretejida entre gente políticamente activa y pasiva. Al mismo tiempo, el activismo político se enarbola como una posibilidad para unas cuantas personas pertenecientes a determinadas categorías sociales, con determinados antecedentes vinculantes y la potestad de ciertos elementos recursivos. Pese a la incapacidad para generalizar los hallazgos aquí obtenidos hacia otros escenarios, los patrones encontrados dentro de estas reducidas muestras de jóvenes ponen en evidencia la fragilidad del supuesto de igualdad que reviste la base preceptiva de la noción de ciudadanía.

Al margen de las disposiciones y de los indicadores de cultura política, la participación emerge bajo la construcción distorsionada de accesos. En la medida en que la pauta temporal se constituye como un entramado de perduración y estabilización de elementos sociales ventajosos, el compromiso cívico activo se delimita a partir de distinciones con un remarcado sentido de herencia y reproducción.

Si entre juventudes con posibilidades relativamente favorables, como las aquí analizadas, aún prevalece dicha circunstancia, se vuelve necesario tratar de dilucidar el modo en el que la politización se edifica a la luz de sujeciones particulares que determinan la multiplicidad de cursos vitales de las personas. No solo se trata de retratar relaciones entre factores sociales y el fenómeno participativo, el reto perenne consiste en explicar por qué la política continúa figurando como un espacio de incidencia e inclusión de pocos y pocas, frente al apartamiento de otros y de otras.

A MANERA DE CIERRE

I'm sorry, the world isn't one big Liberal Arts College campus
(The Reality, de Trey Parker y Matt Stone, "Safe Space",
South Park, temporada 19, episodio 5).

Este libro terminó de escribirse en los albores de un nuevo gobierno en México. Tras competir en tres distintas ocasiones por la titularidad del Ejecutivo Federal, Andrés Manuel López Obrador logró ganar la presidencia de la república en el año 2018.

Su victoria no fue poca cosa. Más allá de las coincidencias o los antagonismos con sus ideas, con sus esbozos de proyecto o con sus iniciales emprendimientos desde la investidura presidencial, la llegada de López Obrador al poder puso en primer plano las rajaduras de un país profundamente desigual. Vamos, no es que antes dicha cuestión no fuese un tema relevante en la agenda nacional, mucho menos que tales fisuras fuesen invisibles al avistamiento cotidiano. Sin embargo, en un contexto donde 50 millones de personas se rozan diariamente con la ingente precariedad, la oferta programática basada en la consigna "por el bien de todos, primero los pobres", algo tendría que cimbrar.

Para bien o para mal, así sucedió. El 1º de diciembre de 2018, las mexicanas y los mexicanos nos despertamos para testimoniar un día de ánimos volubles y ambivalentes. Lo que para unos y unas era una fiesta con complejos motivos de celebración, para otros y otras se traducía en un pesar melancólico, cual si se asistiese al funeral de la quebradiza democracia mexi-

cana. En el entremedio de los llantos de alegría y los sollozos de lamentación, estaban también quienes albergaban una esperanza mesurada, aderezada con críticas, y quienes lo percibieron solo como un sábado más en la tragicomedia nacional.

Evidentemente, esta no fue la primera ni la única elección donde prevaleció y prevalecerá la animosidad ciudadana. Quizá en la medida en que los asuntos de gobierno todavía importen, ese es un costo ineludible de cualquier expresión democrática. No obstante, las emociones de aquel 2018 parecían sintomáticas de un desgaste social latente. Desde las barbaridades de presagiar un futuro como el de Venezuela hasta la ingenuidad de los comparativos con el Benemérito de las Américas, resultaba un tanto imposible mantenerse al margen de tal polaridad. En ocasiones era inevitable pensar en la teatralidad adversativa de un contexto tan dispar, donde ciertas personas se aferran a la fragilidad de sus relativos privilegios, otras tantas los niegan y los ocultan, y muchas más se desbordan ante el hartazgo de la inequidad. *Hobbits*, *hooligans* o *vulcanianos*, todos y todas nos descubrimos partícipes de esa convicción agonística en alguno de los momentos más recientes.

Ahora bien, nos guste o no, al actual presidente le sobra razón cuando apunta cuán necesario es divorciar el poder económico del poder político. Desde tiempos inmemorables, lo segundo ha parecido sucumbir a lo primero. Sin la necesidad de ceder terreno a los eufemismos, México como otros tantos parajes ha hecho de sus divisiones entre clases sociales un engranaje frívolo de distinción entre categorías ciudadanas. Los derechos y su ejercicio pleno distan mucho de estar al alcance generalizado de toda la gente.

El reconocimiento de esa condición hoy raya en la perogrullada y, aun así, su trivialización alcanza niveles verdaderamente preocupantes. En buena medida promovido por el propio discurso de un gobierno erigido como padre de los pobres, y suspicazmente como madre permisiva de los más ricos, la retórica antagonica ha llegado hasta niveles insospechados de banalización.

En el uso y abuso de etiquetas cotidianas por parte de López Obrador, de sus más fervientes seguidores, y también de sus más obstinados detractores, la complejidad de la desigualdad social se ha abreviado a una lucha entre dicotomías peyorativas. *Chairos* o *derechairos*; *conservadores* o *progresistas*; *fifis* o *no fifis*; *mafia del poder* y *pueblo honesto*, son algunos de los términos que disfrazan a la conversión de la diferencia en asimetría política; y peor aún la reducción de la inequidad social a un juego entre el mérito y la holgazanería. El mundo y su realidad sin duda desmienten la simpleza de tal hipocresía.

Tomemos como pretexto una bobería hartamente difundida por los corredores virtuales de las redes sociales. Usted, lector o lectora, quizá circuló y hasta inocentemente se dio el tiempo de contestar al llamado *fifiómetro*. Se trataba de un cuestionario ramplón donde satíricamente le preguntaban sobre su tono de piel y el color de su cabello. Se agregaban interrogantes sobre si sus ingresos mensuales sobrepasaban los 10 000, los 30 000 o los 100 000 pesos. Se le inquiría sobre si tenía un coche propio y si era de alguna marca en particular; si había llegado hasta la universidad; si vacacionaba fuera del país, si lo hacía para visitar familiares indocumentados o incluso si había tenido oportunidad de pasearse por algún paraje europeo. Se añadían cuestiones como la tenencia de una casa propia, si su apellido terminaba en “ez” o si evocaba la pertenencia a alguna familia extranjera; si contaba con alguna mascota con *pedigrí*, y si habituaba leer cierto tipo de prensa etiquetada por el propio mandatario en turno como *conservadora*. Al contestar a cada rubro, la persona acumulaba una serie de puntos. Para quienes resultaran con una mayor cantidad de estos, mayores serían sus vestigios de pertenencia a la crema y nata del escenario nacional.

Aplaudido el ingenio y reída la sorna, la gracejada pronto pasó a tornarse incómoda. La gente más susceptible no tardó en irritarse ante la mofa. Entre el satín de lo políticamente correcto y el cinismo de la irreverencia, los visos de resentimiento reflejaban las franjas nada anodinas con que se produce cotidianamente la vida social. Por encima del chistecito clasista,

algunos y algunas notaron cuán fácil era ser etiquetado como parte del gremio más prestigiado de la sociedad. Bastaba con haber ingresado a la educación superior, medio hablar algún otro idioma diferente al español o tener alguna que otra posesión para inscribirse en la reducidísima comunidad de las y los *fifís*. Nada sorprendente, si recordamos que estamos en un país donde la negligencia y la inercia han condenado a cerca de la mitad de la población a la mera supervivencia.

Empero, más allá de las solemnidades y de las crudezas, de los binomios y las descalificaciones, el jueguito atroz retrataba irónicamente una condición deleznable del México actual. Ahí donde la calidad de vida es extenuada hasta los extremos más absurdos de la opulencia y de la privación, los indicios de bienestar están tan disparmente distribuidos que aquello que por principio es un derecho termina operando como un privilegio. Son tan contadas las señas de certeza, de comodidad y de bienandanza en los horizontes más ordinarios de nuestro contexto social, que cualquier signo de ventaja o de prosperidad invocan al resquemor del despojo, de la usurpación y de la explotación. Algo de cierto hay en ello, pues la concentración de oportunidades se exhibe a tal grado que resulta ineludible ignorar cuán inclinada está la balanza a favor de ciertos sectores.

Sin reducir la delantera de unas cuantas y de unos cuantos a la mera ejecución de una herencia o la continuidad de un sendero de ostentación y de confort, la movilidad y el cambio de estatus se han convertido en una auténtica rareza. El trabajo, la educación, la comunidad y el propio enclave familiar desempeñan un papel paradójico en esa búsqueda de mejoría casi intuitiva en cualquier grupo social. Al margen de la conservación vital más elemental, en dichos entornos se forjan expectativas y metas con grados muy diferenciados de cumplimiento. Si bien es absurdo pregonar acriticamente el *dictum* “origen es destino”, el pasado de las personas sigue determinando en buena medida la hechura de su biografía.

Como corolario a la mar de prejuicios del México actual, el distingo material no agota los linderos de convivencia entre

gente que se asume más igual que otra. La coyuntura en la cual se cierra este libro brinda cuentas claras de ello. La insatisfacción manifiesta por parte de algunas voces frente a la llegada del nuevo gobierno revive el peso de añejas contradicciones democráticas. Tal pareciese que para algunos y algunas la democracia solo florece cuando esta ratifica sus preferencias.

No corresponde aquí colar opiniones sobre si 30 millones de votantes se equivocaron en elegir a López Obrador, mucho menos calificar si las tareas labradas en su encargo van por el rumbo más atinado. Lo que nos toca subrayar es cómo, ante un ambiente altamente tensionado, algunos puñados de gente se arrojan mayores méritos y virtudes para orientar el curso de los asuntos públicos.

En la partición prejuiciosa usualmente colada en el diálogo más ordinario, no solo hemos caricaturizado y exacerbado las fronteras entre los conjuntos aventajados y los núcleos más desfavorecidos. Al tiempo hemos profundizado visiones altamente erróneas sobre los males imperantes del prosce-nio societal. Por resentimiento, por tozudez, o peor aún por convicción, los estereotipos han minado el reconocimiento de las vicisitudes múltiples que circundan a la mayoría de las mexicanas y los mexicanos. En el discurso vigente y más común los indicios de comodidad y de bienestar se han tornado indecorosos, cual si detrás de toda prebenda yaciera siempre una elección y una intención cómplice en el truncamiento de otras personas. Por contraste, quienes carecen de los impulsos más básicos de una vida exenta de tribulación se señalan como gente desprovista de suficiente ambición, como una partida de haraganes en espera del lastimero apoyo proveniente de cualquier flanco. A la ciudadanía con recursos se le equipara con los vicios de la opulencia y de la voracidad, mientras que a quienes padecen de privaciones diarias se les asocia con la pereza, la desidia y el conformismo. ¡¿Cuánta insensatez se puede tolerar en pro del libre albedrío?!

Como sea, muy lejos de tales extremos despreciativos tenemos a los grupos universitarios estudiados en este libro.

Circunscritas en el privilegio de acceder a la educación superior en un país donde los tramos escolares parecen diseñados para recordar a cada quién cuál es su lugar en la empinadísima pirámide social, estas personas brindan testimonio del cariz relativo de la desigualdad. Pese a sus indiscutibles ventajas en comparación con el resto de la población, excluida del epítome de la formación, ambos conjuntos de futuros y de futuras profesionistas exhiben las falencias de la ficción democrática. Aun entre la gente llamada al exclusivo, meritatorio y prestigioso circuito de la preparación formal, la igualdad política es un correlato negado ante el impactante desequilibrio de la disparidad más estructural y habitual.

Quizá *fifis* por la suerte de su inclusión universitaria, esas y esos jóvenes nos muestran cuán desproporcionada es la vociferación política en la escena mexicana. Si entre estas juventudes dizque aventajadas persiste el incumplimiento de la homologación de la ciudadanía democrática, ni qué decir de quienes día a día se confrontan con oportunidades todavía más limitadas.

Más allá de la sandez de estigmatizar a quienes de uno u otro modo quedan en medio de la profunda inequidad, a lo largo de todas estas páginas se ha buscado llamar la atención sobre cuán fundamental es la desigualdad social en la manufactura de asimetrías políticas. Incluso en el resquicio nodal de la aspiración igualitaria de la ciudadanía, su práctica activa aparece condicionada por las marcas elementales de una devaluación selectiva. Lo que el llamado democrático está emplazado a equalizar, el curso biográfico se encarga de incorporarlo como una matriz divisoria entre quienes movilizan sus ventajas y quienes aguardan a la espera resignada del reclamo de sus derechos.

A gran distancia del imaginario abstracto del usurpador rapaz, del acaparador de recursos o del plutócrata voraz, los modestos resultados aquí expuestos señalan a unos y a unas protagonistas cuya delantera participativa es producto de una libertad marginal. Las facilidades concedidas por cierto grado de bienestar, las holguras temporales de aplazar el peso de las

responsabilidades, y los empujes otorgados por un tipo específico de dinámica familiar y educacional permiten prefigurar una vida pública activa más asequible.

En contraparte, ni la flojera, ni el fatalismo, ni la apatía se yerguen como los frenos más evidentes de la desafiliación cívica. Entre las y los jóvenes con rezago en la senda de habilitación política más bien figuran las inercias de una trayectoria desventurada, donde la privación relativa, la priorización de otros menesteres personales y las dificultades familiares alimentan un déficit participativo en el tratamiento de asuntos públicos.

No se trata de suerte ni de azar. El peso de las determinaciones favorables de unos y de unas, y las desventajosas de otros y de otras, se explican por el trazado de trayectorias vitales divergentes. Con datos bien cargados, las vicisitudes privadas se traducen en consecuencias públicas. Ni las estrategias, ni las instituciones, ni mucho menos las buenas intenciones alcanzan para detener el fracaso de la política en la oferta de un piso mínimo de igual capacidad de apelación a la autoridad.

Más allá de la circunstancia excepcional de los grupos constitutivos del referente empírico, los hallazgos recolectados en este trabajo permiten extraer cinco lecciones parciales sobre el carácter altamente distorsionado de la participación cívica.

En primer lugar, los resultados obtenidos apuntan a la necesidad de conceptualizar la participación política como una condición que deriva de procesos longitudinales cambiantes y adaptativos que se suscitan a lo largo del curso de vida.

En segunda instancia, la habilitación cívica para ejercer de manera activa ciertas formas de interpelación a la autoridad y al sistema político parecería prefigurarse de un modo particularmente intensivo durante el lapso que corre desde edades más o menos tempranas hasta el momento mismo de la transición a la adultez. El aprendizaje del valor de uso de la participación, la socialización para coordinar esfuerzos, movilizar recursos y orientarlos a la gestión de bienes e intereses públicos, es una cuestión que podría afinarse de forma determinante a la par que

se adquieren nuevas responsabilidades y condiciones de autonomía decisional e independencia económica por parte de las personas.

Como tercer punto, dado que transitar de la juventud a la adultez implica un conjunto de cambios conectados con distintas arenas de desarrollo personal y social (laboral, educativo, familiar, etcétera), la activación cívica podría entenderse también como consecuencia de arreglos recursivos, experienciales y relacionales que derivan de la penetración paulatina en nuevos espacios de sociabilidad.

Cuarto, los arreglos antes referidos suelen reproducir ciertas limitantes selectivas, por lo cual las determinaciones precedentes, como el origen social, familiar y comunitario, redundan en la articulación de pautas adaptativas donde cierto tipo de ventajas facilitan el involucramiento político.

Por último, el quinto punto quizá más importante, por la naturaleza de la comparación entre muestras de universitarios, donde el peso de las distinciones y las desigualdades sociales es acotado, persiste la conformación de brechas en las posibilidades de participación entre sectores aventajados y desaventajados. Los primeros estarían referidos a grupos de personas que se distinguen por poseer una mayor calidad de vida desde su origen social; un contacto anticipado con cuerpos de injerencia colectiva y grupal; individuos que provienen de entornos familiares políticamente activos y que experimentan transiciones particulares que tienden a fortalecer su autonomía decisional e independencia económica. Los segundos, por su lado, reflejan el arrastre de un distanciamiento político forjado desde casa, donde la necesidad es el motor principal de las decisiones y prioridades más íntimas que se anteponen a los reclamos públicos.

Como conjuntos singulares pertenecientes al minúsculo mundo del restringido circuito educacional, no hablamos del todo de casos extraordinarios. Como muchos otros mexicanos y muchas otras mexicanas, las vidas de estos y estas jóvenes se hilvanan entre los vericuetos de una sociedad desigualita-

ria con efectos múltiples y diversos sobre una gama amplia de gente situada en un tejido social agudamente fragmentado.

A modo de completar este cierre, el próximo acápite ofrece una versión más elaborada de la importancia del argumento teórico de la distorsión democrática. Posteriormente, se remarcan algunos de los alcances y las limitaciones del diseño metodológico de la investigación. Por último, se apuntan algunos caminos futuros para robustecer la agenda inquisitiva.

REPASANDO EL ARGUMENTO TEÓRICO DE LA DISTORSIÓN DEMOCRÁTICA

En el horizonte de discusión que hemos señalado previamente, cada vez es más frecuente escuchar a personas doctas pateando el pesebre de la educación escolar. Irónico, pues la posición desde donde se vierten dichas críticas generalmente se vale de los beneficios y de los prestigios concedidos por la alta especialización formativa. Uno de los principales derroteros de la quejumbre está relacionado con el carácter clasista y exclusivo de la preparación formal. Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos para insertarse en el circuito instituido de la enseñanza y del aprendizaje.

El problema no es nada trivial. Si así fuese no habríamos rumiado dichas cavilaciones por poco más de unos cientos de años. La historia alberga suficientes evidencias de la insinuación desigualitaria de la posesión de saberes. Algunas veces monopolio de las elites gobernantes, tesoro preciado de los voceros religiosos, y en otras tantas, instrumento de sofisticación entre las minorías más acaudaladas, el conocimiento y sus prebendas constituyen una fortuna que pocos y pocas pueden aprovechar. Sin polemizar si la gente debiese alcanzar el mismo logro formativo o si es deseable que todos y todas exhibamos similares credenciales educativas, lo cierto es que la instrucción especializada induce diferencias con implicaciones políticas. Quizá basadas en el mito moderno de la razón, o incluso

sustentadas en la asunción del privilegio como consecuencia del mérito, la virtud cívica conlleva todavía en nuestros días un fuerte tufo de concepción aristocrática.¹

Si usted duda de lo anterior, piense por un momento en la clase política mexicana. Con un puñado acotado de rostros y apellidos aparentemente reciclables *ad infinitum*, al menos se esperaría un mayor despliegue de preparación. Sin homologar la tenencia de títulos académicos con la capacidad para manejar políticamente, quizá nos conformaríamos con mejores procesos de toma de decisiones, agudos balances de alternativas sobre el rumbo del país y diagnósticos precisos antes de emprender una acción. Si bien el oasis tecnocrático del mundo y de la región latinoamericana desmienten irrefutablemente que pasar por una escuela erradica la propensión a equivocarse en las gestiones públicas, reconozcamos que además de nuestro rechazo a la corrupción, a la ausencia de convicciones y a la impericia gubernamental, se suma también el anhelo de no estar sujetos a los designios de una partida de figuras carentes de información, presas de su incompetencia o negligentes por su ineptitud. En definitiva, si usted como quien escribe desea que le gobiernen personas más sobresalientes, más sabias y sagaces intelectualmente, es probable que termine aceptando con timidez parte de su germen aristocrático.

Lejos de la casualidad, el capítulo inicial de este libro arrancaba con una discusión sobre el mérito, el privilegio y la distorsión en democracia. Así como el gobierno de los más sabientes no es garantía de decisiones justas o correctas, tampoco podemos asumir la neutralidad demográfica en el acceso a más

¹ El uso del adjetivo *aristocrático* en este texto preserva su sentido original emanado de la filosofía clásica griega de Platón y Aristóteles, referente al sistema de gobierno encabezado por las personas más aptas, de mayores virtudes y más amplia sabiduría. Opuesto al gobierno de las multitudes, esta noción se asemeja al concepto de república sofocrática, donde el conocimiento, la aptitud y el compromiso hacen la diferencia frente al temor de la ignorancia, la desinformación y la volubilidad características de la olocracia.

y mejores oportunidades para la habilitación cívica (Estlund, 2008). Con dados cargados en el cubilete de la vida social, la fantasía del régimen de la gente más esforzada y razonable se diluye dramáticamente. Enarbolar virtudes ciudadanas en escenarios de ingente inequidad no siempre es cuestión de elección, sino resultado de posibilidades y constreñimientos ajenos a la voluntad personal. Cuando menos así tratamos de mostrarlo a lo largo de todo este esfuerzo.

Un libro publicado en 2011 resulta particularmente ilustrativo en el marco de esta discusión. A la usanza de las reflexiones de Marshall (1950a, 1950b, 1973) y Tilly (2007) en torno a la desigualdad, el sociólogo estadounidense Shamus Khan nos pone contra las cuerdas en su obra *Privilege*. Coincidente con los dos primeros autores, Khan asume que ninguna sociedad está exenta de disparidad. Sin preocupación sobre la ausencia de asimetría social, en un sentido abiertamente marshalliano, este profesor de Columbia nos recuerda que un arreglo desigual es más tolerable si se percibe como algo justo e irónicamente imparcial. Vamos pues, podemos aceptar o resignarnos a lidiar con la diferencia, siempre y cuando esta no se traduzca en una transferencia sistemática, poco maleable y determinista de las ventajas o desventajas con las cuales trazamos nuestra biografía.

Más aún, con las particularidades del contexto de estudio, el autor apunta un aspecto paradójico de primer orden. Guardadas las enormes distancias entre Estados Unidos y México, Khan señala la contraposición entre dos procesos estructurales de reciente tendencia. Por un lado, resulta hasta cierto punto incuestionable que las instituciones de educación se han tornado paulatinamente más abiertas a otros sectores. Recordemos las cifras aludidas en el capítulo tercero. De 1960 a 2010, el sistema educativo nacional pasó de atender a solo un tercio de la población de entre 3 y 24 años a un promedio de poco más de 73% (Olvera, 2013). Lejanos a la plena inclusión, el bachillerato y el nivel terciario de formación incrementaron su tasa bruta de cobertura de 48.4 a 71.3%, y de 21.6 a 34.6%,

respectivamente, tan solo entre los años 2000 y 2013 (Ordorika y Rodríguez, 2012). No obstante, por otra parte, las brechas de desigualdad se han ampliado calamitosamente. En definitiva, siguiendo a Khan (2011), la apertura no ha bastado para frenar el estancamiento producido por las particiones de clase social. Pese a la mayor holgura de algunos esquemas de servicio y consumo, los beneficios siguen acaparados por quienes gozan de circunstancias de mayor comodidad, más libertad y mejores alternativas de desarrollo.

El tránsito por la escuela constituye una piedra angular de esa retahíla de expectativas confrontadas con posibilidades auténticas de realización. Tal cual se esgrimía en páginas previas, el ingreso a un plantel se vuelve más prohibitivo en la medida en que se avanza por la trama educacional. Los grupos de jóvenes de las universidades A y B fueron adjetivados de manera reiterada como conjuntos relativamente privilegiados. Haber llegado hasta la formación superior supone en sí una espiral de supervivencia selectiva al alcance de muy contadas personas. Podríamos dar por sentado que el mérito es la gran clave explicativa de la prevalencia escolar de esta muchachada. Empero, si recurrimos de nuevo a la agudeza de Khan, tendríamos que admitir que la meritocracia es una forma suspicaz de ingeniería social.

La apuesta colocada en el talento como pieza central de depuración legítima supone un engranaje plenamente aceptado para la identificación de cualidades entre personas, cuyos adeptos le hacen susceptibles de ser seleccionadas para la apropiación de oportunidades esencialmente finitas. Una de las trampas más evidentes de la fe ciega en el orden y en el progreso radica en convencernos de que nuestras circunstancias de desenvolvimiento son el producto de inversiones estratégicas de tiempo, de ambiciones y de esfuerzos, donde lo obtenido, lo acumulado y aquello que disfrutamos es siempre una conquista. No es que tal sendero no sea posible, lo dudoso es que presumamos que generalmente la idea de logro se configura así. En palabras del propio Shamus Khan:

Parece que hemos despojado a los individuos del viejo bagaje de los vínculos y el estatus sociales, reemplazándolo con atributos personales —el trabajo duro, la disciplina, la inteligencia innata—, y otras tantas formas de capital humano evaluadas como algo separado de las condiciones de la vida social. El impacto de adoptar ese enfoque nos ha conducido a consecuencias contradictorias. Ha socavado al nepotismo. Se ha empleado para promover la apertura de las escuelas al talento de otros miembros sociales que previamente estaban excluidos. Empero, también ha puesto en duda las políticas de acción afirmativa, las cuales toman en cuenta otros factores además del desempeño basado en instrumentos tecnocráticos selectivos. Se ha usado para justificar los aumentos salariales de la gente ya enriquecida (dado que sus habilidades son altamente valorables e irremplazables). Y de forma más importante [...] ha oscurecido cómo los resultados obtenidos no son simplemente un producto de rasgos netamente individuales [...] esta meritocracia del trabajo arduo y la realización ha naturalizado distinciones socialmente constituidas, haciendo pasar las diferencias en los logros como un producto de la gente más que de las condiciones de su propia confección (2011: 18).

Políticamente, esa lógica no difiere de forma significativa. Como en el caso de la educación, los derechos cívicos no suelen pensarse como algo dado. Sin importar su preservación legal o su supuesto carácter inalienable, su goce y su ejercicio se conciben como potestades que la gente se debe ganar. El uso de la voz política o el llamamiento a participar son a menudo considerados como recursos que no cualquiera debiese invocar. Empero, cuando introducimos la noción de merecimiento pasamos por alto las disimilitudes operantes en nuestros respectivos puntos de partida.

El filósofo alemán Jürgen Habermas (1989) fue un pionero en apuntalar el papel de la racionalidad en la configuración de la esfera pública. Según este connotado exponente de la teoría social crítica europea, el espacio público podía ser ideado como un ámbito intersubjetivamente compartido. En este, el dis-

curso crítico-racional ligado a la capacidad de argumentación debería estar basado en la participación coordinada mediante actos habilitantes de comprensión, por sobre de los cálculos egocéntricos de éxito o maximización de utilidades. Aunque con el paso de los años Habermas trasladó sus preocupaciones de la crítica de la publicidad² a la identificación de condiciones normativas para producir argumentaciones entre participantes comprometidos en una interacción comunicativa, algunas de sus tesis originales prevalecen como elementos discutibles y pertinentes para establecer un punto de demarcación.

En su trabajo toral, *Structural Transformation of the Public Sphere*, Habermas (1989) contrapone dos visiones de estructuración de lo público. La más conocida vincula la razón con el requisito de que todo lo incluido en el debate común esté abierto a la crítica y al discernimiento mediante la argumentación. En oposición, la otra concepción aparece como un modo de publicidad orientado al consumo, donde la opinión es consecuencia de la pujanza comercial y de las relaciones sostenidas más allá del núcleo personal. Según el autor, esta última versión introduce distorsiones relevantes en el espacio político, en la medida en que le define como un ámbito de conflicto, de poder y de compromisos, más que como un enclave dispuesto para el juicio crítico-racional. Si bien el tejido de vínculos significativos puede producir cambios importantes, estos se suscitan a costa de la visibilidad y la transparencia inherentes a lo público. Cuando tales relaciones derivan en estrategias de conformación de imágenes y eventos en pro de ciertos términos presentes en la discusión, los motivos y las inquietudes detrás de la manufactura del debate comienzan a ser cuestionables.

Cerca de 170 años antes, el filósofo Jeremy Bentham (1821) ya se había adelantado a algunas de las perturbaciones haber-

² El uso del término *publicidad* hace referencia a su connotación amplia como cualidad o estado público de algún aspecto singular. Lejos de su evocación comercial, esto implica la divulgación de información, de saberes o de temas que se extienden más allá del ámbito privado y personal de la vida social.

masianas. Muy en la tesitura de las contribuciones de Estlund (2003, 2008) y Brennan (2016) referidas en varios capítulos, Bentham acusaba la inconsistencia en el conocimiento entre los públicos políticos. Abiertamente opuesto a defender la secrecía del gobierno por la falta de capacidad juiciosa entre la gente común, el utilitarista inglés señalaba cuan erróneo era suponer una ciudadanía plenamente homogénea y unificada. Según este filósofo, la audiencia política podía ser dividida en tres grandes clases: la gente desprovista de tiempo para los asuntos públicos, la medianía cuyas creencias se basan en los juicios de otras personas, y la escasa población cuyas reflexiones y posiciones públicas son autogestionadas, aunque dependen del volumen de información disponible. Sin la sorna de Brennan al proponer arquetipos de *hobbits*, *hooligans* y *vulcanianos*, Bentham presuponía a una mayoría incapaz de discernir auténticamente sobre las cuestiones políticas. Presa de sus deseos y de sus necesidades, el grueso de la gente es inconstante y errática en la configuración de su opinión y, más aún, de su acción. Este último punto es también coincidente con las ideas discutidas por Achen y Bartels (2016) en años más recientes.

La recurrencia a Habermas y Bentham no es para nada una desviación innecesaria en el cierre argumental de este libro. Por el contrario, es un llamado de atención para comprender las tensiones y el porqué de la asociación meritoria entre el saber y la práctica activa de la ciudadanía. Así como en el terreno educativo Khan ha enfatizado el encumbramiento de cualidades esperadas por sobre las condiciones sociales de su confección y prosecución del logro, cuando se trata de lo público y su evidente fundamento político debemos recordar las contradicciones a las que se sujeta la promesa de igualación ciudadana.

Sumado a las críticas de Fraser (1992), Benhabib (1992), Young (1991), Phillips (1997) y Mouffe (1996, 2000), el balance realizado por Lincoln Dahlberg (2005) en torno a la noción de esfera pública de Habermas es peculiarmente esclarecedor. De acuerdo con este último autor, la idealización de lo público como prescripción normativa basada en el diálogo crítico

racional encierra tres problemas cardinales. El primero se relaciona con la promoción subyacente de ciertas voces a costa de la marginalización de otros grupos, ya sean adjetivados como frentes acrílicos de opinión o como contingentes imposibilitados de esgrimir sus puntos de vista y sus causas. El segundo surge de la presunción de que el poder puede ser disociado del discurso público, lo cual enmascara situaciones de exclusión o de dominación sistemática. El último se refiere al fomento del consenso como propósito crucial de la deliberación, con lo cual se demeritan otras posturas articuladas en torno al desacuerdo. A juicio de Dahlberg, esas tres cuestiones inducen un sesgo particularista sobre ciertos sectores sociales mejor circunstanciados para el uso de la voz política. En un sentido más general, ignorar esas limitantes conlleva a restar validez democrática a la visión de esfera pública de Habermas. Con la dificultad para incorporar la diferencia en un modelo deliberativo basado en el espíritu crítico-racional, se borra la multiplicidad de escisiones reales con las cuales se produce cotidianamente la vida social.

Con la preocupación tácita sobre la forma en cómo se suscita la vociferación política en un país profundamente desigual, el objeto de estas reflexiones trasciende sus implicaciones discursivas para la opinión pública. Más allá de sus contenidos e intencionalidades comunicativas, en este libro nos importó problematizar qué sucede con las prácticas participativas cuando el arreglo social es incapaz de aislar las disparidades cotidianas de las relaciones trazadas entre el Estado y la ciudadanía (Tilly, 2007).

Tal cual fue referido en el capítulo primero, los razonamientos de T. H. Marshall son centrales para entender lo anterior. Con ideas esgrimidas a mediados del siglo xx, la naturaleza de los dilemas contemporáneos aleja al autor de la anacronía. Aunque enfocado en el desarrollo histórico y estructural de los países más avanzados, el legado de este sociólogo británico orbita en torno a una tensión nodal: la ciudadanía, sus derechos, responsabilidades y prácticas, se yergue sobre la

contradicción entre la igualdad política formal y la persistencia de desigualdades sociales y económicas extensivas.

En la medida en que la condición ciudadana adquiriese universalidad, tendría lugar una trivialización de las distinciones introducidas por factores extrapolíticos. De ese modo, la sustancia de la vida social se enriquecería con mayores posibilidades de igualación. “Una equalización no tanto entre clases, sino entre individuos en el interior de una población, los cuales son tratados como si fuesen de una misma clase. La igualdad de estatus se torna más importante que la igualdad de ingreso” (Marshall, 1950b: 102-103).

La interpretación del sociólogo australiano Jack Barbalet (1993) sobre ese particular es bastante intuitiva para los propósitos teóricos de este libro. Según ese autor, en Marshall aparece la inquietud por generar un marco de experiencias comunes bajo el cobijo de la ciudadanía. Mediante la seguridad social o las protecciones conferidas por el Estado en el marco de tal membresía, florecería la percepción de una situación común entre la gente. Con ello, se tendería a anular o al menos a reducir la relevancia y visibilidad social de las distinciones entre las personas. Si bien la prevalencia de asimetrías económicas es un rasgo constitutivo de los sistemas capitalistas predominantes, las distancias entre sectores pasarían a ser inocuas frente a un potencial político inmune a tales diferencias.

Marshall reconocía el capitalismo como un modelo dinámico, donde el choque entre la ciudadanía y la clase determinan el carácter de la vida política y social (Turner, 1990). No obstante, sus agudas observaciones albergan un punto ciego. Enfocado en el impacto de lo ciudadano sobre la división clasista, poco se advierte sobre el efecto de las escisiones económicas y sociales sobre la configuración del estatus cívico (Bottomore, 1992).

A la pregunta de si la clase ha perdido centralidad en la estructuración social, Marshall (1963) sugiere cuán temerario sería suscribir la tesis de su languidecimiento. Por el contrario, lejos de mermar su importancia, las clases sociales han alterado

su carácter, suponiendo que las desigualdades entre estas no se han profundizado tanto como las disparidades dentro de cada una de ellas. En *Changes in Social Stratification in the Twentieth Century*, el sociólogo británico aventura que el incremento en los niveles de consumo, el desarrollo de los derechos ciudadanos y los cambios estructurales en la economía “han tornado menos decisiva la distribución de la propiedad como determinante de la ordenación del poder” (Marshall, 1956: 137).

De conceder verosimilitud a tal tesis, la ciudadanía se insertaría como un componente medular de una transición desde sociedades basadas en criterios adscriptivos a otra sustentada en parámetros de logro. Esta conjetura, originalmente presentada por Talcott Parsons en 1966, supone a un sujeto político abstracto que ya no estaría limitado por las particularidades de nacimiento, de etnicidad o de género, entre otras tantas marcas de identificación (Turner, 1990). En un tono más radical y evocando a Rousseau (1762) en *El contrato social* (2012), la plena ciudadanía requeriría arrasar con la intervención de todas las instituciones particulares que disocian a las personas de los asuntos públicos y de interés común.

En su obra de 1988, Jack Barbalet retoma la atención sobre la compleja articulación entre los derechos civiles, sociales y políticos de la configuración ciudadana sugerida por Marshall. Los primeros sientan un piso básico de garantías personales, centradas predominantemente en la libertad de expresión, el derecho a un juicio justo y el trato igualitario ante la ley. Los segundos, por su parte, están pensados desde el reclamo de bienestar, el cual se proyecta en prerrogativas de seguridad social en condiciones de desocupación, enfermedad o alguna otra aflicción. Los últimos se conectan con la apelación social por penetrar en los procesos deliberativos del gobierno, tomar parte en el juego electoral y concursar en la articulación de intereses apelando a las instituciones públicas (Barbalet, 1988; Turner, 1990).

Desde luego, las tres dimensiones se vinculan de forma tácita con la aspiración igualitaria de la ciudadanía. Sin

embargo, en el propio contexto de la posguerra, cuando emanaban los ideales marshallianos, los derechos sociales atraparon el núcleo de la discusión. Barbalet resume bien el tono de esa afirmación:

En principio, la ciudadanía social tendría el efecto de alentar la igualdad de oportunidades, y por tanto sería enteramente compatible con ciertas inequidades de condición o de resultado. Luego entonces, la ciudadanía social no solo reduciría algunas de tales discrepancias, promoviendo el logro a través del mérito también crearía nuevas distinciones (1988: 47).

De acuerdo con Barbalet, Marshall es suficientemente explícito en este punto al sugerir “que el derecho a la ciudadanía en un marco de selección social y movilidad se corresponde con la prerrogativa de igualdad de oportunidades educativas, la cual tiene el objetivo de eliminar al privilegio hereditario” (1988: 47). Con la posibilidad de revelar “igualdades subyacentes” (Marshall, 1950b: 209), esto permitiría que personas menos favorecidas mostraran que son tan brillantes y capaces como la gente más aventajada. A partir de ello, se crearía “una estructura de estatus desiguales justamente repartidos basados en habilidades distintivas” (Marshall, 1950b: 110).

Frente a un argumento de tal calado, las referencias previas a la obra de Shamus Khan adquieren otro significado. Siguiendo nuevamente a Barbalet, si bien la ciudadanía social está pensada para remover la función económica de la desigualdad y las distinciones de clase por medio del divorcio progresivo entre ingresos monetarios y logros reales, la arista del bienestar resulta insuficiente para sacudir la relación entre las inequidades sociales cotidianas y aquellas que trascienden hasta el tratamiento de asuntos públicos.

En *Citizenship*, Barbalet (1988) redondea sus reflexiones reposicionando la importancia de los derechos políticos. Para el autor, la ciudadanía, como referente de participación igualitaria en una comunidad, es un medio crucial para alcanzar una plena integración política y social. Al introducir la noción

de integración, el sociólogo australiano busca resaltar el significado especial de participar como una forma de tomar parte en la producción de la vida social. Mientras el paquete de prerrogativas civiles se reconoce como indispensable para las desigualdades de clase, este autor subraya las potestades políticas y sociales como el vehículo para desafiarlas. A diferencia de las facultades de bienestar facilitadas y otorgadas desde arriba en el marco de un modelo de estado, las libertades cívicas se concretan en su ejercicio desde abajo. “Las desigualdades de condición material potencialmente divisivas y socialmente disruptivas pierden significancia como consecuencia de la participación igualitaria en la comunidad ciudadana” (Barbalet, 1988: 87).

Para no incurrir en confusiones y atar los cabos de toda esta argumentación, volvamos al vínculo entre la ficción meritocrática, las desigualdades sociales y la aspiración de participación democrática. Si bien para Marshall la ciudadanía y sus múltiples dimensiones tenderían a reducir las inconsistencias ligadas a la estructura de clase social, no queda claro hasta qué punto dichas distinciones atentan contra el espíritu equitativo del involucramiento pleno en los asuntos públicos.

Efectivamente, las instituciones y los instrumentos abocados a la orientación del mérito individual no solo han contribuido a crear nuevas diferenciaciones, sino que, al mismo tiempo, tal cual acusa Khan (2011), se han erguido sobre tales discrepancias, reproduciéndolas, profundizándolas y manteniéndolas de modo relativamente funcional.

Lejos de que la ciudadanía en su acepción más práctica y formal haya reducido las tensiones entre grupos socialmente escindidos, el ejercicio de derechos y la interpelación al poder se han prefigurado como elementos que recogen parte de las inequidades con las cuales se traza la cotidianeidad.

En un sentido más amplio, relacionado con la configuración del espacio público, la influencia de las jerarquías clasistas ha dado lugar a distorsiones democráticas. Tomando prestado el término acuñado por Verba, Schlozman y Brady (1995), estas

se refieren a la prevalencia de ciertos grupos para acaparar el liderazgo y la incidencia en la esfera política. Coincidentes con la crítica de Dahlberg (2005), dichas desfiguraciones conllevan al favorecimiento inercial de quienes acumulan mayores y mejores recursos, accesos y circunstancias para involucrarse políticamente. En esencia, pues, se trata de una democracia poco pareja donde las voces de un puñado se levantan sobre el acallamiento de las ciudadanas y los ciudadanos con más obstáculos para insertarse en el juego participativo.

El mérito, cuya apoteosis se encarna en el trazado de la trayectoria escolar dada su dinámica selectiva y la presunción de supervivencia de las y los más competentes, se refleja en el involucramiento político en la medida en que, a pesar del esfuerzo y la conjugación de voluntades, se tiñe por la marca inequitativa de la distribución de oportunidades y ventajas para su realización. Así como los salones de clase universitarios no están copados necesariamente por las y los jóvenes con mayor idoneidad, la política tampoco es monopolio de las aristocracias mejor preparadas y más esforzadas para intervenir en las decisiones que nos afectan a todos y a todas.

Se dice asiduamente que un derecho ejercido por unas cuantas personas es en realidad un privilegio. Este último no siempre es resultado del trabajo arduo y de la diligencia personal. Al igual que la conquista de un título profesional, la inmersión en los asuntos políticos es algo que pocos y pocas pueden concretar. Muy lejos del paulatino descentramiento de las categorías que nos diferencian como fuentes de desigualdad (Parsons, 1966), la asunción de una vida política activa y plenamente participativa se amenaza por la incidencia de aquellos rasgos que nos distinguen entre ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda.

Según Charles Tilly (2007) la democracia prospera sobre la falta de correspondencia entre las desigualdades cotidianas y aquellas de las relaciones recurrentes en el espacio público-político. Con el incremento y la persistencia de las desigualdades categoriales se incentiva a los miembros más aventajados

de la comunidad política a incurrir en situaciones proclives a la desdemocratización. Frenar o abandonar la participación, estimular relaciones ventajosas solo para ciertos sectores, disponer negligentemente de recursos públicos, o influenciar las decisiones en pro de réditos particulares, son algunas de las tantas consecuencias de la disparidad sobre las cuestiones políticas.

La insuficiente segregación de inequidades, la falta de integración de redes de confianza y la alteración del patrón relacional entre gobernantes y gobernados en el ámbito público conllevan consecuencias reales para la arquitectura democrática. Basada en la promesa de igualdad, libertad y participación, esta última alberga el peligro de solapar un protagonismo parcial, altamente constrictivo y privativo bajo monopolio de unas cuantas voces.

Lo hemos recalcado hasta el cansancio: aun entre los selectos grupos de jóvenes de las universidades A y B prevalece una insondable brecha de inequidad. Las desigualdades asociadas al curso de vida de las y los jóvenes bajo estudio nos muestran que el trazado de relaciones y posiciones ventajosas para ciertas personas antecede al momento mismo de su potencial activación política. La evidencia apunta a que los privilegios sociales incidentales en la participación de la gente varían y se reconfiguran a lo largo del tiempo. Más aún, esas vicisitudes privadas con consecuencias públicas poseen una raigambre cotidiana que deviene de procesos situados en otros ámbitos elementales de socialización.

Aparentemente resguardadas por la preeminencia de su acceso a la educación superior, las juventudes aquí retratadas no están exentas de las fisuras de una ciudadanización basada en profundas distinciones sociales. Si para Barbalet (1988) la participación y los derechos políticos abrían la puerta para desafiar las profundas particiones de clase en la sociedad, hemos visto que, por el contrario, cuando lo político no es ajeno a la inequidad, el involucramiento tiende a reproducir las distorsiones inducidas por la desigualdad.

A diferencia de las mexicanas y los mexicanos más comunes, las universitarias y los universitarios llevan consigo la expectati-

va meritoria de una educación que los acercaría al enarbolado de una ciudadanía modelo. Al compás de los ingentes desequilibrios prevalecientes en nuestro país, aun entre estos prototipos de agentes de cambio continúan pesando las suertes de la heredabilidad, la transmisión de ventajas y desventajas, y la distinción anticipada con génesis en un trayecto biográfico dispar.

Quizá pecando de extrema repetición, los conjuntos seleccionados aquí retratados no distan mucho de la desprolija inclusión política imperante en México. El protagonismo de algunos ciudadanos y de algunas ciudadanas se yergue sobre el acallamiento de quienes han sido despojados y despojadas de su potencial vociferación. Más allá de todo prejuicio y de toda opinión desinformada, se trata de una condición *de facto* con consecuencias perdurables a lo largo del tiempo vital y de la historia social. Ningún contexto puede reposar en las falsas certezas de una ficción democrática. Donde los privilegios se ostentan como moneda de cambio frente a la incapacidad para el ejercicio de los derechos, el orden social está condenado a soportarse sobre la ruptura y la exclusión de los sectores más precarizados. Todo régimen democrático basado en un arreglo excluyente está destinado a arrastrar su fracaso y reproducir sus desequilibrios, cuando el ámbito público solo se colma y se abre para un puñado de la población.

CURÁNDOSE EN SALUD Y MIRANDO AL FUTURO

El trabajo de investigación aquí referido fue una contribución modesta al campo de la sociología política, particularmente del abordaje y la discusión de la participación política. El talante de la aportación consistió en remarcar la necesidad de entender el tratamiento de asuntos públicos como un proceso que se configura a lo largo del curso de vida e, intensivamente, durante el tránsito hacia la adultez.

Más allá de la especificidad de las muestras y los recintos estudiados, es claro que el proceso de activación política está

sujeto a desigualdades sociales que se trasladan al trazado de oportunidades para ejercer una ciudadanía plena. En este sentido, los hallazgos conseguidos son más bien un llamado de atención para tratar de comprender desde dónde emanan esas brechas que escinden a las democracias contemporáneas.

Participar en asuntos de orden común e interés colectivo no debería ser un privilegio, sino una prerrogativa al alcance de cualquier ciudadano y ciudadana. De acuerdo con esto, visibilizar que aun entre jóvenes sobresalientes con acceso a la educación superior persisten este tipo de diferencias nos alerta sobre el problema que subyace en contextos altamente desiguales y plagados de asimetrías. Asimismo, nos insta a pensar que en muchos casos se trata de inercias que devienen desde el núcleo familiar y que, peor aún, tienden a reproducirse en otros circuitos donde las desventajas sociales lejos de atemperarse se perpetúan o profundizan.

Las deudas del trabajo son enormes e incalculables. Bastaría con referirse a la naturaleza estrecha de los núcleos de observación. Dado que el análisis solo tomó como parámetros de comparación dos recintos escolares de la Ciudad de México, ninguno de los hallazgos aquí detallados puede ser asumido extensivo en forma veraz a otros contextos. Aunque si bien, como hemos señalado en estas últimas páginas, los resultados alientan dudas y conjeturas sobre el resto de la población, ahora tocaría ampliar el foco del estudio para someter a contraste las intuiciones aquí recogidas.

El diseño del instrumento de encuesta y su complementaria inmersión cualitativa permitieron recabar información puntual sobre etapas previas del curso de vida de las y los informantes. Empero, los registros disponibles no dejan de ser parciales y fijos en el tiempo. Un verdadero tratamiento dinámico hubiese requerido un mayor volumen de trabajo y seguimiento, que posibilitara una auténtica captación de la manera en cómo distintos atributos varían a lo largo de la trama temporal de estos y estas jóvenes. Irónicamente, como sucede con la participación política, la ambición científica también se constriñe

por las limitaciones temporales y monetarias a las que se sujeta la labor de investigación. Venga, pues, se hizo lo que se pudo con aquello que se tenía.

Aun cuando en este trabajo se optó por tomar distancia del tratamiento particular que proveen los marcos comprensivos de la cultura política, no se puede negar, ni mucho menos refutar, que los componentes interpretativos de los individuos sobre el espacio público afectan su comportamiento como agentes cívicos. En consecuencia, los resultados aquí presentados son tan acotados como los derivados de otras investigaciones sustentadas en explicaciones de corte disposicional. Más allá de correlaciones y de asociaciones significativas entre dimensiones y variables, quedó pendiente tratar de reconstruir las propias trayectorias, largas y sinuosas con que se suscita la aproximación a los vericuetos políticos.

Pese a que las herramientas que provee la historia de eventos permiten ahondar en la pauta de dependencia temporal del fenómeno, la aproximación lograda dista mucho de ser integral. Las pruebas aquí reportadas son parciales, en tanto las estimaciones no recogen la covariación entre factores. Las probabilidades que se desprenden de cada predictor son magnitudes que se obtienen cuando el resto de las variables explicativas se fijan en su nivel promedio o en algún valor singular de interés. En este sentido, no se rompe con la artificialidad de los resultados obtenidos, ni se consigue explorar a profundidad la concatenación articulada entre las dimensiones trabajadas.

No obstante el cuidado sobre el acopio de información y su posterior tratamiento, muchos de los datos y hallazgos discutidos demandan todavía mayor precisión acerca del contexto y su significado en el entorno situacional de las y los jóvenes bajo estudio. Aunque en el curso de la pesquisa se charló con un número amplio de universitarios y de universitarias, hubiese sido deseable contar con perfiles biográficos más robustos y elaborados. Esto último a fin de incrementar la certeza sobre varias de las inferencias realizadas.

Así, el esfuerzo presentado ofrece solo una mirada parcial sobre grupos de jóvenes en condiciones relativamente privilegiadas. La verosimilitud de los resultados requiere para ello un contraste de mayores alcances y un trabajo sistemático que profundice en el acopio de información.

Bajo esa óptica, parte de la evidencia sustentada podría presentarse con mayor o menor similitud en otros sectores poblacionales con características distintivas. Si, tal y como se mencionó, las pautas identificadas resultan de por sí contingentes, agregar mayor diversidad a los núcleos de observación permitiría conocer en qué medida se mantiene el sentido y la amplitud de los efectos detectados.

De igual modo, parte de lo discutido apunta a suponer que ciertos eventos y cualidades de carácter transicional motivan una mayor probabilidad para tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos. Empero, hubiese sido importante saber qué representan de manera específica dichos acontecimientos en el curso biográfico y decisional de los sujetos.

Si la experimentación de mayores márgenes de vulnerabilidad redundaba en la propensión de una mayor participación, también se vuelve relevante dilucidar hasta qué punto lo político es interpretado solo como un elemento reactivo, y de qué manera se proyecta su conceptualización en tramas de acción específicas.

En ese orden de ideas, los resultados solo dan cuenta de una realidad que se presenta en una minoría muy acotada de personas como los individuos analizados. En la medida en que la transición a la adultez tiende a suscitarse de manera diferenciada entre sujetos de distintos atributos, sería preponderante tratar de replicar el modelo aquí postulado en contextos de naturaleza divergente.

Finalmente, si bien nunca fue objeto de este trabajo tratar de identificar cómo varían los repertorios participativos entre distintos grupos de comparación, hubiese sido interesante analizar el modo en que las distorsiones participativas redundan a su vez en diferenciaciones en los canales de acceso y formas de involucramiento.

Por ello, una agenda futura debe al menos considerar un conjunto de temas que por el momento quedan fuera de este esfuerzo. Entre ellos figuran la necesidad de profundizar en el significado y el valor de uso atribuido a la participación; cómo varían las pautas participativas en espacios de distinta naturaleza; cuáles son las distorsiones participativas que se presentan entre grupos de mayor estratificación; cómo se suscitan las experiencias primigenias de activación; o cómo se da la imbricación entre elementos valorativos y disposicionales de carácter político con otras condiciones objetivas a lo largo del curso vital.

Aun así, es importante no cerrar este trabajo sin recordar la necesidad aquí demostrada: de reelaborar la conceptualización de los procesos de participación como entidades de corte longitudinal, dinámico y contingente. En tanto que las sociedades tienden a ser cada vez más complejas, lo político no resulta ajeno a dicha realidad. Por ello, comprender la forma en que se suscita la politización presente de las personas permitiría conocer un poco sobre el futuro del espacio público; reubicar los límites de las democracias y cuestionarse en qué medida las desigualdades sociales son compatibles con pretensiones políticas de mayor equidad y libertad.

Tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos, que hoy parece ser ejercido más como un privilegio que como un derecho, demanda conocer quiénes son los ciudadanos dotados de voz y de habilitación para el involucramiento. Solo a sabiendas de una explicación más exacta podrá delimitarse a qué grupos pertenecen las excluidas y los excluidos, quiénes son las relegadas y los relegados, qué condiciones les definen y cuáles circunstancias posibilitarían su acceso a los canales de acción.

Una democracia de minorías no es deseable ni funcional. Evadir los costos de las promesas rotas de la igualdad democrática no es una opción. Mucho menos en un contexto donde los prejuicios y las indolentes etiquetas esconden la profundidad del problema. Ninguna sociedad tiene el gobierno que se merece, menos aún cuando en los asuntos públicos solo puede

involucrarse un grupo reducido de la ciudadanía. La igualdad política es mucho más que un artificio del discurso filosófico y ornamentado de la democratización. Esta representa la posibilidad de desafiar los desequilibrios apremiantes que configuran nuestro entorno. Hoy que la política parece más que nunca invadida por los síntomas de estupidez, de negligencia y de exclusión, no podemos darnos el lujo de dejar los asuntos públicos en manos de solo unas cuantas y de unos cuantos.

Ante un nuevo gobierno con la consigna de acortar las distancias que priman entre los extremos de la disparidad social, mucho nos resta para paliar los abismos sobre los cuales se cierne la voz contante y sonante de todos y de todas. Sin duda, ello nos exige trascender la simplicidad de nuestros juicios más frágiles e inmediatos, superando la tentación de aligerar la carga de nuestros pendientes con el estéril intercambio de adjetivos, de descalificaciones y animadversiones. La ciudadanía activa solo se construye sobre la mejoría de la calidad de vida de las personas. Esquivar esa responsabilidad implica continuar condenando a ciertos sectores al silencio y la afonía. No se puede seguir menoscabando el potencial participativo y dejarlo solo al servicio de aquellos y aquellas en mejor circunstancia para el ejercicio de sus derechos. La preservación de la salud democrática y la prefiguración de una sociedad más inclusiva demandan reconocer el calado de ese desafío. Alguien famoso decía que la lucha de clases constituía el motor de la historia; irónicamente la contraposición entre ciudadanos y ciudadanas desiguales trunca la posibilidad de un mejor destino. Si la democracia mexicana no puede ofrecer salida a tales paradojas, más allá del fracaso, eso habrá significado la aceptación implícita y cínica de un país fragmentado; de un régimen donde las prerrogativas se abrevian al goce de lujos exclusivos; los derechos al otorgamiento de limosnas y las promesas de eculización a meras ficciones jactanciosas.

POST SCRIPTUM

*Siempre es aconsejable percibir
claramente nuestra ignorancia*
(Charles Darwin, 1872).

El libro que usted tiene en sus manos pasó por un escrupuloso proceso de revisión mediante el llamado sistema de evaluación por pares de doble ciego. Más allá de la norma de estricto anonimato imperante entre quien escribe y quien lleva a cabo la evaluación, el *quid* de la maniobra radica en aprovechar la mirada fresca y generosa de las personas en quienes recae la difícil tarea de valorar la consistencia y las potenciales aportaciones de la obra bajo escrutinio.

Tras la recepción de recomendaciones y llamados de atención emanados del proceso de dictaminación, quienes escribimos solemos caer en cuenta de nuestros saldos y omisiones al momento de plasmar nuestras ideas. En virtud de ello, y abusando de la paciencia de quienes como lectores y como lectoras han llegado hasta aquí, se consideró necesario añadir un *post scriptum*.

En tono irónico podríamos decir con agudeza que *¡el daño ya está hecho!* Sin embargo, esta última sección no se trata de atar cabos sueltos. Por el contrario, se busca advertir los afluentes posibles para formular otras preguntas y conjeturas futuras. Asimismo, implica un reparo en las cuestiones que, por prisa, negligencia o abierta estulticia de quien escribe, fueron pasadas por alto en la hechura y redacción del libro.

Como se advirtió de forma anticipada en el texto, el cúmulo de páginas precedentes es el resultado de un largo y sinuoso

proceso de investigación. Si bien dicha empresa fue echada a andar desde las trincheras del ejercicio académico, su materialización en este volumen siempre obedeció a la pretensión de establecer un vínculo con públicos diversos que rebasan al reducido circuito profesional de la pesquisa científica.

Bajo ese propósito, cuyo logro no depende por completo del autor, se buscaba que idealmente muchas personas pudieran reconocerse en el meollo del tratamiento del problema. Ya fuese porque sus condiciones de activación política estuviesen cuestionadas por el peso de otras asimetrías, por sus travesías diferenciadas en los senderos vulcanianos de la educación superior o por mera curiosidad e irritación ante la inequidad rampante de nuestro contexto nacional, el esfuerzo brinda una mirada parcial con posibilidades múltiples para conectar muy distintas lecturas. Entre estas últimas están desde luego las de quienes han dedicado una parte sistemática de su obra y su pensamiento a dilucidar los vericuetos de la desigualdad y la participación política; pero también las de aquellos y aquellas que por su condición de estudiantes pueden aprender mucho de los errores y las falencias de quienes hemos abrazado la investigación como *modus vivendi*.

Así las cosas, esta última sección ofrece una reflexión general del libro a tres bandas. Por un lado, se aborda el tema de la seducción democrática, enfatizando por qué la calidad de las democracias resulta oportuna para repensar las secuelas de la desigualdad social. A partir de ello se señalan algunos de los temas no cubiertos en la discusión de este libro, los cuales si bien son relevantes no constituían el epicentro de estudio de las preguntas de investigación, y por ende conllevan a limitaciones para establecer conclusiones, opiniones o evidencias de tamiz más certero.

En segunda instancia, se ofrecen algunas pistas sobre otros aspectos y otras expresiones no tratadas de la participación. Si bien en más de una ocasión se apeló a la condescendencia del público lector sobre algunas de las omisiones asociadas al recorte empírico y analítico del estudio, este subapartado brin-

da la oportunidad para reconocer los desafíos de otras manifestaciones participativas. El candor de las redes sociales y su potencial comunicativo, las consecuencias no deseadas de las distintas modalidades de involucramiento o la desafiliación razonada de los asuntos públicos merecen una especial mención.

Finalmente, en congruencia con el epígrafe darwiniano citado al inicio de este *post scriptum*, una última sección está dedicada a hacer *mea culpa* de los alcances metodológicos de la investigación alentadora del libro. Aunque a lo largo de distintos capítulos se hizo hincapié en subrayar los alcances del diseño investigativo, vale la pena explicitar algunas reflexiones destinadas a servir de confesión para quienes inician sus incursiones por la larga y compleja profesión académica.

Sirvan entonces estas últimas páginas como un reconocimiento y un sincero agradecimiento a quienes se tomaron el tiempo de añadir comentarios, opiniones y juicios sobre lo bien o mal logrado del esfuerzo vertido. Además de enriquecer la mirada de su autor y de robustecer su vigilancia sobre el rigor y la parcialidad de su trabajo, sus palabras motivaron la necesidad de poner en mayor contexto las deudas y las falencias de la investigación.

A las lectoras y los lectores que, por curiosidad, sed de conocimiento o por simple coincidencia tengan la oportunidad de leer este libro, vale la pena agradecerles por anticipado por completar la etapa ulterior de evaluación. Al margen de satisfacer todo estándar mínimo o amplio de exigencia científica para su publicación, la última palabra siempre recae en ustedes. Si el texto sirve para provocar reflexiones, inquietudes o preguntas adoquinadas por la emoción y la búsqueda de posiciones relativamente informadas, eso solo depende de quien lee. Quien escribe se hace cargo de sus marasmos, sus limitaciones y su ignorancia; pero quien lee es quien realmente dota de sentido a la tarea investigativa, desempolvando los datos y las presunciones en torno a un fenómeno. Hoy en día que la ciencia en general, y en particular la ciencia social, es cuestionada por su aparente futilidad, cabe recordar que estudiar la realidad solo

resulta útil en la medida en que permea a quienes se confrontan con ella día con día.

LA SEDUCCIÓN DEMOCRÁTICA

Los costos de operación de los regímenes democráticos en el mundo son altamente variables. De acuerdo con un multicitado reportaje hecho por la cadena BBC a finales del año 2016, el valor monetario promedio del voto en México era 114% mayor que el reportado para Estados Unidos. Mientras en la unión americana el gasto promedio del voto ascendía a una cifra cercana a los 11.67 dólares, en nuestro país la erogación *per capita* se aproximaba a los 25 dólares por cada sufragante.

Además del “precio” latente asociado a cada elector, la nota difundida por *BBC Mundo* dejaba en claro que las campañas en México para el ciclo 2012-2016 rondaban una acumulación de gastos muy próxima a los 2000 millones de dólares (Bermúdez, 2016). Esta última fue señalada como una cantidad muy cercana a la observada en países como Brasil, e incluso poco distante de los 2650 millones de dólares invertidos en los comicios del vecino del norte.

Sin pecar de maniqueísmos apresurados, lo cierto es que en un país como el nuestro, con 53.4 millones de personas en condición de pobreza, la repartición de ese presupuesto sería insuficiente para erradicar el fantasma de la desigualdad. Y, sin embargo, por influencia del sentido común más de uno o más de una se preguntarán para qué se invierte tanto en la democracia electoral cuando una buena porción de la ciudadanía no tiene confianza plena en las instituciones; cuando la participación, en y más allá de las urnas, resulta tan fluctuante; o cuando el beneficio mismo de nuestras decisiones y de nuestras acciones se traduce en beneficios no siempre palpables para toda la población.

La democracia en sentido amplio como un régimen de carácter político y social está sujeta a enormes y persistentes

dudas sobre su idoneidad. No obstante, guarecerse en la añeja consideración de Winston Churchill sobre que esta “es la peor forma de gobierno, excepto por todas las otras formas que han sido aprobadas de vez en cuando”, transluce una enorme miseria intelectual.

En el mundo de la política democrática no todo se reduce al dilema de elegir entre perecer por la ingesta de cianuro o la recepción de una docena de puñaladas. Cuando se acusa a la democracia de ser un modelo sin garantías de freno para la imposición de intereses de sectores particulares o de grupos reducidos por encima del bien común, siempre subsiste la tentativa de “tirar al bebé junto con el agua de la bañera”. Sin mediación alguna que permita distinguir entre lo accesorio y lo principal, o entre el patógeno y la persona enferma, las opiniones viscerales estarían dispuestas a seguir un juicio desmesurado donde en aras de erradicar la enfermedad no suena descabellado aniquilar al paciente.

A lo largo del planteamiento de este libro se enfatizó de manera primordial la relación no siempre tersa entre la disparidad social y los procesos de involucramiento político. Lejos de la correlación simplista entre privilegios socioeconómicos, educativos o de cualquier otra índole con la propensión a participar, los planteamientos vertidos apuntan hacia una provocación más o menos explícita: repensar el vínculo entre la desigualdad y el trazado de una ciudadanía activa como fuente potencial de equalización democrática.

En más de una ocasión, quizá de modo exageradamente reiterativo, se insistió en que, si el ejercicio de los derechos fuese cabal y plenamente funcional, las distinciones económicas o de cualquier otro tipo se tornarían inocuas. Si bien los resultados obtenidos de la investigación sugieren un escaso aislamiento de las desigualdades sociales cotidianas del terreno que nos conecta con el tratamiento de asuntos públicos —aun entre jóvenes con relativas ventajas en nuestro país—, en ningún momento se pretendió abonar al pesimismo ni al desencanto con la vereda democrática.

En cualquier caso, la evidencia situada de este estudio invita a reflexionar sobre el carácter complejo de las desigualdades sociales traducidas en asimetrías políticas. Ese vínculo no es en absoluto determinista, mucho menos sugiere que el origen social siempre redunde en el mismo destino cívico. Quienes comulgan fehacientemente y sin reparos con las tesis reproduccionistas, donde la clase o los capitales diversos operan invariablemente a favor de la gente más aventajada, no carecen de razón, aunque adolecen de simpleza explicativa. Si la realización social fuese un mero producto de las condiciones de partida de las personas, el tufo de predestinación serviría como un consuelo más certero frente a las injusticias y los desequilibrios que nos aquejan día con día. Dicho sea de paso, una buena parte de los sucesos que desvelan a la comunidad científica social perdería completa relevancia, puesto que nadie en su sano juicio se dedicaría a analizar las causas y las variaciones de un entorno donde todo prevalece igual, y donde todos y cada uno de los sujetos no son más que un reflejo ciego de sus circunstancias de iniciación.

Los hallazgos documentados en este volumen deben ser interpretados con cautela. La confrontación de distintas adversidades, limitaciones o carencias relativas, así como la ausencia de estímulos de politización, parecen favorecer la conformación de un déficit participativo a lo largo del curso de vida. Aun con varios indicios de ello, dicha pauta no implica que la activación política esté dada por sentado entre quienes cuentan con mayores comodidades desde el hogar, quienes padecen menores restricciones familiares o escasas privaciones materiales. Así como la protesta social suele presentarse aun bajo escenarios donde los costos personales y colectivos de incursión son altos en virtud de la probable represión, la incerteza de conseguir la resolución de un agravio o la falta de tiempo y mejores recursos para articular la acción, la participación política no se reduce a un juego de asociaciones positivas entre privilegios y activismo.

Por ende, las ficciones democráticas no radican en el inamovible protagonismo de los ciudadanos mejor dotados. El carác-

ter ilusorio de nuestro escenario político más bien deviene de la promesa incumplida de un mayor equilibrio entre personas cuyas diferencias sociales no alientan la pluralidad, sino el trazado de brechas donde prevalecen mayorías con mejores oportunidades para configurar e incidir en el espacio público. Pese a la participación de algunos y algunas que logran sobreponerse a sus desventajas precedentes, la amplitud de tal distanciamiento pone en entredicho a la calidad democrática. Esa cuestión alberga peligros innegables en las dinámicas de representación, al tiempo que contribuye al soterramiento de otras necesidades presentes entre quienes ostentan menores libertades para hacer uso de la voz cívica.

La paradoja democrática del balance entre mayorías y minorías remite entonces a una discusión más profunda de los límites entre inclusión y exclusión. Dicho debate trasciende a todas luces los esfuerzos perfectibles y acotados que guiaron al desahogo de este libro. Bajo el juicio de las primeras lecturas de evaluación y dictaminación del manuscrito, los comentarios coincidían en torno a una aparente deuda. Pese a la riqueza informativa de la obra, se subrayaba un escaso margen concedido al tratamiento de las experiencias diferenciadas de la desigualdad social, la conceptualización y percepción del logro entre las y los jóvenes del estudio, así como de sus expectativas de muy distinta índole.

Si bien dicho vacío es relevante, atendible e incluso provocador, el texto que usted tiene en sus manos no es un libro más sobre la ya enriquecida crítica a la oxidada meritocracia. En ese tenor, el meollo del argumento consistía en señalar las probables distorsiones participativas derivadas de restricciones originarias, acumuladas o adquiridas durante un periodo vital crucial como lo es la transición hacia la adultez.

Desde luego la conformación de una noción de logro o de truncamiento personal inciden en la prefiguración de nuestras habilidades cívicas, máxime cuando en un país tan desigual incluso los derechos políticos se asemejan más a una conquista o a un privilegio que a una potestad intrínseca de todo sujeto

social. Sin embargo, al obligado recorte empírico y analítico de toda empresa investigativa, le subyacen débitos ineludibles como este de una dimensión experiencial.

A ese saldo se suma también la escasa preponderancia concedida en el texto a la trama motivacional. Más allá de la articulación de recursos y de la solvencia biográfica, los detonantes disposicionales de las personas suelen variar de manera singular. Así, por ejemplo, un estudio reciente del *Pew Research Center* sobre actitudes y tendencias globales (Wike y Castillo, 2018) sugiere que aun cuando en algunos países prevalece una fuerte desafección de la política institucional, porciones poblacionales están dispuestas a movilizar sus arsenales cívicos en asuntos nodales como la salud, la pobreza o la educación. Pese a la enorme diferencia en la riqueza económica de los parajes comparados, la percepción de vulnerabilidades y carencias reporta valoraciones distintivas en torno a la participación.

En el caso de las juventudes retratadas en este libro, poco o nada sabemos sobre los disparadores emotivos o perceptuales de su involucramiento. Aunque en algún punto se muestra cómo la exposición a eventos adversos puede redundar en patrones contraintuitivos de habilitación política, el tema difícilmente puede darse por zanjado, reclamando mayores exploraciones en otros trabajos.

Luego entonces, las omisiones intencionales o negligentes del planteamiento de la obra no deben ser confundidas con el desconocimiento o la negación de la compleja realidad social. Asimismo, el tono acucioso y, por qué no, denunciante de la fragilidad participativa, no debe asumirse como una diatriba pesimista y desmoralizante de las potencialidades de la democracia.

La seducción democrática no radica en la exagerada carga valorativa con la que usualmente solemos aproximarnos al tema para bien o para mal. Se trata más bien de un régimen con amplias posibilidades para compatibilizar el cariz aparentemente irreconciliable de las tensiones sociales de raigambre más cotidiana.

A lo largo de cada página y de cada línea escrita, más allá de su enorme perfectibilidad, subyace una preocupación no resoluble en el marco de una investigación como la aquí planteada. Tal cual lo sugiere el politólogo australiano John Keane en su más reciente contribución:

Pensar en la democracia como un ideal cuyo carácter humilde lo hace único es renunciar a la idea anticuada de que la democracia depende de tal o cual Primer Principio, sea la Nación, la Historia, Dios, la Verdad, la Utilidad, el Mercado, el infalible Pueblo Soberano o su Líder. Ver en cambio que la democracia es una *condición previa* para el florecimiento de los diferentes valores y formas de vida en todo el mundo es despojar a la democracia de sus connotaciones de arrogancia moral, gobierno modular, acoso y fuerza bruta. [...] Despojar a la democracia de sus demonios, hablar de ella en términos de humildad, es más bien describir de nuevo el ideal democrático como una condición potencialmente universal, un contrapeso de toda forma de estafa y orgullo, como un ideal humilde que saca su fuerza de la opinión de que, si bien los ciudadanos y representantes requieren instituciones para gobernar, *nadie debe reinar* (2019: 823).

Si como afirma Keane, *nadie debe reinar*, el reconocimiento de las fuentes posibles de disparidad política en la matriz social merece mayor presteza comprensiva. Esto conlleva ineludiblemente a dejar atrás la petulancia de que la participación es siempre una virtud de las personas más comprometidas, una recompensa bien ganada por la probidad cívica o por una desbordante sabiduría individual. La amenaza de los desequilibrios ajenos a la calidad política y moral de la gente implica destronar la idea de que las voces acalladas no son siempre las menos educadas, las más apáticas o las más resignadas. En esa polaridad entre resonancia y silencio político reside una injusticia latente donde la democracia se juega su concreción como proyecto o simulación, como realidad o como mera ficción.

LA REALIDAD EXISTE INDEPENDIENTEMENTE DE QUIEN LA OBSERVA

Ya se han anticipado algunos reparos en el trabajo alentador de este libro. Sin embargo, no deja de ser importante señalar que una mirada parcial atribuible tanto a las falencias de su autor como a las elecciones de su recorte empírico y analítico no niegan la posibilidad de otros fenómenos y expresiones en la prefiguración de la vida política.

La agudeza de los pares que dictaminaron este manuscrito se centró en un llamado de atención sobre tres aspectos no explorados en la investigación. El primero de ellos es un tema que sin duda ha ganado una creciente importancia en el campo de discusión. La penetración y el uso de las redes sociales mediadas por interfaces tecnológicas ha adquirido un papel peculiar en el desarrollo de la participación política. Especialmente entre la población juvenil, este tipo de recursos constituyen un espacio dúctil de entretenimiento, consumo, autopresentación y socialización, donde lo político no deja de formar parte del universo simbólico de inmersión.

Dado que el ruego de condescendencia al público lector no basta para esquivar esa omisión, vale la pena detenerse en algunas consideraciones al respecto. Por un lado, quizá debido a la falta de precaución, por insensibilidad sociológica o por llana mentecatez de quien escribe, no se concedió mayor margen de reflexión a la aparente indeterminación con que las y los informantes del estudio se refirieron al potencial participativo de los canales virtuales.

En los sendos ejercicios de pilotaje y monitoreo de los instrumentos de encuesta y de entrevistas grupales y en profundidad, la alusión a las redes sociales parecía ocupar un lugar más bien accesorio y poco sustancial. Aunque su empleo cotidiano podía ser tomado como algo usual, dada la recurrencia a mezclarlo en la plática para evocar publicaciones, chistes, memes o alguna que otra discusión *online*, el sentido latente parecía apuntar a una distinción *de facto* entre la participa-

ción “real” y los despliegues eminentemente comunicativos por esas vías.

Aunque por supuesto podría abrirse a debate si el comunicar no implica en sí mismo un acto de tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos, la mención de la apropiación tecnológica para la organización, la articulación de esfuerzos o el planteamiento de demandas ante la autoridad no constituyó un eje ni discursivo ni indicativo entre las y los jóvenes del estudio.

Es preciso reconocer que de haber tenido una preocupación más clara sobre el tema en el curso de la investigación esto hubiese motivado un esfuerzo más sistemático por tratar de desentrañar el aparente cariz marginal del entorno virtual. Sin embargo, más allá de la miopía del investigador esto no implica que los contornos tecnológicos carezcan de importancia para el trazado de hábitos políticos dentro de la comunidad de usuarios y usuarias, la cual desde luego trasciende a la muestra estudiada en este libro.

La evidencia proveniente de otros esfuerzos investigativos es desbordante. Los trabajos de Roxana Morduchowicz (2012), las labores de *Signa Lab* encabezadas por Rossana Reguillo o de Jorge Resina de la Fuente (2010) son al menos tres referencias de un vastísimo horizonte bibliográfico que continúa expandiéndose día con día desde distintas latitudes. A partir de mostrar cómo el empleo de redes sociales digitales apoya la configuración de la compleja identidad juvenil, distintas aportaciones subrayan múltiples alcances de la tecnología en la articulación de una vida política activa. Ya sea facilitando el acceso y la digestión de información, abriendo los canales de expresión, reduciendo los costos de la organización o incluso conectando islotes de jóvenes aparentemente aislados, aunque políticamente coincidentes, los escenarios virtuales albergan esperanzas de ecualización solo comparables con la amplitud de dudas emanadas de un uso tan diverso, que en ocasiones parece errático y otras tantas un poco más articulado.

Aunado a la escasa centralidad del tópico en los registros obtenidos en campo, parte de la ceguera del investigador se explica por una resistencia latente para asumir una posición más clara frente a la relación entre la mediación tecnológica y los despliegues participativos. Quizá sacando ventaja de la pauta empírica de las observaciones del cuestionario de encuesta y de las distintas vías de diálogo con las y los jóvenes, se debe reconocer que como autor, habida cuenta del interés por analizar las formas de participación *offline*, resultaba muy provechoso no pronunciarse en la antípoda entre el tecnoutopismo, el tecnodeterminismo o el tecnoescepticismo circundantes del tema. Mientras el primero obligaba a echar campanas al vuelo por la mediación tecnológica como detonante de la participación, la segunda implicaba asumir que el activismo cívico es desde hace tiempo indisociable de la proyección de las personas por la vía virtual. La última, en cambio, conducía a una visión donde los repertorios informáticos son en realidad de escasa utilidad, presumiendo que, como muchos otros instrumentos de vanguardia tecnológica, solo se trata de algunos canales más por los cuales la gente despliega usos múltiples, variados y a la vez desiguales de sociabilidad.

No se juzgue pues con excesiva dureza a quien escribe, confundiendo su timidez y azoro con anodinia sociológica. Por el contrario, es tal la preponderancia y penetración del mundo tecnológico en la vida social que, más allá de la investigación circunscrita de este libro, se cree fehacientemente en la necesidad de tomar a este rasgo como algo serio y digno de reflexión esquemática. Así, poco o nada se puede abonar para dirimir si las redes sociales son cajas de resonancia que contribuyen a la reproducción de los prejuicios humanos, o si estas realmente permiten superar algunos de los obstáculos para sumarse a las rutas de participación. Dado que el diseño, los indicios y las torpezas en la investigación otorgan poco margen para establecer una inferencia informada, se asumen los costos de no emitir conclusiones a partir de la mera opinión o la carencia de evidencia más certera.

Un segundo punto sobre el cual se llamó la atención en el proceso de dictaminación está relacionado con las expresiones perniciosas y no necesariamente virtuosas del activismo y de la vida asociativa. Frente a la noción de que participar es siempre un fin loable en sí mismo, autores como Portes y Landolt (1996), Putzel (1997), Woolcock (1998) y Foley y Edwards (1996) han ayudado a dimensionar el lado más problemático de la acción política y social coordinada. En clara referencia al concepto de *capital social negativo*, este conjunto de investigadores ha señalado el modo en que los recursos de vinculación entre las personas pueden derivar en mecanismos de captura de oportunidades, restricción de libertades o sujeciones de tipo clientelar.

De cara a tales expresiones el valor de uso de la participación y la eficiencia atribuida a la suma de voluntades sin duda se pone en entredicho, en tanto lejos de promover una mayor igualdad e inclusión, terminan por reproducir principios de disparidad selectiva entre distintos agentes. Si usted lector o lectora ha pasado por experiencias del tipo: “*es que siempre participan los mismos*”; “*solo se benefician a los amigos y grupos cercanos*”, o “*participar solo te hace cómplice del cochinerero*”, podrá entender de manera más clara esta disquisición.

Efectivamente, los alcances de participar no son unívocos. En muchas ocasiones, los canales y repertorios establecidos terminan por favorecer intereses particulares por sobre la atención a necesidades comunes. No obstante, la investigación de este libro no profundiza en la heterogeneidad y las variedades con que se concretan los ejercicios de activación. Asimismo, tampoco brinda mayores indicios sobre el trazado de las experiencias participativas. Sin duda, este es otro de los temas pendientes que concita una tremenda inquietud. Tratar de reconstruir de forma más fidedigna las trayectorias mismas de involucramiento requiere, como se menciona en el capítulo tercero, reconocer que nuestras rutas son más o menos erráticas, con entradas y salidas diversas, experiencias detonantes, favorecedoras y otras tantas inhibidoras de nuestro compromiso cívico. La par-

participación no solo puede coadyuvar a superar la desigualdad emanada de otras categorías y procesos; dado que al tiempo puede incorporar funcionalmente la operación de nuestras disparidades más cotidianas, este es un debate que requiere de mayor reflexión en futuros trabajos.

Finalmente, un tercer aspecto señalado en la evaluación del manuscrito está referido a las resistencias razonadas a la participación o la desafiliación consciente y quizá hasta militante de los asuntos públicos. Tal cual sugiere una de las personas con agudeza en su dictamen, a las dificultades materiales, vitales o sociales para el involucramiento suelen sumarse también procesos de desencanto y gradual decepción con el ejercicio de los derechos políticos. En estrecha relación con algunos episodios donde los repertorios parecen fraguarse en el sentido del capital social negativo previamente aludido, los ciudadanos estamos expuestos a otras fuentes de déficit cívico.

Cuando la calidad de la competencia electoral es francamente mala, cuando los partidos políticos carecen de distinción ideológica o programática, o incluso cuando las instituciones formales e informales son poco receptivas al accionar de la gente, el valor de uso de la participación también decae. Ya lo decíamos en alguna sección del libro, muy poca gente o casi nadie quiere jugar un juego donde la posibilidad de ganar es pírrica o nula.

Luego entonces, así como los hallazgos de investigación no permiten sostener que la participación es un monopolio de los sectores socialmente aventajados, tampoco se puede afirmar que la falta de activismo devenga solo del peso de la desigualdad y de sus obstáculos concomitantes.

El hartazgo político y la pérdida de certeza en la capacidad ciudadana constituyen objetos de interés de la más alta consideración. La dimensión motivacional y disposicional ligada a este aspecto nuevamente vuelve a emerger como un saldo del trabajo aquí escrito, recalcando la necesidad de problematizar el horizonte de sensaciones, concepciones y sesgos desde donde las personas trazamos nuestros vínculos con el espacio público.

Por ende, ya se ha hecho suficiente énfasis en la caución con la cual deben interpretarse las evidencias contenidas en este libro. Por su carácter parcial e intrínsecamente situado, sus resultados no son extrapolables ni para una población general ni para el subconjunto de jóvenes de la capital o del resto del país. Mucho menos se trata de vociferar arrogantemente que se ha descubierto una teoría o una explicación total de los móviles de la participación política.

La obra más bien pone sobre la mesa algunas conjeturas con cierto valor heurístico que podrían ser sometidas a prueba en otros contextos espaciales y temporales diferentes al del referente empírico. Sus limitaciones y salvedades no solo deben contribuir a poner en tela de juicio varias de las tesis vertidas en el texto. A su vez, sus falencias y omisiones deben motivar a abrir los rumbos de reflexión sobre una ciudadanía con presencia intermitente, dispar y, en ocasiones, tenue en el escenario democrático nacional.

Los intentos de explicación situada sin duda adolecen de un mayor poder abarcador; sin embargo, las pretensiones de cobertura de todas las aristas y complejidades de un fenómeno suelen ser decepcionantes por su insensibilidad a la propia heterogeneidad de los acontecimientos y de sus escenarios de ocurrencia. Optando por eludir ambos extremos, este libro no es más que un intento por alimentar los debates interseccionales entre desigualdad y participación democrática. Si el pecado investigativo es de extrema simpleza o de exagerada jactancia científica, eso solo usted lector o lectora lo puede juzgar.

UNA DOSIS EXTRA DE HUMILDAD

La reiteración es un mal hábito de quien aquí escribe, pues sus obsesiones guían en buena medida el carácter rumiante de varias de sus observaciones. De entre las muchas terquedades impregnadas en el ejercicio de investigación, está justo aquella que motivó la escritura de este *post scriptum*.

A modo de mantener siempre alerta la vigilancia en el quehacer científico, se ha recalcado hasta el cansancio que varias de las reflexiones depositadas en estas últimas páginas no constituyeron el punto nodal del estudio realizado. De igual modo, por factibilidad o llana insensatez, nunca fue el propósito brindar una explicación esencialista ni acabada de la problemática existente entre las desigualdades sociales y las promesas de eculización democrática.

Ahora bien, para quienes se acercan a este libro en calidad de aprendices de la tarea de investigación, los yerros de su autor sirven para ingerir un par de cucharadas de sana humildad académica.

En principio vale la pena señalar que una clásica fuente de soberbia científica deviene de las expectativas de nuestros resultados. No es un asunto de recursos escasos, sino de aspiraciones desbordadas. Con el objeto de no conceder mayores alcances a la propia investigación aquí desarrollada, se intentó acotar la pretensión de los hallazgos dado que no se contó con información amplia y suficiente como para sostener afirmaciones a diestra y siniestra sobre varios de los temas y aspectos no tratados.

En un contexto de producción académica donde se escribe mucho, pero se lee muy poco, en ocasiones las críticas a nuestros esfuerzos derivan de aquello que podríamos denominar la *falacia del lector*. Con esta última se hace referencia a la lectura escrupulosa y exigente de un texto, aun cuando se juzgan algunas de sus debilidades en función de preguntas que no se formuló su realizador, pero que están presentes en quien como lector o como lectora se consideran imprescindibles. Sin duda, una forma de evitar caer presa de esa trampa consiste no en desechar o ignorar las sugerencias de enriquecimiento de quienes opinan o evalúan nuestro desempeño, sino en reconocer abiertamente cuales son los límites y constreñimientos a los cuales está sujeto el propio ejercicio inquisitivo.

Por esa misma razón, además de los débitos previamente discutidos en esta sección de cierre y a lo largo de todo el libro,

se ha sostenido que sus resultados no son trasladables en forma acrítica a cualquier contexto de observación. Con una muestra acotada de jóvenes con relativas condiciones de ventaja dado su acceso a la educación superior, se busca incentivar que algunas conjeturas y parte de sus consecuencias lógicas y empíricas puedan ser sometidas a prueba en otros escenarios de estudio.

De igual modo, la selección focalizada en ese tipo de juventudes situadas en dos enclaves de formación universitaria no fue casual ni azarosa. Tratándose de una empresa investigativa realizada con fondos propios, cuya única mano de obra fue la de su propio autor y la de una que otra persona cuyo voluntariado se basó en el aprecio, las probabilidades de un trabajo de campo amplio, exhaustivo y poco confinado eran más o menos impensables. Por ello mismo, el valor heurístico de los casos reposa en la posibilidad de pensar qué pasaría con los indicios explorados en circunstancias sociales de mayor similitud, pero también de abierta disparidad. Si aun entre jóvenes de rasgos selectos persistió la traducción de sus desventajas sociales en asimetrías de carácter cívico, no deja de ser interesante reflexionar qué sucede cuando dejamos que la heterogeneidad permee completamente a nuestros sujetos de análisis.

En términos técnicos la investigación recurrió a una maniobra de triangulación entre métodos de tipo estadístico y diversas herramientas de registro cualitativo de información. La moda o el capricho no fueron clave para orientar esa decisión. Los datos de la encuesta difícilmente podían ser contextualizados sin un mejor parámetro de interpretación proveniente del diálogo con las y los jóvenes bajo estudio. Asimismo, los reactivos del cuestionario podrían ser omisos, contradictorios o incluso mejorables en muy distintos aspectos; sin embargo, en la medida en que otros instrumentos disponibles como la Encup¹

¹ Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas, levantada conjuntamente entre la Secretaría de Gobernación (Segob) y el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi). Se ha levantado en cinco ocasiones: 2001, 2003, 2005, 2008 y 2012.

o la Enjuve² no estaban pensados ni diseñados para someter a prueba algunas de las hipótesis en juego, se apostó por llevar a cabo un ejercicio propio de levantamiento con todo y los costos asociados a su manufactura e imperfección.

El tratamiento de información también puede translucir muy diversas falencias. En lo tocante a los datos cuantitativos, los modelos empleados de procesamiento buscaban relevar el papel del tiempo como condicionante de la articulación de ventajas y desventajas (originarias, adquiridas o acumuladas) para la activación política en el curso de vida. El dimensionamiento analítico de sus resultados debe leerse en clave de los relatos y las experiencias de las voces jóvenes aquí recogidas. En ningún momento los indicios obtenidos mediante el instrumental estadístico buscan dar una idea incorrecta de mayor potencial explicativo. Dado que correlación no es causalidad, el análisis asociativo desplegado contiene importantes escollos para la inferencia que no deben confundirse con conclusiones deterministas ni con fatalismos en su interpretación. Las desigualdades sociales importan para la concreción activa del compromiso cívico; empero, ello no obsta para que otras personas puedan inmiscuirse en los asuntos públicos aun pese a la precedencia de frenos desde su origen social o en su trama biográfica.

Asimismo, podría suceder que un exceso de consideraciones sobre indicadores, tablas, modelos o sus distintas maniobras resulten tediosas para el público lector. Aun cuando muchas de tales discusiones fueron trasladadas a un anexo técnico para saciedad de un subcircuito de personas estadísticamente obsesivas, el libro está salpicado con referencias a tecnicismos de tal tipo. Este sin duda no debe ser motivo para desalentar

² Encuesta Nacional de Juventud, levantada por el Instituto Mexicano de la Juventud (Injuve) en 2000 y 2005 con el objetivo de indagar sobre los mecanismos que modifican los procesos de incorporación del joven a la sociedad y a la adaptación de las prácticas juveniles a esas transformaciones. Entre las temáticas abordadas se encuentran juventud, familia, educación, religión, cultura, sexualidad, pareja, participación política y trabajo.

el acercamiento al texto. Tampoco se trata de un despliegue de sofisticación presuntuosa del investigador. Por el contrario, en un mundo académico donde los recursos estadísticos suelen encubrir vanidades, inseguridades analíticas o incluso negativas a favorecer una mayor transparencia en la investigación, la probable saturación de aclaraciones responde a la necesidad de compartir cómo y por qué se tomaron distintas decisiones de cara al análisis.

Así entonces, la investigación de este libro se guió por tres preceptos fundamentales: *a*) el reconocimiento de las limitaciones de su ejecutante; *b*) la búsqueda de conexión con un público lector más allá de los pares científicos, y *c*) el tratamiento parcial, aunque riguroso de un problema social de primer orden. Como se ha resaltado en este *post scriptum* la obra no está exenta de puntos ciegos y de flaquezas. No obstante, dicha cuestión no es un obstáculo insalvable para disparar otras reflexiones entre quienes se aproximen a su contenido. Una vez más, como bien sugería Charles Darwin, “siempre es aconsejable percibir claramente nuestra ignorancia”. Dicho paso no nos torna más torpes en nuestros esfuerzos de comprensión; por el contrario, nos invita a ser partícipes de nuestros propios estreñimientos en el entendimiento del mundo. Lejos de guarecerse en las falsas certezas provistas por el cierre de un estudio, otras dudas florecen para alentar una tarea interminable en el quehacer científico-social.

ANEXO TÉCNICO

ESTIMACIÓN DEL TAMAÑO DE LA MUESTRA

Los datos aquí presentados corresponden a muestras estadísticamente significativas para la población de ambas instituciones universitarias. Se construyeron marcos muestrales con base en la delimitación de un muestreo irrestricto aleatorio (o aleatorio simple), el cual considerara un margen de error máximo de 4.3 a 95% de confianza y con un nivel de heterogeneidad de distribución de respuestas conservador a 50 por ciento.

Para ello, se estableció un cálculo a partir de la fórmula para la estimación de una muestra para poblaciones finitas:

$$n = \frac{z^2 N p q}{e^2 (N - 1) + (z^2 p q)}$$

Cada término es equivalente según el caso a:

Cuadro A.1. Esquema de muestreo

Término	Universidad A	Universidad B
<i>N</i>	4 135	13 841
<i>Z</i>	1.96	1.96
<i>p, q</i>	0.5	0.5
<i>E</i>	0.043	0.043
<i>n</i>	462	500

Fuente: elaboración propia.

Con base en la estimación de la muestra para ambos casos, se definió como estrategia de levantamiento formular una aplicación de cuestionarios a terreno abierto a partir de la selección de espacios con alta concentración estudiantil (cuadro A.1). Para ello, se evitó recurrir a los salones de clase como potenciales nichos de aplicación en tanto se ponderó encuestar de la manera más cercana posible a “grupos naturales”, los cuales estuviesen exentos de efectos de selectividad exógenos derivados de la conformación de conglomerados estudiantiles en el interior de cada una de las materias.

Lo anterior presupone un conocimiento exhaustivo y ejercicios previos de inmersión de poco más de 10 meses, con los cuales se estableció un mapeo pormenorizado para la captación de informantes. Las jornadas fueron partidas en tres horarios: *a)* matutino, *b)* vespertino y *c)* nocturno, considerando que alumnos y alumnas de semestres primerizos tienden a concentrarse en sesiones de la mañana, mientras que intermedios y avanzados se distribuyen en esquemas de tarde y noche, respectivamente. Sabiendo de antemano que los espacios extraaula tienden a segmentarse en función de ciertas identidades disciplinarias, deportivas e incluso subculturales, se diseñó una cuadrícula de encuestado con el apoyo de algunos sujetos clave (profesores, egresados, alumnos, personal de apoyo y planta física, entre otros).

De esa manera, tanto en la Universidad A como en la B se cubrió hasta 90% de espacios fuera de aula, considerando: 1) biblioteca(s); 2) cafeterías; 3) zonas de comida rápida; 4) pasillos de edificios de salones; 5) áreas verdes; 6) sitios designados para fumadores, y 7) salas de trabajo y cómputo. Del plano táctico se excluyeron: *a)* salones de clase; *b)* canchas y campos deportivos; *c)* oficinas, salas o cuartos dispuestos para encuentros asociativos; *d)* laboratorios o estudios dirigidos a carreras específicas, y *e)* auditorios o aulas magnas donde se estuviera sosteniendo algún evento de carácter particular. Estos últimos se dejaron fuera de lista en tanto que podían contribuir a la sobrerrepresentación de estudiantes con una alta vocación

participativa en la vida académica, política u organizacional de ambas universidades.

El acercamiento particular con cada informante potencial se dio de forma presencial, se evitó que pese a la copresencia de otros compañeros, el llenado del cuestionario fuese desahogado de manera grupal. Considerando la extensión de reactivos, a todos los individuos se les dio un tiempo promedio de respuesta de no más de veinte y no menos de diez minutos. Asimismo, los calendarios de aplicación se definieron cuidando que las fechas no se empalmaran con periodos de exámenes o con otras actividades que pudieran sesgar o entorpecer el levantamiento.

Los ejercicios de monitoreo *ex ante* y *ex post* al levantamiento final consideraron muestras de alrededor de 300 registros, con lo cual se realizaron las exploraciones sobre la probable desviación de indicadores en distintos momentos temporales.

ÍNDICE DE CONDICIONES DE BIENESTAR MATERIAL

El Índice de Condiciones de Bienestar Material se basa en la medición del acceso o la carencia a un conjunto de 20 ítems de bienes y servicios. La consignación de posesión o privación se hizo para dos momentos temporales; uno para cuando las y los informantes tenían una edad de 12 años (*ibmo*), y otro para el instante en que se llevó a cabo la aplicación del cuestionario (*ibma*).

El *ibmo* constituye un ejercicio de evaluación retrospectiva por parte de las y los participantes a fin de recordar las comodidades disponibles en el hogar de origen. Por su parte, el *ibma* se basa en esa misma evaluación al momento presente en que se llevó a cabo el levantamiento de datos.

La construcción de ambos índices se llevó a cabo en distintas etapas. La primera consistió en la valoración de fiabilidad entre ítems a partir del estadístico alfa de Cronbach. Esta medida permite explorar la consistencia interna de los elementos bajo escrutinio, asumiendo que, si cada uno de ellos se corresponde con un constructo latente, entonces tenderán a covariar

y correlacionarse de manera estrecha. Cuando más cercana a 1 resulte la magnitud de alfa mayor será la consistencia interna de los ítems analizados. Usualmente, coeficientes alfa de 0.9 se consideran excelentes; de 0.8 se juzgan como buenos; mientras que de 0.7 se establecen como pertinentes. Magnitudes menores a 0.7 sugieren que los elementos del constructo están mal diseñados o que no necesariamente reflejan de forma adecuada aquello que se desea medir.

Aunque cada ítem únicamente está consignado en una escala dicotómica de 1 y 0, donde 1 indica posesión y 0 privación, Nunnally (1967) sugiere que el alfa de Cronbach puede emplearse como una exploración somera del comportamiento de este tipo de variables. Como se puede apreciar en el cuadro A.2, ni la medición a los 12 años ni al momento de la encuesta presentan mayores problemas de consistencia.

Ahora bien, una de las limitaciones del uso de alfa de Cronbach radica en asumir que todos los ítems poseen el mismo peso en la constitución del constructo latente. Para corregir ese problema, se procedió a una ponderación de cada elemento a partir de considerar la tasa relativa de acceso entre las y los informantes. Esta maniobra permitió resaltar el carácter diferenciador de un conjunto acotado de bienes y servicios, como aquellos referentes a los instrumentos de cómputo, los automóviles o el servicio doméstico. Para llevarla a cabo, cada ítem fue multiplicado por la proporción de carencia relativa. De ese modo, por ejemplo, sabemos que 98.44 de las y los informantes poseían licuadora en su hogar a la edad de 12 años; a partir de tal indicio, dicho elemento sería multiplicado por un ponderador equivalente a $(100 - 98.44) / 100$. Así, el estimador de cada ponderador se basó en una fórmula simple dada por lo siguiente:

$$PondeA = \frac{100 - (Tasa\ de\ posesión\ relativa)}{100}$$

Teniendo en cuenta el estimador anterior, los bienes y servicios con menores tasa de acceso tenderían a asumir un mayor

peso en la aprehensión del bienestar material de las y los informantes bajo estudio.

El procedimiento antes detallado se llevó a cabo tanto para los ítems a la edad de 12 años como para aquellos consignados al momento de la encuesta. Con el objetivo de verificar que se mantiene la consistencia, se volvió a emplear el estadístico alfa de Cronbach, teniendo en cuenta que, tras la ponderación, cada ítem tendría un peso diferenciado (cuadro A.3).

Tras corroborar que no se altera de forma significativa la consistencia interna de los ítems, una segunda etapa consistió en una exploración mediante técnicas de análisis factorial. El empleo de este recurso permite verificar si existen pesos diferenciados entre distintos subconjuntos de ítems conocidos como componentes. Así, técnicamente se explora la multidimensionalidad captada en el ejercicio de medición. El método seleccionado fue el de factores principales, el cual consiste en el cálculo de cargas factoriales a partir de las correlaciones cuadráticas múltiples como estimaciones de comunalidad. Cabe recordar a las lectoras y a los lectores menos familiarizados con la estadística que dichas cargas indican los pesos y las correlaciones entre cada variable y el factor. Mientras más grande es la carga, más relevante es la contribución de la variable en la definición de dimensionalidad del factor.

Para el caso de los bienes y servicios a la edad de 12 años, el análisis preliminar muestra que, con base en los valores raíz o *eigenvalues*, nuestro conjunto inicial de 20 de ítems puede ser bien aprehendido mediante la retención de dos factores principales, los cuales aglutinan más de 90% de la varianza (cuadro A.4).

Para continuar con el análisis, se incluyó una prueba de adecuación muestral de Kaiser-Meyer-Olkin (κ_{MO}). Esta nos permite comparar la magnitud de los coeficientes de correlación observados con la magnitud de los coeficientes de correlación parcial. Si las correlaciones parciales son relativamente altas, en contraste con las correlaciones observadas, el valor del κ_{MO} tenderá a ser pequeño, indicando que una representación de menor dimensionalidad de datos no es realizable (cuadro A.5).

Cuadro A.2. Exploración de consistencia mediante alfa de Cronbach

	<i>Medición a los 12 años</i>						<i>Medición al momento de la encuesta</i>					
	<i>Obs.</i>	<i>Signo</i>	<i>Item-test correlation</i>	<i>Item-rest correlation</i>	<i>Interitem covariance</i>	<i>Alfa</i>	<i>Obs.</i>	<i>Signo</i>	<i>Item-test correlation</i>	<i>Item-rest correlation</i>	<i>Interitem covariance</i>	<i>Alfa</i>
Licudora	963	+	0.233	0.208	0.056	0.910	963	+	0.447	0.407	0.037	0.883
Televisión	963	+	0.149	0.131	0.056	0.910	963	+	0.423	0.389	0.038	0.884
Automóvil	963	+	0.718	0.666	0.049	0.901	963	+	0.698	0.631	0.033	0.875
Estufa	963	+	0.271	0.239	0.055	0.909	963	+	0.399	0.364	0.038	0.884
Refrigerador	963	+	0.266	0.235	0.055	0.910	963	+	0.474	0.440	0.037	0.883
Tocadiscos	963	+	0.504	0.456	0.053	0.906	963	+	0.598	0.537	0.035	0.879
Teléfono	963	+	0.518	0.468	0.053	0.906	963	+	0.529	0.477	0.036	0.881
Cámara fotográfica	963	+	0.709	0.657	0.049	0.901	963	+	0.644	0.581	0.034	0.877
Enciclopedia en casa	963	+	0.493	0.435	0.052	0.906	963	+	0.471	0.395	0.036	0.883
Servicio doméstico	963	+	0.701	0.640	0.048	0.901	963	+	0.616	0.528	0.033	0.880
Calle exterior pavimentada	963	+	0.495	0.435	0.052	0.906	963	+	0.347	0.288	0.037	0.885

Consola de videojuegos	963	+	0.711	0.655	0.048	0.901	963	+	0.679	0.604	0.033	0.877
Televisión de paga	963	+	0.786	0.740	0.047	0.898	963	+	0.709	0.641	0.033	0.875
Computadora de escritorio	963	+	0.743	0.697	0.049	0.900	963	+	0.538	0.456	0.035	0.882
Internet	963	+	0.797	0.755	0.047	0.898	963	+	0.585	0.535	0.036	0.879
Impresora	963	+	0.805	0.763	0.047	0.897	963	+	0.680	0.615	0.033	0.876
Computadora portátil	963	+	0.653	0.588	0.049	0.903	963	+	0.537	0.466	0.035	0.881
Reproductor DVD	963	+	0.555	0.489	0.051	0.905	963	+	0.613	0.559	0.035	0.878
Centro de lavado	963	+	0.633	0.576	0.050	0.903	963	+	0.655	0.598	0.034	0.877
Horno de microondas	963	+	0.711	0.663	0.049	0.901	963	+	0.597	0.537	0.035	0.879
Test scale					0.051	0.908					0.035	0.885

Fuente: elaboración propia.

Cuadro A.3. Exploración de consistencia mediante alfa de Cronbach, ítems ponderados por carencia relativa

	<i>Medición a los 12 años</i>						<i>Medición al momento de la encuesta</i>					
	<i>Obs.</i>	<i>Signo</i>	<i>Item-test correlation</i>	<i>Item-rest correlation</i>	<i>Interitem covariance</i>	<i>Alfa</i>	<i>Obs.</i>	<i>Signo</i>	<i>Item-test correlation</i>	<i>Item-rest correlation</i>	<i>Interitem covariance</i>	<i>Alfa</i>
Licuadora	963	+	0.332	0.252	0.320	0.899	963	+	0.5257	0.4577	0.2911	0.886
Televisión	963	+	0.271	0.189	0.324	0.901	963	+	0.5205	0.452	0.2914	0.887
Automóvil	963	+	0.697	0.648	0.295	0.888	963	+	0.6532	0.5982	0.2826	0.882
Estufa	963	+	0.355	0.276	0.318	0.899	963	+	0.4813	0.4095	0.294	0.888
Refrigerador	963	+	0.350	0.271	0.318	0.899	963	+	0.5661	0.5018	0.2884	0.885
Tocadiscos	963	+	0.549	0.484	0.305	0.893	963	+	0.6134	0.554	0.2852	0.884
Teléfono	963	+	0.523	0.456	0.307	0.894	963	+	0.5651	0.5007	0.2884	0.885
Cámara fotográfica	963	+	0.693	0.644	0.295	0.888	963	+	0.6217	0.5631	0.2847	0.883
Enciclopedia en casa	963	+	0.507	0.439	0.308	0.894	963	+	0.4536	0.3796	0.2959	0.889
Servicio doméstico	963	+	0.660	0.607	0.297	0.889	963	+	0.5519	0.4862	0.2893	0.886

Calle exterior pavimentada	963	+	0.505	0.437	0.308	0.894	963	+	0.3557	0.2755	0.3024	0.892
Consola de videojuegos	963	+	0.687	0.638	0.295	0.889	963	+	0.6295	0.5718	0.2842	0.883
Televisión de paga	963	+	0.746	0.704	0.292	0.887	963	+	0.6602	0.6061	0.2821	0.882
Computadora de escritorio	963	+	0.725	0.680	0.293	0.887	963	+	0.5247	0.4565	0.2911	0.886
Internet	963	+	0.760	0.720	0.291	0.886	963	+	0.599	0.538	0.2862	0.884
Impresora	963	+	0.763	0.723	0.290	0.886	963	+	0.649	0.5935	0.2829	0.882
Computadora portátil	963	+	0.605	0.546	0.301	0.891	963	+	0.5086	0.439	0.2922	0.887
Reproductor DVD	963	+	0.558	0.494	0.304	0.893	963	+	0.6417	0.5855	0.2833	0.883
Centro de lavado	963	+	0.634	0.578	0.299	0.890	963	+	0.6601	0.6059	0.2821	0.882
Horno de microondas	963	+	0.701	0.653	0.295	0.888	963	+	0.5993	0.5384	0.2862	0.884
Test scale					0.3027	0.897					0.2882	0.89

Fuente: elaboración propia.

Cuadro A.4. Análisis factorial, acceso a bienes
y servicios a la edad de 12 años

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. Retenidos = 9	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 144	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	6.82465	5.76853	0.8657	0.8657
Factor2	1.05612	0.67524	0.134	0.9997
Factor3	0.38087	0.05254	0.0483	1.048
Factor4	0.32833	0.11713	0.0416	1.0896
Factor5	0.21121	0.07124	0.0268	1.1164
Factor6	0.13997	0.03959	0.0178	1.1342
Factor7	0.10038	0.04405	0.0127	1.1469
Factor8	0.05633	0.02144	0.0071	1.1541
Factor9	0.03489	0.03781	0.0044	1.1585
Factor10	-0.00292	0.01149	-0.0004	1.1581
Factor11	-0.01441	0.04665	-0.0018	1.1563
Factor12	-0.06105	0.00713	-0.0077	1.1486
Factor13	-0.06819	0.0289	-0.0086	1.1399
Factor14	-0.09709	0.01613	-0.0123	1.1276
Factor15	-0.11321	0.01036	-0.0144	1.1132
Factor16	-0.12358	0.01565	-0.0157	1.0976
Factor17	-0.13923	0.01665	-0.0177	1.0799
Factor18	-0.15587	0.04873	-0.0198	1.0601
Factor19	-0.2046	0.06474	-0.026	1.0342
Factor20	-0.26934		-0.0342	1

LR test: independent *vs.* saturated: $\chi^2(190) = 7\,551.12$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.

Fuente: elaboración propia.

Cuadro A.5. Medida de adecuación muestral
Kaiser-Meyer-Olkin (KMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
aa1	Licuadaora	0.763
ab1	Televisión	0.638
ac1	Automóvil	0.962
ad1	Estufa	0.862
ae1	Refrigerador	0.855
af1	Tocadiscos	0.915
ag1	Teléfono	0.941
ah1	Cámara fotográfica	0.958
ai1	Enciclopedia en casa	0.962
aj1	Servicio doméstico	0.948
ak1	Calle exterior pavimentada	0.943
al1	Consola de videojuegos	0.964
am1	Televisión de paga	0.957
an1	Computadora de escritorio	0.931
ao1	Internet	0.926
ap1	Impresora	0.949
aq1	Computadora portátil	0.93
ar1	Reproductor DVD	0.945
as1	Centro de lavado	0.961
at1	Horno de microondas	0.967
Global		0.938

Fuente: elaboración propia.

En este caso, con un estadístico KMO de 0.938 la medida resulta aceptable, recordando que de acuerdo con el propio Kaiser (1974) valores iguales o superiores a 0.8 se consideran más que aceptables.

De conformidad con los propios procedimientos de un análisis factorial, el siguiente paso consistió en la rotación ortogonal

de nuestros factores. De acuerdo con Vogt (1993), la rotación se vincula al intento del analista por relacionar los factores calculados con entidades teóricas a partir de asunciones sobre la correlación supuesta entre las dimensiones obtenidas (oblicua) o la ausencia de tal asociación (ortogonal). En estricto sentido, a partir de las propiedades geométricas de los componentes principales, la rotación implica un cambio a un nuevo conjunto de ejes de coordenadas en el mismo subespacio cubierto por los componentes principales (Dunteman, 1989); es decir, una sutil manipulación de los *eigenvectores* para la obtención de una estructura más simple.

Con un supuesto forzado de ausencia de correlación entre factores, en este caso se optó por una rotación ortogonal. Esta decisión ayuda en cierto modo a atemperar los efectos negativos del empleo de factores en modelos de regresión lineal como los que fueron empleados en los capítulos correspondientes de este libro. De igual forma, otra ventaja de la rotación ortogonal radica en que permite una mejor apreciación de la aglutinación de factores, induciendo una mayor distinción en las dimensiones latentes del constructo bajo escrutinio. El método empleado de rotación fue *varimax*, el cual se caracteriza por maximizar la varianza de las cargas cuadráticas asociadas a cada factor o componente.

Asimismo, en el cuadro A.6 donde se presentan las cargas rotadas, se incluye una columna extrema con el indicativo *unicidad* (*uniqueness*), es decir, la varianza única de cada ítem, la cual no está correlacionada con el resto de las variables incluidas en el análisis. Esta se puede deducir a partir de la noción *1-comunalidad*, donde la comunalidad es la varianza compartida con otras variables. Mientras más grande sea la unicidad, más baja será la relevancia de la variable correspondiente en el modelo factorial.

*Cuadro A.6. Cargas rotadas de factores *ibmo**

<i>Variable</i>	<i>Factor1</i>	<i>Factor2</i>	<i>Factor3</i>	<i>Factor4</i>	<i>Factor5</i>	<i>Unicidad</i>
Licuadora			0.4874			0.7013
Televisión			0.6136			0.62
Automóvil	0.5315	0.3079				0.4717
Estufa			0.4095			0.7772
Refrigerador			0.3871			0.7886
Tocadiscos			0.3212	0.4757		0.5979
Teléfono		0.4748				0.6621
Cámara fotográfica	0.4975			0.3447		0.4736
Enciclopedia en casa						0.7408
Servicio doméstico	0.6904					0.4496
Calle exterior pavimentada					0.3873	0.7036
Consola de videojuegos	0.548					0.4846
Televisión de paga	0.6722					0.3479
Computadora de escritorio	0.4127	0.6119				0.3363
Internet	0.6472	0.5161				0.2506
Impresora	0.6249	0.4603				0.2903
Computadora portátil	0.6833					0.4747
Reproductor DVD				0.4424		0.6387
Centro de lavado	0.3208			0.3913		0.5815
Horno de microondas	0.3733	0.4577		0.3412		0.4762

Nota: Los espacios en blanco representan cargas factoriales absolutas < 0.3, es decir, de escasa relevancia.

Fuente: elaboración propia.

Con dos factores que retienen poco más de 90% de la varianza se procedió a la estimación del *Índice de Condiciones de Bienestar Material en el Origen (ibmo)*, el cual fue calculado de la siguiente forma, teniendo en cuenta la proporción de varianza asociada a cada factor analíticamente relevante:

$$Ibmo = (factor\ 1 * 0.8657) + (factor\ 2 * 0.1340)$$

En lo tocante a la medición de bienestar material al momento de la encuesta, los procedimientos anteriores fueron replicados, comenzando con el análisis factorial basado en el método de factores principales. Similar a lo que acontece con los ítems constitutivos del *ibmo*, los cálculos indican que con tan solo dos factores se logra retener poco más de 90% de la varianza (cuadro A.7).

Cuadro A.7. Análisis factorial, acceso a bienes y servicios al momento del levantamiento de datos

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 10	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 155	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	6.01533	4.56404	0.7811	0.7811
Factor2	1.45129	0.96782	0.1885	0.9696
Factor3	0.48347	0.05603	0.0628	1.0323
Factor4	0.42745	0.13341	0.0555	1.0878
Factor5	0.29404	0.10235	0.0382	1.126
Factor6	0.19169	0.06861	0.0249	1.1509
Factor7	0.12308	0.06061	0.016	1.1669
Factor8	0.06247	0.04865	0.0081	1.175
Factor9	0.01382	0.00863	0.0018	1.1768
Factor10	0.00519	0.03752	0.0007	1.1775

Factor11	-0.03233	0.0336	-0.0042	1.1733
Factor12	-0.06593	0.00832	-0.0086	1.1647
Factor13	-0.07425	0.02826	-0.0096	1.1551
Factor14	-0.10251	0.01256	-0.0133	1.1418
Factor15	-0.11507	0.02374	-0.0149	1.1268
Factor16	-0.13881	0.02816	-0.018	1.1088
Factor17	-0.16696	0.01505	-0.0217	1.0871
Factor18	-0.18201	0.0454	-0.0236	1.0635
Factor19	-0.22742	0.03402	-0.0295	1.0339
Factor20	-0.26144		-0.0339	1

LR test: independent *vs.* saturated: $\chi^2(190) = 6\,572.58$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.
Fuente: elaboración propia.

Al llevar a cabo la prueba de adecuación muestral mediante el estadístico KMO, nuevamente se obtiene un estimador aceptable superior a 0.9. Dicha cuestión es indicativa de la pertinencia de la reducción de dimensionalidad mediante la simplificación factorial.

Hasta aquí es importante mencionar que las maniobras ejecutadas permiten avizorar la conformación de dos dimensiones latentes en el bienestar material de la muestra bajo estudio. Por un lado, los componentes relacionados con el acceso a bienes y servicios de orden básico en el entorno urbano y, por otro, aquellos vinculados con la posesión de productos suntuarios tales como consolas de videojuegos, aparatos de sonido, dispositivos de cómputo y servicio doméstico. Tanto para la medición parcial del origen social (*ibmo*) como en el caso de las posesiones al momento de aplicación de la encuesta, ambas dimensiones se mantienen como claramente distintivas (cuadro A.8).

Cuadro A.8. Medida de adecuación muestral
Kaiser-Meyer-Olkin (KMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
ba1	Licudadora	0.849
bb1	Televisión	0.809
bc1	Automóvil	0.94
bd1	Estufa	0.893
be1	Refrigerador	0.892
bf1	Tocadiscos	0.925
bg1	Teléfono	0.934
bh1	Cámara fotográfica	0.954
bi1	Enciclopedia en casa	0.921
bj1	Servicio doméstico	0.926
bk1	Calle exterior pav.	0.91
bl1	Consola de videojuegos	0.942
bm1	Televisión de paga	0.935
bn1	Computadora de escritorio	0.848
bo1	Internet	0.891
bp1	Impresora	0.927
bq1	Computadora portátil	0.853
br1	Reproductor DVD	0.914
bs1	Centro de lavado	0.955
bt1	Horno de microondas	0.94
Global		0.91

Fuente: elaboración propia.

Tras emplear una vez más la rotación ortogonal, se corrobora la bidimensionalidad del nuevo constructo, con el cual se llevará a cabo la estimación del Índice de Condiciones de Bienestar Material al momento de la Encuesta (*ibma*) (cuadro A.9).

Cuadro A.9. Cargas rotadas de factores ibma

<i>Variable</i>	<i>Factor1</i>	<i>Factor2</i>	<i>Factor3</i>	<i>Factor4</i>	<i>Factor5</i>	<i>Factor6</i>	<i>Unicidad</i>
Licuadora		0.6633					0.4689
Televisión		0.7758					0.3641
Automóvil	0.6504						0.4775
Estufa		0.5032					0.6351
Refrigerador		0.6989					0.4395
Tocadiscos		0.3188			0.4352		0.5475
Teléfono		0.3685		0.3332			0.6417
Cámara fotográfica	0.4242						0.574
Enciclopedia en casa	0.4011						0.7218
Servicio doméstico	0.6271						0.5573
Calle exterior pavimentada			0.3774				0.822
Consola de videojuegos	0.5884						0.5335
Televisión de paga	0.6185		0.3465				0.4525
Computadora de escritorio				0.5636			0.548
Internet			0.3517	0.4224		0.3372	0.5095
Impresora	0.4125			0.4647			0.4915
Computadora portátil	0.3912		0.3022			0.4585	0.541
Reproductor DVD		0.389	0.3847		0.3421		0.478
Centro de lavado	0.3398		0.3683				0.5484
Horno de microondas			0.4421				0.5803

Nota: Los espacios en blanco representan cargas factoriales absolutas < 0.3, es decir, de escasa relevancia.

Fuente: elaboración propia.

Finalmente, el *ibma* fue calculado a partir de la siguiente fórmula, tomando en cuenta la varianza asociada a cada factor retenido:

$$ibma = (factor\ 1 * 0.7811) + (factor\ 2 * 0.1885)$$

Tal cual fue mencionado anteriormente, cada procedimiento buscó ponderar de manera pertinente los ítems de mayor diferenciación en las condiciones de privación de las y los jóvenes bajo estudio. Así, para poder tener una panorámica más intuitiva de ambas medidas resumen se optó por su partición en tres cuantiles a modo de estratos de bienestar: un estrato bajo, otro medio y uno alto.

Por último, con el objetivo de contar con un parámetro de movilidad social muy básico, se estimó el desplazamiento de casos entre los distintos estratos desde el origen social (a la edad de 12 años) hasta la actualidad (momento de aplicación de la encuesta). Quienes retrocedieran en su condición de bienestar serían etiquetados como casos de “movilidad descendente”; quienes prevalecieron en el mismo estrato se identificarían como “sin movilidad”; mientras que aquellos y aquellas que se desplazaron a un nivel superior serían calificados de “movilidad ascendente”.

ÍNDICE DE AUTONOMÍA DECISIONAL E INDEPENDENCIA ECONÓMICA

Para la construcción de una medida resumen sobre autonomía decisional e independencia económica se retomaron los reactivos del cuestionario de encuesta relativos a la fuente principal de sustento en distintos rubros junto con aquellos referidos a la toma de determinaciones al interior del hogar.

Las opciones de respuesta estaban orientadas a la identificación de figuras sobre las cuales recaen las tareas de manutención o de decisión en diversos aspectos. Así, las interrogantes

estaban orientadas a especificar si tales funciones recaían sobre: *a)* los padres, *b)* algún otro familiar, *c)* la pareja, o *d)* ego.

Los elementos incluidos en la construcción del índice estaban dados por los siguientes ítems:

- a)* La fuente principal de sustento doméstico.
- b)* La fuente principal para la solvencia de gastos educativos.
- c)* Quién decide sobre la adquisición de bienes de alto costo.
- d)* La fuente principal para la solvencia de gastos en salud.
- e)* Quién decide sobre las actividades de esparcimiento.
- f)* Quién decide sobre los horarios de llegada a casa.
- g)* Quién decidió que la persona entrevistada continuara con sus estudios.
- h)* Quién decidió sobre el tipo de estudios de la persona entrevistada.
- i)* Quién decide sobre el código de vestimenta y comportamiento de las y los jóvenes.
- j)* Quién toma la decisión sobre incorporarse al mercado de trabajo.

Una primera prueba de consistencia basada en el estadístico alfa de Cronbach sugiere una confiabilidad moderada de los ítems bajo escrutinio ($\alpha = 0.75$). Es preciso aclarar que dicha magnitud no necesariamente está relacionada con problemas de ausencia de correlación o covariación, sino con comportamientos dimensionalmente diferenciados entre subconjuntos de rasgos. Dicho de una manera más simple, es posible que al introducir tales características como indicadores de la autonomía se esté captando atributos distintivos en la apreciación de un mismo constructo. Así, quizá algunos estén más relacionados con la potestad de toma de decisiones, mientras otros estén claramente orientados a la asunción de responsabilidades económicas.

Para corroborar lo anterior, en aras de poseer un índice sensible a la multidimensionalidad, se optó por emplear el análisis factorial bajo el método de factores principales. Si, efecti-

vamente, el comportamiento de nuestras variables se rige por la captación de una o más dimensiones, esta variante nos permitirá identificar la latencia de ciertos indicios.

En una primera instancia, los resultados indican la probable retención de hasta dos factores con *eigenvalores* superiores a 1, y con una capacidad de aglutinación de varianza cercana a 92%. Vale la pena recordar al público familiarizado con cuestiones de orden técnico, que la matriz de correlaciones está basada en un arreglo de tipo policórico para variables nominales (cuadro A.10).

Cuadro A.10. Análisis factorial, ítems de autonomía decisional e independencia económica

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 6	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 36	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	4.81709	3.24163	0.6905	0.6905
Factor2	1.57546	0.96974	0.2258	0.9163
Factor3	0.60572	0.40741	0.0868	1.0031
Factor4	0.19831	0.13613	0.0284	1.0316
Factor5	0.06217	0.03576	0.0089	1.0405
Factor6	0.02642	0.08425	0.0038	1.0442
Factor7	-0.05783	0.04838	-0.0083	1.036
Factor8	-0.10621	0.03846	-0.0152	1.0207
Factor9	-0.14467	.	-0.0207	1

LR test: independent *vs.* saturated: $\chi^2(36) = 8\,273.46$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.
Fuente: elaboración propia.

Al igual que en procedimientos anteriores, se recurrió a la exploración de la adecuación muestral (κMO) a fin de corroborar la ausencia de problemas de baja asociación entre ítems (cuadro A.11).

Cuadro A.11. Medida de adecuación muestral
Kaiser-Meyer-Olkin (KMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
df1	Fuente principal de sustento económico	0.788
df2	Fuente que solventa gastos educativos	0.852
df3	Decisión sobre la adquisición de bienes de alto costo	0.794
df4	Decisión de continuar estudiando	0.57
df5	Decisión sobre qué estudiar	0.508
df6	Decisión sobre salir a divertirse	0.803
df7	Decisión sobre los horarios de llegada a casa	0.802
df8	Fuente que solventa gastos en salud	0.772
df9	Decisión sobre trabajar o no trabajar	0.677
Global		0.744

Fuente: elaboración propia.

Con resultados relativamente aceptables, se procedió a la rotación ortogonal bajo la modalidad *varimax*, con el propósito de contar con intuiciones más claras de multidimensionalidad.

Una vez hecho lo anterior, podemos notar el bajo grado de unicidad que ostentan los ítems analizados. Asimismo, se puede apreciar que el Factor1 ostenta cargas mayores para las variables df1, df2, df3, df6, df7 y df8, todas ellas relacionadas con aspectos de carácter económico. Aquí figuran los reactivos sobre las fuentes de sustento en el hogar, la solvencia de gastos educativos y de salud, la responsabilidad de decidir sobre la adquisición de bienes de alto costo, salir a divertirse y a qué hora llegar a casa (cuadro A.12).

Por su parte, el Factor2 está determinado en mayor medida por la varianza de los ítems df4, df5 y df9, relacionados con quién toma la decisión sobre la continuidad de los estudios, el tipo de carrera a cursar y la determinación de asumir un empleo.

Cuadro A.12. Cargas rotadas de factores de autonomía decisional e independencia económica

<i>Variable</i>	<i>Factor1</i>	<i>Factor2</i>	<i>Factor3</i>	<i>Factor4</i>	<i>Unicidad</i>
Fuente principal de sustento económico	0.8939		0.3157		0.0668
Fuente que solventa gastos educativos	0.8561		0.3044		0.1305
Decisión sobre la adquisición de bienes de alto costo	0.8559				0.1704
Decisión de continuar estudiando		0.8386			0.2643
Decisión sobre qué estudiar		0.9003			0.15
Decisión sobre salir a divertirse	0.3588		0.7711		0.2354
Decisión sobre los horarios de llegada a casa	0.3793		0.7761		0.2182
Fuente que solventa gastos en salud	0.8268		0.3347		0.0986
Decisión sobre trabajar o no trabajar		0.5728		0.4173	0.3807

Nota: los espacios en blanco representan cargas factoriales absolutas <0.3, es decir, de escasa relevancia.

Fuente: elaboración propia.

Dada la distinción de ambas dimensiones latentes, se procedió a la construcción de un resumen de factores a través de la siguiente lógica de ponderación:

$$f_{emancipa} = (\text{factor } 1 * 0.4699) + (\text{factor } 2 * 0.2825)$$

Similar a otros procedimientos de construcción de índices se decidió partir la distribución en cuantiles y dar lugar a tres categorías de comparación: *a)* primer tercil = heteronomía; *b)* segundo tercil = autonomía pasiva, y *c)* tercil más alto = autonomía.

INDICADOR DEL GRADO DE VULNERABILIDAD ACUMULADA

Para aproximarse a la acumulación de eventos adversos se hizo una exploración simple basada en el estadístico alfa de Cronbach. La maniobra partió del supuesto de que la probabilidad de experimentar una circunstancia desfavorable se distribuye de forma irregular y está altamente condicionada por la aglomeración de infortunios. Esto último quiere decir que, como conjetura, se asumía que quien está expuesto a experimentar problemas económicos muy probablemente también tienda a padecer situaciones complicadas en materia de salud, adicciones en el entorno de socialización, violencia familiar o de pareja, entre otras.

Si bien la hipótesis anterior resulta un tanto atrevida, es preciso aclarar que no busca estigmatizar a jóvenes con condiciones de vulnerabilidad. Por el contrario, se trataba de probar hasta qué punto resulta verosímil captar una asociación entre distintos atributos relacionados con la desventura personal.

Así, en primera instancia se analizó la correlación y covarianza entre los siguientes ítems:

- a) Embarazos anticipados.
- b) Haber sido víctima de la delincuencia.
- c) Haber experimentado problemas graves de salud sin acceso a servicios médicos.
- d) Haber dejado de estudiar por falta de recursos económicos.
- e) Haber dejado de estudiar por problemas domésticos.
- f) Haber sido víctima de violencia en la escuela.
- g) Haber sido víctima de violencia en el hogar.
- h) Haber sido víctima de violencia de la pareja.
- i) Haber padecido abusos de autoridad.
- j) Haber sido víctima de discriminación en la escuela.
- k) Haber sido víctima de discriminación en la calle.
- l) Haber recibido trato desigual por parte de autoridades escolares.
- m) Haber recibido trato desigual por parte de autoridades gubernamentales.
- n) Haber padecido alguna adicción en particular (alcohol o drogas).
- o) Identificar si los amigos han padecido alguna adicción en particular (alcohol o drogas).
- p) Identificar si los familiares cercanos han padecido alguna adicción en particular (alcohol o drogas).

Desde luego, los reactivos anteriores no resultan exhaustivos del espectro de vicisitudes a las que suelen estar expuestas las personas. No obstante, vale la pena recordar que los ítems del cuestionario de encuesta aplicado a la muestra de jóvenes universitarios fueron piloteados de forma previa para la afinación de interrogantes y catálogos de respuesta.

La prueba de confiabilidad entre los distintos eventos adversos sugiere que efectivamente prevalece una asociación y covariación entre el registro de incidentes (cuadro A.13).

Cuadro A.13. Exploración de consistencia mediante alfa de Cronbach, ítems relacionados con la ocurrencia de eventos adversos

	<i>Obs.</i>	<i>Signo</i>	<i>Item-test correlation</i>	<i>Item-rest correlation</i>	<i>Interitem covariance</i>	<i>Alfa</i>
Embarazos no deseados	963	+	0.304	0.225	0.024	0.737
Víctimas de la delincuencia	963	+	0.389	0.224	0.022	0.743
Problemas graves de salud sin acceso garantizado a servicios médicos	963	+	0.406	0.289	0.023	0.733
Dejar de estudiar por falta de recursos	963	+	0.423	0.327	0.023	0.730
Dejar de estudiar por problemas domésticos	963	+	0.408	0.317	0.023	0.731
Víctima de violencia en la escuela	963	+	0.377	0.267	0.023	0.734
Víctima de violencia en el hogar	963	+	0.380	0.275	0.023	0.734
Víctima de violencia en la pareja	963	+	0.306	0.218	0.024	0.738
Padecido abusos de autoridad	963	+	0.581	0.449	0.020	0.716
Víctima de discriminación en la escuela	963	+	0.532	0.427	0.021	0.720

	<i>Obs.</i>	<i>Signo</i>	<i>Item-test correlation</i>	<i>Item-rest correlation</i>	<i>Interitem covariance</i>	<i>Alfa</i>
Víctima de discriminación en la calle	963	+	0.552	0.438	0.021	0.718
Recibido trato desigual por parte de autoridades escolares	963	+	0.541	0.413	0.021	0.720
Recibido trato desigual por parte de autoridades gubernamentales	963	+	0.531	0.406	0.021	0.721
Padecido alguna adicción particular	963	+	0.495	0.390	0.022	0.724
Tus amigos han padecido de alguna adicción particular	963	+	0.529	0.381	0.021	0.724
Tus familiares han padecido de alguna adicción particular	963	+	0.444	0.308	0.022	0.732
Test-scale					0.022	0.741

Fuente: elaboración propia.

Dado que el interés de una medida resumen sobre vulnerabilidad responde al propósito heurístico de captar la acumulación de desavenencias, en esta ocasión se prescindió del uso de técnicas de análisis factorial. De ese modo, la alternativa consistió en la construcción de un índice sumatorio simple, donde contrario a otros ejercicios no se especificó una mayor ponderación para algunos de los ítems bajo escrutinio.

Tras explorar la distribución del índice, se procedió a la codificación de estratos ordinales, considerando que:

- a) La ausencia de eventos ($\text{vulner} = 0$) equivale a vulnerabilidad nula.
- b) Una acumulación de eventos de 1 a 3, equivale a vulnerabilidad baja.
- c) Una acumulación de 4 a 6 incidentes se corresponde con vulnerabilidad incipiente.
- d) Una acumulación de 7 a 9 se refiere a alta vulnerabilidad.
- e) Una acumulación superior a 9 indica vulnerabilidad crítica.

ÍNDICE DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA

La exploración de un índice de participación política únicamente tuvo como objetivo la identificación de aquellos ítems que reflejaran de mejor forma la asociación entre distintas alternativas de involucramiento en el tratamiento de asuntos públicos.

Como se indica en el capítulo cuarto de este libro, el catálogo de acciones contempladas en el cuestionario aplicado no solo considera repertorios eminentemente políticos, sino que a su vez incluye otras expresiones asociativas. Para discriminar entre el conjunto de opciones, se procedió con un primer análisis factorial a fin de detectar las mejores correlaciones y covarianzas entre los distintos elementos. Dado que cada variable de participación está consignada de forma dicotómica (1 = participa y 0 = No participa), el primer paso consistió en la elaboración de una matriz tetracórica de asociación entre las diversas categorías.

Del listado considerado en el instrumento, se puede apreciar cómo, a partir del estadístico KMO , algunos ítems presentan mayores correlaciones negativas, sugiriendo poca adecuación para la captación de un constructo de participación política. Este es el caso de los elementos $d7$, $d9$ y $d11$, correspondientes

con los grupos culturales, los clubes de fans y las agrupaciones religiosas, respectivamente (cuadro A.14).

Cuadro A.14. Medida de adecuación muestral Kaiser-Meyer-Olkin (KMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
d1	Asociaciones estudiantiles	0.725
d2	Equipos deportivos	0.533
d3	Agrupaciones barriales	0.667
d4	Grupos ecologistas	0.748
d5	Protestas o toma de avenidas	0.698
d6	Agrupaciones políticas	0.702
d7	Grupos culturales	0.513
d8	Campañas políticas o redes de apoyo a candidatos	0.682
d9	Clubes de fans	0.497
d10	Clubes de lectura	0.711
d11	Grupos religiosos	0.246
d12	Ayuda comunitaria	0.733
d13	Manifestaciones	0.628
Global		0.651

Fuente: elaboración propia.

Como se aprecia en la gráfica 4.1. del capítulo cuarto, la situación anterior es comprensible en tanto que no todas las acciones incluidas en el catálogo poseen una clara incidencia en el tratamiento de asuntos públicos. Bajo la latencia de tres dimensiones, una referida a los asuntos asociativos, otra a las cuestiones comunitarias, y una más vinculada con la política contenciosa, el ejercicio fue especificado nuevamente excluyendo las categorías con menor correlación.

Esta vez con un mayor grado de adecuación muestral y con asociaciones más consistente entre los distintos ítems, los esta-

dísticos generales de prueba mejoran notablemente. Así, aun con la proyección de cargas diferenciadas de *eigenvalor* los resultados sugieren la retención óptima de un solo factor, el cual concentra hasta 87.64% de la varianza (cuadro A.15).

Cuadro A.15. Análisis factorial, ítems sobre participación de ego

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 5	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 35	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	3.31447	2.69904	0.8764	0.8764
Factor2	0.61542	0.18467	0.1627	1.0392
Factor3	0.43076	0.37137	0.1139	1.1531
Factor4	0.05938	0.0442	0.0157	1.1688
Factor5	0.01518	0.13194	0.004	1.1728
Factor6	-0.11676	0.01606	-0.0309	1.1419
Factor7	-0.13282	0.05511	-0.0351	1.1068
Factor8	-0.18793	0.02795	-0.0497	1.0571
Factor9	-0.21588		-0.0571	1

LR test: independent *vs.* saturated: $\chi^2(36) = 3159.30$ Prob> $\chi^2 = 0.0000$.
Fuente: elaboración propia.

Dado que no se trata de un ejercicio para obtener una medida continua o escalar de intensidad participativa, estos indicios solo ayudaron a estimar cuáles son los ítems que mejor permiten definir empíricamente el constructo de participación política. De ese modo, para el resto de alusiones a lo largo del libro, así como para propósitos de cotejo, la variable empleada solo hace referencia a la distinción “participa/no participa”, considerando el conjunto de categorías que mejor dieron cuenta de la inmersión en asuntos de carácter público.

Cuadro A.16. Medida de adecuación muestral
Kaiser-Meyer-Olkin (κMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
d1	Asociaciones estudiantiles	0.853
d3	Agrupaciones barriales	0.919
d4	Grupos ecologistas	0.824
d5	Protestas o toma de avenidas	0.76
d6	Agrupaciones políticas	0.796
d8	Campañas políticas o redes de apoyo a candidatos	0.749
d10	Clubes de lectura	0.77
d12	Ayuda comunitaria	0.845
d13	Manifestaciones	0.787
Global		0.796

Fuente: elaboración propia.

ÍNDICE DE EXPOSICIÓN A ASUNTOS POLÍTICOS

Para construir este indicador se usaron todos aquellos reactivos sobre la frecuencia con que las y los jóvenes sostienen conversaciones sobre política con múltiples figuras. Entre los públicos considerados en el cuestionario están: *a)* los padres, *b)* otros familiares cercanos, *c)* los profesores, *d)* los amigos, *e)* los compañeros de clase, *f)* los vecinos, *g)* la pareja, y *h)* personas ocasionales como vendedores, choferes de taxi o de autobús, entre otros.

Cada variable conferida para tal propósito es de tipo ordinal indicando si la conversación con tales referentes se da de forma (0) nula; (1) en muy pocas ocasiones; (2) de vez en cuando; (3) casi todos los días, y (4) todos los días.

Con miras a sopesar la asociación entre los distintos reactivos, se llevó a cabo un análisis factorial basado en una matriz policórica de correlaciones. Los resultados obtenidos sugieren que el vínculo entre los distintos ítems se resume bien en la retención de un solo factor (cuadro A.17).

Cuadro A.17. Análisis factorial, ítems sobre exposición a temas políticos

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 4	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 26	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	3.42495	3.03275	0.9736	0.9736
Factor2	0.39221	0.17798	0.1115	1.0851
Factor3	0.21423	0.19389	0.0609	1.146
Factor4	0.02033	0.04632	0.0058	1.1518
Factor5	-0.02599	0.07374	-0.0074	1.1444
Factor6	-0.09973	0.0759	-0.0284	1.1161
Factor7	-0.17563	0.05704	-0.0499	1.0661
Factor8	-0.23267		-0.0661	1

LR test: independent vs. saturated: $\chi^2(28) = 2987.98$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.
Fuente: elaboración propia.

Asimismo, el estadístico KMO sugiere que no hay un problema latente de correlaciones negativas, con lo cual se puede inferir que todos los elementos incluidos en la exploración tienden a covariar de forma estrecha (cuadro A.18).

Sin problemas graves de unicidad de alguno de los elementos contemplados en este ejercicio, se ajustó un solo factor de medición de exposición política, el cual fue partido en cuatro categorías descriptivas: *a)* baja exposición, *b)* exposición ocasional, *c)* exposición habitual y *d)* exposición permanente. Con la premisa de no introducir sesgos artificiales en cada corte, las categorías ordinales fueron obtenidas a partir de la cuartilización del índice sintético.

Cuadro A.18. Medida de adecuación muestral
Kaiser-Meyer-Olkin (κMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
exp1	Conversación con los padres	0.835
exp2	Conversación con otros familiares cercanos	0.825
exp3	Conversación con profesores	0.89
exp4	Conversación con amigos	0.804
exp5	Conversación con compañeros de clase	0.794
exp6	Conversación con vecinos	0.821
exp7	Conversación con la pareja	0.923
exp8	Conversación con personas ocasionales	0.867
Global		0.836

Fuente: elaboración propia.

ÍNDICE DE INTERÉS EN ASUNTOS PÚBLICOS

En el caso del interés en asuntos públicos, la medición se basó en las preguntas del cuestionario referidas a: *a)* los problemas comunitarios en el entorno inmediato, *b)* informarse sobre lo que acontece en el país, *c)* los problemas de la escuela, *d)* los problemas de los compañeros de clase y *e)* los problemas de las amistades cercanas. Las opciones de respuesta se corresponden con un formato ordinal, donde las y los jóvenes debían indicar si se interesaban nada, poco, algo o mucho en tales aspectos.

Mediante una matriz de correlación policórica se procedió a la exploración mediante análisis factorial. Una vez más, esta técnica permitió identificar si existían problemas subyacentes de correlación entre los elementos considerados (cuadro A.19).

Los resultados obtenidos sugieren la retención de un solo factor, el cual aglutina alrededor de 97% de la varianza. Esta última magnitud no resulta sorprendente por cuanto el número de ítems incluidos es particularmente acotado (seis reactivos).

Cuadro A.19. Análisis factorial, ítems sobre interés en asuntos públicos

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 3	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 15	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	2.75999	2.29203	0.9742	0.9742
Factor2	0.46795	0.46428	0.1652	1.13930
Factor3	0.00367	0.05426	0.0013	1.14060
Factor4	-0.05059	0.05811	-0.0179	1.12280
Factor5	-0.1087	0.13043	-0.0384	1.08440
Factor6	-0.23912		-0.0844	1

LR test: independent *vs.* saturated: $\chi^2(15) = 2373.56$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.
Fuente: elaboración propia.

Sin problemas de unicidad o de correlaciones negativas entre los distintos componentes, se procedió a la construcción de una variable resumen sobre el interés político y social de las y los jóvenes bajo estudio (cuadro A.20).

Cuadro A.20. Medida de adecuación muestral Kaiser-Meyer-Olkin (KMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
int1	Problemas comunitarios de tu sociedad	0.885
int2	Interés en asuntos de gobierno	0.761
int3	Informarse sobre lo que acontece en el país	0.729
int4	Problemas de tu escuela	0.8
int5	Problemas de tus compañeros de clase	0.695
int6	Problemas de tus amigos	0.793
Global		0.775

Fuente: elaboración propia.

Para simplificar la presentación de información en el capítulo cuarto, el índice obtenido nuevamente fue cuartilizado, de tal manera se plantearon cuatro categorías ordinales de presteza política. No obstante, a fin de hacer más sencilla la visualización de datos, los cuadros contenidos en el apartado correspondiente colapsan las categorías Nulo/Poco y Algo/Mucho.

ÍNDICE DE HÁBITOS INFORMATIVOS

Para caracterizar las prácticas informativas de las y los jóvenes bajo estudio se recurrió a un conjunto de reactivos sobre la frecuencia con que se consultan distintas fuentes noticiosas y de acervo de datos políticos.

Como se plasma en el capítulo cuarto de este libro, los ítems incluidos en el catálogo del cuestionario aplicado fueron: leer el periódico; postear información de carácter político en redes sociales digitales; ver noticieros de televisión; consultar revistas especializadas en temas políticos; escuchar noticieros de radio; visitar sitios web especializados en la materia, y acudir a eventos académicos o de difusión.

Para cada uno de esos aspectos se requirió que las y los informantes indicaran qué tan asiduo era su consumo informativo, escogiendo entre las siguientes alternativas de respuesta: *a)* nunca, *b)* alguna vez al mes, *c)* alguna vez a la semana o *d)* diario.

En modo similar al tratamiento de otros ejercicios de construcción de mediciones sintéticas, el primer paso consistió en la exploración de correlaciones policóricas para la ejecución de un análisis factorial. Los resultados obtenidos sugieren una solución óptima basada en la retención de un solo factor, el cual aglutina cerca de 90% de la varianza (cuadro A.21).

Asimismo, el estadístico KMO resulta factible, considerando el bajo grado de unicidad de todos y cada uno de los ítems incluidos en el ejercicio (cuadro A.22).

Mediante la obtención de un solo factor convertido en una variable sintética se procedió a su partición en tres cuantiles

con el objetivo de categorizar casos con escasa, moderada y alta práctica de hábitos informativos.

Cuadro A.21. Análisis factorial, ítems sobre hábitos informativos

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 3	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 18	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	3.16439	2.76357	1.0266	1.0266
Factor2	0.40082	0.38796	0.13	1.15660
Factor3	0.01286	0.0703	0.0042	1.16080
Factor4	-0.05744	0.06261	-0.0186	1.14220
Factor5	-0.12004	0.00338	-0.0389	1.10320
Factor6	-0.12343	0.07135	-0.04	1.06320
Factor7	-0.19478		-0.0632	1

LR test: independent *vs.* saturated: $\chi^2(21) = 2731.57$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.
Fuente: elaboración propia.

Cuadro A22. Medida de adecuación muestral Kaiser-Meyer-Olkin (KMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
info1	Leer el periódico	0.91
info2	Postear información de carácter político en redes	0.897
info3	Ver noticieros de televisión	0.754
info4	Consultar revistas especializadas en temas políticos	0.868
info5	Escuchar noticieros de radio	0.86
info6	Consultar sitios web especializados en temas políticos	0.849
info7	Acudir a eventos académicos e informativos	0.858
Global		0.864

Fuente: elaboración propia.

ÍNDICE DE CONOCIMIENTO POLÍTICO

Como se indica en el capítulo cuarto de este libro, una sección del cuestionario de encuesta estuvo orientada a explorar el grado de conocimientos y saberes políticos de las y los jóvenes bajo estudio.

A modo de instrumentar un test, el estudiantado dio respuesta a una decena de preguntas. Por tratarse de un elemento indicativo del conocimiento o desconocimiento de ciertos datos políticos clave, no se recurrió a un tratamiento estadístico de mayor sofisticación. En forma semejante a la calificación de una prueba, los rasgos recogidos solo fueron sumados para obtener un puntaje total en la sección en comento.

ÍNDICE DE CONFIANZA POLÍTICA Y SOCIAL

Para la construcción de este indicador se emplearon todos los ítems referidos a la calificación de confianza atribuida a distintas figuras políticas y sociales. De un catálogo de veinte referentes de autoridad, se requirió que cada persona encuestada atribuyera una calificación de certeza de entre 0 y 10, donde 0 es la peor de las calificaciones y 10 la nota perfecta (cuadro A.23).

Tras establecer una matriz de correlaciones, se procedió con el respectivo análisis factorial. Como sugieren los resultados, una solución óptima apunta a la retención de dos factores latentes de confianza. Uno está claramente relacionado con las figuras más convencionales de autoridad (gobernantes, policía, partidos políticos, etcétera); mientras que otro recoge de mejor forma la asociación entre componentes de orden comunitario y social (la familia, lo publicado en internet, los amigos, las personas más adineradas o menos adineradas, etcétera).

La revisión del estadístico KMO para detección de correlaciones negativas entre ítems sugiere que el vínculo entre todos

y cada uno de los reactivos incluidos en el ejercicio es bastante aceptable (cuadro A.24).

Cuadro A.23. Análisis factorial, ítems sobre confianza política y social

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 10	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 155	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	7.20167	5.36408	0.6887	0.6887
Factor2	1.83759	0.96111	0.1757	0.8645
Factor3	0.87648	0.28409	0.0838	0.9483
Factor4	0.59239	0.25765	0.0567	1.005
Factor5	0.33474	0.02325	0.032	1.037
Factor6	0.31149	0.07831	0.0298	1.0668
Factor7	0.23319	0.04932	0.0223	1.0891
Factor8	0.18387	0.0526	0.0176	1.1066
Factor9	0.13127	0.09797	0.0126	1.1192
Factor10	0.0333	0.0669	0.0032	1.1224
Factor11	-0.03361	0.00454	-0.0032	1.1192
Factor12	-0.03814	0.01221	-0.0036	1.1155
Factor13	-0.05035	0.04185	-0.0048	1.1107
Factor14	-0.0922	0.01424	-0.0088	1.1019
Factor15	-0.10645	0.04362	-0.0102	1.0917
Factor16	-0.15007	0.00763	-0.0144	1.0774
Factor17	-0.1577	0.02351	-0.0151	1.0623
Factor18	-0.18121	0.02162	-0.0173	1.0449
Factor19	-0.20283	0.06432	-0.0194	1.0255
Factor20	-0.26715		-0.0255	1

LR test: independent vs. saturated: $\chi^2(190) = 1.0e+04$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.

Fuente: elaboración propia.

Cuadro A.24. Medida de adecuación muestral
Kaiser-Meyer-Olkin (KMO)

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
con1	Confianza en compañeros de clase	0.856
con2	Confianza en profesores	0.868
con3	Confianza en curas o sacerdotes	0.886
con4	Confianza en partidos políticos	0.906
con5	Confianza en personas de radio y televisión	0.898
con6	Confianza en lo que se publica en internet	0.887
con7	Confianza en amigos	0.853
con8	Confianza en vecinos	0.932
con9	Confianza en la sociedad en general	0.939
con10	Confianza en la familia	0.735
con11	Confianza en gobernantes	0.896
con12	Confianza en OSC	0.925
con13	Confianza en la policía	0.952
con14	Confianza en los empresarios	0.919
con15	Confianza en los políticos	0.906
con16	Confianza en el ejército	0.917
con17	Confianza en grupos de ayuda comunitaria	0.933
con18	Confianza en personas más pobres que ego	0.799
con19	Confianza en personas más ricas que ego	0.907
con20	Confianza en indígenas	0.803
Global		0.894

Fuente: elaboración propia.

Para visualizar de mejor forma las cargas vectoriales de los dos factores retenidos, se optó por maniobrar mediante una rotación ortogonal de máxima variación (*varimax*). Los resultados obtenidos permiten apreciar más nítidamente la distinción entre una dimensión más convencional de confianza política y otra más plural de certeza social (cuadro A.25).

Cuadro A.25. Cargas rotadas de factores de confianza política y social

<i>Variable</i>	<i>Factor1</i>	<i>Factor2</i>	<i>Factor3</i>	<i>Factor4</i>	<i>Unicidad</i>
Confianza en compañeros de clase				0.3507	0.4705
Confianza en profesores			0.3054		0.5503
Confianza en curas o sacerdotes	0.3545				0.5863
Confianza en partidos políticos	0.7735				0.2536
Confianza en personas de radio y televisión	0.4152				0.493
Confianza en lo que se publica en internet					0.6779
Confianza en amigos			0.5648		0.4994
Confianza en vecinos				0.513	0.5623
Confianza en la sociedad en general	0.3342			0.5325	0.4783
Confianza en la familia			0.6326		0.5529
Confianza en gobernantes	0.8591				0.1835

<i>Variable</i>	<i>Factor1</i>	<i>Factor2</i>	<i>Factor3</i>	<i>Factor4</i>	<i>Unicidad</i>
Confianza en OSC	0.5098	0.301			0.339
Confianza en la policía	0.6737				0.392
Confianza en los empresarios	0.609		0.3571		0.3053
Confianza en los políticos	0.8732				0.1892
Confianza en el ejército	0.5445				0.425
Confianza en grupos de ayuda comunitaria		0.4659	0.3183		0.4456
Confianza en personas más pobres que ego		0.8428			0.2115
Confianza en personas más ricas que ego	0.3499	0.5733			0.3223
Confianza en indígenas		0.7896			0.3262

Nota: los espacios en blanco representan cargas factoriales absolutas <0.3, es decir, de escasa relevancia.

Fuente: elaboración propia.

Con el propósito de no demeritar la latencia de ambas dimensiones en la especificación de una medida de confianza política y social, se optó por construir un factor de factores; así, se creó una variable aditiva basada en la ponderación de cada factor retenido en función de su varianza aglutinada. La ecuación de estimación de la medida resumen queda del siguiente modo:

$$ConfPolSoc = (factor\ 1 * 0.6887) + (factor\ 2 * 0.1757)$$

Con 86.44% de la varianza de los distintos ítems contemplados, la variable sintética fue cuartilizada a fin de tener una visión más parsimoniosa de la presentación de datos en el capítulo cuarto.

MEDIDA RESUMEN SOBRE DISPOSICIÓN A PARTICIPAR EN ASUNTOS PÚBLICOS

Para conocer la voluntad de involucramiento de las y los jóvenes bajo estudio se empleó un conjunto de reactivos donde se requería que cada persona encuestada indicara qué tan dispuesta estaba a tomar parte en alguno de los repertorios incluidos en el catálogo del cuestionario.

De 14 ítems donde se incluían aspectos como votar, protestar, contender por un cargo público, organizar una colecta, o adherirse a una OSC, entre otros, se procedió a la exploración mediante el empleo de la técnica de análisis factorial.

Por tratarse de variables consignadas de forma ordinal, se procedió con una matriz policórica de correlaciones. Como se aprecia en los resultados preliminares, la solución óptima apunta a la retención de tres factores, cada uno correspondiente con una dimensión latente de la disposición a participar políticamente (cuadro A.26).

Al revisar el estadístico KMO de adecuación muestral, se hace notar que no prevalecen correlaciones negativas entre los ítems; de tal manera la asociación entre los distintos elementos resulta favorable para la aprehensión del constructo bajo escrutinio (cuadro A.27).

Por tratarse de una solución con más de un factor con *eigenvalores* superiores a 1, se recurrió a la maniobra de rotación ortogonal por máxima variación. Este recurso favorece una mejor identificación de la distribución de cargas latentes asociadas a cada ítem incluido en la exploración (cuadro A.28).

Cuadro A.26. Análisis factorial, ítems sobre disposición a participar en asuntos públicos

Análisis factorial/Correlación			Observaciones = 963	
Método: Factores principales			F. retenidos = 8	
Rotación: Sin rotación			Parámetros = 84	
<i>Factor</i>	<i>Eigenvalue</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Proporción de varianza</i>	<i>Proporción acumulada</i>
Factor1	6.24542	4.97432	0.7083	0.7083
Factor2	1.2711	0.13985	0.1441	0.8524
Factor3	1.13125	0.74079	0.1283	0.9807
Factor4	0.39046	0.09227	0.0443	1.025
Factor5	0.29819	0.10266	0.0338	1.0588
Factor6	0.19552	0.14653	0.0222	1.081
Factor7	0.04899	0.04025	0.0056	1.0865
Factor8	0.00874	0.0692	0.001	1.0875
Factor9	-0.06046	0.03883	-0.0069	1.0807
Factor10	-0.09929	0.0317	-0.0113	1.0694
Factor11	-0.131	0.01427	-0.0149	1.0545
Factor12	-0.14527	0.01618	-0.0165	1.0381
Factor13	-0.16145	0.01276	-0.0183	1.0198
Factor14	-0.17422		-0.0198	1

LR test: independent vs. saturated: $\chi^2(91) = 9\ 213.60$, $\text{Prob} > \chi^2 = 0.0000$.

Fuente: elaboración propia.

Cuadro A.27. Medida de adecuación muestral Kaiser-Meyer-Olkin (κ_{MO})

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
dis1	Acudir a votar	0.832
dis2	Participar en algunas osc	0.912
dis3	Participar en algún partido político	0.763

<i>Variable</i>	<i>Ítem</i>	<i>KMO</i>
dis4	Involucrarte en algún asunto comunitario o vecinal	0.946
dis5	Formar parte de alguna agrupación cultural	0.858
dis6	Asociarte a algún club de recreación	0.866
dis7	Acudir a alguna manifestación	0.78
dis8	Realizar una protesta	0.777
dis9	Organizar colectas	0.905
dis10	Unirte a alguna agrupación ambientalista	0.906
dis11	Formar parte de algún movimiento social	0.914
dis12	Expresar tu opinión públicamente	0.891
dis13	Ser candidato a algún puesto público	0.765
dis14	Hacer trabajo voluntario	0.897
Global		0.86

Fuente: elaboración propia.

Cuadro A.28. Cargas rotadas de factores de disposición a participar

<i>Variable</i>	<i>Factor1</i>	<i>Factor2</i>	<i>Factor3</i>	<i>Factor4</i>	<i>Unicidad</i>
Acudir a votar					0.6017
Participar en algunas osc	0.3079	0.3832	0.4516		0.2375
Participar en algún partido político			0.8178		0.1874
Involucrarte en algún asunto comunitario o vecinal	0.3071	0.3682	0.4592	0.3264	0.3994
Formar parte de alguna agrupación cultural		0.3493		0.6946	0.3379

<i>Variable</i>	<i>Factor1</i>	<i>Factor2</i>	<i>Factor3</i>	<i>Factor4</i>	<i>Unicidad</i>
Asociarte a algún club de recreación		0.3164		0.6865	0.3737
Acudir a alguna manifestación	0.8837				0.1326
Realizar una protesta	0.893				0.1113
Organizar colectas		0.7179			0.3011
Unirte a alguna agrupación ambientalista		0.671			0.4059
Formar parte de algún movimiento social	0.5648	0.3198			0.2505
Expresar tu opinión públicamente	0.361	0.3105			0.3451
Ser candidato a algún puesto público			0.7879		0.276
Hacer trabajo voluntario		0.6235			0.4501

Nota: los espacios en blanco representan cargas factoriales absolutas <0.3, es decir, de escasa relevancia.

Fuente: elaboración propia.

Como se discute a detalle en el capítulo cuarto, cada distribución asimétrica de cargas permite distinguir tres subdimensiones de la disposición participativa: una ligada a la política instituida y asociativa; otra relacionada con la vida comunitaria, y una más vinculada con las expresiones de la política contestenciosa, como las protestas y las manifestaciones.

Con el propósito de analizar las distinciones asociadas a otros factores incidentales como el nivel de calidad de vida des-

de el hogar, el precedente de participación familiar y durante la infancia, entre otros, los diferentes subíndices fueron empleados de forma continua. De ese modo, el capítulo cuarto exhibe los diagramas de caja con los datos de intervalo y tendencia central de cada variable obtenida a partir del análisis factorial (gráfica 4.13).

Cuadro A.29. Listado de variables, previo a la construcción de indicadores sintéticos

<i>Variable</i>	<i>Constructo</i>	<i>Tipo</i>
folio	Folio de registro de observación	Variable escalar
edad	Edad del encuestado	Variable escalar
sexo	Sexo del encuestado	Variable categórica 1 = hombre, 2 = mujer
universidad	Universidad de procedencia	Variable categórica 1 = Univ. A, 2 = Univ. B
semestre	Semestre en curso	Variable escalar
disciplina	Disciplina de estudio	Variable categórica 1 = Otras, 2 = HyCS
tipoprepa	Preparatoria de procedencia	Variable categórica 1 = Privada, 2 = Pública
condom	Condición doméstica	Variable categórica 1 = Vive c/los padres, 2 = Vive solo, 3 = Vive c/otro familiar, 4 = Vive c/pareja, 5 = Vive c/un amigo, 6 = Vive c/otra persona sin nexo afectivo
doméstica	Condición doméstica	Variable categórica 1 = Vive con los padres, 2 = Vive c/otra persona con o sin nexo afectivo

<i>Variable</i>	<i>Constructo</i>	<i>Tipo</i>
deleg	Delegación de residencia	Variable categórica: delegaciones y municipios del área conurbada
escpadre	Escolaridad del padre	Desagregado según nivel
escolpadre	Escolaridad del padre	Básica, media superior, superior y posgrado
escolpapa	Escolaridad del padre	Básica, media superior y superior o posgrado
escmadre	Escolaridad de la madre	Desagregado según nivel
escolmadre	Escolaridad de la madre	Básica, media superior, superior y posgrado
escolmama	Escolaridad de la madre	Básica, media superior y superior o posgrado
ocupa	Ocupación de los padres	Variable categórica
ocupadres	Ocupación de los padres	Variable categórica
ipfc	Intensidad participativa familiar por vías convencionales	Variable escalar, con un alfa de Cronbach de 0.6168
pfc	Antecedencia participativa familiar por vías convencionales	Variable dicotómica: 0 = Sin antecedencia y 1 = Con antecedencia
opfc	Grado de involucramiento familiar por vías convencionales	Variable ordinal: con hasta más de 5 participaciones
ffampol	Factor de participación familiar políticamente orientada	Variable escalar. Cargas sobre partidos políticos, agrupaciones políticas y cargos públicos
ffamsoc	Factor de participación familiar socialmente orientada	Variable escalar. Cargas sobre instituciones de beneficencia e instancias de ayuda social

<i>Variable</i>	<i>Constructo</i>	<i>Tipo</i>
ffamcom	Factor de participación familiar comunitariamente orientada	Variable escalar. Cargas sobre agrupaciones vecinales y asociaciones de padres de familia
ipfnc	Intensidad participativa familiar por vías no convencionales	Variable escalar con un alfa de Cronbach de 0.7003
opfnc	Grado de involucramiento familiar por vías no convencionales	Variable ordinal: con hasta más de 5 participaciones
pfnc	Antecedencia participativa familiar por vías no convencionales	Variable dicotómica: 0 = Sin antecedencia y 1 = Con antecedencia
partfamiliar	Antecedencia de participación política y social familiar	Variable dicotómica: 0 = Sin antecedencia y 1 = Con antecedencia
spm	Simpatía partidista de la madre	Variable categórica
spp	Simpatía partidista del padre	Variable categórica
expopol	Exposición a temas políticos	Variable escalar con un alfa de Cronbach de 0.8162
cexpopol	Grado de exposición cotidiana a temas políticos	Variable ordinal
icso	Índice de condiciones sociales de origen	Variable escalar con un alfa de Cronbach de 0.9082
icsoq	Condiciones sociales de origen	Variable ordinal. Tercilización del icso
casa	Tipo de inmueble de residencia	Variable categórica

<i>Variable</i>	<i>Constructo</i>	<i>Tipo</i>
ipart_niñez	Índice de participación social durante la infancia	Variable escalar con un alpha de Cronbach de 0.5927
fpartniñez	Factorial de participación durante la infancia	Variable escalar con cargas sobre actividades de ayuda social o comunitaria, grupos estudiantiles, grupos ambientalistas, cargos escolares y clubes de lectura
part_niñez	Antecedencia de participación durante la infancia	Variable dicotómica: 0 = No participó y 1 = Participó

SALIDA DEL MODELO LOGÍSTICO DE TIEMPO DISCRETO PARA LA MUESTRA GENERAL

Además de las razones teóricas para la postulación de cada modelo, se tuvieron en cuenta distintas cauciones técnicas. Así, para la presentación de resultados se consideró la pseudo-R² de McFadden; el Criterio de Información Bayesiano (BIC), y una prueba general sobre la especificación del modelo a partir del comando *linktest* de Stata (Long y Freese, 2006). La primera es una medida de bondad de ajuste, que a diferencia de la R² en los modelos de regresión lineal, tiende a asumir magnitudes considerablemente menores y a ser no equiparable con el porcentaje de varianza explicada del fenómeno a predecir. La segunda también se refiere a la bondad de ajuste del modelo, aunque con la consideración de que tiende a decantarse por especificaciones de mayor parsimonia, es decir, permite elegir el arreglo que a partir de la menor cantidad posible de predictores relevantes, logre la representación más pertinente de los datos. Finalmente, la tercera permite conocer si la relación

postulada entre predictores y variable a explicar es consistente y estadísticamente eficiente.

El valor de cada coeficiente se presenta de forma exponencial, por lo cual su lectura se lleva a cabo en términos de razones de momios.

Cada registro incluido en la base de datos ($n = 963$) fue convertido a años-persona con el objetivo de contar con la trama de fallo en la activación política. Por *fallo*, se entiende el número de años que cada caso aporta según la edad en la cual se inició el evento particular de interés; en este caso, la participación política. La conversión referida se hizo mediante el empleo del comando *apersona* desarrollado por el profesor Patricio Solís Gutiérrez.

Cuadro A.30. SALIDA DEL MODELO LOGÍSTICO DE TIEMPO DISCRETO PARA LA MUESTRA GENERAL

Iteración 0: log likelihood = -1954.45

Iteración 1: log likelihood = -1787.47

Iteración 2: log likelihood = -1678.48

Iteración 3: log likelihood = -1677.02

Iteración 4: log likelihood = -1677.02

Iteración 5: log likelihood = -1677.02

Regresión logística

Observaciones = 12080

LR chi2(21) = 554.85

Prob > chi2 = 0.0000

Pseudo R2 = 0.1419

Log likelihood = -1677.02

$_y$	<i>Razón de momios</i>	<i>Std. Err.</i>	z	$P > z $	<i>[95% Intervalos de confianza]</i>	
$_tr$						
2	2.102932	0.4009841	3.90	0.000	1.447169	3.055844
3	5.081224	0.9143981	9.03	0.000	3.570996	7.230152
4	8.410784	1.490906	12.01	0.000	5.942257	11.90478
5	10.81377	2.273411	11.32	0.000	7.161873	16.32781
6	6.307166	1.402362	8.28	0.000	4.079195	9.752008
7	3.225747	1.072034	3.52	0.000	1.681686	6.187507
8	4.083388	1.586122	3.62	0.000	1.907155	8.742896

2.universidad	0.6015808	0.0806247	-3.79	0.000	0.4626097	0.7822998
2.sexo	0.8940846	0.0956656	-1.05	0.295	0.724939	1.102696
icsq						
2	1.296463	0.1811747	1.86	0.063	0.9858448	1.70495
3	1.150183	0.2049346	0.79	0.432	0.811154	1.630911
2.disciplina						
1.fampolcon	1.29379	0.1415733	2.35	0.019	1.044048	1.60327
1.fampolnocon	1.522395	0.1694464	3.78	0.000	1.224014	1.893512
1.facinfancia	3.356165	0.5040723	8.05	0.000	2.297445	4.502085
trab_m						
1	1.443467	0.224351	2.36	0.018	1.064409	1.957514
2	1.37083	0.2327537	1.86	0.063	0.9827831	1.912095
gohome						
0	1.54087	0.3268858	2.04	0.042	1.016691	2.335302
2	1.230727	0.2785486	0.92	0.359	0.7897878	1.917842
findecon						
vulner	1.107697	0.0212905	5.32	0.000	1.066745	1.150222
_cons	0.0017971	0.0005003	-22.71	0.000	0.0010414	0.0031012

Cuadro A.31. SALIDA DEL MODELO LOGÍSTICO DE TIEMPO DISCRETO
 PARA EL SUBCONJUNTO MUESTRAL DE LA UNIVERSIDAD A

Iteración 0: log likelihood = -1 068.0633

Iteración 1: log likelihood = -1 004.0584

Iteración 2: log likelihood = -947.80842

Iteración 3: log likelihood = -947.1933

Iteración 4: log likelihood = -947.19197

Iteración 5: log likelihood = -947.19197

Regresión logística

Observaciones = 5 381

LR chi2(21) = 241.74

Prob > chi2 = 0.0000

Pseudo R2 = 0.1132

Log Likelihood = -947.19197

	<i>y</i>	<i>Razón de momios</i>	<i>Std. Err.</i>	<i>z</i>	<i>P > z </i>	<i>[95% Intervalos de confianza]</i>	
	_tr						
	2	1.737372	0.3897318	2.46	0.014	1.119307	2.696725
	3	3.540509	0.7740577	5.78	0.000	2.306579	5.434542
	4	5.320087	1.162461	7.65	0.000	3.466791	8.16413
	5	8.168583	2.125801	8.07	0.000	4.904889	13.60393
	6	4.896647	1.341077	5.80	0.000	2.862692	8.375737
	7	3.046814	1.275455	2.66	0.008	1.34127	6.921104
	8	1.414633	1.094499	0.45	0.654	0.3105065	6.444909

2.disciplina	1.414034	0.1890233	2.59	0.010	1.088113	1.837577
fampolcon#fampolnocon						
0 1	0.9666025	0.2293533	-0.14	0.886	0.6071231	1.538931
1 0	1.233198	0.266509	0.97	0.332	0.8073797	1.883596
1 1	1.540907	0.2789235	2.39	0.017	1.080683	2.197124
sexo#facinfancia						
1 1	3.264237	0.8439049	4.58	0.000	1.966619	5.418054
2 0	0.818821	0.3957129	-0.41	0.679	0.3175612	2.111302
2 1	3.129395	0.8156309	4.38	0.000	1.877617	5.215711
trab_m						
1	1.956742	0.4108288	3.20	0.001	1.296639	2.952895
2	1.223574	0.3132885	0.79	0.431	0.7407734	2.021041
gohome#indepecon						
0 1	0.8863726	0.1272705	-0.84	0.401	0.6689534	1.174456
1 0	1.146423	0.5265818	0.30	0.766	0.4659788	2.820485
1 1	1.536895	0.5262468	1.26	0.209	0.7855706	3.006792
2 0	0.7311126	0.400497	-0.57	0.568	0.249864	2.139267
2 1	1.712002	0.5458177	1.69	0.092	0.9164857	3.198033
icsoq#c.vulner						
1	1.005575	0.0685993	0.08	0.935	0.8797244	1.14943
2	1.153902	0.0360491	4.58	0.000	1.085366	1.226765
3	1.106167	0.0396106	2.82	0.005	1.031193	1.186592
_cons	0.0036708	0.0012015	-17.13	0.000	0.0019326	0.0069722

*Cuadro A.32. SALIDA DEL MODELO LOGÍSTICO DE TIEMPO DISCRETO
PARA EL SUBCONJUNTO MUESTRAL DE LA UNIVERSIDAD B*

Iteración 0: log likelihood = -867.72194

Iteración 1: log likelihood = -799.8032

Iteración 2: log likelihood = -705.16616

Iteración 3: log likelihood = -702.95714

Iteración 4: log likelihood = -702.93216

Iteración 5: log likelihood = -702.93216

Regresión logística

Observaciones = 6 699

LR chi2(21) = 329.58

Prob > chi2 = 0.0000

Pseudo R2 = 0.1899

Log Likelihood = -702.93216

<i>_y</i>	<i>Razón de momios</i>	<i>Std. Err.</i>	<i>z</i>	<i>P > z </i>	<i>[95% Intervalos de confianza]</i>	
<i>_tr</i>						
2	3.729211	1.444039	3.40	0.001	1.745869	7.965671
3	11.64397	4.204056	6.80	0.000	5.738186	23.62803
4	21.5048	7.648223	8.63	0.000	10.71036	43.17843
5	25.097	9.990793	8.10	0.000	11.50189	54.76135
6	14.35208	5.981402	6.39	0.000	6.341129	32.48354
7	5.320764	3.111843	2.86	0.004	1.691023	16.74165
8	10.99029	5.891273	4.47	0.000	3.843513	31.42608

2.disciplina	2.258199	0.3575404	5.14	0.000	1.655738	3.079873
1.fampolnocon	2.371474	0.4198759	4.88	0.000	1.676142	3.355258
<hr/>						
sexo#facinfancia						
1 1	2.79108	0.7057796	4.06	0.000	1.700314	4.581581
2 0	0.5423163	0.2267017	-1.46	0.143	0.2390173	1.230484
2 1	2.751606	0.6717403	4.15	0.000	1.70524	4.440044
<hr/>						
icsoq#c.vulner						
1	1.074006	0.0292343	2.62	0.009	1.01821	1.13286
2	1.071441	0.040817	1.81	0.07	0.9943545	1.154503
3	1.167205	0.1042715	1.73	0.084	0.979728	1.390556
<hr/>						
trab_m#indepecon						
0 1	1.307456	0.2771727	1.26	0.206	0.8629336	1.980964
1 0	1.339882	0.4805527	0.82	0.415	0.6634081	2.706155
1 1	1.191248	0.3859816	0.54	0.589	0.6312492	2.248039
2 0	0.5834676	0.2953127	-1.06	0.287	0.2163689	1.573398
2 1	2.223735	0.6396616	2.78	0.005	1.265416	3.907804
<hr/>						
_cons	0.0004792	0.0002153	-17.02	0.000	0.0001987	0.0011558

CUESTIONARIO DE ENCUESTA

Primera Encuesta sobre Participación Política y Condiciones Juveniles en Universitarios de la Ciudad de México

No. de Folio	
--------------	--

Hola, con el objetivo de conocer algunos de tus intereses e inquietudes sobre tu comunidad quisiéramos pedirte amablemente que por favor respondas las siguientes preguntas. Esta información será confidencial y servirá solo para fines estadísticos. ¡Muchas gracias!

I. Comencemos con algunas características personales

1. ¿Me podrías indicar tu edad actual?		
2. Señala con una X a qué sexo perteneces	Masculino	Femenino
3. Indica por favor la universidad en la cual realizas tus estudios	Univ. B	Univ. A
	Otra 1	Otra 2
4. Anota el semestre que cursas actualmente		
5. Indica la carrera que estudias		
6. Indica con una X dónde cursaste la preparatoria	Prepa privada	Prepa pública
7. Actualmente vives...	Con tus padres	Con tu pareja
	Solo	Con un amigo
	Con algún otro familiar	Con otra persona sin nexos afectivos
8. Indica por favor la colonia donde vives		
9. Indica la delegación donde vives		

II. Ahora hablemos un poco de la familia, por favor indica con una X la respuesta que consideras más apropiada

1. ¿Me podrías indicar la escolaridad máxima de tu papá y de tu mamá?

Escolaridad de tu papá			Escolaridad de tu mamá		
Ninguno		Carrera técnica	Ninguno		Carrera técnica
Preescolar		Profesional	Preescolar		Profesional
Primaria		Maestría	Primaria		Maestría
Secundaria		Doctorado	Secundaria		Doctorado
Preparatoria		No sabes	Preparatoria		No sabes

2. Actualmente tus papás:

Son jubilados o pensionados	Son empleados de confianza u ocupan puestos directivos en instancias privadas
Viven de algún subsidio gubernamental	Administran un negocio propio o empresa familiar
Son empleados subordinados de instancias públicas o gubernamentales	Son empleados temporales o itinerantes (trabajadores de obra o mantenimiento)
Son empleados subordinados de instancias privadas	Son trabajadores migrantes en Estados Unidos
Son empleados de confianza u ocupan puestos directivos en instancias públicas o gubernamentales	Están desempleados o desocupados (buscando empleo)

3. Tus papás o algún familiar cercano han participado en (puedes marcar más de una opción):

Sindicatos		Agrupaciones vecinales	
Partidos políticos		Grupos de pensionados	
Agrupaciones profesionales		Grupos artísticos o culturales	
Agrupaciones políticas		Organizaciones de la Sociedad Civil	
Instituciones de beneficencia		Asociaciones de padres de familia	
Asociaciones religiosas		Cargos públicos	
Instancias de ayuda social		Nunca han participado en organizaciones	

4. Alguna vez tus papás o algún familiar cercano han (puedes marcar más de una opción):

Publicado quejas en periódicos		Asistido a protestas o tomas de avenidas	
Presentado quejas contra alguna autoridad de gobierno		Presentado quejas en la radio o televisión	
Pedido ayuda a alguna Organización de la Sociedad Civil		Escrito cartas a algún político	
Asistido a manifestaciones		Expresado descontentos en mantas o anuncios	
Juntado firmas con vecinos		Realizado huelgas de hambre	
Formado comisiones vecinales		Resuelto problemas de su comunidad	
Pedido apoyo a algún político		Tomado decisiones en su comunidad	
Apoyado alguna campaña política o candidato		Ninguna de las anteriores	

5. Indica con una X con qué partido simpatizan tus papás:

Simpatía partidista de mi mamá		Simpatía partidista de mi papá	
PAN		PAN	
PRI		PRI	
PRD		PRD	
Otro		Otro	
Ninguno		Ninguno	
No sé		No sé	

6. Ahora indica con una X con qué tanta frecuencia sueles platicar sobre política con los siguientes actores...

	Nunca	En muy pocas ocasiones	De vez en cuando	Casi todos los días	Todos los días
Tus padres					
Algún otro familiar cercano					
Profesores					
Amigos					
Compañeros de clase					
Vecinos					
Tu pareja					
Personas ocasionales (choferes y usuarios del transporte público, vendedores, entre otros)					

III. Háblanos un poco sobre ti. Marca con una X tus respuestas

1. Cuando tenías entre 12 y 14 años, ¿tenían en tu hogar los siguientes bienes?

	Sí	No		Sí	No
Licuada			Calle exterior con pavimento		
Televisión			Consola de videojuegos		
Automóvil o camioneta propios			Televisión de paga		
Estufa de gas o eléctrica			Computadora de escritorio		
Refrigerador			Servicio de internet		
Consola tocadiscos o reproductor de CD o cassette			Impresora o multifuncional		
Teléfono			Computadora portátil		
Cámara fotográfica			Reproductor DVD		
Una enciclopedia			Centro de lavado (lavadora con o sin secadora)		
Servicio doméstico			Horno de microondas		

2. El lugar donde vives actualmente es:

Un inmueble propio	
Un inmueble rentado	
La propiedad pertenece a mis padres	
La propiedad pertenece a algún otro familiar	

3. Durante tu niñez, alguna vez te involucraste en (puedes marcar más de una opción):

Agrupaciones de Boy Scouts	Grupos ambientalistas	
Equipos deportivos	Cargos escolares (jefe de grupo, guardia escolar, etcétera)	
Agrupaciones culturales o artísticas	Clubes de lectura o recreación	

Actividades de ayuda social o comunitaria		Grupos religiosos	
Estudiantinas o clubes de canto		Ninguna actividad grupal	
Grupos estudiantiles		Otro	

4. Actualmente o durante el último año, te involucraste en (puedes marcar más de una opción):

Asociaciones estudiantiles		Clubes de fans	
Equipos deportivos		Clubes de lectura o recreación	
Agrupaciones barriales		Grupos religiosos	
Grupos ecologistas		Ayuda comunitaria	
Protestas o tomas de avenidas		Manifestaciones (performances, actos simbólicos)	
Agrupaciones políticas		Ninguna actividad grupal	
Grupos culturales o artísticos		Otro	
Campañas políticas o redes de apoyo a candidatos			

5. En caso de haberte involucrado en alguna actividad antes mencionada, podrías decirme a qué edad comenzaste a involucrarte (por primera vez):

6. A la fecha actual:

	Sí	No		
¿Eres becario de tu universidad o de alguna otra institución?				
¿Tienes algún empleo?				

¿Has vivido lejos de tu familia por algún periodo de más de seis meses?			En caso afirmativo , a qué edad experimentaste tal distanciamiento o mudanza de casa de tus papás	
¿Alguna vez has tenido empleo?			En caso afirmativo , a qué edad obtuviste tu primer empleo	
¿Alguien depende económicamente de ti?			En caso afirmativo , a qué edad comenzaste a soportar económicamente a dicha(s) persona(s)	
¿Aportas al ingreso de tu familia?			En caso afirmativo , a qué edad comenzaste a aportar al ingreso familiar	

7. En cuanto a tu dinámica familiar y hogareña indica por favor:

	Tus padres	Tu pareja	Algún otro familiar	Tú mismo
¿Quién constituye la fuente principal de sustento e ingreso de tu hogar?				
¿Quién solventa de forma mayoritaria los gastos de tu educación?				
¿Quién toma la última decisión sobre la compra de un bien de alto costo?				
¿Quién influyó más sobre la decisión de que continuaras estudiando?				
¿Quién influyó más sobre la decisión de qué estudiar?				
¿Quién decide u otorga los permisos para que salgas a divertirte?				

¿Quién establece los horarios de llegada al hogar después de salir a divertirte?				
¿Quién solventa de forma mayoritaria tus gastos en salud?				
¿Quién influye más sobre el modo de vestirse y comportarte en público?				
¿Quién influye más sobre la decisión de trabajar o no trabajar?				

8. Actualmente, ¿el hogar donde vives cuenta con los siguientes bienes?

	Sí	No		Sí	No
Licuadaora			Calle exterior con pavimento		
Televisor			Consola de videojuegos		
Automóvil o camioneta propios			Televisión de paga		
Estufa de gas o eléctrica			Computadora de escritorio		
Refrigerador			Servicio de internet		
Consola tocadiscos o reproductor de CD o cassette			Impresora o multifuncional		
Teléfono			Computadora portátil		
Cámara fotográfica			Reproductor DVD		
Una enciclopedia			Centro de lavado (lavadora con o sin secadora)		
Servicio doméstico			Horno de microondas		

IV. Ahora, marca con una X la opción que consideres más apropiada.

¿Qué tanto confías en?	Nada	Poco	Algo	Mucho
Tus compañeros de clase				
Tus profesores				
Los curas o sacerdotes				
Los partidos políticos				
Las personas de la radio y la televisión				
Lo que se publica en internet				
Tus amigos				
Tus vecinos				
La sociedad en lo general				
Tu familia				
Los gobernantes				
Las Organizaciones de la Sociedad Civil				
La policía				
Los empresarios				
Los políticos				
El ejército				
Grupos de ayuda comunitaria				
Personas más pobres que tú				
Personas más ricas que tú				
Indígenas				

¿Qué tanto te interesas en?	Nada	Poco	Algo	Mucho
Los problemas comunitarios de tu sociedad				
La política				

Informarte sobre lo que acontece en el país				
Los problemas de tu escuela				
Los problemas de tus compañeros de clase				
Los problemas de tus amigos				

V. Marca también con una X la opción que te resulte más apropiada:

¿Qué tan seguro estarías de?	Nada	Poco	Algo	Mucho
Acudir a votar el día de la elección				
Participar en alguna Organización de la Sociedad Civil				
Participar en algún partido político				
Involucrarte en algún asunto comunitario o vecinal				
Formar parte de alguna agrupación cultural o artística				
Asociarte a algún club de recreación				
Acudir a una manifestación				
Realizar una protesta				
Organizar colectas o apoyos para gente necesitada				
Unirte a alguna agrupación ambientalista				
Formar parte de un movimiento social				

Expresar alguna opinión o punto de vista de manera pública				
Ser candidato a algún puesto político				
Hacer trabajo voluntario en algún asilo, hospital o albergue				

¿Qué tanto consideras que...?	Nada	Poco	Algo	Mucho
Puedes cambiar tu destino				
Puedes influir en la opinión de otros				
Puedes cambiar las instituciones				
Influir en el rumbo de la sociedad				
Influir en decisiones de la escuela o el hogar				

¿Qué tan influyentes son los siguientes actores en tus decisiones sobre participar o no política y socialmente?	Nada	Poco	Algo	Mucho
Tus padres				
Tus familiares cercanos				
Tus profesores				
Tus amigos				
Tu pareja				
Los medios de comunicación				
Tu escuela				
Tus vecinos				

¿Con qué frecuencia realizas las siguientes actividades?	Nunca	Alguna vez al mes	Alguna vez a la semana	A diario
Leer el periódico				
Postear información de carácter político en redes sociales				
Ver noticieros de televisión				
Consultar revistas especializadas en temas políticos				
Escuchar noticieros en la radio				
Consultar sitios web especializados en temas políticos				
Acudir a eventos académicos o informativos sobre temas políticos				

VI. Marca con una X, una sola opción de las siguientes preguntas:

¿Con qué partido político simpatizas más?	¿En lo personal consideras que tu ideología es...?
PAN	De extrema izquierda
PRI	Izquierda
PRD	Centro izquierda
Otro	Centro
Ninguno	Centro derecha
	Derecha
	Extrema derecha
	No lo tengo claro

VII. Ahora, por favor indica lo siguiente:

	Me ha sucedido	No me ha sucedido
Tú o tu pareja han tenido algún embarazo no deseado		
Has sido víctima de la delincuencia (robos, extorsiones, secuestros, agresiones)		
Has experimentado problemas graves de salud sin acceso garantizado a servicios médicos		
Has tenido que dejar de estudiar por falta de recursos		
Has tenido que dejar de estudiar por problemas en el hogar		
Has sido víctima de violencia en tu escuela		
Has sido víctima de violencia en tu hogar		
Has sido víctima de violencia de la pareja		
Has padecido abusos de autoridad (uso desmedido de la fuerza pública o agresión por parte de algún servidor público)		
Has sido víctima de discriminación en tu escuela		
Has sido discriminado en la calle		
Has recibido un trato desigual por parte de alguna autoridad escolar		
Has recibido un trato desigual por parte de alguna autoridad gubernamental		
Has padecido de alguna adicción particular		

Tus amigos han padecido alguna adicción particular		
Tus familiares han padecido alguna adicción particular		

VIII. Para terminar, ahora solo responde el siguiente test. Indica con una X la respuesta que consideres más pertinente.

1) ¿Cuántos diputados federales hay en el Congreso de la Unión?

100 diputados		300 diputados		500 diputados	
200 diputados		400 diputados		600 diputados	

2) ¿Cuántos senadores hay en el país?

150 senadores		128 senadores		31 senadores	
300 senadores		214 senadores		62 senadores	

3) ¿Quién es el actual titular de la Secretaría de Gobernación?

Gustavo Madero		Juan Camilo Mouriño		Germán Martínez	
Santiago Creel		Alejandro Poiré		Fernando Gómez Mont	

4) ¿Cuál es el artículo constitucional que establece que todo individuo tiene derecho a recibir educación?

Artículo 1º		Artículo 27		Artículo 225	
Artículo 123		Artículo 3º		Artículo 90	

5) ¿Cuál es el artículo constitucional que establece que toda persona tiene derecho a un trabajo digno y socialmente útil?

Artículo 1º		Artículo 27		Artículo 225	
Artículo 123		Artículo 3º		Artículo 90	

6) ¿Cuál es el nombre del actual gobernador del Estado de México?

Enrique Peña Nieto	Arturo Montiel	Carlos Hank González	
Emilio Chuayffet	Marcelo Ebrard	Eruviel Ávila	

7) ¿Cuál fue el año del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)?

1968	1910	1994	
1971	1996	1997	

8) ¿Cuál es el nombre del actual consejero presidente del Instituto Federal Electoral (IFE)?

José Woldenberg	Javier Santiago Castillo	Leonardo Valdés Zurita	
Lorenzo Córdoba	Benito Nacif	Eduardo Huchim	

9) ¿Quién era presidente de la república en el año 1990?

Miguel de la Madrid Hurtado	José López Portillo	Cuahtémoc Cárdenas	
Carlos Salinas de Gortari	Ernesto Zedillo	Diego Fernández de Ceballos	

10) ¿Cuánto dura en su encargo un diputado federal?

6 años	3 años	2 años	
7 años	5 años	4 años	

¡Agradecemos mucho tu tiempo!

GUÍA DE EXPLORACIÓN DE ENTREVISTAS COLECTIVAS

Guía grupo de enfoque

Sesión: _____

Lugar: _____

Fecha: _____

Hora de inicio: _____

Número de asistentes: _____

I. Bienvenida e introducción

Muy buenas tardes, mi nombre es _____

Me acompaña _____

Formamos parte de un grupo de investigadores interesados en conocer las percepciones y costumbres de los jóvenes de la Ciudad de México, acerca de la política, la participación y el compromiso cívico.

Los resultados de esta charla servirán para afinar los objetivos, hipótesis y propósitos de nuestra investigación, así como para alimentar nuestras inquietudes en torno al tema.

Queremos destacar que este es un espacio diseñado para ustedes, en el cual deben sentirse cómodos de expresar sus distintos puntos de vista y opiniones. No consideramos que existan respuestas adecuadas o correctas en sí mismas, sino distintos puntos de vista, así que siéntanse con la libertad de expresar lo que les plazca y de la manera que les resulte más adecuada y cómoda.

Habrán notado que nuestra sesión tiene lugar en un aula especial, con el objetivo de poder guardar una grabación del audio de sus aportaciones; ello a fin de no perder ningún dato rele-

vante que nos puedan brindar. No obstante, les aseguramos que el contenido, así como sus nombres permanecerán en estricta confidencialidad, y se usarán solo para fines investigativos.

Así pues, comenzaremos presentándonos, solo mencionando nuestro nombre, sin apellido, nuestra edad, y mencionando tres palabras que les vengan a la cabeza cuando se habla de política (1).

II. El significado de la política

Ustedes mencionaron un conjunto muy amplio de palabras como: _____

Tratando de profundizar un poco más, me podrían decir: para ustedes ¿qué es la política? (2)

Tratemos de ser un poco más específicos todavía...

Generalmente, cuando pensamos en política pensamos en gobierno, en representantes, en cargos públicos, pero ¿los ciudadanos hacen política? ¿Cómo la hacen? (3)

Ustedes, particularmente, ¿se han involucrado en política? (4)

4.1. En caso afirmativo, ¿cómo se han involucrado? y ¿cómo fue su experiencia?, ¿cómo llegaron ahí?

4.2. En caso negativo, ¿lo harían?, ¿qué cuestiones han tenido mayor peso para que no lo hayan hecho hasta ahora?

4.3. Tomando en cuenta lo anterior, ¿podrían decirnos quiénes o cuáles son los espacios (como la familia, la escuela, el trabajo, la iglesia), personas, experiencias, medios de comunicación o fuentes de información, a partir de los cuales definen sus posiciones frente a la política y la participación? Díganos los tres más relevantes.

4.4. Casi todos mencionaron _____, _____ y _____. ¿De qué forma los ha influido?, ¿qué han aprendido de ellos?

III. Situación de tránsito

Ahora en las hojas que les vamos a entregar (formato1), les vamos a pedir que por favor, en los siguientes cinco minutos, hagan un listado (5.1) sobre los 5 principales atributos que los definen como jóvenes; (5.2) los 5 principales que los definen como adultos, (5.3) los 5 que los definen como ciudadanos, y (5.4) los 5 problemas principales que enfrentan como jóvenes en el camino de convertirse en adultos.

IV. Cruces entre tránsitos

6.1. De acuerdo con lo que cada uno expresó en ese listado, díganos: ¿existe algún factor o factores particulares del hecho de ser joven que impidan o faciliten el hecho de que participen políticamente?

V. Escenarios

7.1. ¿Cuáles son los elementos que ustedes considerarían más relevantes para participar activamente en un partido político, Organización de la Sociedad Civil o asociación?

7.2. En caso de que no participaran en una instancia como las antes mencionadas, ¿participarían de algún otro modo?

7.3. Ahora ejemplifiquemos algunas situaciones:

A) Por disposición legal una autoridad tuvo que relocalizar el principal depósito de desechos de basura de una localidad alejada, reubicándolo en uno de los bordos cercanos a su comunidad de residencia. Con fines “ecológicos” la autoridad local decide apoyar a una empresa para que queme dichos residuos en hornos poco adecuados para la incineración de desechos. El humo de basura comienza a afectar a los residentes y se especula sobre la posible contracción de enfermedades y afectaciones por parte de los vecinos. ¿Qué consideran es más adecuado? (7.3.2.)

- 1) No hacer nada, esperando una solución ulterior al problema o su permanencia.
- 2) Demandar al gobierno local y a la compañía por daños y perjuicios.
- 3) Conformar una asociación u organización que establezca contactos con la autoridad y negocie con la compañía acerca del problema.
- 4) Realizar una protesta, cerrando avenidas o tomando instalaciones de dicha compañía de tratamiento de residuos.
- 5) Escribir una carta al presidente municipal.
- 6) Acudir a la radio o televisión.

B) Desde hace tres meses las lámparas de los principales arborescentes o postes de luz de su colonia están fundidas. Esa misma cuestión ha redundado en un aumento de asalto a transeúntes durante las noches. ¿Qué hacen? (7.3.3.)

- 1) Esperar a que algún día la autoridad cambie las lámparas de dichos postes.
- 2) Evitar salir de noche.
- 3) Organizar una colecta para poder comprar unos repuestos y mandarlas componer con el personal de obras del municipio o la delegación.

- 4) Contactar a la autoridad local.
- 5) Cerrar las avenidas principales de la colonia hasta obtener resolución.

C) (Ejemplo solo de carácter tentativo) Una institución del gobierno desea construir un aeropuerto en la zona donde viven. Para ello, desea expropiar los terrenos donde están asentados sus hogares. ¿Cuál de las siguientes opciones les parece más adecuada? (7.3.1.)

- 1) Bloquean avenidas y exigen solución al gobierno.
- 2) Desahogan sus inquietudes por la vía institucional a partir de un juicio de amparo.
- 3) Contactan a alguna autoridad política para negociar.
- 4) Convencen a la gente de que no pague sus impuestos.
- 5) Solicitan ayuda a una instancia internacional.

En los tres casos (7.3.4.), ¿qué hace que una solución sea más adecuada frente a las otras?

(7.3.5). ¿Qué elementos influyen en su decisión?

- a) Sus recursos personales y materiales disponibles.
- b) ¿Qué pesa más su disposición a cooperar o la de la gente a su alrededor?
- c) ¿Qué factores creen que condicionan el que la gente colabore o no colabore con ustedes?
- d) ¿Por qué creen que en lo general los jóvenes no participan?

Formato1_FocusGroup

Cualidades de tránsito

1. Enlista cinco principales atributos, cualidades o características que definen a los *jóvenes*. Puedes enlistar un conjunto de palabras simples o incluir frases.

1
2
3
4
5

2. Enlista cinco principales atributos, cualidades o características que definen a los *adultos*. Puedes enlistar un conjunto de palabras simples o incluir frases.

1
2
3
4
5

3. Enumera cinco principales atributos, cualidades o características que definen a los ciudadanos. Puedes enlistar un conjunto de palabras simples o incluir frases.

1
2
3
4
5

4. Enumera cinco principales problemas, retos o preocupaciones que consideras que los jóvenes enfrentan en el camino a convertirse en adultos. Puedes enlistar un conjunto de palabras simples o incluir frases.

1
2
3
4
5

BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, P. (1974). "Generational Change in American Electoral Behavior", *American Political Science Review*, 68(1), pp. 93-105.
- Achen, C. y L. Bartels (2016). *Democracy for Realists. Why Elections do Not Produce Responsive Government*. Princeton: Princeton University Press.
- Adorno, T. *et al.* (1950). *The Authoritarian Personality*. Nueva York: Harper and Row.
- Aguilar, J. (2015). "Identificación partidaria de los jóvenes mexicanos en el proceso electoral 2012", *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 60(223), pp. 95-131.
- Alanís, M. del C. (2002). "Ciudadanos y cultura de la democracia: Encuesta Nacional de Reglas, Instituciones y Valores de la Democracia", en AA.VV. *Deconstruyendo la ciudadanía*. México: Secretaría de Gobernación.
- Allison, P. D. (1984). *Event History Analysis: Regression for Longitudinal Event Data*. Beverly Hills: Sage.
- Almond, G. y S. Verba (1963). *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Alwin, D. F. (1984). "Trends in Parental Socialization Values: Detroit, 1958-1983", *American Journal of Sociology*, 90(2), pp. 359-382.
- Alwin, D. F. y J. A. Krosnick (1991). "Aging, Cohorts, and the Stability of Sociopolitical Orientations Over the Life Span", *American Journal of Sociology*, 97(1), pp. 169-195.

- Alwin, D. y R. McCammon (2004). "Generations, Cohorts and Social Change", en J. Mortimer y M. Shanahan (eds.). *Handbook of the Life Course*, vol. 1. Nueva York: Springer, pp. 23-49.
- Andrews, M. (1991). *Lifetimes of Commitment. Aging, Politics, Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Arnett, J. (2000). "Emerging Adulthood: A Theory of Development from the Late Teens Through the Twenties", *American Psychologist*, 55(5), pp. 469-480.
- Arnstein, S. R. (1969). "A Ladder of Citizen Participation", *Journal of the American Institute of Planners*, 35(4), pp. 216-224.
- Asch, S. (1951). "Effects of Group Pressure on the Modification and Distortion of Judgements", en H. Guetzkow (ed.). *Groups, Leadership and Men*. Pittsburgh: Carnegie Press.
- Asch, S. (1974). "Fuerzas de grupo en la modificación y distorsión de juicios", en J. R. Torregrosa y E. Crespo (comps.). *Estudios básicos de la psicología social*. Barcelona: Hora.
- Balardini, S. (comp.) (2000). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: Clacso.
- Barbalet, J. (1988). *Citizenship. Rights, Struggle and Class Inequality*. Nueva York: Taylor & Francis.
- Barbalet, J. (1993). "Citizenship, Class Inequality and Resentment", en B. Turner (ed.). *Citizenship and Social Theory*. Londres: Sage.
- Barnes, S. y M. Kaase (1979). *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*. Beverly Hills: Sage.
- Barnett, C. (2014). "Theorising Emergent Public Spheres: Negotiating Democracy, Development, and Dissent", *Acta Academica*, 46(1), pp. 1-21.
- Bebbington, A. (2007). "Social Movements and the Politicization of Chronic Poverty", *Development and Change*, 38(5), pp. 793-818.
- Beck, N. (1998). "Modeling Space and Time: The Event History Approach", en E. Scarbrough y E. Tanenbaum (eds). *Research Strategies in the Social Sciences*. Oxford: Oxford University Press.

- Beck, P. A. y M. K. Jennings (1975). "Parents as Middle Persons in Political Socialization", *The Journal of Politics*, 37(1), pp. 83-107.
- Beck, P. A. y M. K. Jennings (1982). "Pathways to Participation", *The American Political Science Review*, 76(1), pp. 94-108.
- Beck, P. A. y M. K. Jennings (1991). "Family Traditions, Political Periods, and The Development of Partisan Orientations", *The Journal of Politics*, 53(3), pp. 742-763.
- Beetham, D. et al. (2008). *Power and Participation in Modern Britain: A Literature Review for Democratic Audit*. Wembley: Creative Print Group.
- Bell, D. (1999). *The Coming of Post-Industrial Society: A Venture in Social Forecasting*. Nueva York: Basic Books.
- Benhabib, S. (1992). *Situating the Self: Gender, Community and Postmodernism in Contemporary Ethics*. Cambridge: Polity Press.
- Benichou, J. (1991). "Methods of Adjustment for Estimating the Attributable Risk in Case-Control Studies: A Review", *Statistics in Medicine*, 10, pp. 1753-1773.
- Benson, J. y F. Furstenberg Jr. (2003). "Subjective Perceptions of Adulthood among Urban Youth: Are Demographic Transitions Still Relevant?", *The Network on Transitions to Adulthood*, Research Network Working Paper 3. Disponible en: <ftp://ftp.igier.unibocconi.it/varie/seminars/150604.pdf> (consultado en noviembre de 2018).
- Bentham, J. (1821). *On the Liberty of the Press and Public Discussion*. Londres: William Hone.
- Bermúdez, A. (2016). "Cuánto cuestan las elecciones de Estados Unidos y cómo se comparan con otros países". *BBC Mundo*, 4 de noviembre. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-37856444> (consultado en 2019).
- Blossfeld, H. P., E. Klijzing, M. Mills y K. Kurz (eds.) (2005). *Globalizations, Uncertainty and Youth in Society*. Nueva York: Routledge.

- Booth, J. y M. Selligson (eds.) (1978). *Political Participation in Latin America*. Nueva York: Holmes and Meier.
- Bosco, F. (2010). "Play, Work or Activism? Broadening the Connections between Political and Children's Geographies", *Children's Geographies*, (8)4, pp. 381-390.
- Bottomore, T. (1992). "Citizenship and Social Class, Forty Years On", en T. H. Marshall y T. Bottomore. *Citizenship and Social Class*. Londres: Pluto Press.
- Bourdieu, P. (1989). "Espacio social y génesis de las 'clases'", *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 3(7), pp. 27-55.
- Bourdieu, P. y J. C. Passeron (2009) [1964]. *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. México: Siglo XXI.
- Boyte, H. (2004). *Everyday Politics. Reconnecting Citizens and Public Life*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press.
- Braungart, R. y M. Braungart (1986). "Life-course and Generational Politics", *Annual Review of Sociology*, 12(1), pp. 205-231.
- Brennan, J. (2016). *Against Democracy*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Bruzzi, P., S. B. Green, D. P. Byar, L. A. Brinton y C. Schairer (1985). "Estimating the Population Attributable Risk for Multiple Risk Factors Using Case-Control Data", *American Journal of Epidemiology*, 122(5), pp. 904-914.
- Buechler, S. (1993). "Beyond Resource Mobilization? Emerging Trends in Social Movement Theory", *The Sociological Quarterly*, 34(2), pp. 217-235.
- Burns, N., K. L. Schlozman y S. Verba (1997). "The Public Consequences of Private Inequality: Family Life and Citizen Participation", *American Political Science Review*, 91(2), pp. 373-389.
- Burns, N., K. L. Schlozman y S. Verba (2001). *The Private Roots of Public Action: Gender, Equality, and Political Participation*. Cambridge: Harvard University Press.
- Campbell, A. (2003). *How Policies Make Citizens*. Princeton: Princeton University Press.
- Campbell, A., P. Converse, W. Miller y D. Stokes (1960). *The American Voter*. Nueva York: Wiley.

- Cappella, J. y K. Jamieson (1997). *Spiral of Cynicism. The Press and the Public Good*. Nueva York: Oxford University Press.
- Casal, J. (1996). “Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración”, *Revista española de investigaciones sociológicas*, (75), pp. 295-316.
- Casal, J., J. Masjuan y J. Planas (1988). “Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta”, *Política y sociedad*, (1), pp. 97-104.
- Casal, J., M. García, R. Merino y M. Quesada (2006). “Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición”, *Papers*, 79, pp. 21-48.
- Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública (CESOP) (2005). *Informe sobre la educación superior en México*. México: CESOP / Congreso de la Unión.
- Chartrand, J. (1991). “The Evolution of Trait-and-Factor Career Counseling: A Person X Environment Fit Approach”, *Journal of Counseling and Development*, 69(6), pp. 518-524.
- Cho, W., J. Gimpel y T. Wu (2006). “Clarifying the Role of SES in Political Participation: Policy threat and Arab American Mobilization”, *The Journal of Politics*, 68(4), pp. 977-991.
- Cohen, C. J. y M. C. Dawson (1993). “Neighborhood Poverty and African-American Politics”, *American Political Science Review*, 87(2), pp. 286-302.
- Cohen, E. (2018). *The Political Value of Time. Citizenship, Duration, and Democratic Justice*. Londres: Cambridge University Press.
- Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Conge, P. (1988). “The Concept of Political Participation. Toward a Definition”, *Comparative Politics*, 20(2), pp. 241-249.
- Corijn, M. (1996). *Transition into Adulthood in Flanders: Results from the Fertility and Family Survey 1991-1992*. Bruselas: Ministerie van de Vlaamse Gemeenschap, Departement Leefmilieu en Infrastructuur, Afdeling Logistiek, Sectie Drukkerij (NIDI / CBGS Publications, 32).

- Cornwall, A. (2002). "Locating Citizen Participation", *IDS Bulletin*, 33(2), pp. 49-58.
- Cornwall, A. (2004). "Introduction: New Democratic Spaces? The Politics and Dynamics of Institutionalized Participation", *IDS Bulletin*, 35(2), pp. 1-10.
- Cornwall, A. (2008). "Unpacking Participation Models, Meanings and Practices", *Community Development Journal*, 43(3), pp. 269-283.
- Cornwall, A. y A. M. Goetz (2005). "Democratizing Democracy: Feminist Perspectives", *Democratization*, 12(5), pp. 783-800.
- Cortés, F. y A. Escobar (2005). "Movilidad social intergeneracional en el México urbano", *Revista de la CEPAL*, 85, Santiago de Chile: CEPAL.
- Cortés, F. y A. Escobar (2007). "Modelos de acumulación de capital y movilidad social: un estudio en seis ciudades mexicanas", en F. Cortés, A. Escobar y P. Solís (eds.). *Cambio estructural y movilidad social en México*. México: El Colegio de México, pp. 21-74.
- Coulton, C. y M. Irwin (2009). "Parental and Community Level Correlates of Participation in Out-of-School Activities among Children Living in Low income Neighborhoods", *Children and Youth Services Review*, 31(3), pp. 300-308.
- Craig, G. (2004). "Citizenship, Exclusion and Older People", *Journal of Social Policy*, 33(1), pp. 95-114.
- Crespo, J. (1988). "Niveles de información política en los universitarios mexicanos", *Foro internacional*, xxiv(2, 114), pp. 319-337.
- Crespo, J. (1989). "Los actores del sistema político en la percepción universitaria", *Sociológica*, 4(11), pp. 1-23.
- Crespo, J. (1990). "Los estudiantes universitarios frente al discurso oficial", *Foro internacional*, xxx (1, 121), pp. 120-135.
- Crespo, J. (1994). "Legitimidad política y comportamiento electoral en el Distrito Federal", en J. Alonso (coord.). *Cultura política y educación cívica*. México: Porrúa / UNAM.

- Dahlberg, L. (2005). "The Habermasian Public Sphere: Taking Difference Seriously?", *Theory and Society*, 34(2), pp. 111-136.
- Dalton, R. (2008). "Citizenship Norms and the Expansion of Political Participation", *Political Studies*, 56(1), pp. 76-98.
- Dalton, R. (2017). *The Participation Gap. Social Status and Political Inequality*. Nueva York: Oxford University Press.
- Dalton, R. y A. van Sickle (2005). "The Resource, Structural and Cultural Bases of Protest", *UC Irvine: Center for the Study of Democracy*. Disponible en: <<https://escholarship.org/uc/item/3jx2b911>>.
- Dalton, R. y C. Welzel (2015). *The Civic Culture Transformed: From Allegiant to Assertive Citizens*. Nueva York: Cambridge University Press.
- De Oliveira, O. y M. Mora (2008). "Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo", *Papeles de población*, 14(57), pp. 117-152.
- Dercon, S., J. Hoddinott, P. Krishnan y T. Woldehannam (2008). "Collective Action and Vulnerability: Burial Societies in Rural Ethiopia", *Collective Action and Property Rights*, Working Paper, núm. 83. Washington: International Food Policy Research Institute.
- Deutsch, K. W. (1961). "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review*, 55(3), pp. 493-514.
- Diemer, M. A. y C. Hsieh (2008). "Sociopolitical Development and Vocational Expectations among Lower Socioeconomic Status Adolescents of Color", *The Career Development Quarterly*, 56(3), pp. 257-267.
- Dietz, H. (1998). *Urban Poverty, Political Participation and the State*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Dirección General de Educación Superior Universitaria (DGESU) (2018). *Panorama de la educación superior por entidad*. México: SEP. Disponible en: <http://www.dgesu.ses.sep.gob.mx/Panorama_de_la_educacion_superior.aspx> (consultado en noviembre de 2018).

- Dunteman, G. (1989). *Principal Component Analysis*. Newbury Park, California: Sage.
- Durkheim, E. (1982) [1893]. *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.
- Easton, D. y J. Dennis (1969). *Children in the Political System: Origins of Political Legitimacy*. Michigan: McGraw Hill.
- Easton, D. y R. Hess (1962). "The Child's Political World", *Midwest Journal of Political Science*, 6(3), pp. 229-246.
- Echarri, C. y J. Pérez Amador (2007). "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de jóvenes en México", *Estudios demográficos y urbanos*, 22(1), pp. 43-77.
- Elder, G., M. Kirkpatrick y R. Crosnoe (2002). "The Emergence and Development of Life Course Theory", en J. Mortimer y M. Shanahan (eds.). *Handbook of the Life Course*, vol. 1. Nueva York: Kluwer Academic Publishers, pp. 3-19.
- Eliasoph, N. (1998). *Avoiding Politics. How Americans Produce Apathy in Everyday Life*. Edimburgo: Cambridge University Press.
- Escobar, A. y L. Pedraza (2010). "Clases medias en México: transformación social, sujetos múltiples", en R. Franco, M. Hopenhayn y A. León (coords.). *Las clases medias en América Latina. Retrospectiva y nuevas tendencias*. México: CEPAL / Siglo XXI, pp. 355-408.
- Estlund, D. (2003). "Why Not Epistocracy?", en N. Reshotko (ed.). *Desire, Identity and Existence: Essays in Honor of T. M. Penner*. Kelowna: Academic Printing and Publishing.
- Estlund, D. (2008). *Democratic Authority: A Philosophical Framework*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Estrada, M. (2014). "Sistema de protesta: política, medios y el #YoSoy132", *Sociológica*, 29(82), pp. 83-123.
- Estrada, N., M. de la Paz y M. Gil. (2007). "De 'cuál te pinta mejor' a 'para cuál te alcanza': desigualdad e inequidad social en el acceso a la educación superior en México", *Revista electrónica de investigación educativa*, 9(1). Disponible en: <<https://redie.uabc.mx/redie/article/view/162/280>> (consultado en noviembre de 2018).

- Farrington, J., A. Bebbington, K. Wellard y D. J. Lewis (1993). *Reluctant Partners: Non-governmental Organizations, the State and Sustainable Agricultural Development*. Londres: Routledge.
- Fernández Poncela, A. (2003). *Cultura política y jóvenes en el umbral del nuevo milenio*. México: IFE / Imjuve.
- Flanagan, C. A. y L. R. Sherrod (1998). "Youth Political Development: An Introduction", *Journal of Social Issues*, 54(3), pp. 447-456.
- Flanagan, C. A., P. Ingram, E. M. Galloway y E. E. Galloway (1997). "Why are People Poor? Social Conditions and Adolescent's Interpretations of the Social Contract", en R. D. Taylor y M. C. Wang (eds.). *Social and Emotional Adjustment and Family Relations in Ethnic Minority Families*. Mahwah: Lawrence Erlbaum Associates.
- Flanagan, C. y P. Levine (2010). "Youth Civic Engagement during the Transition to Adulthood", en M. Waters, G. Berlin y F. Furstenberg (eds.). *Transition to Adulthood*. Princeton: Brookings The Future of Children, 20(1), pp. 159-180.
- Flanagan, C., J. Bowes, B. Jonsson, B. Csapó y E. Sheblanova (1998). "Ties that Bind: Correlates of Adolescent's Civic Commitments in Seven Countries", *Journal of Social Issues*, 54(3), pp. 457-475.
- Flanagan, C., W. Osgood, L. Briddell, L. Wray y A. Syvertsen (2006). "The Changing Social Contract at the Transition to Adulthood: Implications for Individuals and the Polity", *Network on Transitions to Adulthood Research Network*. Working Paper.
- Foley, M. y B. Edwards (1996). "The Paradox of Civil Society", *Journal of Democracy*, 7(3), pp. 38-52.
- Franco, R., M. Hopenhayn y A. León (2010). *Las clases medias en América Latina. Retrospectiva y nuevas tendencias*. México: CEPAL / Siglo XXI.
- Fraser, N. (1992). "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy", en F. Barker, P. Hulme y M. Iversen (eds.). *Postmodernism and*

- the Re-reading of Modernity*. Manchester: Manchester University Press, pp. 197-231.
- Gabriel, O. (2017). "Participation and Political Trust", en S. Zmerli y T. van de Meer (eds.). *Handbook on Political Trust*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing.
- Gallego, A. (2015). *Unequal Political Participation Worldwide*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Gandini, L. y N. Castro (2008). "La salida de la escuela y la incorporación al mercado de trabajo de tres cohortes de hombres y mujeres en México", en F. Vela (coord.). *La dinámica demográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes*. México: UAM-Xochimilco.
- García, F. (1973). *Political Socialization of Chicano Children: A Comparative Study with Anglos in California Schools*. Nueva York: Praeger.
- García, M. y R. Merino (2006). "Transición a la vida adulta: nuevas y viejas desigualdades en función del género", *Revista española de investigaciones sociológicas*, (113), pp. 155-162.
- Gaventa, J. (2006). "Finding the Spaces for Change: a Power Analysis", *IDS Bulletin*, 37(6), pp. 23-33.
- Gaventa, J. y A. Cornwall (2006). "Challenging the Boundaries of the Possible Participation, Knowledge and Power", *IDS Bulletin*, 37(6), pp. 122-128.
- Ginsborg, P. (2005). *The Politics of Everyday Life: Making Choices, Changing Lives*. Nueva York: Yale University Press.
- Ginwright, S. A. (2007). "Black Youth Activism and The Role of Critical Social Capital in Black Community Organizations", *American Behavioral Scientist*, 51(3), pp. 403-418.
- Ginwright, S. y J. Cammarota (2007). "Youth Activism in the Urban Community: Learning Critical Civic Praxis within Community Organizations", *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 20(6), pp. 693-710.
- Giorguli, S. (2005). "Deserción escolar, trabajo adolescente y trabajo materno en México", en M. Mier y Terán y C. Rabell (coords.). *Jóvenes y niños un enfoque sociodemográfico*. México: IIS-UNAM / FLACSO México / Miguel Ángel Porrúa.

- Goldstone, J. (1991). *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*. Berkeley: University of California Press.
- Gómez Tagle, S. (coord.) (2017). *La cultura política de los jóvenes*. México: El Colegio de México.
- Goodwin, J. y J. Jasper (eds.) (2012). *Contention in Context. Political Opportunities and the Emergence of Protest*. Stanford: Stanford University Press.
- Greene, A. L. (1990). "Great Expectations: Constructions of the Life Course During Adolescence", *Journal of Youth and Adolescence*, 19(4), pp. 289-306.
- Greenstein, F. (1960). "The Benevolent Leader: Children's Images of Political Authority", *American Political Science Review*, 54(4), pp. 934-943.
- Greenstein, F. (1965). *Political Parties and Politics. Children and Politics*. New Haven: Yale University Press.
- Habermas, J. (1989). *Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Cambridge: MIT Press.
- Hanisch, C. (1969). "The Personal is Political", en S. Firestone y A. Koedt (eds.). *Notes from the Second Year: Women's Liberation*. Chicago: SCEF.
- Hess, R. y J. Torney (1967). *The Development of Political Attitudes in Children*. Chicago: Aldine Press.
- Hill, M. y G. Duncan (1987). "Parental Family income and Socioeconomic Attainment of Children", *Social Science Research*, 16, pp. 39-73.
- Hirsch, H. (1971). *Poverty and Politicization*. Nueva York: Free Press.
- Hogan, D. y N. M. Astone (1986). "The Transition to Adulthood", *Annual Review of Sociology*, 12, pp. 109-130.
- Hollingshead, A. (1949). *Elmtown's Youth*. Nueva York: Wiley.
- Holzner, C. (2010). *Poverty of Democracy: The Institutional Roots of Political Participation in Mexico*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Houellebecq, M. (2010). *El mapa y el territorio*. Madrid: Anagrama.

- Ikegami, E. (2000). "A Sociological Theory of Publics: Identity and Culture as Emergent Properties in Networks", *Social Research*, 67(4), pp. 989-1029.
- Inglehart, R. (1990). *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, R. (1997). *Modernization and Postmodernization*. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, R. y G. Catterberg (2002). "Trends in Political Action: the Development Trend and the Post-Honeymoon Decline", *International Journal of Comparative Sociology*, 43(3-5), pp. 300-316.
- Instituto Nacional de Desarrollo Social (Indesol) (2017). *Sistema de Información del Registro Federal de las OSC (SIRFOSC)*. México: Indesol / Comisión de Fomento a las Actividades de las OSC. Disponible en: <<http://sii.gob.mx/corresponsabilidad/>> (consultado en abril de 2017).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2016). *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH)*. Disponible en: <<http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/regulares/enigh/nc/2016/>> (consultado en noviembre de 2018).
- Jarvis, S., L. Montoya y E. Mulvoy (2005). "The Political Participation of College Students, Working Students and Working Youth", *CIRCLE Working Paper*, núm. 37. Disponible en: <<https://eric.ed.gov/?id=ED491130>> (consultado en noviembre de 2018).
- Jennings, K. (1979). "Another Look at the Life Cycle and Political Participation", *American Journal of Political Science*, 23(4), 755-771.
- Jennings, K. y R. Niemi (1974). *The Political Character of Adolescence*. Princeton: Princeton University Press.
- Jones, G. (2002). *The Youth Divide: Diverging Paths to Adulthood*. York: York Publishing Services / Joseph Rowntree Foundation / Young People Programme.
- Kaase, M. (1999). "Interpersonal Trust, Political Trust and Non-Institutionalised Political Participation in Western Europe", *West European Politics*, 22(3), pp. 1-21.

- Kaiser, H. F. (1974). "An index of factor simplicity", *Psychometrika*, 39, pp. 31-36.
- Keane, J. (2019). *Vida y muerte de la democracia*. México: FCE.
- Key, V. O. Jr. (1964). *Politics, Parties and Pressure Groups*. Nueva York: Thomas Y. Crowell Co.
- Khan, S. (2011). *Privilege. The Making of an Adolescent Elite at St. Paul's School*. Londres: Princeton University Press.
- Kirkpatrick, J. y J. Mortimer (2002). "Career Choice and Development from a Sociological Perspective", en D. Brown y L. Brooks (eds.). *Career Choice and Development*. San Francisco: Jossey-Bass, pp. 37-80.
- Klein, J. y M. Moeschberger (2013). *Survival Analysis: Techniques for Censored and Truncated Data*. Nueva York: Springer.
- Klesner, J. (2009). "Who Participates? Determinants of Political Action in Mexico", *Latin American Politics and Society*, (51)2, pp. 59-90.
- Kohli, M. (2007). "The Institutionalization of the Life Course: Looking Back to Look Ahead", *Research in Human Development*, 4(3-4), pp. 253-271.
- Kohli, M. y J. W. Meyer (1986). "Social Structure and Social Construction of Life Stages", *Human Development*, 29(3), pp. 145-149.
- Koller, A. (2010). "The Public Sphere and Comparative Historical Research. A Introduction", *Social Science History*, 34(3), pp. 261-290.
- Kriesi, H. (2004). "Political Context and Opportunity", en D. Snow, S. Soule y H. Kriesi (eds.). *The Blackwell Companion to Social Movements*. Oxford: Blackwell.
- Lareu, A. (2011). *Unequal Childhoods. Class, Race, and Family Life*. Berkeley: University of California Press.
- Lenzi, M., A. Vieno, D. D. Perkins, M. Santinello, F. J. Elgar, et al. (2012). "Family Affluence, School and Neighborhood Contexts and Adolescents Civic Engagement: A Cross-National Study", *American Journal of Community Psychology*, 50(1-2), pp. 197-210.
- Lerner, D. (1958). *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. Nueva York: Free Press.

- Liebersohn, S. y J. Horwich (2008). "Implication Analysis: A Pragmatic Proposal for Linking Theory and Data in The Social Sciences", *Sociological Methodology*, 38(1), pp. 1-50.
- Lin, N. (2001). *Social Capital. A Theory of Social Structure and Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lindstrom, D. y C. Brambila (2001). "Alternative Theories of the Relationship of Schooling and Work to Family Formation: Evidence from Mexico", *Social Biology*, 48(3-4), pp. 278-297.
- Lipset, S. M. (1959). "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review*, 53(1), pp. 69-105.
- Lipset, S. M. (1960). *Political Man: The Social Basis of Politics*. Nueva York: Doubleday.
- Lipset, S. M., K. R. Seong y J. C. Torres (1993). "A Comparative Analysis of the Social Requisites of Democracy", *International Social Science Journal*, 45(2), pp. 154-175.
- Long, S. y J. Freese (2006). *Regression Models for Categorical Dependent Variables Using Stata*. Texas: Stata Press.
- López Santillán, R. (2008). *Clase media capitalina: recomposición de su espacio social y urbano (1970-2000)*. Mérida: Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales / UNAM.
- Lucas, S. (2001). "Effectively Maintained Inequality: Education Transitions, Track Mobility, and Social Background Effects", *American Journal of Sociology*, 106(6), pp. 1642-1690.
- Mannarini, T., M. Legittimo y C. Talò (2008). "Determinants of Social and Political Participation among Youth. A Preliminary Study", *Psicología política*, 36(5), pp. 95-117.
- Marshall, T. H. (1937). "The Nature of Class Conflict", en *Citizenship and Social Class*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Marshall, T. H. (1950a) [1937]. "The Nature of Class Conflict", en T. H. Marshall. *Citizenship and Social Class and Other Essays*. Nueva York: Cambridge University Press, pp. 114-127.
- Marshall, T. H. (1950b). "Citizenship and Social Class and Other Essays", en *Citizenship and Social Class and Other Essays*. Nueva York: Cambridge University Press, pp. 1-85.

- Marshall, T. H. (1963). "Changes in Social Stratification in the Twentieth Century", en *Sociology at the Crossroads and Other Essays*. Londres: Heinemann.
- Marshall, T. H. (1973). *Class, Citizenship and Social Development*. Garden City: Doubleday.
- McIntosh, H., D. Hart y J. Youniss (2007). "The Influence of Family Political Discussion on Youth Civic Development: Which Parent Qualities Matter?", *PS: Political Science & Politics*, 40(3), pp. 496-499.
- Merriam, C. E. (1931). *The Making of Citizens*. Chicago: University of Chicago Press.
- Merton, R. (1968). "The Matthew effect in science", *Science*, 159(3810), pp. 56-63.
- Mier y Terán, M. (2004). "Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de la península de Yucatán", *Población y salud en Mesoamérica*, 2(1), pp. 1-43. Disponible en: <<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/psm/article/view/13953>> (consultado en noviembre de 2018).
- Milbrath, L. W. (1965). *Political Participation: How and Why do People Get Involved in Politics?* Chicago: Rand McNally.
- Milbrath, L. y M. Goel (1977). *Political Participation: How and Why People Get Involved in Politics?* Boston: Rand McNally College Publishing Company.
- Mill, J. S. (2001) [1861]. *Consideraciones sobre el gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- Mills, M. y H. P. Blossfeld (2003). "Globalization, Uncertainty and Changes in Early Life Courses", *Zeitschrift für Erziehungswissenschaft*, 6(2), pp. 188-218.
- Mora, M. y G. Urbina (2017). "Ciudadanía activa y la transición a la adultez en México: la impronta del origen social y la participación desigual de los jóvenes", *Sociedad y economía*, (33), pp. 175-204.
- Mora, M. y O. de Oliveira (2009). "Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades", *Estudios sociológicos*, 27(79), pp. 267-289.

- Morales, F. (2014). *El movimiento estudiantil #YoSoy132. Antología hemerográfica*. Tesis de maestría en Historia. México: Universidad Iberoamericana. Disponible en: <<http://www.bib.uia.mx/tesis/pdf/015937/015937.pdf>> (consultado en noviembre de 2018).
- Morduchowicz, R. (2012). *Los adolescentes y las redes sociales. La construcción de la identidad juvenil en internet*. México: FCE.
- Moreno, A. y P. Méndez (2007). “La identificación partidista en las elecciones presidenciales de 2000 y 2006 en México”, *Política y gobierno*, 14(1), pp. 43-75.
- Mouffe, C. (1996). “Democracy, Power and the ‘Political’”, en S. Benhabib (ed.). *Democracy and Difference*. Princeton: Princeton University Press, pp. 245-256.
- Mouffe, C. (2000). *The Democratic Paradox*. Londres: Verso.
- Nelson, J. (1979). *Access to Power: Politics and the Urban Poor in Developing Nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Newcombe, T. M. (1943). *Personality and Social Change*. Nueva York: Holt.
- Nolas, S. M., C. Varvantakis y V. Aruldoss (2017). “Political Activism across the Life Course”, *Contemporary Social Science*, 12(1-2), pp. 1-12.
- Nunnally, J. (1967). *Psychometric Theory*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Ollin. Jóvenes en movimiento (2016). *Índice nacional de participación juvenil*. México: Ollin, Jóvenes en Movimiento, A. C.
- Olvera, A. (2013). “Las últimas cinco décadas del sistema educativo mexicano”, *Revista latinoamericana de estudios educativos*, 43(3), pp. 73-97.
- Ordorika, I. y R. Rodríguez (2012). “Cobertura y estructura del sistema educativo mexicano: problemática y propuestas”, en J. Narro, J. Martuscelli y E. Bárzana (coords.). *Plan de diez años para desarrollar el Sistema Educativo Nacional*. México: UNAM, pp. 197-222.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (2016). *Panorama de la educación: indicadores OCDE*. París: OCDE.

- Pancer, S. M. y M. W. Pratt (1999). "Social and Family Determinants of Community Service Involvement in Canadian Youth", en M. Yates y J. Youniss (eds.). *Roost of Civic Identity: International Perspectives on Community Service and Activism in Youth*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 32-55.
- Parrado, E. y R. Zenteno (2002). "Gender Differences in Union Formation in Mexico: Evidence from Marital Search Models", *Journal of Marriage and Family*, 64(3), pp. 756-773.
- Parsons, T. (1966). *Societies, Evolutionary and Comparative Perspectives*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Parsons, T. y G. M. Platt (1973). *The American University*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pérez, J. (2000). "Visiones y versiones: jóvenes, instituciones y políticas de juventud", en J. Martín *et al.* *Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región.
- Pérez, J. (2006). "Trazos para un mapa de la investigación sobre juventud en América Latina", *Papers*, 79, pp. 145-170.
- Phillips, A. (1997). "From Inequality to Difference: A Severe Case of Displacement?", *New Left Review*, 224, pp. 143-153.
- Piven, F. y R. Cloward (1977). *Poor People's Movements: Why they Succeed, How they Fail*. Nueva York: Vintage Books.
- Polibio (1986). *Historias*. Texto revisado y traducido por Alberto Díaz Tejera. Madrid: CSIC.
- Portes, A. y P. Landolt (1996). "The Downside of Social Capital", *The American Prospect*, 26, pp. 18-22.
- Pretty, J. (1995). "Participatory Learning for Sustainable Agriculture", *World Development*, 23(8), pp. 1 247-1 263.
- Putnam, R. (2000). *Bowling Alone: the Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon y Schuster.
- Putzel, J. (1997). "Policy Arena. Accounting for the 'Dark Side' of Capital: Reading Robert Putnam on Democracy", *Journal of International Development*, 9(7), pp. 939-949.
- Quintelier, E. (2008). "Who is Politically Active: The Athlete, the Scout Member or the Environmental Activist? Young

- People, Voluntary Engagement and Political Participation”, *Acta sociológica*, 51(4), pp. 355-370.
- Ravallion, M. (2004). “Competing Concepts of Inequality in the Globalization Debate”, *Brookings Trade Forum*, World Bank Policy Research, Working Paper 3243, pp. 1-38.
- Reguillo, R. (2010). *Los jóvenes en México*. México: FCE / Conaculta.
- Resina de la Fuente, J. (2010). “Ciberpolítica, redes sociales y nuevas movilizaciones en España: el impacto digital en los procesos de deliberación y participación ciudadana”, *Mediaciones sociales*, 7(2), pp. 143-164.
- Rosanvallon, P. (1995). *La nueva cuestión social*. Buenos Aires: Manantial.
- Rose, R. y I. McAllister (1990). *The Loyalties of Voters: a Lifetime Learning Model*. Londres: Sage.
- Rosenstone, S. y J. Hansen (1993). *Mobilization, Participation and Democracy in America*. Nueva York: McMillan.
- Rosenweig, M. y K. Wolpin (1993). “Intergenerational Support and the Life-Cycle Incomes of Young Men and Their Parents: Human Capital Investments, Coresidence, and Intergenerational Financial Transfers”, *Journal of Labor Economics*, 11(1), pp. 84-112.
- Rostow, W. (1961). *The Stages of Economic Growth*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rounds, J. y T. Tracey (1990). “From Trait and Factor to Person Environment fit Counseling: Theory and Process”, en W. Walsh y S. Osipow (eds.). *Career Counseling: Contemporary Topics in Vocational Psychology*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum, pp. 1-44.
- Rousseau, J. (2012) [1762]. *El contrato social*. Madrid: Alianza.
- Sapiro, V. (2004). “Not Your Parent’s Political Socialization: Introduction for a New Generation”, *Annual Review of Political Science*, 7(1), pp. 1-23.
- Saraví, G. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS / Publicaciones de la Casa Chata.

- Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: FLACSO/CIESAS.
- Schlozman, K. L., S. Verba y H. E. Brady (2012). *The Unheavenly Chorus: Unequal Political Voice and the Broken Promise of American Democracy*. Princeton: Princeton University Press.
- Sears, D. (1981). "Life Stage Effects on Attitude Change, Especially among Elderly", en S. B. Kiesler, J. N. Morgan y V. K. Oppenheimer (eds.). *Aging: Social Change*. Nueva York: Academic Press, pp. 183-204.
- Secretaría de Educación Pública (SEP) (2016). *Estadística educativa*. México: SEP. Disponible en: <<https://www.gob.mx/sep/acciones-y-programas/estadistica-educativa-15782?idiom=es>> (consultado en noviembre de 2018).
- Secretaría de Educación Pública (SEP) (2017). *Informe especial sobre educación superior*. México: SEP.
- Secretaría de Seguridad Pública de la Ciudad de México (SSP-CDMX) (2015). *Informe anual de actividades (marzo 2014-febrero 2015)*. México: SSP-CDMX. Disponible en: <http://portal.ssp.df.gob.mx/TransparenciaSSP/Documents/2014/ART_14/FRACC_XIX/INFORME%202015.pdf> (consultado en noviembre de 2018).
- Secretaría de Seguridad Pública de la Ciudad de México (SSP-CDMX) (2016). *Informe anual de actividades (marzo 2015-febrero 2016)*. México: SSP-CDMX. Disponible en: <http://www.ssp.df.gob.mx/TransparenciaSSP/sitio_sspdf/art_14/fraccion_xix/VINCULOS%20DO%20TRIM%202015/INFORME2016.pdf> (consultado en noviembre de 2018).
- Secretaría de Seguridad Pública de la Ciudad de México (SSP-CDMX) (2017). *Informe anual de actividades (marzo 2016-febrero 2017)*. México: SSP-CDMX. Disponible en: <http://www.ssp.df.gob.mx/TransparenciaSSP/sitio_sspdf/LTAPRCCDMX/art_123/fraccion_xiv/VINCULOS/Infannualact_2017.pdf> (consultado en noviembre de 2018).

- Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF) (2013). *Informe anual de actividades (marzo 2012-febrero 2013)*. México: SSP-DF. Disponible en: <http://www.ssp.df.gob.mx/TransparenciaSSP/Documents/2013/Art_15/Informe%20Anual%20de%20ActividadesFEB-2012-MARZO2013.pdf> (consultado en noviembre de 2018).
- Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF) (2014). *Informe anual de actividades (marzo 2013-febrero 2014)*. México: SSP-DF. Disponible en: <http://www.ssp.df.gob.mx/TransparenciaSSP/Documents/2014/ART_15/FRACC_I/VINCULOS/INFORME%20SSPDF%2013-14.pdf> (consultado en noviembre de 2018).
- Segovia, R. (1975). *La politización del niño mexicano*. México: El Colegio de México.
- Servicio de Administración Tributaria (SAT) (2017). *Directorio de donatarias autorizadas*. México: SAT. Disponible en: <<https://www.sat.gob.mx/consultas/operacion/70075/conoce-el-directorio-de-donatarias-autorizadas>> (consultado en abril de 2017).
- Shea, J. (2000). “Does Parent’s Money Matter?”, *Journal of Public Economics*, 77(2), pp. 155-184.
- Shuler, L (2001). *Paths to Active Citizenship: The Development of and Connection between Civic Engagement Involvement and Attitudes in College Students*. Tesis de doctorado. Massachusetts: Boston College. (Recuperado el 27 de enero de 2011, Dissertations and Theses: The Humanities and Social Sciences Collection, AAT 3391079).
- Solís, P. (2013). “Desigualdad vertical y horizontal en las transiciones educativas en México”, *Estudios sociológicos*, 31 (número extraordinario), pp. 63-95.
- Solon, G. (1992). “Intergenerational Income Mobility in the United States”, *American Economic Review*, 82(3), pp. 343-408.
- Somuano, M. (2005). “Más allá del voto: modos de participación política no electoral en México”, *Foro internacional*, 45(1), pp. 65-88.
- Somuano, M. (2011). *Sociedad civil organizada y democracia en México*. México: El Colegio de México.

- Soto, I. y W. Cortez (2014). “Determinantes de la participación electoral en México”, *Estudios sociológicos*, 32(95), pp. 323-353.
- Taubman, P. (1989). “Role of Parental Income in Educational Attainment”, *American Economic Review: Papers and Proceedings*, 79(2), pp. 57-61.
- Tilly, C. (1998). *Durable Inequality*. Berkeley: University of California Press.
- Tilly, C. (2000). “Processes and Mechanisms of Democratization”, *Sociological Theory*, 18(1), pp. 1-16.
- Tilly, C. (2003). “Inequality, Democratization and De-Democratization”, *Sociological Theory*, 21(1), pp. 37-43.
- Tilly, C. (2007). *Democracy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Tocqueville, A. de (1980) [1835]. *La democracia en América*. Madrid: Alianza.
- Tuirán, R. (1999). “Dominios institucionales y trayectorias de vida en México”, en B. Figueroa (coord.). *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos*, 4. México: El Colegio de México, pp. 207-241.
- Tuirán, R. (2001). “Estructura familiar y trayectorias de vida en México”, en C. Gomes (comp.). *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*. México: FLACSO / Miguel Ángel Porrúa.
- Turner, B. (1990). “Outline of a Theory of Citizenship”, *Sociology*, 24(2), pp. 189-217.
- Van Deth, J. (1997). “Introduction: Social Involvement and Democratic Politics”, en J. van Deth (ed.). *Private Groups and Public Life. Social Participation, Voluntary Associations and Political Involvement in Representative Democracies*. Londres: Routledge.
- Verba, S. (2000). *Representative Democracy and Democratic Citizens: Philosophical and Empirical Understandings*. Utah: Utah University Press.
- Verba, S. y N. H. Nie (1972). *Participation in America: Political Democracy and Social Equality*. Nueva York: Harper and Row.

- Verba, S., K. L. Schlozman y H. E. Brady (1995). *Voice and Equality: Civic Voluntarism in American Politics*. Cambridge: Harvard University Press.
- Verba, S., N. H. Nie y J. Kim (1971). *The Modes of Democratic Participation: A Cross-National Comparison*. Nueva York: Sage.
- Verba, S., N. H. Nie y J. Kim (1978). *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Comparison*. Chicago: University Press of Chicago.
- Vermunt, J. (2007). “Event History Analysis: Selectivity”, *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Science*. Oxford: Elsevier.
- Vogt, W. P. (1993). *Dictionary of Statistics and Methodology: A Nontechnical Guide for the Social Sciences*. Newbury Park, California: Sage.
- Walker, J. L. (1991). *Mobilizing Interest Groups in America: Patrons, Professions, and Social Movements*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Walsh, K. C., M. K. Jennings y L. Stoker (2004). “The Effects of Social Class Identification on Participatory Orientations toward Government”, *British Journal of Political Science*, 34(3), pp. 469-495.
- Warren, M. R., J. P. Thompson y S. Saegert (2001). “The Role of Social Capital in Combating Poverty”, en S. Saegert, J. P. Thompson y M. R. Warren (eds.). *Social Capital and Poor Communities*. Nueva York: Russell Sage Foundation, pp. 1-30.
- White, S. (1996). “Depoliticising Development: the Uses and Abuses of Participation”, *Development in Practice*, 6(1), pp. 6-15.
- Wike, R. y A. Castillo (2018). “Many Around the World Are Disengaged from Politics”. *Pew Research Center. Global Attitudes y Trends*. 17 de octubre. Disponible en: <<https://www.pewresearch.org/global/2018/10/17/international-political-engagement/>> (consultado en septiembre de 2019).

- Willis, P. (1976). *Learning to Labor. How Working-Class Kids Get Working-Class Jobs*. Nueva York: Columbia University Press.
- Wolfinger, R. y S. J. Rosenstone (1980). *Who Votes?* New Haven: Yale University Press.
- Woolcock, M. (1998). "Social Capital and Economic Development: Toward a Theoretical Synthesis and Policy Framework", *Theory and Society*, 27(2), pp. 151-208.
- Worth, N. (2009). "Understanding Youth Transition as 'Becoming': Identity, Time and Futurity", *Geoforum*, 40(6), pp. 1050-1060.
- Yates, M. y J. Youniss (1998). "Community Service and Political Identity Development in Adolescence", *Journal of Social Issues*, 54(3), pp. 495-512.
- Yildirim, K. (2015). "Political Efficacy", *The International Encyclopedia of Political Communication*. Nueva York: Wiley.
- Young, I. (1991). *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.
- Zimmerman, M. (1989). "The Relationship between Political Efficacy and Citizen Participation: Construct Validation Studies", *Journal of Personality Assessment*, 53(3), pp. 554-566.
- Zovatto, D. (2002). "Valores, percepciones y actitudes hacia la democracia. Una visión comparada latinoamericana: 1996-2002", *América Latina hoy*, (32), pp. 29-53.

Ficciones democráticas:
un estudio sobre desigualdades sociales
tornadas en asimetrías políticas se terminó
de imprimir en noviembre de 2020, en los
talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.,
Naranjo 96 bis, P.B., col. Santa María la Ribera,
06400, Ciudad de México.
Portada: Rosalba Alvarado.
Tipografía y formación: Logos Editores.
Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.
La edición consta de 500 ejemplares.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

Las democracias requieren del involucramiento político de la ciudadanía y por principio se yerguen sobre la promesa igualitaria de que cada ciudadano o ciudadana puede tomar parte en el tratamiento de asuntos públicos. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando nuestros contextos están soportados sobre profundas desigualdades cotidianas? ¿Cuáles son los efectos de tales inequidades para el ejercicio de nuestra voz política?

A partir de una investigación centrada en jóvenes que cuentan con el relativo privilegio que concede el acceso a la universidad, este libro ofrece evidencia sobre el déficit cívico que se configura a lo largo del curso de vida. Con una mirada focalizada en el sinuoso tránsito hacia la adultez, se intenta mostrar de qué manera las desigualdades sociales fungen como detonantes de rutas muy dispares en el inicio de una vida políticamente activa.

A lo largo del texto, se busca incitar a la reflexión sobre el modo en el que las ficciones democráticas se imponen en realidades signadas por distintos gradientes de desigualdad. Si aun entre juventudes aventajadas, como aquéllas con ingreso a la universidad, prevalecen importantes asimetrías políticas, se torna indispensable pensar qué ocurre en contextos altamente desiguales como los de México.

ISBN: 978-607-564-216-1

